

MANUEL BOBIS REINOSO

ÁNGELES DE PIEDRA



*A mi tío abuelo Manuel Reinoso Carrasco.
Muerto en Manzanilla, Huelva, el 4 de agosto de 1936.
Causa de la muerte: aplicación bando de guerra*

A Daniel y a Rin

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

© Manuel Bobis Reinoso 2020

Registro de la propiedad intelectual de Andalucía: 04/2020/3369

ISBN: 9798397606172



Corrección, maquetación, ilustración y diseño de portada: **Drakkar Ediciones.**

Impresión y encuadernación: Amazon.

ÁNGELES DE PIEDRA



MIENTRAS DAN LAS NUEVE
LEO PERUTZ

Mariela, la escritora, permanecía sentada, ojos semicerrados, al amor de una mesa de camilla. El brasero desprendía el olor del cisco y la alhucema, las manos descansadas sobre el regazo resbalaban sobre la suavidad del terciopelo, tras los cristales, el sonido acogedor de una lluvia fría. La tarde de aquel invierno de 1936 dormitaba tranquila, un reloj de cuco que alguien había traído de Alemania cantaba, cansino, como sin fuerzas, que eran las seis. Sobre la mesa: la inmensidad de un papel en blanco, primera página de una novela recién nacida que no quería comenzar a existir, y una taza manchada de café que debía haber sido llevada al fregadero hacía ya más de una hora. La pluma Waterman reposaba quieta sobre el cristal de la mesa con el capuchón puesto esperando cumplir su función.

Mariela se había pasado todo enero sentada allí, apenas se había levantado para ir al baño, dar un paseo del brazo de su marido por Triana o hacer la compra en el mercado de abastos. Solo había sido capaz de escribir en todo un mes, en letras redonditas y femeninas «Capítulo I». *Cuando florece la jacaranda*, su ópera prima, ya era historia en su capacidad de imaginación, tocaba dar el primer paso de una nueva aventura. ¿Sobre qué?, ¿personajes?, ¿época?, ¿escribir por escribir? Poco a poco, ya iría saliendo. Total, a Carlos tampoco le iba a gustar. Le había criticado tanto su primera obra que en alguna ocasión incluso la hizo llorar. Y después venía con tal o cual novela a mostrarle: «mira qué bien describe este autor al personaje» o «¿ves cómo se masca

Manuel Bobis Reinoso

la tensión en la escena?». ¡Coño!, que le gustaba cómo escribía todo el mundo menos su propia esposa.

Decidió ojear periódicos atrasados que estaban amontonados sobre una mesita baja junto al sillón de orejas que la acunaba en las siestas. Se alegraba de haber sido perezosa, de no haberlos tirado, buscaría en ellos lo que las musas le estaban negando. Ni ella misma sabía por qué compraba *El Correo de Andalucía*, el periódico de los curas. Comenzó por el del día, lentamente. Se manchaba las yemas de los dedos de tinta mientras navegaba sobre aquellas páginas gigantes que podrían servirle de manta si hubieran sido un poco más gruesas. Buscaba, sobre todo, en las de sucesos: un atropello, una reyerta. Nada del otro allá.

Se hizo otro cafelito, le encantaba cuando el aroma invadía su casa y se mezclaba con el de la alhucema, que hasta las vecinas supieran en sus narices que lo había preparado. Seguía con el periódico, hoja tras hoja, sorbo a sorbo de café. La encontró, allí estaba la noticia, la idea que le encendía los ojos: «En la madrugada de ayer, ha aparecido en la puerta de la parroquia de San Vicente el cadáver de un librero llamado Eugenio Valdeluna. La autopsia realizada revela que ha sido asesinado». Hasta ahí todo normal, pero siguió leyendo: «Se ha descubierto también que en realidad era una mujer, aunque había vivido como hombre, con documentación de varón, se había casado y había tenido hijos».

¿Nadie sospechó la realidad de su género?, ¿cómo lo hizo?, ¿cómo se sentiría?, ¿por qué?, ¿y su esposa?, ¿quién lo ha asesinado? Preguntas que dispararon el entusiasmo y la curiosidad de Mariela.

Inmediato, no había que pensar más. Lo había decidido, así, sin darle vueltas. Intentaría escribir una novela en la que reflejara la vida de aquella persona: sus sentimientos, emociones, aventuras, amores. ¡Espera un poco!, tal vez se había precipitado, porque no sabía nada

sobre él ni de nadie que lo hubiera conocido. Lo llamaba en su pensamiento él, y no ella, porque intuía que así respetaba el deseo de aquel hombre. La primera novela nació fruto de su imaginación, ella inventó personajes, lugares y tramas. Esto era otra cosa, una persona real, sí, tendría que investigar, pero no sabía por dónde empezar. Una cadena, solo con encontrar el primer eslabón bastaría, ese le llevaría al segundo, el segundo al tercero...

¡Un momento, no había caído!, el librero había sido asesinado. Carlos, su marido, era inspector de policía, sin duda su grupo tendría que investigar el crimen. Él le daría datos, nombres, direcciones.

Desde el almanaque colgado en los azulejos blancos de la cocina a la ventana, desde donde veía llover con rapidez. De la ventana a la cocina, vueltas a la imaginación, había encontrado el tema, no podía ser mejor, sí, sin duda era interesante, empezaría a prepararlo todo, comenzaría al día siguiente, ¿cuánto falta para que llegue Carlos? A las nueve, ir y venir mientras dan las nueve.

La cerradura sonó más calmosa que otros días. El hombre abrió la puerta y agachó un poco la cabeza para entrar, sus hombros rozaron los quicios. Antes de que la saludara con un beso y se quitara el sombrero y la gabardina mojada, Mariela voló hacia su marido periódico en mano.

—¡Tarzán! —Ella lo llamaba así cariñosamente—. ¡Mira la noticia que he leído en el periódico de hoy!

Carlos se acomodó en el sillón de orejas y comenzó a leer en la página que se le indicaba, ella sentada sobre sus rodillas abrazando el fornido cuello y pegando su cara a la de él.

—Sí, apareció en la madrugada de ayer, ya nos han asignado el caso. Yo sabía que esta noticia te iba a llamar mucho la atención — dijo Carlos mientras cerraba el periódico y lo dejaba en la mesita sobre el montón de ejemplares atrasados.

Manuel Bobis Reinoso

—¿Sabes qué?, he decidido narrar en mi novela la vida y la muerte de este hombre, quiero saberlo todo sobre él y plasmarlo sobre el papel capítulo a capítulo. ¿Qué te parece?

—Pues me parece que no sabes nada sobre su persona, tendrás que entrevistar a hombres y mujeres que lo conocieron, unos aceptarán, sin duda, pero otros no. Nunca has hecho una labor de información como la que se requiere.

—¿Crees que no voy a ser capaz? Tu grupo va a investigar, tú me podrías ayudar dándome nombres y direcciones.

—¡Ah, no, no, no! Una tarea es recabar información para escribir una novela sobre alguien que ha existido y otra muy distinta indagar en un asesinato. Además, sabes muy bien que se nos imponen silencios sobre las investigaciones en curso. Si quieres escribir tú solita me parece muy bien, pero no debes interferir en mi trabajo.

Carlos conocía muy bien a su mujer. Sabía que tendría que darle algunos datos que la guiaran y estaba convencido de que en algún momento tendría incluso que cometer alguna ilegalidad. Sí, lo sabía, pero debía ponerse firme desde un principio porque ella no pararía en sus peticiones, al igual que un ariete no cesa de golpear hasta derribar puertas gigantes de colosales castillos. Desde el primer momento inflexible, si no, ¡apaga y vámonos! Mariela se levantó de las rodillas de Carlos. De pie, frente a él:

—No quieres ayudarme, además piensas que no soy capaz de investigar por mi cuenta.

—¡No mujer!, no es eso, lo que ocurre es que no puedo. ¿No lo entiendes? —contestó Carlos con ojos suplicantes.

—¡No te gusta cómo escribo! Tú, el lector recalcitrante, el que tanto entiende de literatura, no sabes apreciar mi arte, pero me da igual, voy a demostrarte a ti y también a mí misma que soy de capaz de llevar

a cabo esta aventura —casi gritó Mariela mientras mantenía el ceño fruncido, se ajustaba la toquilla y cruzaba los brazos.

A Carlos sí le gustaba cómo escribía su esposa, creía en ella y le veía cualidades suficientes para convertirse en una autora conocida y leída, pero quería hacerle ver sus errores para que avanzara y no se quedara estancada. «De las equivocaciones es de lo que más se aprende», le decía continuamente, pero ella se enfadaba y se daba la vuelta como celosa. «¡Anda y que te den Lope de Vega!», respondía enojada, y después tardaba dos días en volver a darle un beso a su marido.

—Solo te voy a pedir una cosa —continuó Mariela—, que me des al menos el primer eslabón de la cadena, los demás ya me los trabajaré yo.

¿Solo te voy a pedir una cosa?! ¡Sí, sí! Eso no lo creía ni ella misma. Carlos ya se había puesto la coraza contra los futuros e incansables envites de su mujer.

—Ve a la librería —respondió templado—, tal vez ahora esté cerrada porque aún no hace ni dos días que murió, pero, si vuelve a abrir, puedes empezar por quien esté al cargo. Espera unas semanas.

Encima la tomaba por tonta. ¿Cómo no se le había ocurrido a ella, si era lo más fácil?, ¡la librería! De todas formas, no podía esperar una o dos semanas. Un mes en blanco, y ahora que había dado con la tecla de su entusiasmo...

Carlos leyó en la expresión de Mariela esa impaciencia y esa impulsividad que tanto la caracterizaban. Rompió un trozo de periódico, sacó la pluma del bolsillo corazón de su chaqueta y escribió sobre el trozo desigual de papel el nombre y la dirección de alguien.

—Mira —prosiguió tranquilo y cariñoso—, nombre y dirección del forense que le realizó la autopsia. Esto sí te lo puedo facilitar porque es público. No sé si estaría dispuesto a hablar contigo, pero creo que

Manuel Bobis Reinoso

deberías intentarlo. Si vas a buscarlo a su casa tal vez no lo encuentres porque se pasa las tardes enteras en el cementerio.

—¡Leches!, ¿en el cementerio? —exclamó Mariela.

—Sí, es un hombre muy raro. Por si lo tienes que buscar: es bastante alto, frondosa barba canosa, va siempre vestido todo de negro, suele llevar sombrero. En la comisaría le llamamos, en tono de burla, «el cadáver», pero es un hombre muy amable.

Mariela le arrebató de la mano el papel con la rapidez y la garra de un felino, lo leyó y lo guardó en su bolso.

Preparar la cena: tortilla de patatas, ensalada, vino y trozo de queso. Cuando Carlos se iba a la cama intentó dar un beso a su esposa, pero ella volvió la cara. Antes de dormir, aseo y buen rociado de agua de colonia por aquello de los olores de Mariela.

Las luces se habían apagado, solo un tenue quinqué alumbraba tímido y daba un tono azulado a la oscuridad. Tras el cristal ya no llovía, solo humedad. La calle Pureza, solitaria de adoquines brillantes. Ella: de la cocina a la ventana y de la ventana a la cocina. Estaba decidida, sería capaz, se lo demostraría al mundo, a Carlos y a ella misma. Se la estamparía en la cara cuando hubiera escrito esa novela. Esa y solo esa, esa tenía que ser. ¿Un reto?, pues a por él. Al día siguiente buscaría en el cementerio al forense y comenzaría su aventura.

LAS TINIEBLAS FLORIDAS
MAURICIO BACARISSE

Lo más lógico hubiera sido comprobar si la librería seguía abierta y preguntar allí a quien estuviera encargado, pero no, no lo hizo, no podía esperar. Comenzaría intentando hablar con el forense, lo buscaría en el cementerio y de paso visitaría la tumba de Eugenio Valdeluna, que había sido enterrado en la mañana de aquel mismo día. También podía haber acudido al sepelio, pero le parecía feo preguntar en ese delicado momento a todo el que hubiera asistido. No, mejor así.

Cinco de la tarde, brumas propias de un mes de febrero recién nacido, se dirigió al cementerio de San Fernando vestida con sus tacones, sus medias, su vestido, su bolso, su pluma y su cuaderno adorable de notas. Encima de toda ella su abrigo verde de lana, largo, de cintura alta y estrecha, hombros amplios, solapas anchas y cuello grande, cinturón color crema. Alta, delgada, llamaba la atención.

En las oficinas del camposanto preguntó por la sepultura de Eugenio Valdeluna. El funcionario abrió un pesado libro de registros, encontró la anotación y dio a Mariela nombre de la calle y número de fosa. Estaba inscrito con su nombre de varón.

Mientras buscaba a derecha e izquierda al señor que coincidiera con los rasgos que Carlos le había descrito, se acercaba a la sepultura de Eugenio. Vio al final de la calle a un hombre maduro, cincuenta y tantos diría ella, canoso, totalmente vestido de negro, con su buena barba, que estaba parado frente a una tumba: justo la que

Manuel Bobis Reinoso

estaba buscando, la del librero. Flores, cien coronas frescas. A medida que se acercaba pensaba que seguro que sería el forense. ¡Que sí!, por fuerza tenía que ser él. No quería decirle que era la esposa de un inspector de policía. Bueno, vamos a intentarlo. Ya parada, miraba a la tumba a metro y medio de aquel hombre.

—Discúlpeme por favor, ¿es usted familiar, amigo, lo conoció?
—preguntó Mariela cuando apenas había transcurrido un minuto.

—No, señorita, no soy familiar ni amigo. En vida no lo conocí, pero justo tras su muerte he sabido mucho sobre él, o al menos sobre su cuerpo.

Mariela lo miraba extrañado, no entendía lo que le quería decir. El hombre leyó en su expresión que necesitaba más explicaciones.

—Como le digo, en vida no tuve el gusto, pero soy médico forense, fui yo quien le practicó la autopsia. Lo de venir a pasear al cementerio y contemplar lápidas es una afición que disfruto desde hace muchísimos años. ¿Y usted, es familiar o amiga del finado?

—No, no sé absolutamente nada sobre él. Soy escritora. Fíjese qué atrevimiento que he decidido hacer una novela sobre la vida de esta persona basándome solamente en una noticia del periódico. No sé de nadie que lo hubiera conocido, ni tampoco tengo idea de quienes eran sus familiares —dejó caer Mariela poniendo un poquito de cara de tristeza.

El hombre picó:

—No me importaría, si usted así lo desea, narrarle cómo fue la autopsia. Puedo asegurarle que en absoluto ordinaria, común o normal. Sin duda, la vida de este caballero, o señora, tampoco lo fue, pero yo solo puedo ayudarle en lo concerniente a mi profesión.

Mariela estuvo a punto de abrazarlo y de darle un beso, pero se contuvo.

Nicolás Marcelino Ortega, el forense, le dio la dirección, que ella ya conocía, y citó a Mariela en su casa para la tarde del día siguiente. Podría comenzar su novela, aunque lo haría por el final. Bueno, al fin y al cabo ese era un recurso literario que empleaban algunos novelistas para encender la mecha de la intriga en sus lectores. De todas formas, no estaba muy segura de haber encontrado ese primer eslabón.

Caserón sevillano, pintado de gris, rejas negras, puerta de roble oscurecido. Mariela hizo sonar la aldaba mate, abrió el forense, que la hizo pasar con amable y acogedora sonrisa. Sentados en sendos sillones de brazos y asientos desgastados, chimenea encendida, humedad, polvo. Pudo contar en aquella estancia hasta doce candelabros negros y dorados. Con su anormalmente desarrollado olfato, como siempre, la escritora examinaba aquella vivienda. Allí se encendían velas, muchas, las paredes impregnadas de humo. Ni un solo objeto de aquella casa olía a nuevo, todo viejo, como las ropas del forense. Cuando se acercó a él en el cementerio ya se había imaginado cómo era la casa donde vivía, su nariz no le fallaba.

Cuando Mariela era pequeña, su madre y don Augusto, el cura, se extrañaban de que lo olía todo. Era como un perrito, avisaba de quién iba a pasar por la puerta antes de que ni siquiera hubiera dado la vuelta a la esquina, y les acertaba a las vecinas lo que habían estado cocinando, aunque de eso hiciera horas. Un olfato hipertrofiado que le permitía oler una dama de noche que se encontrara a dos kilómetros de distancia, pero que también la torturaba con malos olores que le hacían vomitar a menudo. En este mundo predominan las pestilencias, los aromas son oasis de descanso nasal en medio de estercoleros. La escritora comenzó:

—Quiero, en primer lugar, darle las gracias por recibirme en su casa. Como le dije, estoy interesada en escribir una novela sobre la

Manuel Bobis Reinoso

figura de Eugenio Valdeluna. Antes de que me hablara de él me gustaría que me comentase esa afición que tiene a pasear por el cementerio que, sinceramente, me ha resultado curiosa.

Darle relieve a los personajes, no le gustaba centrarse en la mera línea argumental, conocerlos, saber de sus vidas. Tal vez así pudiera encontrar otras historias que contar algún día, aunque Carlos: «directo a la trama, no divagues, no aburras al lector». El forense contestó encantado:

—¿Quiere que le hable de mis aficiones?

—Sí, si no es inconveniente.

—¡En absoluto! Será un placer. Agárrese que vienen emociones fuertes.

¡Emociones fuertes! Aquello empezaba a ponerse bueno. Comenzó su relato.

Nicolás, el forense.

En el mes de diciembre de 1891, la hermana de Nicolás cayó gravemente enferma. Sumido en la inocente infancia de sus diez años, no llegaba a darse cuenta de la preocupación que se había apoderado de la emoción de sus padres, que temían que la negra guadaña segara la vida de su hija tan pequeña. Ocho años en un cuerpo que se consumía en un tono cada vez más azulado de oscuras ojeras, en una voz temblorosa e infantil que casi no salía de su garganta, y en un sin color de labios y mejillas.

A final de año, el convencimiento de que la niña los dejaría muy pronto era tal que su padre esparció, según la costumbre, arena sobre los adoquines de la calle. La arena amortiguaba el sonido que las

Ángeles de piedra

ruedas de los carros y los cascos de los animales de tiro hacían al rodar o percutir sobre el empedrado. Los paisanos, conocedores de que aquella alfombra de tierra delante de una casa significaba la presencia en el interior de un enfermo grave, bajaban la voz al acercarse y se santiguaban, incluso los vendedores dejaban de pregonar, pues a nadie se le ocurría levantar la voz, y mucho menos en forma de guasa, ni tocar algún instrumento musical. Todos sabían que sobre aquella arena pronto dejaría su huella una muerte insensible y diligente antes de golpear el corazón de la casa.

La aldaba sonó una mañana muy fría del mes de enero de 1892. La niña expiró víctima de una neumonía, y mientras la madre lloraba en un rosario de lágrimas que la ahogaban, en Nicolás nacía una pasión que le ha acompañado toda la vida y que ha sido su divertida obsesión, su alegría, su camino, su profesión, su amor y su vida entera.

Fue en el mismo momento en el que vio aquel cuerpo sin vida. No lo había sentido antes porque nunca había visto a una persona muerta. Su expresión, aquel rictus, algo que nunca había contemplado, la belleza que los vivos eran incapaces de conseguir. Lo que cambió definitivamente su persona fue el sentir lo frío de aquella piel en su mano, porque aquella era una sensación inigualable, placentera, única hasta entonces. La acariciaba una y otra vez mientras sus padres lloraban al ver la ternura con la que ellos creían que trataba a su hermana, pero él no estaba triste, no, se sentía feliz, elevado a una dimensión superior de placer. Acariciaba su cabello, no podía dejar de sentir el frío suave de la carne en sus dedos, besaba su frente y se sentía embelesado observando la expresión de su cara.

No quedaría en eso aquella emoción que le hacía sentir en plenitud, porque su madre quiso encargarle una fotografía y dejó a Nicolás que la acompañara a visitar al fotógrafo de muertos de la calle de La Escoba. Cuando don Luis, que así se llamaba el artista gráfico,

Manuel Bobis Reinoso

comenzó a enseñarle a su madre muestras de trabajos realizados, una impresión le recorrió el cuerpo como un repelús, un estremecimiento intenso, pero placentero. Le atraían aquellas fotografías de personas y sus hieráticas expresiones faltas de vida. Las había de todas las edades: desde niños recién nacidos hasta ancianos, hombres, mujeres, jóvenes. Deseó en aquel momento poseerlas todas. Las hubiera robado y hubiera salido corriendo para encerrarse en su habitación a contemplarlas una por una.

Dos horas después, el fotógrafo apareció en la casa portando todos sus cachivaches y un maletín de maquillaje. Pidió que se subiera el cuerpo de la niña a la azotea porque la casa era muy oscura. El padre la tomó en sus brazos y la llevó escaleras arriba, también se subió un sillón donde sentarían al cadáver. La madre, por fin, decidió que la imagen se tomara con los ojos cerrados porque no le convencían las que había visto en las que el muerto permanecía con los ojos abiertos; así que el fotógrafo guardó la glicerina que usaba para dar brillo a las muertas pupilas, puso carmín en las mejillas y en los labios y una crema que disimulaba las ojeras. Con su cabeza apoyada en el respaldo del sillón de orejas, sus manos entrelazadas entre las que se sostenía un rosario de nácar y plata, su vestido de los domingos y una dulce expresión de infinita y definitiva calma; la niña posó para aquella fotografía hecha en albúmina, la única que se hizo en su vida, o más bien, después de ella.

Tras el velatorio, a la mañana siguiente, una negra carroza tirada por dos negros caballos cubiertos de negros penachos se llevó para siempre, primero a la parroquia y luego al nuevo cementerio de San Fernando, a la que le había hecho el primer gran regalo de su vida.

Nicolás se obsesionó con todo lo relativo a la muerte. Pidió a sus padres quedarse con los objetos de su hermana, aunque fueran propios de niña. Ellos accedieron porque pensaban que aquello que les

pedía era fruto del amor, que quería guardarlos como recuerdo. Aquellas piezas: un joyerito, un peine, un espejito, unas cintas, unos zapatos y una muñeca de porcelana, se convirtieron en las primeras piezas de una colección compuesta por miles de objetos que habían pertenecido a personas que ya habían fallecido.

—¿También le gusta estar en contacto con objetos solo por el hecho de que han pertenecido a personas que han muerto? —preguntó Mariela tragando saliva.

—Sí, la muerte lo transforma todo, y es capaz de mudar un reloj que para mí no tiene interés alguno en un objeto de fascinación y culto justo desde el momento en el que su dueño muere.

—Ese reloj, cuya cadena sale de su bolsillo, ¿lo compró usted nuevo o pertenece a alguna persona muerta?

—Todos los detalle que usted ve en mi indumentaria, incluidos ropas y zapatos, y en mi casa, pertenecieron a algún difunto. No siento el más mínimo interés por las personas vivas ni por sus pertenencias. Esta casa se la compré a una viuda que poco después de la muerte de su marido la vendía porque se iba a vivir con su hija. Nunca hubiera comprado una casa de nueva construcción.

Aquello se iba animando, a Mariela empezaba a recorrerle por vientre, estómago y pecho un extraño hormigueo entre agradable y nervioso.

—Pues conociendo ahora el poco interés que levantan en usted los vivos, quiero agradecerle de nuevo el que me haya recibido.

—No me las dé, me interesa su visita porque vamos a hablar de una persona que ya está muerta, y esa es una conversación que estoy seguro de que me va a apasionar.

—Cuénteme cómo ha sido su vida hasta hoy.

A ESTE LADO DEL PARAÍSO
F. SCOTT FIDGERALD

En Nicolás se despertó un exagerado interés por la anatomía, hasta el punto que su juego favorito era cazar pájaros o lagartijas para abrirlos con una cuchilla y ver y estudiar sus órganos, pero aquello era solo una aproximación a lo que realmente le atraía. Se preguntaba continuamente con ilusionada curiosidad cómo sería por dentro el cuerpo humano, qué maravillosos secretos guardaría, qué se sentiría al abrir el frío e inerte cuerpo de una persona. No tenía ninguna duda, su profesión tendría que estar relacionada forzosamente con la anatomía humana ya fallecida.

Todo el que lo conocía decía que era extraordinariamente inteligente. Esa capacidad, unida a su carácter y su pensamiento obsesivo, le permitió ingresar en la facultad, acabar muy pronto la carrera y especializarse en medicina forense sin ninguna dificultad y siendo siempre el alumno más laureado. Su profesión era su felicidad.

—¿Es usted feliz? —preguntó Mariela.

—¡Absolutamente!

—Pero vive solo, nunca se ha casado, no tiene hijos.

—No me interesan nada las vivas, como ya le he dicho, y las leyes no permiten casarse ni convivir con una mujer muerta. ¡Ja, ja, ja!
—rio como burlándose del resto de la humanidad.

Aquella carcajada la puso más nerviosa, pero había que ir a por todas. Sin miedo.

—Está siendo muy sincero. Me voy a atrever a preguntarle algo que no sé si le agradará.

Manuel Bobis Reinoso

—Me imagino de qué se trata, pregúntemelo.

—¿Ha tenido alguna vez impulsos sexuales hacia algún cadáver?

—Sí, no puede usted ni imaginarse la atracción que se despierta en mí con la contemplación y el tacto de un cuerpo sin vida, joven y femenino, con sus pechos y sus nalgas frías y ese color amarillento, propio y único de la muerte. Quiero jurarle, y créame que es verdad lo que le digo, que nunca he realizado ningún tipo de acto sexual amparado en la soledad de mi trabajo. Primero porque el que me pudieran separar de mi labor diaria significaría perder mi vida entera y mi definitiva felicidad, y segundo porque es tanto el respeto y admiración que le tengo a la muerte que me es imposible mancillarla por muy grandes que sean mis deseos. Mi sexualidad se limita a sesiones masturbatorias mientras acaricio alguna prenda que haya pertenecido a una mujer ya difunta o mientras contemplo alguna de mis amadas fotografías.

—Cuénteme más sobre esta pasión que veo que es central en su vida.

—Más que central es que es mi vida entera. Me encanta hablar sobre la muerte, de hecho para mí está siendo un placer charlar con usted esta tarde.

A Nicolás también le gustaba leer y hablar sobre enfermedades mortales, su favorita era la tuberculosis. De los periódicos solo le atraían las secciones dedicadas a esquelas mortuorias o a sucesos y asesinatos, cuanto más macabros y escabrosos mejor. Su profesión le permitía acceder a pertenencias que no eran reclamadas o que los familiares del difunto no deseaban llevarse. También compraba, su obsesión le llevaba a buscar anuncios o a preguntar y enterarse de cuándo alguna familia pobre vendía ropa u objetos después de que algún pariente hubiera expirado.

Nicolás solo salía para ir al trabajo o para dar un largo paseo que siempre lo llevaba al cementerio, donde disfrutaba leyendo lápida tras lápida. También asistía a velatorios y a entierros, aunque no conociera de nada al finado. Lo hipnotizaba ver un cuerpo exánime dentro de un ataúd. Cuando el féretro permanecía cerrado sentía un gran impulso de abrirlo, pero nunca había formado ningún escándalo, pues él huía de cualquier comportamiento que lo pudiera alejar de su pasión.

En cuanto comenzó a trabajar como forense se compró una cámara de fotografía, desde entonces no había parado de adquirir cada adelanto técnico buscando obtener cada vez una imagen más nítida. Ocho, las cámaras que había comprado en veintisiete años de profesión. Gracias a ellas se llevaba a casa una fotografía de cada cadáver al que le practicaba una autopsia. Nadie se extrañaba porque pensaban que las hacía para adjuntarlas al informe, pero él se las llevaba a casa y las pegaba en las paredes de su habitación a la que no le quedaba ya ni un centímetro cuadrado que no estuviera abrigado con una dulce fotografía.

—¿Quiere usted que le enseñe mi habitación? —preguntó Nicolás con sonrisita socarrona.

La sensación de hormigueo en el estómago de Mariela aumentó como si alguien le hubiera dado volumen.

—¡No gracias! Se lo agradezco, pero creo que será mejor que no —contestó la muchacha que empezaba a asustarse.

—¡Ja, ja, ja! Imaginaba que no le apetecería.

De nuevo aquella extraña risa.

—¿Y su cama tiene forma de ataúd?

—No, eso son cosas de la literatura fantástica, mi cama es una cama normal, eso sí, tanto el colchón, como la almohada, como toda la

Manuel Bobis Reinoso

ropa de cama estuvieron alguna vez en contacto con una persona muerta. No se lo he dicho, pero a mí también me gusta escribir.

—¡Qué sorpresa!

—Sí, pero ya se puede imaginar que me atrae el escribir relatos sobre lo que ustedes, las personas normales, llaman macabro: cementerios, muertos, vísceras putrefactas y demás. Los escribo para mí mismo porque el hacerlo me proporciona un auténtico deleite. Sé que este tipo de literatura cuenta con numerosos seguidores, aun así, le aseguro que no me interesa que lo lean otras personas.

—¿Siente que si usted cuenta estas cosas la gente no lo comprende?

—¡Por supuesto!, es sin contarlo y he oído mil veces que soy el tío más raro de toda Europa, que mi casa está maldita y otras barbaridades mayúsculas sobre siniestras prácticas que llevo a cabo dentro de ella. A mí no me importa, nunca me ha importado, aunque en mis tiempos de estudiante hacía un gran esfuerzo por relacionarme e intentar disimular mi rareza.

—¿Tuvo amigos?

—Sí, lo intenté. Como ya le he dicho, conseguí ingresar en la Escuela Provincial de Medicina de Sevilla, que entonces se encontraba en el convento de las Dominicas de Madre de Dios, que en 1916 pasó a denominarse Facultad de Medicina de Sevilla. El edificio sufrió un incendio que lo dejó en ruinas hace ahora unos cinco años, como usted sabrá.

—Sí, me enteré, eso fue en 1931.

—Pues intentando disimular ese poco interés que siento por todo lo que sigue vivo, me apunté a los sopistas, o a la tuna, que ya entonces se denominaba así a las estudiantinas.

—¿Sabe tocar algún instrumento?

Ángeles de piedra

—No, yo era el portaestandarte, tan solo cantaba. Por el mes de enero ensayábamos algunas letrillas, y por carnaval nos vestíamos con nuestro jubón, taleguilla, camisa blanca de cuellos y puños alechugados, calzas, zapatos de hebilla, sombrero con cuchara y una calavera prendida sobre el pecho. Cada uno de los componentes nos poníamos en el brazo una cinta con el color de los estudios que estábamos cursando: yo llevaba el propio de medicina. Lo de la cuchara era por lo de los antiguos sopistas de la sopa boba.

—¿Se divirtió?

—En absoluto, aquello sirvió para darme cuenta de que, aunque lo intentara, el mundo de los vivos no significaba nada para mí, un aburrimiento que contrastaba con la pasión que me inspiraba todo lo fúnebre. Lo tuve claro desde que era un niño, pero desde aquel momento más aún, aunque entonces pensaba que estaba enfermo y debía curarme.

—¿Nunca ha ejercido la medicina?

—Sí, en 1909 comencé a trabajar en el Instituto de Higiene del doctor Murga, en la calle Marqués de Paradas. ¿Lo conoce?

—¡Claro! ¿Quién no conoce el edificio neoclásico del Instituto de Higiene?, ¡con sus columnas, sus frontones y sus preciosas estatuas!

—Sí, el edificio es realmente espectacular. Acepté porque en aquellos años intenté luchar contra esta extraña atracción que siento. Comencé a creer que era un enfermo mental, procuré huir de esta rara inclinación mía.

Nicolás había leído las publicaciones del doctor Leopoldo Murga orientadas a estudiantes, admiraba a aquel hombre, auténtico pionero en técnicas terapéuticas y de diagnóstico, creador de aquel centro único. Trabajar en el Instituto suponía una oportunidad para curarse de lo que entonces consideraba como su enfermedad. Aceptó la oferta, comenzó su labor e intentó alejarse del mundo de los muertos,

Manuel Bobis Reinoso

pero una depresión comenzó a adueñarse por completo de su ánimo, pues la labor que realizaba no solo no colmaba en absoluto su existencia, sino que la vaciaba en la más desesperante de las desidias. Él, que tan feliz se encontraba sumergido en su tétrico mundo, se sentía acabado, cada día un poco más, alejándose de él. ¿De qué sirve vivir sin alegría?, ver pasar la vida en un continuo de días desiertos, luchando a cada minuto por no abrir el cajón donde guardaban las fotos de difuntos para contemplarlos y volver a ser feliz.

Recapacitó, comprendió que su pasión solo podía considerarse enfermedad si dañaba a alguien o se dañaba a sí mismo. Afortunadamente, nada de eso ocurría, no cometía ningún delito y se consideraba el más dichoso de los seres humanos porque disfrutaba, como otros hombres ni siquiera habían imaginado, de cada momento de su vida. Desde que se levantaba hasta que se acostaba, su existencia era un gozo y su casa diversión continua.

—¿Cuánto tiempo trabajó en el Instituto de Higiene?

—Seis meses, el tiempo necesario para que mi extrema capacidad consiguiera un puesto como médico forense. Yo había estudiado medicina legal siendo catedrático don Narciso Vázquez García, quien me premió con las mejores calificaciones jamás obtenidas por ningún alumno. No me costaba, estaba tan obsesionado que pensaba en los cuerpos hasta cuando estaba dormido, en su anatomía y en los infinitos secretos que pudiera desvelarnos un cadáver. Cuando opté a la plaza, don Narciso ya había muerto y ocupaba su lugar don Guillermo Vilches Romero que, cuando vio mi expediente, me recomendó y no tuve problemas para ganar mi plaza, pues realmente sabía muchísimo más que cualquier otro opositor.

—Y desde entonces trabaja como médico forense.

—Hace ya veintisiete felicísimos años. Dejé de flagelarme, me acepté a mí mismo, me juré no hacer nunca daño a nadie, me liberé por

completo y me entregué al gozo de la vida según mis gustos, y no los gustos de los demás.

Escuchando a aquel hombre, a Mariela se le venían a la cabeza los miedos que pasaba cuando escuchaba a don Augusto, el cura, hablarle a su madre de demonios que entraban en los cuerpos, incluso de niños, y de los destrozos que hacían en las mentes de los desgraciados elegidos por Satanás para residir en ellos. También le daban pánico los muertos. En una ocasión acompañó a su madre a dar el pésame a una vecina a la que se le había muerto el marido, el fallecido estaba todavía en la cama. Dos semanas sin dormir por la noche, ¡qué susto por Dios! Y encima no la dejaban dormir con su hermana.

Ya estaba bien de relieve del personaje, ahora a lo que importa.

LA NOCHE DE LA ENCRUCIJADA
GEORGE SIMENON

Era el momento de ir al grano:
—¿Le parece que empecemos con Eugenio Valdeluna? Esa es la razón de mi visita a su curiosa casa —preguntó Mariela.
—Más que curiosa, macabra querrá decir. ¡Ja, ja, ja! Yo no conocí a ese señor, había oído hablar un poco de él, pero nunca tuve el gusto de tratarlo en persona. Lo que a usted le interesa es que le cuente cómo fue la autopsia que le practiqué.

—Sí, por favor, si no tiene inconveniente, completaría así el primer capítulo de la novela.

—Pues no, no solo no tengo inconveniente, sino que lo haré con sumo placer, y esto último lo digo de manera literal, no es una frase hecha. Intentaré explicarlo de una manera coloquial sin utilizar términos médicos que quizá no pudiera entender.

—Yo se lo agradezco muchísimo.

—Lo recuerdo muy bien porque hace solo cuatro días que practiqué esa autopsia, el 29 de enero de este año en el que vivimos de 1936. Estaba designado como forense de guardia, serían las seis de la mañana cuando fui avisado por la policía de que había aparecido un cadáver en la puerta de la parroquia de San Vicente. Me trasladé al lugar, donde varios guardias de asalto y el juez me estaban esperando.

»El cadáver estaba boca abajo, muy ensangrentado. En el primer examen visual pude comprobar que se trataba de un hombre de unos cincuenta años aproximadamente y que su extraña y descoyuntada postura indicaba que había sido arrojado desde un

Manuel Bobis Reinoso

vehículo en marcha. Había sufrido un fuerte golpe en la cabeza y presentaba distintas heridas sangrantes en la espalda que a simple vista parecían haber sido producidas por arma blanca. No apareció ningún rastro que pudiera tomarse como prueba alrededor del cuerpo. Por el color, la rigidez y la temperatura pude saber que había muerto aquella misma noche. Cubrí sus manos con bolsas de papel para impedir que se perdieran en el traslado restos biológicos que pudieran encontrarse en su piel o en sus uñas. Cubrí, también con bolsas, el perineo para evitar que se perdieran muestras en caso de abuso sexual. Di por concluido mi trabajo en el lugar en el que se encontró el cadáver, el juez ordenó el levantamiento, el cuerpo fue metido con cuidado en una bolsa y fue trasladado.

»Yacía lívido sobre mi mesa de autopsias. Además del golpe en la cabeza y las heridas de la espalda, seguramente producidas por arma blanca, presentaba otras de las mismas características en pecho y abdomen. Aparecía con un traje azul marino, una camisa blanca y una corbata burdeos que le apretaba muchísimo el cuello. Estaba muy bien vestido, aunque siendo el mes de diciembre imagino que llevaría un abrigo que no apareció en el sitio donde fue encontrado el cadáver. En el bolsillo del traje llevaba una cartera con bastante dinero y con documentación personal. Según dicha documentación se llamaba Eugenio Valdeluna Valdeluna.

»Procedí a desnudarlo, y fue entonces cuando comprobé que aquel hombre no era un hombre, sino una mujer. Nada despreciable detalle.

»Examiné sus ropas y pude conseguir algunas muestras de cabellos que estaban pegados a ella. No encontré en ningún momento restos de pólvora. Todas las prendas fueron guardadas en bolsas de papel y clasificadas.

»Sin duda se había desangrado porque por la herida de la cabeza y de los múltiples orificios que presentaba en tórax, abdomen y espalda había perdido mucha sangre. Realicé la descripción externa: mujer, un metro y setenta centímetros de estatura, cabello rubio canoso, ojos grises claros, sin pechos. Años atrás le había sido practicada una mastectomía con remodelación estética que imitaba el tórax de hombre, también presentaba una cicatriz de intervención quirúrgica a la altura de la matriz. Cuatro orificios penetrantes en espalda, dos en tórax y uno en abdomen. Fuerte contusión craneal. En el cuello presentaba señales de haberle sido arrancado algo que pudiera ser una cadena o algo similar. Había sido violada de una manera brutal, tanto vaginal como analmente, los desgarros eran evidentes, además pude obtener restos de semen que en estudios posteriores se confirmó que pertenecían a más de un hombre. Del recto saqué una insignia de solapa que alguien había puesto allí con toda la intención. Permítame que no le revele de qué era la insignia porque eso sí es secreto policial. ¿Se siente bien?

—¡Oh!, sí, no se preocupe, prosiga por favor.

No, no se estaba sintiendo bien, se debatía entre el horror y el entusiasmo. Pensaba que aquel primer eslabón era de oro, pero el hormigueo interior no se le quitaba.

—Tomé muestras de material orgánico que se encontraba bajo las uñas, muestras del cabello, de distintas pieles que presentaban lesión, y comprobé que las heridas producidas por arma blanca las había sufrido encontrándose todavía con vida.

»Una vez realizado el examen externo comencé por el interno. Hice un corte con el bisturí desde la zona de apófisis mastoidea derecha a la zona de apófisis mastoidea izquierda, reversé el cuero cabelludo hacia atrás y hacia delante y apareció debajo de la piel retirada la bóveda craneal. Corté el hueso, que ya estaba previamente fracturado,

Manuel Bobis Reinoso

quité la calota craneana y extraje el cerebro entero. Presentaba graves daños producidos por un golpe con un objeto romo. Lo pesé y lo guardé en formol.

»Abrí la zona del cuello y posteriormente corté la piel de tórax y abdomen. Verifiqué que en tiempos le habían sido extirpados quirúrgicamente tanto el útero como las trompas y los ovarios. Extraje las vísceras, las separé, las pesé y comprobé los daños mortales debidos a las heridas producidas por arma blanca de hoja de unos quince centímetros de largo y unos cuatro de ancho, que habían alcanzado pulmones, corazón e hígado. Tomé muestras de sangre y de orina pinchando la vejiga, también de contenido gástrico, guardé en formol los trozos de vísceras necesarios para realizar la investigación y volví a introducir en el cuerpo el resto.

En ese momento, Mariela ya sabía que esa noche no iba a cenar nada, olía las vísceras, el formol... ¡Qué escalofríos! El forense prosiguió:

—Tras proceder al fichaje de huellas dactilares, cerré el cadáver y el auxiliar lo limpió y lo dejó listo para entregar a su familia.

—¿A su familia?

—Sí, el cuerpo fue entregado a la mujer que convivía con él. También fueron avisados su esposa y sus hijos, que la verdad no sé cómo pudo estar casado o casada legalmente con una mujer, aunque de este país en el que vivimos nada me causa extrañeza. Ni su antigua esposa ni sus hijos aparecieron en ningún momento, así que el juez accedió a que se entregara el cuerpo a la mujer con la que vivía. Eso es todo lo que yo puedo contarle, espero que le haya sido de utilidad. ¿Puedo preguntarle yo a usted algo?

—Por supuesto —respondió Mariela con una vocecilla casi inaudible.

—¿Por qué está interesada en Eugenio Valdeluna?

Ángeles de piedra

—Quiero profundizar y entender qué lleva a una mujer a vestir, vivir, casarse y tener hijos como si fuera un hombre. Quiero entrevistar a cada una de las personas que lo conocieron para que me cuenten qué sentía, cómo era, que me desvelen sus misterios. Deseo escribir una novela que refleje sus inquietudes, sus miedos, sus ilusiones, sus amores, sus frustraciones.

—¡Ya!, misterios de la complejísima e inexplorada mente humana, fíjese en mí. ¿Está segura de que no quiere que le enseñe mi colección de fotografías?

—Ha sido usted muy amable con todo lo que me ha contado, sin duda estoy en deuda, pero entiéndame, quiero dormir tranquila esta noche.

—¡Ja, ja, ja! Lo entiendo perfectamente, no se preocupe.

—¿Sabe usted de alguien que lo conociera?

—Yo no sé ni los nombres ni la dirección de sus familiares, pero sí conozco a alguien que tuvo algo que ver en aquella noche de su asesinato, además creo que lo conocía: el dueño de la tienda de ultramarinos Delicias Pasiegas, en la calle Puente y Pellón.

—La verdad es que no sé cómo agradecerle todo lo que me ha ayudado.

—Volviendo algún día a charlar conmigo un rato sobre la refinadísima muerte. Adiós señorita, espero que tenga mucha suerte en su investigación.

La puerta chirrió al abrirse. Nicolás la despidió, satisfecho, con la misma sonrisita que la ponía tan nerviosa. Aligeraba el paso, no quería mirar hacia atrás, hasta los árboles le parecían espectros y fantasmas que la acechaban. ¡Con el miedo que le habían dado a ella desde siempre las cosas de muertos! No cenó, le parecía que el paladar estaba saturado de sabor a vísceras crudas y su pituitaria impregnada con el olor a casa vieja y húmeda. No durmió, muy abrazada a Carlos,

Manuel Bobis Reinoso

veía sombras en cada esquina de su habitación, pero se sentía ilusionada con el comienzo de su novela. Ahora sabía que no iba a ser fácil, seguro que tendría que aguantar a personas a las que no soportaría, otras le caerían muy bien, sin duda, ambientes difíciles para ella, otros acogedores. Escucharía historias que la harían vomitar. No, no iba a ser fácil.

NOCHE Y DÍA
VIRGINIA WOLF

Labios y ojos pintados, una pizca de colorete. Le quedaba un buen paseo desde su casa, en calle Pureza, hasta Puente y Pellón. Un poco menos de tacón para andar mejor. Tal vez se le acercara algún apuesto y refinado caballero para intentar cortejarla. La imaginación es libre, cada una puede soñar con lo que quiera. ¡Qué no, que como su Tarzán ninguno!

—¿Tú sabías que le habían sacado una insignia del recto? — había preguntado Mariela a su marido la noche anterior.

—Sí —respondió Carlos como con impaciencia—, tenemos el informe.

—¿Y de qué era la insignia?

—¡No te lo puedo decir!, ya lo sabes.

¡Pues que te aproveche! Nueva aventura: capítulo II. Don David, la persona que le había indicado el forense, había sido muy amable y había aceptado la propuesta de entrevista que Mariela le había hecho un día antes. En la tienda de ultramarinos, una de la tarde, los olores se mezclaban y volvían loca a la nariz de la escritora que se esforzaba por distinguir los doscientos veinte aromas distintos que le llegaban. Se abría el apetito nada más entrar, el aire sabía a morcón y licores, legumbres en sacos blancos la miraban desde el suelo, grande latas de melva en conserva en los estantes. En la trastienda: oficina perfectamente ordenada en la que ningún papel osaba descolocarse ni y un solo milímetro, simetría, mesa de

Manuel Bobis Reinoso

despacho despejada, sillón tras la mesa y silla de confidente. Ambos sentados frente a frente. El tendero: babi de color gris, enorme cuerpo y grandes manos. A petición de Mariela, comenzó a narrarle sus recuerdos:

David, el pasiego.

Llevaba impregnados el olfato y el recuerdo con el fresco olor de la hierba húmeda de su Cantabria natal. Dejaba atrás un mundo rural de pobreza sin hambre, de esfuerzo, de estiércol de ganado, de montañas azules y verdes, de valles ricos de agua, de un distante cariño de padres y hermanos mayores. Tenía dieciocho años recién cumplidos cuando el 2 de abril de 1901 llegó a Sevilla tras un fatigado viaje en tren de traqueteos metálicos y silbidos desagradables que duró mil años.

Él, David Abascal Lavín, había pisado por primera vez el sur, ese sur exótico que tanto había imaginado, colmado de luz y de bellísimas y descaradas mujeres adornadas de color y de alegría. Había imaginado bien, porque aquella mañana de primavera el cielo lo saludaba con un azul tan intenso que sorprendía a sus jóvenes ojos claros. Alto, piel blanca, fuerte y rubio como buen pasiego, sentía que llamaba la atención tanto por su físico como por sus ropas desgastadas propias de un hombre tan apegado a la tierra que se confundía con ella.

—Cuénteme cómo era su vida en el valle del alto río Pas.

Mariela había oído hablar algo sobre los pasiegos. Le parecía algo así como un pueblo misterioso y perdido por ahí, en algún lugar montañoso del norte.

Don David rememoraba aquella primera sensación cuando viajaba sobre la espalda de su madre metido en el cuévano, ladera arriba de la montaña cuando llegaba la primavera o ladera abajo cuando llamaba a la puerta el otoño. Tal vez su primer recuerdo fuera el viajar mecido por un eterno andar. Toda la existencia se reducía a su familia, tan unida en el esfuerzo diario de un trabajo que no tenía descanso, lección que aprendió mientras mamaba de los excelentes pechos de su madre.

Las mujeres pasiegas tenían fama de ser muy buenas nodrizas, hasta el punto que se pusieron de moda en Madrid. No existía en la capital, a finales de siglo, una casa noble en la que no se contratara, tras el nacimiento de un niño, a una nodriza pasiega. La madre de David fue a Madrid tras el nacimiento de una hermana pequeña. Lo recordaba bien porque la echó mucho de menos. Solo tenía cinco años entonces, cuando volvió, veinticuatro meses después, se había endurecido su alma con el amor al duro trabajo diario.

Eran dueños de seis cabañas familiares. Pareciera que su familia era rica, pero nada de eso, las cabañas estaban destinadas a la estancia de la parentela mientras duraban los pastos verdes a la altura del valle donde se encontrara dicha cabaña. Pasaban en cada una el tiempo que tardaran las vacas en consumir toda la hierba. En invierno en los prados más bajos, en verano en los más altos.

Su único sustento provenía de la vaca, que necesitaba de ordeño diario. Convivían con ellas casi como si fueran parte de la familia. Cuando se acaban los pastos a una altura del valle hacían la muda. Toda la familia se ponía en marcha formando una caravana de

Manuel Bobis Reinoso

personas y animales en la que transportaban todos los enseres de la cabaña para instalarse en otra. Las mujeres también cargaban con los cestos repletos de enseres, o con los hijos a la espalda, por laderas empinadísimas y caminando por senderos muy estrechos en valles donde casi no daba nunca el sol. Llegaban a mudarse hasta veinte veces en el mismo año.

—¿Siempre todo a cuestras?

—¡Y tanto! No es posible la utilización del carro, por la inclinación del terreno.

Desde que amanecía entregados a las necesidades del ganado. Dedicados por entero al comercio y a la ganadería trashumante, eran unos excelentes vendedores. Todos los días del año, las mujeres se encargaban de transportar la leche en burro para entregarla a los compradores, y también de la recogida del estiércol de los establos, que iba directamente a enriquecer los pastos.

No mataban a las vacas para el consumo de carne, tenían un cerdo para el uso de la familia. Sacrificaban en invierno con gran festejo y convite de los vecinos. Nada se desperdiciaba. En la matanza era donde se echaban el ojo los muchachos y muchachas.

—Me resulta todo muy curioso, cuénteme más de sus costumbres.

Una voz interior le decía que debía ir al meollo de la trama, que no fuera tan curiosa. Don David proseguía:

En los valles, la población estaba muy dispersa y mantenían un cierto alejamiento de sus vecinos no pasiegos, y eso hacía que tuvieran tendencia a la endogamia. Hablaban su propio dialecto montañés. Debido a esa rareza, la imaginación de personas que no vivían en los valles inventaba barbaridades: como que tenían rabos diabólicos o que provenían de judíos. Nada más alejado, sentían un

escaso fervor religioso y tomaban carne de cerdo. Eso sí, era un pueblo hermético y astuto.

Tal vez, la costumbre que más sorprendía era lo que llamaban la covada: el hombre fingía, de una manera muy teatralizada, tener los dolores de parto mientras la mujer paría en silencio y a escondidas.

—Sí que es muy extraño. ¿Qué razón tiene?

—¿Qué razón tiene? ¡Jo! Pues el atraer hacia sí mismo a los diablos y despistarlos para que no ataquen a la madre y al niño.

—Perdone mi ignorancia, pero antes yo solo había oído hablar de los sobaos pasiegos.

—¡Y tanto! Famosos y exquisitos.

—¿Me ha dicho que lo toman por judíos?

—¡Por estas que sí! —El hombre hizo un gesto con la mano—. Pero de eso no hay nada, aunque casi lo hemos tomado como identidad propia, de ahí el gusto de poner nombres judíos.

—¿Por qué quiso salir de allí?

En la última fiesta de matanza a la que asistió, David estuvo hablando bastante tiempo con una vecina que le gustaba. Intentaba cortejarla, pero había otro mozo que también lo hacía. Mantuvieron varias disputas. Él era fuerte, sin embargo, su contrincante todavía más, y además con más mala idea, que David no había sido nunca tendente a las pependencias. En una agarrada, mientras la joven lo contemplaba, el mozo tiró al suelo a David y le quitó el palancu. El palancu es un palo de avellano que sirve para hacer el salto pasiego, avanzar rápido y salvar las cercas, los muros de piedra y los arroyos. Debe medir una cuarta y media más del que lo lleva, no hay un pasiego que se precie que no tenga su palancu y lo lleve siempre con él. Si en una pelea es arrebatado, eso supone una humillación y una puesta en duda de la hombría. El padre, cuando se enteró, casi no

Manuel Bobis Reinoso

quería mirarlo, pues se había convertido en el hazmerreír del valle. Aquello lo dejó tan marcado que quiso salir de allí.

— ¿Cómo fue lo de venir a Sevilla?

Un tío, por parte de padre, había viajado años antes y había podido establecer, después de mucho trabajo, una tienda de ultramarinos en la calle San Eloy. Su padre le propuso que viniera a ayudarlo y él aceptó. De un mundo endogámico a una amalgama de culturas y de sangres distintas, de un universo familiar e interior a un lugar donde se vivía en la calle, de valles empinados a una tierra tan plana que daba risa oír a lo que llamaban cuesta, de valles umbríos a una luz brillante, de arroyos claros que se podían saltar con el palancu a un caudaloso río, del verde pasto a la tierra amarilla, de la soledad de la familia al loco hormiguero de relaciones sociales, de la tranquila y seria paz al bullicio de unas gentes que hablaban con tanta rapidez que casi no podía entenderlas. Sí, si había una tierra en el planeta que fuera lo puesto a su querido valle del Pas, era Sevilla.

Lo recogió su tío en la estación de plaza de Armas, lo conoció inmediatamente por el aspecto y por los ropajes. Tras un breve y poco apretado abrazo se dirigieron a la calle San Eloy, donde se encontraba la tienda de ultramarinos. Por fuera le pareció muy hermosa, recubierto el frontal con unos azulejos bellísimos de cerámica que, decía su tío, orgulloso, que eran de Triana, con un escudo de armas en el centro. Los escaparates con perfiles de madera y basamento de mármol. Tres anchos portones invitaban a pasar. En el interior, en el piso bajo, le dio la bienvenida un largo mostrador de madera pintada, tras él, estanterías tan atestadas que no se podría colocar ni un botón de camisa. Delante del mostrador varias sillas destinadas al descanso de los clientes durante su espera para ser atendidos. El extremo izquierdo del mostrador se convertía en barra de bar donde alegres parroquianos podían degustar vinos y cervezas mientras saboreaban

ricas chacinas o conservas acompañadas del pan todavía caliente de Alcalá de los Panaderos. En el primer piso el almacén, sembrado de trampas para ratones.

Al llegar la noche, un jergón que extendía detrás del mostrador se convertía en dulce lecho donde descansaba de un interminable, agotador y delicioso día de trabajo. Como era costumbre, siendo aprendiz interno de comercio, durante los primeros años no cobraría nada. El trabajo lo haría a cambio de cama, comida y aprendizaje de un oficio.

Al abrir la tienda, comenzaba con el despacho de coloniales al por menor y charcutería fina de la sierra de Huelva. Todo servido en papeles de estraza. Muy pronto se convirtió en un virtuoso del afilado cuchillo y de la espátula de manteca *colorá*, así como del descorche de botellas de vinos de Jerez o de La Rioja y del buen servicio de una perfecta jarra de cerveza.

—Me ha llamado la atención algo que ha dicho antes. Algo así como: «un largo, agotador y delicioso día de trabajo». Si es largo y agotador, ¿cómo puede ser delicioso? —preguntó Mariela.

—¡Ay madre! Yo adoro trabajar. No sé si es algo aprendido, pues en las montañas estamos todos los días del año al cuidado de nuestro ganado. Mi alegría es mi labor, y si no la realizo tengo una sensación de estar perdiendo el tiempo que me entristece. Siento que me falta algo.

—¿Pero, incluso en su día libre?

—¡Y tanto! Yo no concibo tener un día de descanso, no me apetece pasear, ni ir a una obra de teatro, ni tomar un vino en una taberna, nada. Solo me hace feliz el trabajar, por eso me sentía muy bien viviendo dentro de la tienda porque desde que uno se levantaba hasta que se acostaba, rendido por el cansancio, siempre había algo que hacer. Además, no puedo dejar sin terminar una tarea, y sigo y

Manuel Bobis Reinoso

sigo obsesivamente hasta acabarla, aunque no duerma ese día. Si no es así me pongo muy nervioso. Sabía que la mujer que me quisiera tendría que aceptar mi dedicación al trabajo.

— ¿Está usted casado?

No podía dejar de preguntarlo, si no lo hubiera hecho habría estado tres días dándole vueltas a la cabeza inventándose historias. Por algo su madre, para burlarse de ella, la llamaba «Coti». Carlos también le decía que era muy cotilla, pero vamos, que no había que ser un lince para darse cuenta de eso. David contestó:

— ¡Pues claro, alma mía! Sí, felizmente. Conocí a la que hoy es mi mujer al poco tiempo de llegar.

Llevaba todos los martes por la mañana un pedido de chacinas, legumbres, mantecas y conservas que les hacía semanalmente un médico que vivía en una casa cercana a la puerta Real. El doctor tenía ocho hijos, que al parecer comían tanto como el regimiento de Pavía. Siempre que iba a entregar el pedido pasaba por delante del puesto de agua de la plaza del Museo, donde trabajaba una muchacha que le gustaba físicamente. Él notaba que ella lo miraba cuando caminaba cargado con el pesado saco de tela. Era el primer verano que pasaba en Sevilla, el cielo dejaba caer sus fuegos sobre los cuerpos, él sentía que se deshidratava a cada minuto. Se paraba a la ida en el puesto de agua a tomar un largo trago del botijo y se volvía a parar a la vuelta pagando unos céntimos que le sabían a oasis. Pepi, que así se llamaba la muchacha, reía con su insaciable sed, y él se quedaba prendado de sus misteriosos y enormes ojos oscuros.

En el otoño la invitó a pasear, ella accedió inmediatamente. Salieron un domingo por la tarde en la que el fracaso lo tomó como prisionero. Su expresión delataba inequívocamente que no estaba cómodo. Era la primera tarde libre que se había tomado desde que, muy niño, comenzara a ayudar en las labores propias del cuidado del

ganado. Creía que iba a poder aguantarlo, pero la sensación de estar perdiendo el tiempo pudo con él. Casi no hablaba, era un palo serio y pálido encorsetado en su angustia. Cuando acompañó a Pepi a la puerta de su casa, la cara de la muchacha reflejaba la enorme decepción que sentía. Estaba convencida de que no le gustaba como mujer.

Empujado por la vergüenza, dejó de pasar por el puesto de agua. Los martes, para llevar el pedido a la casa de la puerta Real, daba un rodeo para no tener que pasar por la plaza del Museo.

Las Navidades eran para él las fiestas más gozosas. Desde primeros de diciembre, la tienda se convertía en una explosión acelerada de trabajo. Cuando se acostaba, absolutamente rendido, su mente y su alma se adormecían acunadas en una sensación de quieto placer.

Pocos días antes de Nochebuena, Pepi fue a la tienda a comprar legumbres, azúcar y café. En un principio no quería mirarlo, pero él se sobrepuso a su vergüenza y le preguntó cómo estaba. Ella le sonrió y le habló amablemente, David adivinó que había entrado en la tienda para comprar, pero también para verlo. La invitó a un vasito de vino y a un plato de queso viejo zamorano, y entre cliente y cliente hablaba con ella. Aparecía una vez en semana para comprar, él la invitaba siempre, era como un esperado y dulce ritual. De conversación en conversación, de semana a semana, pudo confesarle lo mucho que le gustaba, le explicó lo que le pasó aquel día que salieron y cuál era su problema. Ella le dijo que se sentía feliz estando a su lado, mirando cómo trabajaba, y que no le importaba que no pudiera tener ningún día libre. Se hicieron novios una tarde de verano de 1902 cuando la tienda estaba desierta y solo se oía el eco del posar de los dos vasos de cerveza sobre el mostrador de madera.

LA CASA DE LA ALEGRÍA
EDITH WARTON

Don David se levantó de su sillón y, al rato, trajo un plato con chacinas variadas, una botella de vino de Rioja recién descorchada y pan. Mariela se puso muy contenta. Preguntó:

—¿De verdad que nunca se ha tomado un día libre? —
Asombrada que estaba.

—¿Para qué?, si me siento desgraciado si lo hago. Bueno, sí, me tomé un día libre, el de mi boda.

—Pero los domingos la tienda permanecía cerrada.

—¿Y qué? Yo me levantaba igual de temprano que todos los días y trabajaba en limpieza y organización. Siempre había algo que hacer.

—Pues su tío estaría encantado con usted.

—¡Imagínese!

—¿Entonces, no ha vuelto a salir de Sevilla?

—¡Nunca! No volví al valle, nacieron dos hermanos a los que conocí porque vinieron un año a visitarme, jamás volví a ver a mis padres.

—Imagino que su tío, que tanto lo valoraba, pronto comenzaría a pagarle un sueldo.

—¡Y tanto que sí! Solo estuve sin cobrar un año, algo impensable para un aprendiz interno de comercio. Ya desde el segundo me pagaba bien, pero claro, es que yo hacía mi trabajo y el suyo, y, aun así, le ahorraba el contratar a otro trabajador. Yo no

Manuel Bobis Reinoso

gastaba nada, nunca salía, Pepi venía a verme todos los días y pasaba la tarde tomando algún vino y viéndome trabajar. Incluso la ropa que usaba era la propia para la labor que realizaba, que además compraba mi tío, pues le gustaba que ambos nos uniformáramos con el mismo babi y el mismo delantal.

»En 1905, ya tenía la idea de establecerme por mi cuenta. En el otoño, estaba incluso apalabrando un local por la zona de San Juan de la Palma, pero a mediados de 1906 Ramón Sierra Noriega, que había comprado el Café de la Campana, quiso llevarme a su establecimiento como camarero. Ya se habían acabado las obras del nuevo edificio, le había cambiado el nombre por gran Café de París. Don Ramón era asiduo de la tienda de ultramarinos y conocía mi dedicación al trabajo, así que me hizo una buena oferta.

—No me extraña. —dijo Mariela mientras pensaba en decirle que si no le importaría ir algún día a su casa a hacer un poco de limpieza. No se atrevió, lógicamente.

—¡Aquello era la leche! Yo estuve considerándolo mucho, se trataba de un elegantísimo local muy de moda, abierto todos los días de la semana y que echaba su cierre a altas horas de la noche. Me venía muy bien, iba a ganar dinero, me dedicaría por completo al trabajo sin tener grandes responsabilidades, tendría ocupadas muchas horas del día. Para mí era un puesto ideal, así que acepté.

—¿Qué edad tenía usted entonces?

—Veintitrés años, ya usted ve, ¡un niño!

Los mismos que ella tenía cuando vino a Sevilla desde Utrera, sola, a ganarse la vida. David continuó:

—Siempre había creído que mi futuro estaba en mi propia tienda de ultramarinos, no se me hubiera ocurrido trabajar en un café. Yo lo conocía bien porque pasaba casi todos los días por delante en

mi reparto. Como ya le he dicho se le había cambiado el nombre de Café de la Campana a Gran Café de París.

»En mi primer día de trabajo, muy temprano, antes de entrar, me paré, justo en la esquina de La Campana con la calle O'donell, frente a la puerta, a contemplar el precioso edificio de Aníbal González.

Mariela también se había parado a contemplar el edificio muchas veces, con su cuerpo cilíndrico que tan bien salvaba la esquina, sus amplias cristaleras y su hierro de fundición imitando motivos florales, con su baranda con inspiraciones de la naturaleza apoyada en graciosas y casi humanas curvas. Colgada del cielo, como mirando con desprecio su insulsa pequeñez, la contemplaba su grácil cúpula metálica.

—Ese precioso edificio me acogería hasta 1924 —prosiguió don David—. Toqué con los nudillos, aquella puerta que se me abrió por primera vez, y, acompañado de mi maleta donde guardaba mis pocas pertenencias, entré en aquel salón propio de un palacio y pude contemplar sus sillones rojos, las mesas con sus tapas de mármol y las paredes cubiertas de enormes espejos. En la primera planta, el salón de billares esperaba ya su limpieza.

La escritora pensaba que ya era hora que le hablara de Eugenio, pero don David seguía narrando y no paraba:

—Comencé dedicándome solo a la limpieza, pero en un mes ya me había ganado el mandil de camarero, que me llegaba hasta el suelo. Aprendí la gran complejidad de los distintos cafés y del agua que los acompañaba: con gotas de anís o zarzaparrilla, con su azucarillo en forma de panal listo para diluirlo en el agua. Los cafés se cobraban muy caros para lo que era normal en la Sevilla de aquellos años, por eso se decía que era solo para gente de postín, y realmente era así porque solo era frecuentado por médicos, tratantes

Manuel Bobis Reinoso

de ganado, abogados, literatos, comerciantes. Dejaban muy buenas propinas, ¡pero buenas! Mi dedicación absoluta y obsesiva para que todo quedara siempre perfecto hizo que ganara muy provechosos dineros, y además me permitió hacer amigos entre aquellos hombres de la clase media alta.

Había llegado el momento, ¡a aprovecharlo!

—¿Conoció en vida al librero Eugenio Valdeluna?

—¡Pues claro!, era muy asiduo del café. Disculpe, se me olvidó que usted había venido a hablar de él.

La culpa, sin duda, la tenía ella. Don David narraba lo que le había pedido.

—Sí, como le dije, el motivo de mi visita es que estoy escribiendo una novela sobre su vida.

Su vida, la de Eugenio, no la del pasiego. Parecía que aquel hombre había entendido mal.

—¡Pues claro, mujer!, las consumiciones eran bastante caras, con ellas se pedía el periódico, y entre lecturas y charlas pasaban los parroquianos toda la tarde. Siempre que había función en el cercano teatro San Fernando, los espectadores hacían tiempo en el café antes de dirigirse a la función y, como cerraba muy tarde, los comediantes venían después de su actuación y cenaban, acabando siempre con un buen chocolate caliente o con una torrija.

»En 1907 pude comprar una casa en la calle San Vicente. En el mes de septiembre Pepi y yo nos casamos y pudimos dormir juntos por primera vez. Se me hacía extraño pernoctar fuera del local donde trabajaba, pero era un sacrificio que debía hacer si quería mantener un mínimo de contacto con mi mujer. Salía de mi casa todos los días a las ocho de la mañana y volvía sobre las dos de la madrugada. Puede imaginarse que trabajando de esa manera pronto ascendí a encargado de todo el café.

—Hábleme de esa gran vida social que respiraba el local — dijo Mariela dejando ver una expresión de impaciencia. A ver si por ahí se arrancaba a hablar de Eugenio.

—¡Buah! ¡Aquello era la casa de la alegría! Como le digo — continuó don David—, por allí desfilaron diversos personajes de las clases medias y altas de Sevilla. Pasaban toda la tarde entre lectura del periódico El Liberal, cafés, copas y tertulia. Por ejemplo, teníamos la zona de los médicos. Si un hijo mío se ponía enfermo, mi mujer lo llevaba al café donde inmediatamente un doctor lo exploraba y nos extendía la receta para que compráramos la fórmula en la farmacia Central.

»Teníamos el que llamábamos el rincón de los taurinos, donde se reunían hombres que dejaban unas propinas espectaculares, y por supuesto todos los martes y todos los jueves la tertulia cultural a la que llamaban Lo Prohibido, de la Librería Internacional, la de Eugenio Valdeluna.

¡Aleluya! ¡Por fin!

—Después de su reunión acudían siempre al local y seguían charlando y charlando sobre las novelas que tanto les gustaban. Los tertulianos se solían ir después de la una de la madrugada cuando se tomaban la última copa, y eso que todo costaba el doble que en otros locales.

»Veía a don Eugenio todos los martes y jueves sin falta, pero también otros días en los que venía solo o con alguna compañía. En 1907 acudía con una mujer que se llamaba Teresa, era al menos veinte años mayor que él, y pasaban tardes y noches enteras así muy acaramelados. Rondaría él, entonces, por los veinticinco, y ella ya estaba bien metida en los cuarenta.

—Pero, ¿eran pareja?

Manuel Bobis Reinoso

—¡Y tanto! Según los besos que se daban cuando en el local ya no quedaba casi nadie, sí. En 1908 comenzó a venir con la hija de esta tal Teresa, acabó casándose con ella. Creo que se llamaba Beatriz. Después pasaron muchos años en que tomaba sus consumiciones en soledad, aunque impecablemente vestido como siempre, hasta que en 1922 cambió y se hacía acompañar de una chica por la que, al parecer, dejó a su mujer y a sus hijos y se fue a vivir con ella. Eso que le cuento fue después del desgraciado acontecimiento por el que a Beatriz comenzaron a llamarla, a modo de mofa, «Maldegollada».

—¿A la mujer con la que se casó la llamaban así?, ¿por qué?
—preguntó Mariela mientras su curiosidad comenzaba a poner ojos de búho.

—Eso, señorita, es algo muy delicado en lo que yo no quiero entrar.

Primer tropezón, no importaba, habría que seguir investigando qué ocurrió para que la llamaran de esa manera. ¿Mujer y amantes, madre e hija? Parece que don Eugenio no perdía el tiempo. El tendero seguía narrando:

—En 1915, La Campana se había convertido ya en el centro de la gente de dinero. El Gran Café de París, junto al café cantante Novedades, atraía a lo más pudiente de la ciudad. En nuestro local, sobre todo después de la revolución rusa, las tertulias solían acabar en discusiones cada vez más politizadas. Por ejemplo, los sindicatos comenzaron a considerar que las propinas degradaban al trabajador, y tan solo aquella tontería levantaba unos tiras y aflojas que a veces me parecía que iban a acabar en las manos. ¡Unos espectáculos que formaban!

»En 1923 se tiró el café Novedades para ensanchar la calle, y en 1924 se cerró el Gran Café de París.

—¿Qué hizo entonces?

Ángeles de piedra

—¿Qué iba a hacer?, como buen montañés dedicarme a los ultramarinos, puse mi propia tienda en esta calle Puente y Pellón, en la que está usted ahora espero que cómodamente sentada.

—¡Muy cómoda, muy bien tratada y degustando este rico vino de Rioja y estas exquisitas chacinas!

—¡Y tanto que sí! Me alegro de que se encuentre a gusto. Imagino que querrá que le cuente qué ocurrió aquella noche.

—Sí, por favor.

—Cerré la tienda a la una y media de la madrugada, como todos los días volví andando a mi casa donde me esperaba, como siempre, despierta, mi mujer. Hacía bastante frío, propio de finales de enero, llevaba puestos mi abrigo, mi bufanda y mi sombrero. Al girar para tomar la calle San Vicente lo vi allí, tirado junto a la parroquia. Al acercarme no puede reconocerlo porque estaba casi sumergido en sangre y con grandes inflamaciones en la cara que lo desfiguraban. Estaba boca abajo, con una postura muy rara y con los pantalones semibajados. Comprendí inmediatamente que aquella persona estaba muerta, corrí a avisar a la Guardia de Asalto, que inmediatamente tomó nota de todos mis datos y se hizo cargo del caso. Al día siguiente hice unas declaraciones ante el juez, y hasta ahora.

—Imagino que habrá leído en la prensa sobre el caso — observó Mariela mientras se metía en la boca una rodaja de caña de lomo que tenía una pinta estupenda.

—Sí, leído en la prensa y oído de boca en boca, que no se puede ni imaginar de lo que se entera uno en una tienda de ultramarinos. ¡La leche!, supe que era una mujer.

—¿Lo sospechó alguna vez?

—¡Qué va!, tal vez ahora que conozco el hecho puedo intentar rebuscar en mi memoria, pero desde luego nunca dudé de que aquella persona fuera un hombre. Cierto que era muy delgado y no

Manuel Bobis Reinoso

demasiado alto, que su voz era fina y que tenía una piel muy blanca, pero no mostraba ni el más mínimo amaneramiento. Don Eugenio representaba la elegancia y la caballerosidad en el vestir y en el trato con las personas, pero no era clasista. De hecho, yo conozco bien a un obrero que era muy amigo suyo, se llama José, pasa por aquí casi todos los días, si usted quiere puedo darle su dirección. De Beatriz, su mujer, solo sé que vive muy cerca de San Isidoro, nada más.

—¡Claro que me interesa esa dirección! Ya no le robo más su adorado tiempo de trabajo. Le doy las gracias por todo lo que me ha contado y por lo bien que me ha tratado. Tanto el vino como las chacinas son una exquisitez.

—¡Gracias! Siempre lo mejor de mi casa para quien la visita. Calidad y dedicación, esos son los dos ingredientes imprescindibles que se necesitan para tener éxito.

—Tendré en cuenta su consejo cuando escriba la novela. Se expresa usted muy bien para ser una persona que ha trabajado toda la vida.

—Porque diariamente, después de la faena, estudio.

¡Por Dios!, ¿también estudiaba?

Parecía que la teoría de la cadena estaba funcionando, pero estaba contando la historia desde el final, y eso no le gustaba mucho, que ella era una escritora así muy tradicional. Le hubiera encantado empezar con el nacimiento y haber terminado con la muerte, pero las circunstancias mandaban. Si Carlos no quería ayudarlo tendría que conformarse con lo que ella fuera averiguando, llevaba en el bolso una nueva dirección y un nuevo nombre. Adelante.

LA REBELIÓN
JOSEPH ROTH

Le daba un poco de asco y de miedo acudir a un corral de vecinos en el barrio de la Macarena, pero había que hacerlo porque no tenía más seña que aquella que don David le había escrito en un papel. Carlos seguía sin soltar prenda y poniendo cara de póker.

José y su esposa se extrañaron de que una señorita quisiera entrevistarlos, pero, cobijados en esa sencilla confianza propia de las personas humildes, hicieron pasar a Mariela. Se sentaron en la única pieza de la casa. Paredes sucias y desconchadas, tres sillas cojas, una mesa pequeña, camas desvencijadas, palanganas y orinales a la vista, en unos estantes se amontonaban los restos de lo que alguna vez fue una vajilla, por la ventana se oían los gritos alegres de unos niños que jugaban en el patio. Pronto se sintió relajada, a su nariz solo llegaba un olor: el de la miseria, entre caldo de puchero y ropas viejas.

José era un hombre pequeño y delgado, con la piel muy seca y morena de muchos soles, dientes amarillos los que le quedaban, pues entre varios huecos de su boca se le escapaba una sonrisa amable. La mujer, grandota, de sonrisa bobalicona y papada. Seis de la tarde, Mariela explicó al matrimonio la razón de su visita. El hombre comenzó a hablar:

José, el anarquista.

—Soy anarquista porque los políticos no valen *pa na*. Ni autoridad, ni jueces, ni curas. No hacen falta *enteraos* que manden ni que impongan, porque la gente es buena por naturaleza, y si nos dejan a nosotros mismos sabemos ayudarnos unos a otros. Nada de estado, solo la libertad de las personas.

»Me gusta mucho leer, aunque apenas sé hacerlo. Fui al colegio hasta aprender a escribir mi nombre y las cuatro reglas de sumar, restar, multiplicar y dividir porque mi padre entendía que con eso ya bastaba, y me sacó del colegio para que le ayudara en las faenas y para que me hiciera un hombre trabajando. Leo muy mal, a trompicones y muy lentamente, y eso porque yo me he encargado de aprender poquito a poco, pero he leído ya varios libros, por ejemplo *Sangre y arena*, de Vicente Blasco Ibáñez, o *El caballero encantado*, de Benito Pérez Galdós, aunque tardé un siglo en cada una.

—¿Cómo conoció a Eugenio?

—Me enteré de que en la calle Sierpes había una librería que se llamaba Librería Internacional, que todos los martes y jueves por la tarde se leían novelas en voz alta y que *aluego* hablaban de lo que habían leído. A mí me parecía estupendo que alguien me pudiera leer una novela, ¡con lo que me gustan! Al principio no quería ir a preguntar, me daba vergüenza porque yo pensaba que las gentes que acudían a esas reuniones tendrían que ser personas muy leídas y estudiadas, pero después mandé al carajo a la puta vergüenza, que eso no vale *pa na*, y me planté allí un martes por la tarde.

»Me atendió la María Jesús, que es una muchacha así muy dulce y muy agradable, y cuando yo le dije que quería estar en las lecturas llamó a don Eugenio, que salió de dentro de la librería y me dijo que pasara. Me llamó mucho la atención que todas las paredes

estaban pintadas de celeste, porque yo no había visto nunca una que no estuviera pintada de blanco. Todavía no había llegado nadie de lo que él llamaba la tertulia Lo Prohibido, estuvimos hablando un rato sobre los pocos libros que yo había leído. Era el prenda más bien *vestío* que yo había visto en mi vida, se notaba que tenía estudios, y, sin embargo, me estaba atendiendo con mucho respeto a mí, que en cuanto abro la boca se me nota lo pronto que mi padre me sacó del colegio.

»Al poco rato, ya estábamos reunidas unas diez o doce personas, don Eugenio comenzó a leer una novela que se llamaba *La rebelión*, y el tío tal como iba leyendo en alemán lo iba traduciendo al español como el que se está bebiendo un vaso de agua. Me gustó mucho el haber asistido, desde aquel día hasta que se lo han cargado al pobrecito no he dejado de ir a la tertulia todos los martes y los jueves por la tarde. Recuerdo que aquella primera vez fue en junio de 1930, justo cuando estaban clausurando, o como se diga, la Exposición Iberoamericana.

»Los años antes de la Exposición tuve mucho trabajo como obrero de la construcción porque se hicieron muchos pabellones y se arreglaron avenidas. Estaba muy bien y no me faltaba mi dinerito en el bolsillo, pero después no vino tanta gente como se pensaba porque en Barcelona también hicieron otra exposición al mismo tiempo, y porque en América pasó no sé qué en la bolsa que por lo visto los tíos se tiraban hasta de los edificios para matarse. Además, la gente de dinero de España no quiso venir a Sevilla con las calores, y encima en el extranjero decían que era peligroso venir.

»Cuando se acabó la Exposición me quedé sin trabajo, yo y mucha gente, y decían que el ayuntamiento estaba *arruinaito*, y que íbamos a pasar hambre unos cuantos años. La verdad es que así ha sido, porque seis años después no hay manera de encontrar trabajo

Manuel Bobis Reinoso

en Sevilla. No había nada a lo que agarrarse, solo lo de siempre: el corcho, la cerámica, las aceitunas y el aceite, pero para los de la construcción nada de nada. Mucha gente en paro y sin ayuda ninguna, hambre y malas condiciones de viviendas. Ya ve, vivo en un corral de vecinos con mi mujer y mis cuatro hijos, en una sola habitación, con una cocina y un fregadero para treinta familias, y un cagadero asqueroso para todo el mundo. En 1930, el que tenía la suerte de encontrar algo de trabajo no salía tampoco del hambre, porque los jornales eran una porquería que no te daban nada más que para pan, si acaso. La gente pasaba penurias, de vez en cuando una riada para empeorar más la situación de las cosas y encima habíamos mucha gente que no sabíamos hacer la o con un canuto, y eso no nos permitía salir de la miseria. En la tertulia nunca me ha faltado una talega de pan, chorizos para llenar la orza, cartuchos de garbanzos, de chícharos o de lentejas. Semanalmente, don Eugenio, don Justo Andrés y doña Teresa me lo tenían preparado para que me lo llevara a casa.

Mariela apuntaba nombres, ya tenía el de Beatriz, que había sido la esposa, Teresa, la madre de esta última, con la que Eugenio parecía haberse dado algún que otro revolconcillo, María Jesús, que al parecer era una empleada de la librería, y ahora el de un tal Justo Andrés. ¡Bien por la libreta adorable!, inseparable compañera de los escritores. José prosiguió:

—Cuando se proclamó la República hicimos una gran fiesta en la tertulia, todos estábamos muy contentos y dábamos muchos vivas. A los pocos días, la librería fue pintada de color morado. Como usted sabe, la República fue proclamada a las cuatro de la tarde del 14 de abril de 1931, cuando izaron en el ayuntamiento una bandera roja que decían que era del antiguo cantón, o algo así, de Triana. Después trajeron la tricolor y la pusieron en el palo del balcón del

ayuntamiento, que eso sería sobre las cinco y media. Era martes, día de tertulia, pero nos echamos a la calle con una gran alegría y *juerga*. La banda municipal tocaba el himno de Francia y el de Riego. El jueves fue cuando hicimos la fiesta en la biblioteca.

—¿El ambiente en la tertulia era claramente partidario de la República?

—Sí, todos ellos, pero nunca se metieron en refriegas ninguna. Recuerdo que don Eugenio decía que el mayor tesoro que podía disfrutar un ser humano era el de la libertad.

En eso coincidía totalmente con Mariela.

—Mucha alegría sí, pero para el trabajo no cambió *na* porque los cabrones de los ricos se llevaron su dinero a bancos del extranjero. La situación seguía siendo muy mala para los pobres, la gente estaba muy harta y tiró por el camino de la fuerza, que a mí eso no me gustaba, yo no quería participar por muy anarquista que fuera.

»No había manera de que la gente saliera de la miseria con salarios de risa, y eso el que lo tenía. La verdad es que en Sevilla se formó bien formada durante los dos años después de la proclamación de la República. Empezaron a decirnos por ahí que si Sevilla la roja o que si el Moscú sevillano. La Macarena, Pumarejo, Santa Marina, San Marcos, San Julián, San Román y también Triana. ¡Coño las que se formaban!, y en el campo también, porque la CNT, que yo pertenezco a la CNT, decía que iba a repartir los cortijos y las tierras, y que ya no iban a haber ni ricos ni guardias civiles.

»Yo pertenezco a la CNT por principios, pero a mí me dicen que soy un anarquista de mierda porque no me gusta que las cosas se hagan a la fuerza y porque soy partidario de la República, ya que los anarcosindicalistas no la quieren, dicen que sigue siendo capitalismo y que oprime igualmente a los trabajadores. Se sienten como en guerra contra ella, y además dicen que el subsidio por paro o por

Manuel Bobis Reinoso

maternidad son limosnas con las que hay que acabar, que eso a mí no me parece bien.

»Creíamos que la República nos repartiría los bienes y que los pobres saldríamos de la miseria, pero no ha sido así. Eso ha enfadado a mucha gente y encima anarquistas, socialistas y comunistas se llevan a matar y se pelean entre sí, que yo eso no lo entiendo, que es que antes se liaban hasta a pegarse tiros entre ellos, y con gente herida y muerta. Lo que pasaba era que si un sindicato controlaba una fábrica no permitía que trabajaran en ella más que sus afiliados, que hasta llegaron a poner bombas en algunas instalaciones. Los anarquistas decían que los comunistas eran unos hijos de Lenin y que en Rusia esclavizaban a los trabajadores, de los socialistas decían que eran enchufados. Los comunistas que los anarquistas éramos matones de pistola y los socialistas decían que éramos unos soñadores, ¡fíjese usted qué lío!

Había que centrar a José en su relación con Eugenio. Iba a intentarlo, se sentiría orgullosa si lo conseguía, pero aquello no tenía mucho mérito porque a Mariela le interesaba la política un rábano. ¡Qué sueño!, se le cerraban los ojos sin querer.

—¿Se sintió muy unido a las personas que formaban la tertulia? —preguntó la escritora.

—Sí, desde el primer momento me consideré acogido y a gusto. Por ejemplo, en aquella primera feria republicana de 1931 lo pasé muy bien. Resulta que los nobles y las gentes de dinero de Sevilla, de Madrid, de Jerez o de Córdoba no quisieron participar en ella como protesta, y encima los pobres, después de tanto paro y tanta miseria, no teníamos un céntimo en el bolsillo. Si no alcanzábamos para pan no podíamos tener para manzanilla. Sin ricos y sin pobres se antojaba una feria que parecía iba a perder todo su encanto. En muy poco tiempo, don Eugenio montó una caseta, algo que no había

hecho nunca, y en ella pasamos una feria en la que no faltó el cante, el baile y el vino. Nos invitaron a todo. Cierto que no había pavos *estiraos* presumiendo de sus dineros montados a caballo o en coche, pero el lucimiento lo puso una clase media que supo reaccionar a la traición de los ricos. Los adornos y la iluminación fueron mejores que otros años, y en la puerta de nuestra caseta, que se llamaba La Venta de los Prohibidos, no faltó tampoco un coche de caballo. Además, don Eugenio le había comprado a la María Jesús un mantón de Manila que llamaba la atención de todo el mundo y que le habría tenido que costar un capital.

—¿Eugenio Valdeluna era un hombre de dinero?

—Sí, se notaba que tenía muchísimo.

—¿De dónde provenía su fortuna?

—Eso yo no lo sé. Desde luego, de la librería no, era imposible. Pero de todas formas parecía que odiaba y que despreciaba el ambiente de los ricos. Lo de la caseta, sin duda, fue una reacción contra los nobles y los *pavos* que se creen que cuando cagan huele a dama de noche o a jazmines.

»Sí, se formaban unas muy gordas. ¡Fíjese!, me gustaba ir a tomar un vinillo a la taberna Casa Cornelio, junto al arco, en la entrada de la calle Bécquer. Allí se juntaban, sobre todo, gente comunista, pero también iban médicos del Hospital Central, estudiantes de medicina e incluso hermanos de la Macarena. En la mañana del 23 de julio llegó el ejército y nos sacó de allí. Nos dijeron que fuéramos a nuestras casas, y cuando preguntamos por qué se nos contestó que allí se repartían pistolas. Le puedo asegurar que no se me olvida, era la segunda batería del regimiento de artillería ligera número 3 mandada por un capitán, un tal Miguel de la Torre. Pusieron sus cañones al comienzo de la calle Don Fadrique, junto al Hospital Central, apuntando hacia la taberna Casa Cornelio, y de

Manuel Bobis Reinoso

pronto comenzaron a disparar los cañonazos. Yo lo veía porque me había ido a la calle Don Fadrique, justo detrás de las baterías. Sonó el primer cañonazo, y luego otro, y luego otro, y una de las bombas pasó justo por el hueco que había hecho la anterior y fue a caer nada menos que a una azotea de la plaza del Pan, luego rebotó y cayó a la calle, que menos mal que, por lo visto, había perdido la espoleta al pasar por la taberna y no estalló. La taberna quedó totalmente destruida, tanto que se derrumbó.

—Sí, recuerdo bien lo ridículo que fue el bombardeo de Casa Cornelio —dijo Mariela.

—¡Pero bueno!, que usted, señorita, ha venido para que le hable de don Eugenio, que la cabra tira al monte y yo me voy siempre a la política. Lo que puedo decir de él es todo bueno. Sé que hay muchas lenguas por ahí diciendo cosas ahora que se ha sabido lo que se ha sabido, y que lo entroncan con lo que le pasó a su mujer, pero yo solo puedo hablar bien de él. Hay mucho cachondeo en la calle, siempre lo hubo, pero a él le daban igual las mentes tan enanas de esta Sevilla que huele ya demasiado a las bolitas que se le echan a la ropa para las polillas. Siendo inglés estaba muy por encima de esta tierra rancia.

»Desde que comencé a ir a la tertulia, en mi casa no ha faltado ni un solo día un plato de comida. No sé cuantas novelas me ha *regalao* para que las leyera, que parece mi casa más una librería que el cuarto de un pobre inculto como yo, y sobre todo la cantidad de muchachas que ha sacado de la prostitución junto a don Justo Andrés y a doña Teresa. Eso no es un invento, que yo he conocido personalmente a varias de ellas.

La pluma comenzaba a ponerse nerviosa, a trabucarse. Las preguntas se iban poniendo en fila como los niños antes de entrar en clase. Alteradas, querían adelantar a la anterior.

—¿Qué fue lo que le pasó a la esposa de don Eugenio?

José hizo un gesto de desagrado, contestó:

—Eso, señorita, si a usted no le importa, preferiría no ser yo quien se lo contara.

¡Vaya! Segundo intento, a ver si con un próximo personaje tenía más suerte. Las preguntas seguían nerviosas.

—¿Dice que sacaba a muchachas de la prostitución?

—Sí, les buscaba trabajos para que pudieran abandonar el puterío. —La mujer de José le hizo un gesto de desaprobación por el término que había empleado.

—Por último, me ha parecido escucharle que Eugenio era inglés.

—Sí, ¿eso no lo sabía usted? —¡Otra vez cara de tonta!—. Se crió en Riotinto, su padre era ingeniero de las minas. Creo que llegó muy pequeñito y que vivió allí por lo menos hasta los veinte años. Don Eugenio era un auténtico, entregado, amable y elegantísimo caballero. Sé que todavía le queda por entrevistar a mucha gente y que la habrá que le hablará muy mal de él, pero yo solo puedo lavarme la boca con jabón antes de pronunciar su nombre.

Mariela daba las gracias mientras recogía apresuradamente su pluma y su cuaderno adorable y los metía en el bolso. Tenía prisa, había que hacer las maletas.

El último día del mes de febrero ya se había hecho de noche. Más tarde, en la cama, abrazada a Carlos, recordaba lo que le habían contado sobre Eugenio: que se dedicaba a sacar a muchachas de la prostitución. Miraba a su marido, ya dormido, con amor, cariño y agradecimiento porque fue él quien la sacó, en los momentos más difíciles, del hambre, del asco, del miedo y de las palizas. Aquel infierno duró poco tiempo, pero gracias a su Tarzán dejó de ser puta.

GRANDES ESPERANZAS
CHARLES DICKENS

Seguía haciendo frío aquella madrugada de marzo de 1936, el abrigo era imprescindible, aunque se sintiera incómoda con él puesto. Sentada en el autobús, llevaba la maleta sobre las rodillas. Olor a gasoil, a sudor nuevo y consolidado, a gallina, a toquilla de anciana casposa. Largo y fatigoso viaje desde Sevilla a Riotinto. Por fin iba a poder tomar la historia que estaba escribiendo desde el principio, como Dios manda. ¿Cómo sería de niño Eugenio? Seguro que el viaje no iba a ser en balde, en un pueblo todo el mundo se conoce.

Al bajar del autobús, a Mariela le llegó olor a ácido, a metales y a algo así como a pólvora o dinamita. ¿Dónde acudir?, pues al mercado donde las mujeres suelen charlar de sus cosas sin dejar de lado sus obligaciones. Verduras y señoras arrugadas por cincuenta años de intemperie. Bullicio mareante, algún que otro grito de un hombre que pregonaba lo buenas que eran sus naranjas. No se equivocó, a la primera supieron darle señas, debía visitar a una señora llamada Natividad, a la que, entre risas, sus paisanas llamaban «su majestad», en la calle San Roque.

Abrió la puerta una mujer que rondaría los ochenta años. Delgada, casi tan alta como Mariela, vestida de negro, seria. Le dijo que volviera dentro de una hora, pues tendría que pensarse si era adecuado hablar de Eugenia. Pues un paseíto por un pueblo en el que todo el mundo la miraba como si fuera un marciano.

Manuel Bobis Reinoso

Una horita después, volvió a llamar a la puerta. La señora la hizo pasar con modales muy correctos. Parecía que seguía algún tipo de protocolo y que estaba recibiendo a la embajadora de Chochokistán. No puso ningún problema cuando Mariela le comentó, de nuevo, a lo que se debía su visita.

La anciana se lavaba todos los días, olía a limpio, solo alguna pequeña pérdida de orina, pero nada más, colonia barata, pero eficiente. La casa también se veía bien *escamondá*, aparador con vajilla inglesa a la vista tras cristales biselados, candelabros de plata, mesa grande con centro de frutas y sillas tapizadas de rojo. Pasaron al patio, plantas cuidadas y sanas, desde su jaula cantaba un canario, ya no hacía frío, se sentaron en sendas mecedoras al solito, junto al pozo. Pluma y cuaderno abiertos, hasta se sentía alguien importante esperando a que aquella señora empezara a hablar. Muy estirada, cejas altas y con gesto grave, Natividad comenzó a narrar cómo fue la llegada de los padres de Eugenio a España.

Natividad, la cuidadora.

Anne-Sophie Valdelune, de casada Anne-Sophie Brown, arribó al puerto de Huelva el 2 de abril de 1884 tras un largo viaje en barco desde el puerto inglés de Southampton. Era acompañada de su marido, el ingeniero de minas Robert Nicholas Brown, llegado para ejercer un cargo de responsabilidad en la Río Tinto Company Limited, de su hija de dos años Eugenia Patricia Brown y de un total de once mil ochocientas treinta y nueve novelas. El pasaje le había costado mucho más caro debido al gran espacio que hubo de ser destinado en la bodega al transporte de tantos libros. Al llegar a

puerto, dos empleados tardaron varias horas en descargar las sesenta cajas de madera que contenían las amadas novelas, y hubieron de ser contratados doce carros tirados por mulas para llevar la carga al muelle del mineral que la compañía poseía en el puerto. Una vez en el muelle, se llenaron tres vagones de carga con las cajas, mientras que Anne, su hija y su marido se acomodaron en uno de los vagones para pasajeros que el tren minero, también propiedad de la compañía, ponía al servicio de sus empleados. Pronto la locomotora de vapor comenzó a silbar arrastrando los vagones y los cuatrocientos metros de tren camino del pueblo de Riotinto. Nuevas y grandes esperanzas nacían para la familia.

Anne-Sophie Valdelune era hija de un diplomático francés, hablaba perfectamente, además de su lengua natal, el inglés y el alemán, y se desenvolvía bastante bien en ruso, italiano y español. Su gran pasión era la lectura, pasaba muchas horas al día ojeando historias y soñando con ellas, pero amontonaba novelas que no podría leer ni en dos vidas que gozara porque las compraba compulsivamente. Título nuevo que era editado, título que era comprando al momento sin importar la calidad, la fama del autor o el idioma en el que estuviera escrito. El mayor tesoro de su vida era aquel grandísimo número de libros, que no quiso, de ninguna manera, dejar en Inglaterra.

Cuando el tren llegó a la estación minera de Riotinto, ya esperaba a la familia Mr. Charles Prebble, que entonces era director de la compañía. Cuando vio el valioso cargamento que la familia traía consigo no pudo dejar de lanzar al aire un muy poco británico grito de alegría, pues en la biblioteca del recién inaugurado Club Inglés para el deporte, la cultura y el recreo del personal, solo malvivían algunos libros casi deshojados que a nadie interesaban.

Manuel Bobis Reinoso

La familia fue conducida al barrio de Bella Vista y acomodada en su nueva casa, donde ya les esperaban, formados en la puerta, el ama de llaves, el cocinero y dos camareros: personal que pasaría desde aquel momento a estar a su pleno servicio. La casa se alzaba en tres plantas, una de las más grandes del barrio, pues así correspondía al alto cargo que el ingeniero Robert Nicholas Brown iba a desempeñar dentro de la compañía. El tejado a dos aguas, porche, jardincillo y patio trasero. En el interior, el salón principal, que igual que toda la casa, daba la bienvenida con sus muebles de estilo victoriano, con su chimenea y su buen retrato de la reina Victoria custodiado por dos banderas británicas. Cocina amplísima, grandes habitaciones tanto para el matrimonio como para el servicio, y mucho lujo que casaba perfectamente con el eterno porte, saber estar y entusiasmo de mujer rica que madame Anne-Sophie derramaba por donde pasaba. Su tesoro, casi montañoso, de emocionantes y apasionadas historias impresas en papel, fue depositado en el Club Inglés.

En el barrio de Bella Vista era donde vivían los británicos de la compañía. Lo comenzó a construir Mr. Prebble en 1883, en una colina hecha con escoriales antiguos, lejos de las minas y de los humos, para que el personal británico no tuviera que relacionarse con los habitantes de las cuencas mineras a los que llamaban «nativos». Cuando la familia llegó, ya estaba casi terminado el barrio, con su muro custodiado por dos garitas en las que guardias armados velaban para que nadie que no fuera británico o que no fuera sirviente pudiera pasar. Jardines, arboledas con especies traídas de las colonias, calles pavimentadas y limpias, iglesia anglicana con bancos provistos de calefacción y un órgano que sonaba como si el cielo estuviera en la tierra. La escuela, la casa del consejo donde se hacían las reuniones del comité directivo de la compañía, pistas de tenis, de

Ángeles de piedra
fútbol, minigolf y el Club Inglés, donde solo podían entrar los
hombres. Hasta un muy lujoso cementerio. No muy lejos del barrio
habían construido un hospital.

En 1873, fue comprada la mina por noventa y tres millones
de pesetas al presidente de la primera república, Estanislao Figueras,
cuyo gobierno estaba absolutamente en bancarrota. El capital lo puso
un escocés: Mr. Hugh Matthenson, con la ayuda de la firma Totchild.
Entonces se creó la compañía The Rio Tinto Company Limited.
Consiguieron un precio muy por debajo de lo tasado e infinitamente
menor que su valor real. La compra no fue solo de la mina, sino que
fue adquirida la propiedad del suelo, del subsuelo y del cielo. Sí,
adquiría también la capacidad de expropiación del suelo que fuera
necesario para la construcción del ferrocarril a Huelva y la propiedad
absoluta de todo el terreno adquirido, incluidas las construcciones
que sobre él existieran. La mina se convirtió en la mayor del mundo
a cielo abierto.

Mariela observaba, con asombro, cómo el rostro de aquella
mujer iba cambiando a medida que hablaba de los ingleses, pues pasó
de una dureza de palo inicial a una expresión de éxtasis propio de
una Inmaculada. Parecía que de un momento a otro iba a subir a los
cielos o a tener un orgasmo.

LAS AVENTURAS DE ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS
LEWIS CARROLL

La señora Natividad comentaba con brillo en los ojos:
—¡Imagínese el poderío!, en plena franja pirítica ibérica.
¡Las míticas minas del rey Salomón explotadas por una
compañía poderosa!, lo que los españoles seríamos
incapaces de hacer. Fíjese en el potencial y en el buen hacer de la
compañía que en julio de 1875 ya se pudo inaugurar el ferrocarril con
sus ochenta y cuatro Kilómetros de vías que bordean el río Tinto y
sobre las que circulan trenes capaces de cargar treinta toneladas de
mineral. ¡Ya ve!, en solo veinticinco meses se construyeron ocho
puentes, cinco túneles y doce estaciones, y en 1886 se realizó la
construcción del muelle del mineral en el puerto de Huelva.

—La veo muy apasionada con la compañía —observó Mariela.

—Hace ya mucho tiempo que dejé de trabajar, pero el poder entrar en el barrio de Bella Vista y comenzar a ejercer una profesión más acorde con mis cualidades me cambió la vida a mí y se la cambió a mi hija Clara, pues pudo educarse como una señorita.

—¿Su hija Clara?

—Sí, ella es la que más ha conocido a Eugenia, se han criado juntas. Después le daré su dirección para que vaya a verla.

¡Qué bien!, hasta ahora iba saliendo todo estupendamente.

—Muchas gracias, siga contando por favor —dijo Mariela impaciente.

Manuel Bobis Reinoso

— El cielo del barrio era azul, alejado de los humos de la mina. El lujo, la exclusividad de aquellos auténticos señores que celebraban con entusiasmo el cumpleaños de la reina Victoria cada 24 de mayo. Sus equipos deportivos, como el Riotinto fottball Club. ¡Fíjese, para que usted comprenda bien la capacidad de la compañía, que Bella Vista fue uno de los primeros lugares donde brilló la luz eléctrica en España! ¡Una maravilla!, pero también un bien para los pueblos de la cuenca minera, pues la empresa proporcionaba muchísimo trabajo, que aquí llegaba gente hasta de Portugal buscando el ganarse el pan. Además, arrendaba casas a precios muy baratos, suministraba alimentos mediante el economato, llevaba agua a los municipios, mantenía abiertas las escuelas y el hospital y trajo el ferrocarril a la cuenca. ¡Usted me dirá si era para estar entusiasmada o no!

»Me ilusioné cuando me llamaron para trabajar para madame Anne-Sophie como cuidadora de la pequeña Eugenia. Solo el pensar en aquella sociedad de señores y damas que, incluso, como debe ser, decidía quiénes eran los alcaldes, los concejales e incluso los funcionarios de los ayuntamientos de los pueblos mineros; me ponía los vellos de punta. Hasta mantenía en nómina a los diputados electos en el distrito de Valverde del Camino para que no les faltara de nada y pudieran defender mejor los intereses de los obreros de la cuenca minera. Me sentí muy alagada cuando se me llamó.

»El barrio estaba rodeado por un muro cuya puerta estaba custodiada en todo momento por un cuerpo policial llamado Guardiña, creado por la propia compañía, que impedía el paso a todo el personal que no fuera británico o sirviente. Es que de hecho los habitantes del barrio tenían prohibido el relacionarse con el personal nativo.

—¿No se integraban con las personas y costumbres españolas?

—¿Para qué?, no se entendería siendo ellos infinitamente más refinados y eficientes que nosotros.

Ya empezaba aquella persona a caerle un poquito mal a Mariela, y cuando alguien se le atragantaba... ¡malo, malo!

—Explíqueme cómo fue que usted pudiera entrar a trabajar dentro del barrio.

—Madame Anne-Sophie adoraba la lectura. Mujer muy culta, dominaba varios idiomas y comenzaba a hablar bastante bien el español. A su hija Eugenia le hablaba en francés para que así aprendiera de cuna su idioma junto con el inglés, así que quería contratar a alguien para que cuidara de la niña y que le hablara en español correctamente para que también lo aprendiera sin dificultad ya desde la corta edad en la que se fijan los idiomas. Solicitó al director de la compañía, Mr. Prebble, el servicio de una niñera española, petición que fue inmediatamente denegada, ya que ningún nativo podía cuidar de los hijos de británicos.

»Madame amenazó con llevarse su colección de novelas de vuelta a su casa londinense, algo que hizo reflexionar rápidamente al director, que soñaba con la bien nutrida biblioteca del Club Inglés de Bella Vista. Pronto se hizo realidad su sueño y la biblioteca abrió las puertas. Desde entonces, además de los miles de ejemplares de Madame, también se tomaban otros prestados de centros bibliotecarios y de clubes de Londres que luego se devolvían.

—¿Pero, si solo podían entrar hombres en el club, cómo podía acceder madame a sus propios libros?

—Su marido, Mr. Brown, le sacaba los que ella le demandaba.

—Y así fue como usted comenzó a trabajar para la familia.

—Sí, yo era la única mujer en la cuenca que, en Sevilla, había estudiado hasta los dieciséis años, que sabía leer y escribir perfectamente y que me expresaba con corrección; además, tenía una

Manuel Bobis Reinoso

niña de la misma edad que Eugenia, algo que le interesaba bastante a madame para que su hija tuviera una compañera de juegos dentro de la casa, pues ella no podía tener más hijos. En aquel momento me cambió la vida y la suerte para siempre.

»Cruzamos la verja de entrada, mi hija y yo, una mañana de primavera. Recuerdo que la primera vez que vi a madame mantenía entre sus manos un libro con un título en inglés. Luego me lo tradujo, se llamaba *Grandes esperanzas*. Ella siempre tenía un libro entre las manos, siempre, incluso cuando daba un paseo. Entonces estaba tan interesada en el idioma español que dos años antes, cuando nació su hija, le puso, no sin el enfado de Mr. Brown, dos nombres españoles: Eugenia Patricia.

—¿Dónde vivían usted y su hija hasta entonces?

—En una casa muy pequeña que la compañía arrendaba a los trabajadores. No le he dicho que mi marido era minero y que trabajaba para la compañía. En ella nos apretábamos como podíamos un cuñado, hermano de mi marido, mi marido, mi hija y yo. Después de entrar a trabajar para madame solo pasaba una noche a la semana con mi familia.

—¿Tenía que pernoctar en Bella Vista?

—¡Claro!, yo cuidaba de Eugenia y de mi hija día y noche. Me sentía feliz, y estaba segura de que mi marido y mi cuñado estaban mucho más cómodos, además de la mejora económica que suponía el que yo trabajara.

—Estarían ellos también contentos.

—Mi marido murió cuatro años más tarde en los sucesos de 1888. Me duele decirlo, pero lo tuvo merecido por tener la cabeza llena de pájaros y escuchar a personas que son expertas en meter ideas erróneas en mentes tan estrechas como la de mi esposo. Aquello estuvo a punto de costarme el trabajo, pero madame puso la mano en

el fuego por mí, y lo hizo literalmente al ponerla sobre una vela encendida, que incluso se quemó gravemente. No me echaron de Bella Vista y pude seguir cuidando de Eugenia hasta que en 1902, con diecinueve años, se fue a Madrid.

—Ya sabe que estoy aquí porque quiero escribir una novela sobre Eugenio Valdeluna, ¿podría hablarme de su niñez?

—Yo comencé a cuidar de Eugenia cuando tenía dos años. Ella y mi hija Clara se hicieron muy amigas, tanto que a veces se llamaban entre sí de hermana. Creo que si habla con ella le va a poder dar muchísima más información, porque no hay nadie que la conociera mejor. Yo solo era su cuidadora, y Eugenia nunca mostró demasiada confianza conmigo.

—Pero, ¿le ha sorprendido que haya vivido como un hombre?

—¡En absoluto!, excepto su padre, que nunca quiso darse por enterado, todos los que la conocíamos sabíamos perfectamente que estaba totalmente convencida de que era un niño. Mi hija Clara le podrá contar un sinfín de anécdotas. De lo que yo sí estaba convencida era de que acabaría mal, tal como ha terminado ocurriendo. Esa indecencia de no reconocer el sexo que Dios nos ha regalado no podía traer nada bueno.

—Le doy las gracias por haberme recibido.

—Siento no haberle podido dedicar más tiempo.

La anciana le dio indicaciones para llegar a la dirección de su hija.

Cuando salía de la casa, la antipatía hacia aquella mujer ya había quedado bien asentada. Llevaba apuntada la dirección de Clara en su memoria, pero se preguntaba si iba a ser tan *esaboría* como su madre. Cinco pasos más adelante oyó un siseo que le hizo volver la

Manuel Bobis Reinoso

cabeza. Una mujer bajita, de cara, pechos, abdomen y culo redondos, le hacía una señal con la mano para que se acercara.

—No se fie mucho de Natividad, que es muy fantasiosa. Pregúntele a su cuñado, él sí que sabe de lo que pasó aquí el «año de los tiros», de cómo eran de verdad los ingleses y de lo que le hizo la infame a su marido. Vive en el sesenta y cuatro de esta misma calle —cuchicheó, sin que nadie se lo hubiera pedido, la esférica mujer.

Al parecer, todo el pueblo sabía, dos horas después de su llegada, que estaba entrevistando a personas que hubieran conocido a Eugenio. Habían batido el récord mundial de velocidad del chismorreó. Aquello la incomodaba, pero le pareció bien ir a visitar al hombre que le estaba indicando aquella redondita mujer que olía a corral. No había nada que perder. Antes tomaría una habitación en la pensión El Mono, almorzaría y soltaría la maleta, que pesaba como un cochino antes de San Martín. ¡¿Qué llevas ahí, Mariela?! ¡Cosas de mujer!

LOS MISERABLES
VICTOR HUGO

Había tomado la habitación en la fonda, soltado la maleta y almorzado; después se dirigió a la dirección que la mujer redonda le había dado.

El hombre se había extrañado de que quisiera hablar con él, pero, a regañadientes, la hizo pasar. Mariela se sentía un poco incómoda porque el anciano no dejaba de mostrar con sus gestos que aquello no le gustaba, mientras, preparaba café y ponía sobre una mesa pequeña una botella de aguardiente dulce y rosquillas de vino que se las hacía una hermana. Jilguero cantarín, del corral le llegaba al olfato recuerdos de higuera. Allí se encontraba, sentada frente al fuego, al lado de un octogenario enjuto y encorvado. La casa entera olía a olvido.

Miguel, el minero.

—Lo que no entiendo muy bien es que si usted está interesada en la vida de esa tal Eugenia, o Eugenio, con los líos esos que han salido ahora de que si era macho o *jembra*, quiera hablar conmigo, porque yo a esa muchacha no la conocí. Sé que era la niña a la que iba a cuidar mi cuñada y que era muy amiga de mi sobrina, pero verla la vería solo una o dos veces cuando ellas paseaban por allí, cerca del barrio de Bella Vista.

Manuel Bobis Reinoso

—Cierto es, como ya le he comentado, que estoy muy interesada por la vida de Eugenio Valdeluna, pero no solo me interesa la persona, sino el ambiente social y político en el que se crio. He estado hablando con Natividad, su cuñada, y me ha dado la impresión de que no ha querido hablar sobre ciertos aspectos que intuyo fueron importantes para la vida de la comarca, y me gustaría que me los contara usted, desde su perspectiva, pues creo que los vivió en primerísima persona.

—Usted se refiere al «año de los tiros».

—Sí, por favor.

No había oído nunca hablar de ello, pero coincidía con lo que le había murmurado la mujer redonda. Un mes en blanco y ahora se le presentaban, como impacientes, temas para una tercera novela.

—No me extraña que mi cuñada lo haya pasado de largo, pues su marido, mi hermano, murió solo por defender la justicia, pero ella, que es un estómago agradecido de los hijos de puta de los ingleses, nunca quiso que nos metiéramos en nada para no estropearle el mundo que disfrutaba viviendo allí con todos los lujos. Es una fantasiosa que se considera que es alguien porque en sus tiempos podía entrar en Bella Vista. Hasta negó a su marido con tal de mantenerse en su jaula de oro. Desde entonces no le dirijo la palabra.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—En el año 1877, la compañía compró las minas de Río Tinto al gobierno. Mi hermano Antonio y yo éramos muy jóvenes, y fuimos contratados para trabajar como mineros excavando la tierra y sacando las piritas con un pico. Entonces estábamos encantados de trabajar para una empresa tan poderosa que en poco tiempo había traído el tren a Riotinto, pero los ingleses, que son unos cabrones y que no miran nada más que por el dinero sin importarle las personas,

empezaron a utilizar teleras para extraer el mineral. Un método que es muy barato, pero que hace mucho daño a las personas, a los animales y a las plantas.

—¿Teleras?

—Sí, las llamábamos así porque tenían la forma de una telera de pan, pero mucho más grandes, que solían medir unos tres metros de alto y que eran las causantes de la lluvia ácida y de lo que llamábamos «las tinieblas». Las calcinaciones al aire libre lanzaban al cielo azufre muy dañino. Ardían durante seis meses. Después de quemado el mineral estaba listo para pasar por piletas de agua agria, algunas veces del río Tinto, que hacían precipitarse el cobre. Era la forma más barata de separar el metal vendible del resto de componentes.

»Dentro, se quemaban las piritas para extraerle así el cobre, pero, como ya le he dicho, se llevaban ardiendo y echando humo para el cielo durante seis meses, de tal manera que había días que el humo hacía que no se viera a un palmo. A esos días que de tanto humo negro no se veía nada los llamábamos días de «manta». Había tanta oscuridad que no se podía ni ir a trabajar, pero los ingleses cabrones nos descontaban el jornal, cuando la culpa no era nuestra, era de ellos, porque resulta que en Inglaterra las teleras estaban prohibidas, pero aquí les importaba todo tres leches y hacían lo que les salía de los cojones con tal de ahorrarse una peseta. Fíjese si no se veía nada que en alguno de esos días se produjeron hasta choques de trenes.

—¿Eran muy dañinos esos vapores?

—¡Claro! Humos sulfurosos, o una palabra parecida, que eran muy malos para la salud y que nos hacían, en esos días de manta, tener que coger a toda la familia e irnos huyendo de los valles, en los que no se podía ni respirar, y buscar las cimas de los montes desde donde veíamos, allí abajo, el humo negro y espeso. Cada vez había

Manuel Bobis Reinoso

más teleras. El ácido sulfúrico reventaba los pulmones, pero cada vez eran más los kilómetros cuadrados sembrados de teleras ardiendo, hasta el punto que ya afectaban a doscientas mil hectáreas, todo el espacio entre Nerva y Minas de Riotinto sembrado con miles de bocas abiertas al cielo. Empezaba a enfermar y a morir gente.

»En la compañía trabajaba uno que se llamaba Maximiliano, que por lo visto era cubano, pero que lo habían echado de Cuba por ser anarquista o algo así. Ese tío repartía propaganda revolucionaria, pero lo trincaron y lo echaron de la compañía en 1886. Estuvo en la cárcel y todo, pero cuando lo soltaron volvió aquí, a la cuenca. La compañía quería expulsarlo de la comarca, pero no pudo, y el Maximiliano empezó a tener contactos con algunos mineros que creíamos que lo que él decía era la pura verdad, y que no se estaban respetando nuestros derechos. Mi hermano Antonio y yo comenzamos a ir a las reuniones que organizaba el Maximiliano.

»En Zalamea la Real había también unos señoritos de esos que tienen tierras y ganado, que crearon una cosa que se llamaba la Liga Antihumista, porque los humos de las teleras acababan con sus cosechas y hacían que enfermara el ganado, se estaban arruinando. Estos señoritos, que se llamaban los dos José y que eran suegro y yerno, se pusieron en contra de la compañía, que encima estuvo a punto de conseguir que el gobierno declarara de utilidad pública las teleras. ¡Manda cojones!, ¡nos estábamos medio muriendo todos y encima va el gobierno y le chupa el culo al poder de la compañía! Llegó un momento en el que entre Nerva y Minas de Riotinto todo eran volcanes echando al aire humo y más humo.

»Recuerdo que en el otoño de 1887 y a primeros de año de 1888 había llovido muchísimo, que aquello era lo nunca visto y parecía el diluvio, sufrimos varias inundaciones. El agua se llevó por delante las vías del tren e incluso se cargó dos puentes. Entre la *arriá*

y los días de manta estuvimos bastantes jornadas sin trabajar y sin cobrar jornal, y luego los cabrones de la compañía nos hicieron apechugar muchísimas horas para recuperar el tiempo perdido, pero sin pagarnos más dinero. Cuando no podíamos trabajar no cobrábamos el jornal, pero cuando echábamos casi el doble de horas nos pagaban como un día normal. ¡Así eran los inglesitos!

»Llegó un momento en que no podíamos más. A final de enero hicimos una manifestación que llegó hasta el ayuntamiento de Minas de Riotinto con unas peticiones que habíamos firmado cuatro mil trabajadores. El ayuntamiento tenía poder para prohibir las teleras.

—¿Qué era lo que pedían exactamente?

—Le pedíamos al alcalde que prohibiera el uso de ellas porque ya habíamos sufrido la muerte de algunos trabajadores. Queríamos también que se quitara lo de la peseta facultativa.

—¿La peseta facultativa? —preguntó Mariela extrañada.

—Una peseta que teníamos que pagar a la semana para mantener los servicios médicos de la compañía. Pedíamos también un salario fijo de dieciséis reales diarios, jornadas de nueve horas en vez de doce, que no nos pusieran multas...

—¿La compañía le ponía multas a los trabajadores?

—Sí, si pensaban que no habías hecho bien tu trabajo o por llegar tarde, eso son solo unos ejemplos. También queríamos que no nos descontaran el jornal de los días de manta. Ahora no sé por dónde iba. ¡Esta cabeza!, es que ya estoy muy viejo.

—Me decía que habían ido en manifestación hasta el ayuntamiento para entregar sus reivindicaciones.

—Sí, pero el alcalde se negó a mediar entre nosotros y la compañía, entonces decidimos hacer una huelga que empezamos el 1 de febrero. Además, hacíamos manifestaciones, pero la Guardia Civil

Manuel Bobis Reinoso

no nos dejaba. Se paró todo, nadie fue a trabajar al día siguiente y el Maximiliano fue hasta Zalamea para pedirles a los antihumistas esos que se unieran a las manifestaciones. ¡Fíjese usted, lo nunca visto, señoritos y trabajadores unidos en una misma lucha! Se estaba formando una tan gorda que la propia Guardia Civil cogió nuestras peticiones y se las llevó al director de la compañía, pero el *hijoputa* las rechazó, y entonces decidimos hacer una manifestación muy gorda el 4 de febrero frente al ayuntamiento de Minas de Riotinto.

»Salimos desde Nerva con nuestra banda de música, nos acompañaba muchísima gente, no solo marchábamos los mineros, porque aquellas teleras nos mataban a todos. De Zalamea la Real salió otra manifestación en la que iban también los señoritos y casi todo el pueblo y que también llevaba su banda de música. Las dos marchas nos reunimos en Minas de Riotino, éramos miles y miles de personas: hombres, mujeres, chavales y viejos. La Guardia Civil nos permitió el paso al ver que nos comportábamos de una manera pacífica. Llegamos a la plaza, frente al ayuntamiento, y el Maximiliano y uno de los señoritos subieron para entregar nuestras peticiones. Estábamos allí esperando cuando vimos llegar a dos compañías del ejército, del regimiento de Pavía.

—¿Y de dónde habían salido esos soldados?

—Habían llegado en tren. Por lo visto, el mierda del alcalde, otro pagado de la compañía, durante la huelga, había pedido refuerzos para mantener el orden porque creía que la Guardia Civil sola era insuficiente para mantenerlo. Con los soldados llegó el gobernador civil de Huelva, que entró en el ayuntamiento y que salió al rato al balcón para decirnos de muy malos modos que las teleras no se iban a prohibir, que él se iba a encargar de mantener el orden y que debíamos irnos a nuestra casa. El teniente coronel que estaba al mando de las compañías de soldados, un malnacido que se llamaba

Ulpiano o algo así, también nos gritó que éramos incivilizados y que haría uso de la fuerza si era preciso, y cuando nosotros comenzamos a gritar que solo queríamos justicia empezó todo.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—Han pasado casi cincuenta años y no ha habido ni un solo día en el que no me haya acordado de aquel horror.

—Tranquilo, si usted puede, si no, lo dejamos.

—Serían las cuatro o las cinco de la tarde cuando el tal Ulpiano dio la orden de disparar. Empezaron a caer criaturas muertas o heridas al suelo. Recuerdo los gritos de dolor y de miedo, comenzamos a correr, pero seguían disparando. A mi hermano lo alcanzó una bala que le entró por la espalda y le salió por el pecho atravesándole un pulmón. Cayó al suelo, sus ojos me miraban diciéndome que se moría, pero respiraba, aunque con mucha dificultad. Las balas silbaban por encima de nuestras cabezas, luego vimos cómo los soldados avanzaban a bayoneta calada pinchando a los manifestantes y, como pudimos, tres compañeros y yo lo sacamos de la plaza a una calle contigua y conseguimos llevarlo a nuestra casa, cerrar la puerta y echar el cerrojo.

»Mi hermano estuvo agonizando durante horas, no podíamos llevarlo al médico por temor a las represalias de la compañía. Murió al anochecer. Justo cuando cantaban los gallos lo llevamos al monte en un carro, cavamos una tumba y lo enterramos. Todo para que la compañía no se enterara de que habíamos participado. Los familiares de los muertos los enterrábamos en secreto para evitar las represalias.

—¿Y Navidad?

—No salió de su maravilloso ambiente inglés hasta pasados dos días. Cuando le dije lo que había ocurrido, no soltó ni una sola lágrima por mi hermano, pero se preocupó muchísimo por su futuro

Manuel Bobis Reinoso

en Bella Vista. Me dijo que no era cierto lo que yo le contaba, que su marido no había muerto, solo había desaparecido. Haría lo que fuera por mantenerse en su palacio de porcelana. Ella pensaba que la culpa la habíamos tenido nosotros por dejarnos llevar como borregos y por morder la mano que nos daba de comer.

—Lo veo cansado.

—Sí, y, mire que han pasado años, pero el recuerdo de lo que ocurrió me sigue afectando incluso en mi vejez.

—¿Quiere que vuelva mañana?

—¿Se queda usted en el pueblo?

—Sí, he cogido una habitación en una pensión.

—¿En El Mono?

—Sí, creo que se llama así.

—Muy limpia y se come estupendamente. Siendo así le agradecería que volviera mañana.

Sin problema, al final hasta le estaba cayendo bien el anciano gruñón, volvería al día siguiente. Ahora a ver a la hija de «su majestad». El café y las rosquillas muy buenas, del aguardiente solo mojar los labios.

CRIMEN Y CASTIGO
FIÓDOR DOSTOYEVSKI

Se dirigió a la dirección de Clara. La antipatía por Natividad se había acrecentado, además intuía que no era la única que albergaba ese sentimiento en aquel pueblo de sabor a metal. No se había sentido bien escuchando aquel relato, que en cuanto escuchaba algo sobre la sangre medio se mareaba, y no digamos cuando la veía, entonces se caía redonda al suelo. Ella decía que era *mu delicá*.

Clara ya sabía, se lo había dicho su madre, que una escritora llegada desde Sevilla quería entrevistarla. Se excusó porque aquella tarde no podría atenderla, pero, con mucho gusto, lo haría al día siguiente a eso del mediodía. Mariela se asustó un poco, no quería irse de Riotinto sin aquel testimonio, pero muy pronto la tranquilizaron las palabras de alguna buena persona que al cruzarse con ella, y sin venir a cuento, le decía:

—¿Mañana habla usted con Clara, no? Es muy buena mujer, lo que pasa es que esta tarde tenía que ir a Nerva a ver a una hija que está un poco griposa. La pensión del Mono le va a gustar mucho.

¡Por Dios! Esperaba que no se le escapara un eructo o un *peíto* durante la cena, porque al día siguiente lo sabría todo el pueblo.

Mantel de cuadros verdes y blancos, sopa de picadillo, tortilla francesa y arroz con leche. En una hornacina grande, en la pared del comedor, un chimpancé disecado. ¡Coño, que hasta parecía que el mono la estaba mirando fijamente y que no perdía *puntá* de lo que hacía para contárselo a todo el mundo!

Manuel Bobis Reinoso

Pensaba en el título de la novela: *Una vida verdadera, Cuando mandan los valientes, Al sur del deseo*. ¡No, no, no! Muy cursi. También le daba vueltas a lo que le había contado aquel minero anciano. La maldad del ser humano, que no dejaba de tener el instinto de un mono malvado.

Muy rica la cena, cuando salió del comedor para subir a la habitación puso una servilleta sobre los ojos del mono disecado. Estaba cansada, pero *agustito*, se había tomado cenando hasta tres vasos de vino y estaba un poco mareada. Aquella noche no le hubiera importado llevarse a la cama a un minero que estuviera macizo. No, que el mono se chivaba, además, que ella no engañaría nunca a su Tarzán.

A la mañana siguiente, se encontraba de nuevo sentada junto a aquel hombre, cuya piel parecía la mojama que a ella tanto le gustaba.

—Espero que se encuentre hoy mejor —deseó Mariela.

—Sí, sí. Me encuentro bien y con ganas de contar lo que pasó.
¿Dónde nos habíamos quedado?

—En que le había contado a su cuñada lo que había ocurrido con Antonio.

—Mucho silencio, mucho miedo a las represalias, personas enterradas en secreto. Murieron muchos compañeros, muchos, más de cien se lo aseguro, pero las autoridades dijeron que habían sido trece muertos y treinta y tantos heridos, heridos que después murieron todos. ¡Qué sinvergüenzas, siempre al servicio de los poderosos! Y en los partes de defunción de los que murieron en el hospital nunca se mencionó herida de bala o de bayoneta, hablaban de hemorragias internas. En Huelva había un periodista que contó la verdad en el periódico y acabó el pobre en la cárcel. ¡Así eran las cosas!

84

»Yo pude salir de la plaza con mi hermano herido y con tres compañeros, pero muchísimas personas quedaron tiradas en el suelo, muertas o lastimadas, sin poder ser rescatadas por familiares o amigos. Siempre se ha contado en la comarca que era una alfombra de carne, gritos y sangre, y los habitantes de estos pueblos saben muy bien qué es lo que hicieron los hijos de puta.

—¿Qué hicieron?

—Los mismos soldados trasladaron los cadáveres al tren minero, que se dirigió a Huelva cargado de muertos e iba parando en cada escombrera para arrojar dentro un buen puñado de ellos. Hay quien dice que llegaron hasta el mismo muelle de la compañía en la capital, y que desde allí los tiraron al mar. Eso se sabe muy bien, de hecho muchas veces han aparecido en las escombreras, cuando se han removido, restos humanos. ¡Coño, si se sabe hasta el número de la locomotora que tiró ese día del tren! La número cincuenta y uno, a la que ya siempre llamábamos «la maldita».

—¿Y de todo eso no trascendió nada a la prensa?

—¿La prensa? ¡Pero si estaba toda comprada por la compañía!, sobre todo el periódico que se llama La Provincia, que ese no dejó de decir mentira tras mentira sobre la violencia con la que decía que actuábamos, y encima le echaba muchas flores al gobernador civil.

—¿Las autoridades nacionales no reaccionaron?

—Sí, pero fue todo mentira. A finales de febrero de aquel año se firmó en las cortes un decreto para que las teleras dejaran de funcionar en un plazo de tres años. ¿Sabe usted cuando se apagó la última?

—No

—¡Diecinueve años más tarde! Años de silencio y de más represión de la compañía, que te echaba de tu casa a la más mínima

Manuel Bobis Reinoso

sospecha de que fueras subversivo. He visto sacar de sus hogares a bastantes compañeros. Yo callé cobardemente y seguí obedeciendo, como casi todos los que quedamos vivos o que no fueron expulsados. No se aprobó ni una sola de las peticiones que hacíamos los mineros y con la excusa de que había que apagar las teleras echaron a muchos. Desde entonces solo miseria y olvido, y ahí siguen los ingleses explotando las minas sin que nadie pagara por la masacre. Tampoco los asesinos españoles al servicio del capital que dieron la orden de disparar sufrieron castigo alguno, mientras que decenas de cadáveres fueron olvidados bajo el peso de toneladas de escombros o hundidos en el mar.

—¡Una gran injusticia! —exclamó emocionada, ojos húmedos.

—Niños empleados como mano de obra barata, mientras, las autoridades miraban para otro lado, y el Cánovas del Castillo intentando legalizar las teleras, que llevaban diez años prohibidas en Inglaterra, y quería declarar los humos de utilidad pública. La prensa de Huelva publicaba artículos sobre grandes beneficios para la salud de los humos sulfurosos y decía que permitían prevenir el cólera. ¡Así somos los españoles!

»La compañía era propietaria de una gran extensión de bosques, así que solo le costaba el jornal de las personas que iban a cortar los árboles y el transporte para mantener las teleras encendidas. Humo y lluvia ácida cuando las gotas pasaban a través de ese humo, pero es que incluso el agua para el consumo era propiedad de la compañía. El dinero antes que las personas.

—Me ha dicho que nunca volvió a hablar con su cuñada.

—No, ella les dijo a los ingleses que su marido había ido a trabajar a Barcelona. Nadie se lo creyó, pero no sé cómo pudo mantener su puesto de trabajo estirado como si fuera una señorita

fina de buena familia. No le importó lo más mínimo la muerte de mi hermano, solo pensaba en ella y en su hija. Siempre fue muy fantasiosa, se consideraba, y se considera, superior. Miraba, y sigue mirando, por encima del hombro a los habitantes de la cuenca minera.

—Le agradezco mucho el que me haya recibido.

—Me interesa que en su novela se narre lo que pasó aquí en el «año de los tiros», espero que tenga usted, señorita, la valentía de reflejar lo que le he contado para que no se olvide nunca. Si quiere saber de la infancia de la inglesita, la Eugenia esa, debe hablar con mi sobrina, porque se criaron como hermanas.

—Le doy de nuevo las gracias. Le aseguro que en la novela aparecerá todo tal como me lo ha narrado palabra tras palabra. Ha sido usted muy amable.

Camino de la casa de Clara, empezaba a darle vueltas en su cabeza a aquello del mono malvado.

EL RETRATO DE DORIAN GRAY
OSCAR WILDE

Clara era una mujer que andaba por la cincuentena, apenas tenía canas, se notaba que había sido bastante guapa y que había lucido una buena figura, aunque el paso del tiempo se le había pegado a la cintura y a la barriguita. Nada que ver con su madre, sonrisa en la boca, brillo en la mirada de ojos grandes y castaños, modales amables, sencillos, confiados, familiares. ¿El olor de la casa?: sobre todo a especias. Dos sillones mullidos bajo la mesa de camilla y cisco encendido. Mariela estaba muy cómoda y muy calentita.

Clara, la amiga.

—Conocía a Eugenia desde que era muy pequeña, cuando mi madre comenzó a trabajar como niñera, ella tenía dos años, al igual que yo. Siempre se consideró un niño, y ya desde muy pequeñita les decía a sus padres que era su hijo, que no entendía por qué se llamaba Eugenia y vestía con ropas de niña. Mi madre lo pasaba muy mal cuando la vestía porque ella pataleaba y hasta daba bocados. Sus padres no entendían qué pasaba, y Mr. Brown se comportaba con la criatura de una manera muy estricta, castigándola y obligándola cuando tan solo tenía cuatro años. Posiblemente, esos sean mis primeros recuerdos: esperaba a que mi madre me vistiera después de

Manuel Bobis Reinoso

terminar con Eugenia, pero esa espera se convertía todos los días en contemplación del cotidiano berrinche de mi amiga.

»Nunca quería jugar conmigo a juegos de niñas, era yo la que me tenía que adaptar a aquellos entretenimientos tan burros que le gustaban, y cuando nos divertíamos recreando historias, ella siempre hacía de hombre y yo de mujer. La verdad es que se aburría conmigo y quería irse siempre con los chavales, pero la rechazaban al momento. Yo fui su gran amiga, se aislaba aburrída de las nenas del barrio, pero los muchachos no le permitían ni que se acercara a compartir sus juegos.

»Su padre, intransigente, la machacaba. Creo que pasó casi toda su infancia y adolescencia castigada, con mi única compañía y la de sus queridísimas novelas, gusto que había heredado de su madre, a la que adoraba. Cuando de pequeña comenzó a escribir sus primeros cuentos, los firmaba como Eugenio Valdeluna, y es que siempre le fascinó el apellido francés de su madre: Valdelune, que provenía de Vallée de la Lune, o sea, Valle de Luna en español. Desde muy pequeñita aborrecía a su padre y a su apellido Brown. Tal vez por eso se comportaba de una manera tan poco británica.

»A la edad de diez años, ambas dominábamos ya tanto el inglés como el español. Recuerdo que Anne-Sophie ya nos leía todas las tardes una novela sin tener en cuenta que éramos todavía niñas. Ella pensaba que no se nos podía tratar como a estúpidas y que nos venía bien el comenzar pronto con historias reservadas a mayores. La verdad es que madame tenía una mentalidad muchísimo más abierta que mi madre o que Mr. Brown, un caballero victoriano que solo entendía la vida desde su punto de vista.

»Se podría decir que habíamos creado nuestro pequeño club literario para sumergirnos en cientos de maravillosas historias. Una de las primeras novelas que nos leyó fue *El retrato de Dorian Gray*, que

por cierto me encantó. Cuando se terminó la lectura del libro, Eugenia, casi sin reflexionar, le dijo a su madre que le haría mucha ilusión que un pintor le hiciera un retrato a ella, a Eugenia.

—¿Fue un capricho o tenía algo que ver con el argumento de la novela?

—En secreto, llevada por su fantasía propia de una niña de diez años, había pensado que de la misma manera que Dorian permanecía en el tiempo igual a como lo habían retratado, ella se mantendría vestida de hombre tal como pretendía ser pintada, mientras que su imagen en el cuadro tornaría poco a poco a tener apariencia de mujer. A madame y a Mr. Brown, que no tenían ni idea de las intenciones de su hija, les pareció muy bien la idea e hicieron venir desde Sevilla a un famoso retratista que había conseguido mucha fama y que era bastante caro. El artista se quedó a vivir en la casa durante los dos meses que duró la realización del cuadro.

—¿Se quedó a vivir en la casa de Bella Vista?

—Sí, la mansión era enorme, había sitio para la familia, para mi madre y para mí, para el resto de los sirvientes e incluso para el pintor. Se le preparó una habitación muy cómoda donde viviría casi como un rey.

»Un día antes de que se comenzara a pintar el lienzo, Eugenia me dio una peseta para que le comprara ropa de niño. Coincidió que era el día de la semana que volvíamos al pueblo para pasar la noche en una casa que nos cedió la compañía después de que mi padre se fuera a Barcelona. Yo, inocente, le dije a un vecinillo de mi edad que le compraba su ropa. A él se le pusieron los ojos como barreños porque nunca había visto la cantidad de dinero que yo le enseñaba sobre la palma de mi mano. Se desnudó rápidamente en la misma calle, me dio hasta sus zapatos y su gorra, y se fue corriendo hacia su casa descalzo, en una ropa interior tan sucia que el único color que no

Manuel Bobis Reinoso

se distinguía en ella era el blanco. Guardé los pantalones, la camisa, la chaqueta, los zapatos y la gorra en un arcón sin que mi madre se diera cuenta, y por la mañana, cuando volvimos a Bella Vista, los llevé en un hatillo confundido entre mis ropas que ya volvían limpias al barrio inglés. Yo había temido toda la noche que los padres del niño vinieran a pedir explicaciones, pero parece que el calor del buen dinero que llevaba el chiquillo les había complacido enormemente.

»Eugenia daba saltos de alegría cuando vio la ropa, e inocente, igual que yo, no lograba percatarse de la suciedad y el desgaste que presentaban las prendas. El pintor ya estaba preparado, sonriente, los padres de ella más alegres aún, esperando ver aparecer a Eugenia con su vestido rico y sus tirabuzones rubios cayendo sobre su espalda. Cuando apareció en la cima de la escalera, las bocas se quedaron abiertas y las caras mantuvieron una expresión de estupidez propia de quien no entendía qué era lo que estaba pasando. Lo vi todo muy bien porque yo caminaba detrás de ella. Eugenia, por primera vez, había cogido unas tijeras y se había cortado el pelo tan corto que ya no quedaba ni el recuerdo de sus tirabuzones. Los mechones, larguiruchos y pobres de siete pelos, compartían cabeza con zonas de calvicie en las que casi se veía el casco, y todo ello se podía percibir incluso estando oculto bajo una mugrienta gorra de obrero.

»Vestida con la ropa que yo le había conseguido, bajaba sonriente y eufórica las escaleras, y cuando se sentó, contenta y feliz, frente al pintor, su madre corrió horrorizada llamando a la mía. Se preparó inmediatamente un baño con agua tan caliente que la pobre Eugenia parecía una langosta roja en el cocedero, mi madre le refregaba todo el cuerpo con una manopla de cerdas bien untada de jabón que hacía tanta espuma que casi no se veía a la chiquilla.

»Fuimos las dos castigadas duramente, ella con el castigo corporal al estilo victoriano y yo, al español: mi madre me dio tal paliza que no sé cómo salí viva de aquella aventura. Eugenia no podía sentarse del dolor y yo casi no podía ni respirar porque me dolía hasta el parpadear. Las ropas se quemaron en la chimenea, donde los piojos chisporroteaban y decían adiós a su corta vida.

—¿Qué ocurrió con el retrato?

—Mr. Brown encargó una peluca que tardó una semana en llegar, y se obligó muy severamente a Eugenia a posar, con la peluca y el vestido caro, para el pintor, quien seguía instalado cómodo en su habitación y cobraba por día, trabajara o no, porque decía que no era su culpa el que la niña se hubiera hecho el estropicio en el pelo y que, por supuesto, no iba a estar yendo y viniendo a Sevilla.

»Eugenia posaba y lloraba al mismo tiempo con cara de absoluta desdicha mientras el artista hacía gestos con la cabeza como diciendo que así era imposible hacer un buen trabajo. Ella se había percatado de que el pintor usaba un disolvente que utilizaba cuando no estaba contento con algún trazo que había ejecutado, y que guardaba en un frasco de cristal. El retrato estaba casi terminado, ya solo esperaba algunos retoques cuando una noche, mientras todos dormíamos, Eugenia bajó las escaleras hasta el salón, donde descansaba el lienzo sobre un caballete tapado con una sábana echada por encima. Cogió un trapo, lo empapó en disolvente y borró el vestido y la peluca de tal modo que tan solo respetó su cara y sus manos, porque el resto del lienzo quedó hecho una amalgama de descoloridos que se sobreponían unos a otros.

»Al día siguiente, cuando el artista levantó la sábana y vio cómo había quedado su ya casi terminada obra, sufrió un ataque de ansiedad que hacía que le faltara el aire hasta tal punto que estaba tan amaratado que fue preciso llevarlo urgentemente a los servicios

Manuel Bobis Reinoso

médicos de la compañía. Mr. Brown, además de los castigos físicos descargados en el trasero de Eugenia, la encerró en su habitación durante un mes con la sola compañía de mi persona y las novelas que nos subía madame Anne-Sophie.

—Pero entonces, a usted también la castigaron, aunque no hubiera tenido nada que ver.

—Sí, pero así eran las cosas, parecía que yo había nacido para acompañar a Eugenia, y mi madre se sentía dichosa de esa manera.

—¿Se llegó a acabar el retrato?

—No, su padre incluso la arrastraba escaleras abajo para sentarla frente al pintor, con su vestido y su peluca, pero, cuando el artista daba la primera pincelada, ella empezaba a mover la cabeza tan rápidamente que parecía el péndulo de un reloj loco, y cuanto más era castigada, más movía la cabeza en sesiones posteriores. Fue imposible, Mr. Brown le pagó por sus servicios al pintor una buena cantidad de dinero, y el cuadro, en el que solo quedaron terminadas la cara y las manos de Eugenia, quedó olvidado en el desván. Aquella fue la primera vez que demostraba su rebeldía contra su sexo, la familia y el mundo.

M

ariela preguntó:

—Dígame Clara, ¿siguió cortándose el pelo después de lo que pasó con el cuadro?

—Desde los incidentes ocurridos por motivo del retrato, Eugenia no dejó nunca de desafiar a su padre. Cada vez que el pelo le crecía un poco, tomaba unas tijeras y se hacía una barbaridad en forma de trasquilones. Ella, que nunca fue agraciada, se ponía a sí misma la guinda de una cabellera destrozada.

—¿Cómo era físicamente de niña?

—Muy delgada, desgarbada, un poco encorvada, con gestos de hombre en su cuerpo y su habla, piel muy clara, cabello rubio, ojos grises apagados, y a eso súmele que se hacía lo que se hacía cada vez que cogía algo cortante. Mr. Brown hizo que desaparecieran todas las tijeras de la casa, pero ella iba a la cocina, tomaba un cuchillo y se hacía un estropicio aún mayor. También desaparecieron los cuchillos, guardados bajo llave, pues tan solo se sacaban, custodiados en todo momento, para ponerlos en la mesa y ser retirados luego camino del fregado y de nuevo a su encierro. Pero tampoco aquello dio resultado.

—¿Tampoco?

—No, porque en cuanto Eugenia tomaba el cubierto entre sus manos, en vez de cortar la ternera, se cogía el flequillo con la mano izquierda y, rápidamente, con la derecha, daba un tajo que hacía que un enorme mechón cayera sobre el plato. Su padre se levantaba

Manuel Bobis Reinoso

entonces y se lanzaba contra ella, que inmediatamente era castigada físicamente y encerrada en su habitación, y claro, con ella yo también.

—¿Muy a menudo?

—Mucho, he pasado gran parte de mi infancia encerrada con ella. Hicimos de aquella habitación nuestro palacio, nuestro mundo de imaginación. Habíamos adquirido el hábito de la lectura y aprendido a saborear el placer de sumergirnos en aquellas historias que tanto nos atraían. Solo doce años y ya leíamos novelas para mayores que engullíamos en poco tiempo. Madame nos leía en voz alta, pero cuando nos quedábamos solas, alternábamos la lectura: unas veces ella leía y yo escuchaba, y otras veces era al contrario.

»Nuestro espíritu aventurero y nuestra adolescencia, que comenzaba a despertar, nos pedían más lecturas y más curiosidades. Muy cerca de su casa, en el pabellón de madera, se guardaban los libros que madame Anne-Sophie había traído desde Inglaterra. Miles de novelas y tratados, entre los cuales intuíamos que algunos iban a tardar bastantes años en llegar a nuestras manos, pero que nuestra curiosidad quería desentrañar al momento.

»Las mujeres no podían entrar en el Club Inglés de Bella Vista, por lo que Anne-Sophie exigió que fuera su marido el encargado. Los libros fueron catalogados. Todas las tardes Mr. Brown abría la biblioteca y llevaba el inventario, para regresar tres horas más tarde a su casa con él y con la llave del club, a la que ponía en una cajita de madera que se encontraba en el salón, y dejaba el catálogo sobre un aparador. Lo hacía así todos los días porque madame quería ojear aquel listado para encargarle a su marido los libros que quería que le llevara. Nuestra isla era el pabellón de madera, y el tesoro, aquellos miles de libros que nos esperaban impacientes.

»Teníamos pensado entrar en la biblioteca cuando nadie nos viera, pero no podíamos estar allí mucho tiempo porque era muy

arriesgado. Teníamos que ir directamente a buscar lo que queríamos, así que necesitábamos un mapa del tesoro, y ese mapa sería el catálogo. Saber de antemano qué queríamos y dónde se encontraba.

»Eugenia bajó una noche a oscuras, subió el listado, a la luz de una vela estuvimos buscando lo que nos atraía en aquel entonces y lo encontramos: un tratado sobre sexualidad femenina escrito por un médico ginecólogo. El catálogo fue devuelto a su sitio, nosotras ya teníamos las coordenadas en nuestro mapa. La noche era muy oscura, sin hacer ruido fuimos sigilosamente hasta el club, abrimos con la llave, buscamos el ejemplar y volvimos a la casa, pusimos la llave en la caja y guardamos el tratado para leerlo tranquilamente. No nos podíamos quedar dormidas, aquella excitación que me había producido tamaña aventura me puso muy nerviosa, sin embargo, se notaba que a Eugenia le había dado vida aquella incursión, porque sin duda era una persona que necesitaba la aventura para sentirse bien.

—¿Leyeron el tratado?

—Sí, cuando nos quedábamos solas leíamos con ansia y avidez. Lo recuerdo muy bien, se me ha quedado grabado, la atracción por la lectura de lo prohibido. Lo primero que hablaba era que la mujer debía obedecer sumisamente al marido, que debía sacrificarse en dar placer al hombre, pero nunca alcanzar ella el orgasmo durante la relación. No se debía experimentar ninguna práctica sexual que conllevara placer si no tenía finalidad reproductora, por eso la masturbación debía estar prohibida, ya que un exceso en la mujer podía hacer que se volvieran locas o causar infertilidad. Hablaba sobre la histeria femenina, decía que los síntomas eran dolor de cabeza, irritabilidad, insomnio y pérdida de ganas de comer, y que el tratamiento que debía de llevar a cabo el médico era estimular los órganos genitales femeninos hasta que la

Manuel Bobis Reinoso

mujer llegara al orgasmo, liberando así la libido reprimida. Se aseguraba que, para evitar la masturbación, no se debía consumir mostaza, pimienta, alcohol ni tabaco. Lo que más me sorprendió era que el libro traía un grabado en el que se representaba un aparato eléctrico vibrador en forma de miembro masculino que un médico había inventado para poder aliviar a un mayor número de mujeres al día.

»Recuerdo que decía el libro que, para evitar el embarazo, después del coito, la mujer debía montar a caballo, andar por un terreno irregular o ponerse inmediatamente a bailar. También se aseguraban cosas muy raras: como que el niño se parecería al que hubiera gozado más con el coito, o que si este se producía en una escalera, el recién nacido tendría la espalda torcida.

»Se indicaba que la mujer, durante la menstruación, enfermaba produciendo una limpieza del cuerpo y expulsando todas las impurezas, que no se debía impedir esta salida de descomposiciones hasta el punto de que, si era necesario, se debían aplicar descargas eléctricas en la pelvis y sanguijuelas en los órganos genitales o incluso dentro del útero. El fluido masculino era positivo, debía ser retenido en el organismo y no debía despilfarrarse. El femenino, negativo, su retención suponía la enfermedad física y mental, por lo tanto, debía eliminarse. Señalaba también que la primera regla podría ocasionar graves problemas psicológicos y situaciones emocionales irreversibles. Aquello nos asustaba mucho más de lo que nos excitaba.

Mariela pensó que no era extraño que las chiquillas se horrorizaran. Si aquel tratado hubiera sido suyo, habría sustituido a las hojas de periódicos en la limpieza de cierta parte del cuerpo. La mujer continuó:

—La lectura nos espantó, si Eugenia tenía muy claro que no quería ser mujer, el tratado se lo confirmó aún más, pues su espíritu libre le impedía ser sumisa, y menos a un hombre. Hacía poco que habíamos tenido nuestra primera regla, no nos excitamos en absoluto con la lectura de aquel texto, así que a los pocos días volvimos a viajar a la isla del tesoro para devolver el ejemplar robado y conseguir otro que calmara nuestras ansias. Lo conseguimos, encontramos una traducción hecha por Richard Francis Burton de un libro, creo que hindú, o algo así, que se llamaba *Kamasutra*, y que sí hablaba claramente de lo que queríamos. Cuando encontramos realmente nuestro tesoro fue al descubrir bajo el colchón de sus padres, por casualidad, una carpeta con litografías de un dibujante catalán llamado Eusebi Planas. Aquello nos dejó boquiabiertas, porque con la lectura del *kamasutra* nos imaginábamos cosas, pero en aquellas litografías lo veíamos gráficamente. La verdad es que me da vergüenza contarle lo que se veía en ellas.

—¡Por favor, estamos en 1936, ambas somos mujeres! Le agradecería que me lo narrara con detalle. Me gustaría plasmarlo así en la novela, pero si usted no quiere la respeto.

—¡Está bien!, pero que conste que es usted la que me lo ha pedido, que yo no tengo interés de hablar de estas cosas.

—No se preocupe.

—La carpeta contenía varias series de litografías. Una de ellas se llamaba *noble arte del billar*, y representaba una taquera de esas donde se ponen los tacos de billar, sin embargo, en vez de palos se representaban muchos penes en erección. En otro grabado recuerdo que aparecían una mujer desnuda, tan solo tenía puestas unas calzas hasta la rodilla, que estaba puesta a cuatro patas sobre una cama, y un hombre que la penetraba por detrás. Otro en el que se representaba un juego de la gallinita ciega en el que un hombre, con

Manuel Bobis Reinoso

un paño en los ojos y su falo erecto, buscaba a tuestas a mujeres, que lo esperaban en las esquinas de la habitación con una libidinosa sonrisa y su culo desnudo y dispuesto a recibir en su vagina a aquella verga. Una señorita que se metía un palo en forma de falo, un fraile que lamía el sexo de una monja, una mujer que también lamía el pene de un hombre, dos damas juntas, un hombre y una mujer lamiéndose a la vez, una señora con varios caballeros. En fin, para nosotras un grandioso y excitante impacto, porque todos los penes, culos y vaginas estaban perfectamente dibujados.

— ¡Me lo imagino!

— También nos reímos, no crea, que en algunas litografías estaban escritas unas letrillas humorísticas.

— ¿Se acuerda?

— ¡Perfectamente!, nos las aprendimos de memoria. Por ejemplo, en la que el fraile le lame el sexo a una monja ponía:

«En éxtasis estaré
Hermano, hasta que me venga
Cuando acabe con la lengua
Empiece con el magué»

»Y sobre todo, reímos hasta llorar, que nos dolía hasta la cara, con la litografía que representaba a un hombre tumbado bocarriba y una mujer a cuatro patas sobre él mientras se lamían los dos a la vez, que decía:

«Tu coño es un mar de Mármara
Tu carajo un saltadero
¡Qué popa! ¡Qué mastelero!
¿Estalló la Santa Bárbara?
Es un peo, caballero»

—¡Ja, ja, ja! No me extraña que rieran —aseguró Mariela.

—Nos sentíamos muy afortunadas con nuestro secreto, pero aquello duró muy poco. Dos días después, madame irrumpió muy enfadada en la habitación de Eugenia, y tras rebuscar hasta en el más perdido huequecillo, encontró la carpeta con las litografías y el ejemplar en inglés del Kamasutra, que no habíamos querido devolver. Escondieron para siempre las llaves de la biblioteca y el catálogo. Así acabó aquella erótica aventura y así recibí la segunda gran paliza de mi vida que mi madre me propinó sin piedad.

EL PRÍNCIPE Y EL MENDIGO
MARK TWAIN

LA pluma de Mariela escribía y escribía con tanta velocidad que provocaba que la muñeca que la dirigía empezara a doler. Cuando llegara a casa se pondría a transcribirlo todo al papel. Así, muy tiesa y orgullosa, con ojos despreciativos y boca en forma de u invertida. ¡Que le dieran por saco a su Tarzán! Pensaba: ¿qué te apuestas a que al final soy yo la que voy a tener que ayudarle a él en sus investigaciones? ¡Al tiempo!

—Dígame Clara, ¿cómo era su vida diaria en Bella Vista?

—Al principio, yo dormía con mi madre en una habitación de la casa. Cuando Eugenia tenía ocho años sufrió, durante un largo tiempo, una serie de terrores y pesadillas nocturnas, por lo que madame Anne-Sophie ordenó que me trasladara con mi cama y mis pertenencias a la habitación de su hija para hacerle compañía en todo momento.

—¿De qué tenía miedo?

—Por aquel entonces, madame solo nos leía unas novelas muy bonitas que a mí me cautivaban, como *Alicia en el país de las maravillas*, *Mujercitas*, *Los tres mosqueteros*, pero, al parecer, en la escuela, alguna niña le había contado un relato de terror sobre un muerto viviente hecho con restos de varios cadáveres que se llamaba Frankenstein o algo así. Ahora, a mi edad, no entiendo cómo una niña tan pequeña, la que asustó a Eugenia con su cuento, pudo saber de aquella historia, aunque después de haber conocido tan bien a aquellos caballeros y damas victorianos puedo decirle que no me

Manuel Bobis Reinoso

extraña nada. Más tarde, cuando tuvimos diecisiete años, sí pudimos leer y disfrutar de la maravillosa novela que Mary Shelley había publicado allá en 1881 que se titulaba *Frankenstein o el moderno Prometeo*.

»Le decía que ya desde los ocho años yo dormía en la habitación de Eugenia. Mi madre, todas las mañanas, nos levantaba y nos vestía, primero a mi amiga, que bajaba y desayunaba con sus padres en el salón comedor. Nosotras descendíamos por las escaleras un poco después y comíamos en la cocina, eso sí, muy bien atendidas por el servicio. Mi amiga asistía a la escuela en el propio barrio, mientras que yo tenía que ir a Nerva, que era donde se encontraba mi colegio. Un sirviente me llevaba y me traía en carro porque la distancia era de cinco Kilómetros. Los días de lluvia o de manta no iba a la escuela. —Mariela no preguntó qué era un día de manta, ya lo sabía.

»Todas las tardes, la familia tomaba el té, y por la noche la cena. Ellos, en el salón, nosotros, en la cocina, desde donde más de una vez mi madre tenía que salir corriendo llamada a voces por madame porque Eugenia se estaba cortando el pelo con el cuchillo de carne. Antes de ir a la cama nos ponía el camisón, me cepillaba el cabello a mí, porque a mi amiga era imposible, y después de un beso, mi madre nos dejaba en la habitación con madame, que nos leía diaria e invariablemente durante una hora.

»Todos los años, durante dos meses de verano, la familia viajaba a Inglaterra, y todo el servicio nos quedábamos solos en la casa. Cuando volvía, nos íbamos todos a pasar otro mes en Punta Umbría, en las casas que la compañía poseía junto al mar. Recuerdo con cariño aquellos días cálidos de baños en el agua salada y de tardes de paseo. También me acuerdo muy bien de las celebraciones de los cumpleaños de la reina Victoria todos los 24 de mayo. No trabajaba

nadie, descansaban los mineros, paraban los trenes y en el barrio los ingleses jugaban a todo tipo de juegos y deportes, algunos muy divertidos como las carreras corriendo llevando una cuchara con el cabo entre los dientes y portando en la cazoleta un huevo. Eugenia se moría por participar en todo, pero no podía por ser mujer, y la formaba metiéndose por medio en todos los juegos y deportes. Su padre se la llevaba con muy buenos y estirados modales a casa y, en cuanto cerraba la puerta, la arrastraba escaleras arriba hasta encerrarla con llave en su cuarto. Al poco, tenía que subir yo a hacerle compañía mientras ella lloraba y se quejaba de los cardenales que los escalones habían dejado en sus costillas. Así eran los días y los años: escuela, lectura, berrinches de Eugenia, aventuras, castigos y veranos en Punta Umbría.

»Después de que nos cogieran con los libros prohibidos y de que mi madre por poco me matara de la paliza que me dio, pasamos un tiempo en el que parecía que todo estaba más calmado, pero los quince años que gozábamos me habían convertido en una mujer. En una mujer que compartía habitación con una persona que sentía y deseaba como un hombre, así que la adolescencia hizo su trabajo y comenzamos a tener relaciones sexuales casi todas las noches.

—Pero, según me han comentado, usted está casada y tiene hijos.

—Sí, y no le quepa duda de que soy heterosexual, pero las continuas peticiones y enfados de Eugenia hicieron mella, me dejé llevar más por la curiosidad que por el deseo, además, que yo soy así, nunca he sabido decir no. En fin, que una noche madame abrió la puerta de la habitación de golpe y nos sorprendió a las dos desnudas en la misma cama mientras Eugenia disfrutaba de mi sexo en su boca tal como habíamos aprendido de aquellas litografías un año antes.

Manuel Bobis Reinoso

»Al día siguiente, mi madre fue despedida. Ella lloraba y lloraba, y suplicaba y suplicaba, y se arrastraba y besaba los pies de Mr. Brown que, muy tieso y muy serio, se mantenía impassible mirando al techo. Con sus llantos tan solo pudo conseguir que la compañía nos colocara a las dos en el economato. Yo tenía mucho miedo, mi madre no me pegó en aquella ocasión, pero no me dirigió la palabra ni la mirada en ocho meses. Había acabado con su sueño y con su delirio. Desde aquel entonces tendría que sufrir las burlas de las mujeres de las cuencas mineras que ya la apodaban como «su majestad» o como «Natividad la fantástica».

»Aquella gota, o catarata más bien, colmó la paciencia de Mr. Brown, que tomó una decisión que sorprendió a todo el mundo por igual: a ingleses, a españoles, a altos cargos de la compañía, a mineros, al alcalde, a hombres, a mujeres, a niños, a ancianos y hasta a los animales si hubieran tenido entendimiento. Una mañana, salió de Bella Vista conduciendo su coche de caballos y transportando a Eugenia en el asiento de al lado. Primero la llevó al barbero, al que le ordenó que le cortara a Eugenia el pelo lo más corto posible; luego al almacén, donde le compró unas botas de hombre, dos pantalones, dos chaquetas, una pelliza, varias camisas, ropa interior masculina y una gorra. Después fueron a la casa de un minero ya muy veterano, hombre de confianza de la compañía, que vivía solo con su mujer, porque no habían tenido hijos, y le pidió que aceptara el que Eugenia viviera con ellos. Por supuesto, aquel deseo era una orden para el minero, que en aquel mismo instante, aunque asombrado, aceptó sin dudar. Desde aquel momento, dejaba de vivir los lujos de Bella Vista y de recibir la educación en la escuela del barrio. Tendría que trabajar desde el día siguiente en la mina vestida de hombre.

— ¿Eso hizo?

—¡Tal como se lo digo! Además, vivía no muy lejos de la casa donde yo residía, con lo cual podíamos vernos casi todos los días.

—¿Cómo se lo tomó?

—Pues mucho mejor y con más fortaleza de lo que todos pensábamos. Comenzó como barcalera, que era el trabajo que desempeñaban los niños desde ocho a dieciséis años y las mujeres.

—¿Qué es eso de barcalear?

—Barcalear es transportar el mineral en barcales o cajones. Un trabajo muy duro. Doce horas todos los días por un jornal que era la mitad que el de los hombres, pues aunque Eugenia vestía como varón, la compañía la consideraba una mujer. Cargar, cargar y cargar bajo la mirada asombrada de todos los trabajadores, que no entendían qué ocurría y que ya comenzaban a llamarla «la inglesita». Yo iba a verla casi todos los días mientras ella cenaba la humilde sopa de fideos que cada noche calentaba su estómago. Nos contábamos muchas cosas, y por eso yo sabía que cada día que pasaba estaba más triste porque ya había presenciado cómo un niño había muerto víctima de un barreno que había explotado antes de tiempo y cómo un tren le había amputado una pierna a una mujer. Decía que el trabajar respirando el humo de las teleras le dañaba los pulmones, pero vestir de hombre la reconfortaba más que cualquier lujo de Bella Vista.

»No todo lo que me contaba eran penas, también nos reíamos. Me decía que tenía un compañero de su misma edad que se había fijado en ella, que era muy tímido y que la miraba constantemente, y se reía porque no entendía cómo un muchacho se podía fijar en otro hombre, a no ser que fuera homosexual. Además, comentaba que tenía cara de rata y que, de hecho, le llamaban «el rata», que era muy bajito y muy feo, con una nariz casi deformada, ojos muy pequeños y juntos y dientes mal alineados y sucios.

Manuel Bobis Reinoso

»Eugenia tenía razón al decir que el muchacho, que se llamaba Amador, se había fijado en ella, porque un día, un amigo suyo me hizo llegar una carta, incluso lacrada, del muchacho para que se la entregara a Eugenia. La abrimos. En un papel de muy buena calidad y muy bien escrita le declaraba su amor diciéndole que la convertía en su particular Dulcinea. Ni aquella letra, ni la expresión, ni el contenido eran propios de un muchacho barcalero. Por supuesto que Eugenia no le hizo ni caso, porque ella solo se fijaba, y además de forma descarada, en las muchachas. Incluso cuando paseábamos y nos cruzábamos con este tal Amador, ella miraba inmediatamente para otro lado y el pobre muchacho se quedaba mirando como esperando al menos una palabra, una sonrisa, un saludo o una mirada.

»En aquellos tiempos, yo también me había enamorado de un minero muy guapo de dieciocho años que conocí mientras le despachaba legumbres en el economato. Él, cada vez que iba, me hablaba amablemente, y a mí me gustaba muchísimo, y me ponía nerviosa cuando lo veía entrar. Pronto me dijo que quería hablar con mi madre para salir a pasear conmigo y pronto nos hicimos novios. Él es el que hoy es mi marido.

—¿Cómo le sentó la noticia a Eugenia?

—Bien, con naturalidad, ella sabía que a mí me gustaban los muchachos y que deseaba formar una familia y tener hijos, y, aunque se consideraba hombre, entendía que su futuro amoroso no pasaba por mi persona.

»A los ocho meses de estar trabajando en la mina, Eugenia enfermó gravemente con una pulmonía que casi se la lleva a la tumba. Fue ingresada en el hospital, donde estuvo siendo tratada durante más de un mes. Madame Anne-Sophie se plantó ante Mr. Brown y, con la firme amenaza de la separación, consiguió que accediera a que

su hija pudiera volver a casa. Eugenia, jurando que jamás tendría relaciones conmigo, asegurando que yo tenía novio y que dormiríamos en habitaciones distintas, pidió encarecidamente que mi madre y yo volviéramos a la casa. Mr. Brown le puso la condición de que se dejara el pelo largo y que vistiera de mujer. Ella aceptó.

—¡Qué manía con lo del pelo! ¿Tanto significaba el llevarlo largo?

—¡Uff! Para estos señores victorianos el pelo era una parte muy importante del aspecto, porque una melena larguísima y sana significaba un signo claro de pertenencia a clase acomodada, pues ninguna mujer de clase baja tenía tiempo, recursos ni salud para poder cuidar semejante cabellera. El pelo largo significaba una muestra de femineidad en la mujer, y por eso las señoritas o señoras de las clases altas no se lo cortaban jamás, aunque a partir de la adolescencia se lo recogieran hacia arriba. Nada excitaba más a un caballero que ver a una mujer con una melena cuidada y suelta que le llegara hasta el suelo. A madame le arrastraba cuando la dejaba caer en la intimidad de su alcoba, y mi madre pasaba horas cepillándosela. Aseguraban que la mujer con pelo ondulado era más dulce que la de pelo liso, y que las de melena fuerte y abundante eran muy fogosas. El cabello fue siempre motivo de grandes disgustos en la casa de Eugenia.

»El día que mi madre se dirigía andando al barrio de Bella Vista para recuperar el trabajo que yo le había hecho perder, pasó, muy seria y altanera, casi mirando al cielo y con expresión de cierto desprecio, por delante de las mujeres del pueblo que se afanaban en sus labores. El mote de «su majestad» se le quedó ya para siempre.

»¿Ha leído usted *El príncipe y el mendigo*? —preguntó Clara.

—Sí.

Manuel Bobis Reinoso

—Pues al igual que el príncipe Eduardo de Gales conoció las penurias e injusticias que pasaba su pueblo cuando vivió como mendigo y se comprometió a reinar de una manera justa y misericordiosa, Eugenia conoció la realidad del penoso día a día de los mineros, del trabajo de los niños y de sus peligros. Volvió a casa concienciada y conocedora, sobre el terreno, de lo que la compañía, de la que su padre era alto cargo, hacía en este remoto lugar de la provincia de Huelva.

EL HOMBRE INVISIBLE
GEORGE WELLS

Mariela también había sido castigada duramente con frecuencia, sus patillas habían sostenido el peso de su cuerpo mil veces mientras don Augusto la levantaba a medio metro del suelo, sus manos habían creado callos de recibir golpes de palmeta en el colegio y su madre la había arrastrado de los pelos en incontables ocasiones. Sola en su cuarto, solo la consolaban las historias que escribía y las novelas que leía. Casi toda la vida encerrada entre aquellas paredes.

Más, más, quería más. Embriagada con la historia, rellenaba de palabras alargadas las hojas del cuaderno adorable. ¡A ver si después no iba a entender su propia letra!, que eso ya le había pasado varias veces. Clara continuaba su narración:

—Una vez que Eugenia volvió a casa, comenzó para la familia Brown un periodo de tranquilidad que yo no había conocido nunca. Empezó a dejarse el pelo largo, que en meses volvió a caer en tirabuzones sobre su espalda o recogido en cascada en la parte posterior de la cabeza, y su madre le compró ropas muy femeninas en colores claros, puros y virginales, que costaron más de lo que un minero ganaba en dos años. También encajes y cintas de satén, seda para hacer adornos en forma de flor para el pelo y, por supuesto, varios abanicos. Tenía la ilusión de enseñarle el lenguaje amoroso que las señoritas expresan con él, convertirla en una muchacha débil y delicada del gusto de futuros pretendientes y prepararla para ser madre y esposa después de concertar un matrimonio de

Manuel Bobis Reinoso

conveniencia. Estaban cerca los dieciocho años, debía ser preparada para su puesta de largo ante la sociedad de damas y caballeros de Bella Vista. Eugenia aprendería a no expresar sentimientos ni deseos, como era propio de una muchacha de su clase. Para ello, su madre le compró un diario íntimo en el que podría escribir sin pudor, pero nunca exteriorizar sentimientos en público.

—¿Eugenia lo aceptó todo sin rechistar?

—Pues sí, le parecerá mentira después de todo lo que le he contado, pero así fue, que yo misma estaba totalmente sorprendida. Cuando los paisanos la veían pasear de mi brazo, no podían creer que aquella muchacha tan elegantemente vestida fuera la misma que barcaleaba no hacía mucho tiempo, aunque seguía siendo poco agraciada, desgarrada y con unos ademanes de hombre que no podía disimular. La verdad es que yo también estaba ilusionada con la nueva actitud de Eugenia porque Ramón, mi novio, quería que nos casáramos cuanto antes, pero yo le explicaba que hasta que ella contrajera matrimonio debía permanecer a su servicio como dama de compañía. Mantenía la esperanza de que antes de cumplir los veinte años ya estuviéramos las dos casadas.

»Un día que estábamos paseando fuera del barrio, vimos a un muchacho que, parado a un lado del camino, nos miraba fijamente. Mientras nos acercábamos a dónde él estaba, seguía sin quitarnos la mirada ni un segundo. Cuando pasamos a su lado, fue girando su cuerpo y su mirada para seguir observando cómo nos íbamos alejando. Se trataba de Amador, el muchacho bajito y feo al que todos llamaban «el rata», el que hacía un tiempo le había mandado una carta de amor a Eugenia que nunca fue contestada. Ni lo había mirado al pasar delante de él, ni siquiera un buenas tardes. Sin disimulo, lo había ignorado descaradamente.

»Una tarde, ambas cogidas del brazo, al salir del barrio vimos cómo justo delante de las garitas de los guardiñas se encontraba Amador. Parecía que estaba esperando a que saliéramos, y nuevamente se quedó mirándonos de una manera fija, nuevamente Eugenia lo ignoró y nuevamente dejamos al muchacho atrás clavándonos su mirada en la espalda sin decirnos nada. La verdad es que yo empecé a asustarme un poco, pero a ella le daba exactamente igual si el mozo aparecía o no.

»Amador se plantaba todas las tardes frente a la entrada del barrio a veinte metros de las garitas. No faltaba aunque lloviera, y empapado, esperaba horas para ver si la veía. A veces salíamos, ocurría lo de siempre: al volver nos lo encontrábamos en el mismo sitio, vueltas a no decirnos nada y a acompañarnos con la mirada. Todo el barrio sabía ya de un muchacho que por las tardes, sin faltar ni una sola, permanecía impassible frente al arco de entrada, y pronto fue motivo de conversación y burla en todas las casas a la hora de tomar el té. Por aquel entonces estábamos leyendo una novela de terror que había sido publicada dos años antes, se llamaba *Drácula*, escrita por Bram Stoker.

—Sí, la conozco, también la he leído.

—Pues como aquel muchacho estaba tan blanquito, ¡el pobre!, y como nos miraba con ojos de búho sin decir una palabra, pues comenzamos a llamarle entre nosotras «el Draculín bajito».

»Eugenia comenzó a recibir una carta de amor, remitida por Amador, todos los días. Diariamente, llegaba un escrito que era ignorado por ella. Yo lo abría, se lo leía, nos burlábamos y lo quemábamos al instante en la chimenea. Le decía que por favor le contestara diciéndole que no estaba interesada en él para poner fin al Calvario que el pobre muchacho estaba pasando, pero nada, ella seguía simplemente ignorándolo.

Manuel Bobis Reinoso

»Una tarde de primavera, de anochecer más tardío, Amador estaba plantado como siempre frente a las garitas de la entrada al barrio de Bella Vista. Un mando y cuatro guardiñas con fusil salieron y formaron en línea. El mando ordenó apuntar, los cuatro fusiles pusieron sus bocas dirigidas hacia el muchacho, que en aquel momento miraba sin entender qué estaba pasando. Al grito de fuego, las balas silbaron pasando un metro y medio por encima de la cabeza del pobre aterrado, quien, presa del pánico, corrió como no lo había hecho en su vida con cara de absoluto espanto. Los cinco guardiñas quedaron riendo a carcajadas, con lágrimas en los ojos y casi sin contener la orina, mientras, el muchacho corría colina abajo poseído por el pánico. Al día siguiente, todas las tertulias, a la hora del té, reían con la gracia y porque aquella tarde al chico ni se le había ocurrido aparecer por allí. No volvió nunca a la puerta, Eugenia dejó de recibir cartas y cuando paseando nos lo encontrábamos, en cuanto nos veía se quitaba del medio con la velocidad de una golondrina en vuelo.

¡Un admirador, recibir cartas de amor, su Dulcinea! ¡Qué bonito! ¡A Mariela le hubiera gustado tanto! Bueno, estuvo recibiendo cartas de Javier, pero aquello acabó como acabó. Era muy romántica, eso de que la rondaran, que le dijeran señorita, que le mandaran cartas de amor, flores, eran cosas que la derretían como la manteca *colorá* que tanto le gustaba ponerse en las tostadas. Su autora favorita era Jane Austin, se había leído todas sus novelas durante las infinitas horas de castigo. A menudo, en sus fantasías de adolescente, se asomaba a la ventana de su casa para que algún apuesto galán se quedara prendado de ella y quisiera volver al día siguiente para intercambiar mal disimuladas miradas de amor.

EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y EL SEÑOR HYDE
ROBERT LOUIS STEVENSON

Sígame contando, por favor —rogó Mariela.

—Desde que Eugenia volvió a casa, comenzó a comportarse como la señorita que sus padres querían que fuera. La gran ilusión de madame Anne-Sophie era prepararla para que entrara en sociedad y que encontrara un buen marido. Le enseñaría cómo ser una buena esposa y cómo regentar una casa. Comenzó con la imposible tarea de adiestrarla en moverse de una manera fina y con elegancia, y Eugenia tuvo que padecer el infierno de unas correas de cuero apretadísimas que intentaban corregir, sin conseguirlo, lo encorvado de su figura. Entre las imposibles enseñanzas se incluía el andar con un libro en la cabeza, libro que caía constantemente al suelo y que quedó inservible de lo dañado por tantos golpes. La femineidad no aparecía por ningún gesto y Eugenia lucía una forma de bailar desgarbada. Al menos, madame pudo enseñarle a no sentarse jamás apoyándose en el respaldo de la silla y a saludar a los mayores con reverencia.

»Se acercaba la puesta de largo, dieciocho años que cumpliría en el mes de abril. En la casa todo se preparaba con sumo esmero y Eugenia recibía nociones de cómo comportarse en sociedad.

—¿Qué era lo que debía aprender?

—Pues a mostrarse en público pudorosa y tímida, nunca debería parecer inteligente, no mostrar buen apetito.

—No entiendo eso de parecer poco inteligente.

Manuel Bobis Reinoso

—A los ingleses no les gustaban las mujeres inteligentes, preferían las que eran sumisas, que le dieran la razón en todo y que admiraran todas las cualidades del varón.

»Mr. Brown soñaba con que Eugenia contrajera compromiso con un muchacho que era hijo de un escocés que desempeñaba también un alto cargo en la compañía, y quería que aquella puesta de largo sirviera para enlazar en un futuro matrimonio a las dos familias. Y llegó el día soñado.

—¿Usted asistió al baile?

—No, yo no fui invitada, era su única amiga, pero no dejaba de ser la hija de una empleada. Todo lo que sé es lo que me contaron tanto Eugenia como madame Anne-Sophie, que, por cierto, ambas coincidían en el relato de los hechos.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—En aquella velada, la casa del matrimonio Brown estaba repleta de caballeros británicos con sus respectivas esposas y sus hijos mayores de edad. Entre ellos se encontraba el joven Charles, el muchacho con quien anhelaban casar a Eugenia. Todos miraban hacia arriba de la escalera donde debía aparecer la protagonista y reina de aquella noche. Asomó atrayendo las miradas de todos los presentes: traje blanco, luminoso, vaporoso de tul y organdí, pelo recogido en un peinado perfecto, collar de perlas de madrás, espalda recta, maquillaje, mirada al frente. Las mujeres sonreían, madame Anne-Sophie se sentía feliz y Mr. Brown lucía un gesto que pretendía expresar lo orgulloso que se sentía. Y la puesta de largo, la fiesta de presentación en sociedad, comenzó.

—No sé por qué creía que me iba a decir que no apareció.

—Pues sí, sí que apareció, bajó las escaleras como si de una reina se tratara y recibió las felicitaciones de todos los presentes. Se sentó y comenzó a anotar en su carnet de baile las peticiones de los

jóvenes. Como era costumbre, concedió el primer baile a su padre quien, feliz y orgulloso de su hija por primera vez en su vida, resplandecía con una sonrisa enmarcada en una expresión de plenitud. Bien aleccionada por su madre, manejaba el lenguaje del abanico a la perfección, tapando un disimulado bostezo cuando no le interesaba la conversación de un joven o moviéndolo más rápido cuando se le acercaba Charles para hacerle ver que sí estaba interesada, y cuando este se acercaba dejaba caer el abanico para que el muchacho lo recogiera del suelo y se lo entregara caballerosamente. El pretendiente, pajarita a juego con la chaqueta de patas de gallo con una sola fila de botones, se mostraba interesadísimo en su conversación con Eugenia.

»Todo marchaba a la perfección para unos padres radiantes que vieron cómo Eugenia se retiraba un momento a su habitación, cosa normal en las damas anfitrionas, que aprovechaban para retocarse un poco el maquillaje. Cuando volvió a aparecer en lo alto de la escalera, se había quitado toda la cosmética y lucía una cara limpia de agua y jabón, se había cortado el pelo con tanta celeridad que nuevamente, como años atrás, aparecía con un desastre por peinado y estaba vestida de hombre, con pajarita y traje de cheviot. Todos los ojos se posaron en ella incrédulos y atónitos, la expresión de plenitud de Mr. Brown desapareció al momento y la cara de madame Anne-Sophie se tornó en frustración. Eugenia bajó las escaleras sin que ni siquiera una mirada se apartara de ella, se acercó a una hermosa señorita que permanecía sentada y le hizo saber su deseo de bailar con ella.

»Los invitados, de manera muy correcta, se fueron despidiendo de los anfitriones, y en menos de veinte minutos se encontró Eugenia sola en el salón frente a sus padres. Cuando se dejó de oír el último eco del sonido que hacían los invitados mientras se

Manuel Bobis Reinoso

alejaban, Mr. Brown se lanzó, preso de una ira ingobernable, hacia su hija, que intentaba parar los golpes que le llovían y aterrizaban por todas las partes de su cuerpo. La madre, llorando, intentaba interponerse entre los dos cuerpos sin lograrlo porque la furia desatada en el hombre ejercía una fuerza imparable.

»Antes de que amaneciera, Eugenia fue ingresada en el hospital. No podía ver porque la hinchazón de ambos ojos mantenía los párpados cerrados, tenía rota la nariz, un brazo y dos costillas. Pasaron cuarenta días hasta que pudo regresar a casa. A la mañana siguiente de su retorno, la estuve ayudando a cortarse el pelo, a aplastar sus delgados pechos con una tela fuertemente apretada, a ponerse su ropa interior de hombre, sus zapatos de hombre, su camisa de hombre, su corbata de hombre, su traje de hombre y su sombrero de hombre. Todo se lo había comprado yo por encargo de madame. Todo lo desgarrado que padecía cuando vestía de mujer se volvía elegancia cuando se ponía un traje masculino, aquello era curioso. También le ayudé a hacer las maletas en las que no iba a viajar ni una sola prenda femenina. Bajamos las escaleras y nos despedimos con emoción en un abrazo interminable. El cochero guardó las maletas. Eugenio Valdeluna le hizo un gesto, mano en los labios, de enviarle un beso a su madre, que miraba, llanto incontrolado, tras los cristales del ventanal del primer piso. Nunca volvió a Bella Vista.

—¿No lo volvió a ver?

—Sí, solo una vez, en 1905. Vino a Riotinto y pasó cinco meses en mi casa. Me dio mucha alegría el que nos reencontráramos después de cinco años. Entonces ya residía en Sevilla y ya había puesto su librería. Curiosamente, vino a pasar varios meses conmigo y dejar que le creciera el pelo, además, cuando se fue lo hizo vestida

de mujer. No quiso decirme por qué. No volvimos a vernos. Lloro constantemente desde que me he enterado de su trágica muerte.

—Me ha dicho en alguna ocasión que su padre de usted fue a trabajar a Barcelona.

—Bueno, eso es con lo que mi madre me tenía engañada de pequeña. Yo sé muy bien lo que le ocurrió a mi padre, lo sabe toda la cuenca minera. Si usted ya ha hablado con mi tío, también sabrá la verdad.

—Sí, me lo ha contado. También me lo dijo su madre, aunque de una manera muy velada.

—¿Mi madre? ¡Vaya! ¡Qué sorpresa! Se ha pasado la vida explicando a todo el mundo que su marido se fue a trabajar a Barcelona.

—Clara, ha sido usted muy amable al ayudarme a conocer a Eugenio de niño con tantos detalles. Le doy las gracias sinceramente.

—Cuando me dijo que quería entrevistarme, no me imaginaba que yo iba a hablar tanto, pero es que tiene usted algo que inspira confianza.

—¿Sabe si en Riotinto queda alguien que conociera bien a los padres de Eugenio?

—Pues sí, en el pueblo sigue viviendo un inglés, ya anciano, que fue muy amigo de Mr. Brown. Aquí le llaman don Gordon, todo el mundo lo conoce y no tendrá usted problema en encontrar su casa.

—Le doy las gracias nuevamente.

Y Mariela se fue a ver a don Gordon.

DUEÑO DEL MUNDO
JULIO VERNE

Se iba de la línea argumental, Carlos se lo había dicho muchas veces: los lectores lo que quieren es conocer qué le pasa al protagonista. ¡Pero nada!, ella se quería empapar de todo. Le pasaba desde pequeña. Cuando don Augusto, el cura, iba a tomar café a casa para charlar con su madre, la tenían que mandar a la habitación para que no escuchara conversaciones de mayores y no podía salir al menos durante una hora. Don Augusto olía a tabaco, halitosis y a iglesia, su madre a colonia de lavanda. Cuando el cura se marchaba desprendía un tufillo a tabaco, halitosis, a iglesia, a lavanda y a ciertos fluidos que Mariela, tan pequeña, no sabía reconocer todavía. Se iba de la línea argumental, pero antes se quedaba sin comer o sin dormir que sin enterarse bien de la vida de los padres de Eugenio. Allí estaba, sentada frente a don Gordon: Tabaco de pipa, pipa de raíz de brezo, brandy peleón, seguía desayunando huevos fritos con panceta. ¡Su olfato!

Don Gordon, el inglés.

—Repítame su nombre, por favor —dijo el canoso anciano, de pelo todavía frondoso y cejas de erizo, mientras se llevaba los dedos pulgar, índice y corazón de su mano derecha a la oreja.

Manuel Bobis Reinoso

—Mariela Palacios Guadalajara, soy escritora, estoy muy interesada en la figura de Eugenio Valdeluna, o Eugenia Brown, si es que así la conocía usted. Quisiera saber más sobre la vida de sus padres: madame Anne-Sophie Valdelune y Mr. Robert Nicholas Brown. Me habían comentado que usted era muy amigo del matrimonio, por eso he venido a visitarlo. Si fuera tan amable de hablarme de ellos.

— ¡Ah, *okey!*, ya me lo había dicho antes, le pido que me disculpe, pero entienda que mi avanzada edad me juega estas malas pasadas. Mi nombre es Gordon Edward Carter, nacido en Londres en 1854, ingeniero ya retirado de la Riotinto Company Limited.

—Me ha hablado de usted Clara, la muchacha que trabajaba en casa de los Brown y que era dama de compañía de Eugenia.

—*Okey*, recuerdo a esa chica.

—Tengo entendido que fue usted íntimo amigo de Mr. Robert Brown.

—Sí, nos conocimos a los trece años, cuando ambos comenzamos a estudiar en el colegio Eton, y seguimos siendo amigos hasta que en 1901, un año después de que Eugenia abandonara la casa, Anne-Sophie y Robert volvieron a Londres. Luego hemos mantenido contacto epistolar hasta la muerte de mi querido amigo hace un par de años. Yo me casé con una española y me quedé aquí trabajando para la compañía hasta el fin de mi vida laboral. Ahora veo pasar plácidamente los días de mi vejez en esta tierra templada que después de tantos años se ha convertido en mi hogar. Nunca he tenido deseos de volver.

El anciano realizó una parada para respirar, sus ojos parecían hacer un esfuerzo por recordar.

Gordon y Robert se conocieron una mañana de septiembre en la que hacía demasiado frío para ser aún verano. Siendo niños,
122

ingresaron en la escuela de Eton, la más prestigiosa del país, la que les costaba anualmente una fortuna a sus padres, en la que los iban a preparar para ocupar los más altos puestos en la política, la banca o la industria. Acostumbrados al confort de sus casas y a la dulce enseñanza de sus preceptores, se sentían asustados por lo que se esperaba de ellos, pero se sentían orgullosos de llevar aquel uniforme, señal inequívoca de que pertenecían a la alta burguesía del país. Conectaron al momento y se hicieron amigos, sus caracteres se complementaban. Gordon era tímido y calmado, Robert, muy abierto e impulsivo.

—Creo que siempre me sentí protegido por su fuerza, y Robert me buscaba para poner calma y orden en su pensamiento siempre acelerado.

Gordon pensaba que Robert lo había pasado mal en Eton porque las diabluras que se le ocurrían le hicieron sufrir con demasiada asiduidad el dolor que la vara de avellano, o de abedul, provocaban en su desnudo culo. Robert siempre fue muy agresivo y siempre estaba metido en peleas con otros alumnos. Las riñas eran continuas, y el espectáculo de ver su trasero redondo y blanco esperando aterrizar sobre él una vara o un látigo se había convertido en una diversión casi cotidiana para el resto de los alumnos de la clase.

—¿El castigo se hacía delante de todos los compañeros? — preguntó Mariela.

—¡Por supuesto! Si no fuera así, no llevaría consigo la penitencia de la humillación, pero tampoco la excitación sexual.

—No entiendo.

En Eton, la flagelación y la desnudez se daban a la vez, por lo que a muchos de los alumnos y a los profesores les provocaban una buena erección. Siempre se hacía de la misma manera: primero el

Manuel Bobis Reinoso

profesor hablaba con el infractor, se daba orden de bajar los pantalones y arrodillarse sobre un bloque de madera que estaba diseñado para esa función. Orden de inclinarse y aplicación del castigo. Si se lloraba, luego se sufría una mortificación mayor, pues era necesario lidiar con las burlas del resto de compañeros. Robert no solo no soltó jamás ni una sola lágrima, sino que además se incorporaba tras el castigo con una buena sonrisa en los labios y algo de lo que nadie se percataba: una buena erección en su pene.

—¿Usted también sufrió tal humillación?

—¡Claro que sí! —respondió don Gordon volviendo a tomarse un tiempo para respirar.

No se libraba nadie. Recordaba a un director que cuando se emborrachaba les pegaba a todos salvajemente, y a todos era a todos, pues iba pasando la clase entera, uno detrás de otro, por el cadalso, por la exhibición del culo y el dolor de los azotes. Un día, Gordon robó carbón para calentarse en la chimenea de su habitación, le cayó una tan tremenda que estuvo casi un mes sin poder sentarse. El mejor método para disciplinar a los niños decían, pero en todo el mundo ya había sido conocido como «el vicio inglés».

Coronaron sus estudios y decidieron seguir juntos en la universidad. Estudiaron ingeniería en Oxford. En aquel primer año comenzó su desenfreno, placer y diversiones sin mayores preocupaciones, porque sus padres querían que vivieran la vida, pues decían que así maduraban. Estudios, polo, remo y boxeo, así como mantener el protocolo en las relaciones con los mayores. Clubs y salas de billar solo para hombres. Cuidaban mucho su aspecto y los cuidados personales. Vestían con chaquetas cortas en lugar de levita, y atuendos de gala cuando la ocasión lo exigía. Actividades muy sanas, pero otras no lo eran tanto. Comportamientos absolutamente diferentes que mantenían en una doble vida.

124

Eran muy aficionados a apostar en el pozo de ratas: un gran cajón dónde se soltaban cientos de esos roedores. Se apostaba al perro que matara el mayor número de ellas en menos tiempo. Los canes solían tardar cinco segundos en matar a cada rata, pero había algunos que eran capaz de liquidar cien en menos de seis minutos. Los mejores eran los bull terriers. Se dejaban una fortuna en aquellas apuestas y en casas de placer, prostitutas y chicas alegres sobre las que Robert descargaba toda su agresividad.

—¿Siempre fue violento?

—Sí, además, sentía placer haciendo daño a las prostitutas, a veces les pedía a ellas que le pegaran. Ya le digo que nuestra vida era estudiar, vestir bien, hacer deporte, observar buenas maneras con mayores y señoritas y jugarnos la vida y la salud varios días a la semana con prostitutas.

Compraban las guías deportivas, donde se anunciaban las prostitutas y en las que se especificaban la edad, si eran grandes o pequeñas y si tenían las tetas gordas o no, la cantidad de pelo en zona genital, si era sumisa o activa y el coste, así que de antemano ya elegían dónde ir.

—Espero que no se escandalice con lo que le cuento, señorita
—dijo don Gordon.

¿Escandalizada? Estaba disfrutando más que cuando comía jamón de pata negra.

—¡Oh no! Yo le ruego que se sienta usted con toda la confianza conmigo —respondió Mariela.

Lo que más les gustaba era desflorar niñas de trece años, aunque costaba muy caro porque al alto precio, cinco libras cada una, le tenían que sumar el coste del médico que certificara que eran vírgenes y el botecito de cloroformo que les vendía el propio doctor para que, en caso de que no se mostrasen sumisas, poder drogarlas y

Manuel Bobis Reinoso

gozar en «condiciones» de ellas. Lo del cloroformo era un consejo del propio galeno, pero luego descubrieron que dos buenas bofetadas hacían el mismo efecto y les salía más barato. Ese era un lujo que se daban una vez al mes: penetrar a una niña sin miedo a las venéreas era un auténtico goce para ellos. En 1864 entró en vigor la ley de enfermedades contagiosas, que obligaba a las prostitutas a pasar controles médicos anuales para garantizar que estaban limpias, pero no se fiaban, porque las venéreas mataban cada año a más gente que la tuberculosis.

—¿Niñas de trece años? —preguntó escandalizada.

—*Okey*, y eran legales porque a partir de esa edad ya podían consentir, así que si sus padres las mandaban a una casa de prostitución infantil no tenían más remedio que aceptar.

—¿Sus propios padres?

—Solía ser gente que estaba alcoholizada, y hacían cualquier cosa para conseguir la dosis diaria de licor.

En Londres, segunda mitad del siglo XIX, había más burdeles que escuelas, podría mantener entonces la ciudad hasta ochenta mil prostitutas a las que hipócrita y despectivamente se las llamaban mujeres caídas. Una sociedad puritana obsesionada con el sexo, el trabajo mejor pagado para la mujer, donde echaba menos horas y donde más seguras estaban, pues en la industria mantenían jornadas de hasta catorce horas con un alto peligro de sufrir accidentes.

Gordon y Robert los recorrían sin importarles su categoría. Los más baratos eran los burdeles que solían encontrarse en barrios infectos donde proxenetas explotaban a muchachas jóvenes y pobres. Visitaban a mujeres independientes en sus propias casas y también se permitían el lujo de asistir a la de una prostituta de la clase alta, bellísima y culta, que solo trabajaba para gente de mucho dinero. Se llamaba Ellen. Robert se encaprichó tanto de ella que llegó un

momento en el que le pagaba para que solo fornicara con él. Estuvieron a punto de casarse.

También les gustaba asistir a los mercados de vendedores ambulantes donde, además de comprar fruta o tejidos, podían convenir con el vendedor el precio para ir por la noche al carromato a gozar de su mujer, a la que antes ya habían observado porque normalmente ayudaban a sus maridos en la venta.

—¿Cómo sabían que el vendedor iba a aceptar?

—La mitad de las mujeres de los vendedores ambulantes sacaban un buen sobresueldo de noche, y lo hacían con el *okey* de sus maridos. Si preguntabas al vendedor equivocado no se molestaba, simplemente te decía, de buen grado, que ellos no lo hacían.

Aquellas mujeres solían ser mucho mayores que ellos, bien entradas en la cuarentena, que mostraban unos culos y unas tetas enormes, que sabían moverse muy bien, absolutas maestras de la felación y que, además, les dejaban que las sodomizaran. También solían acudir a burdeles de flagelación.

—A mí no me hacía gracia que me sacudieran, iba porque me gustaba azotar con mi mano abierta los culos de las putas. Robert prefería ser primero castigado para luego ser él el flagelador. Saberlo hacer es un arte.

—No entiendo cómo puede ser arte un azote —enfaticó Mariela.

Don Gordon, a su edad, aún recordaba el arte de saber azotar: se pueden utilizar instrumentos, pero la verdadera maestría está en hacerlo con la mano desnuda sobre un bello y blanco culo de mujer, en la parte baja de las nalgas. Con habilidad, sabiendo en todo momento dónde dar, con un ritmo y una intensidad en el golpeo adecuados que se irán acelerando a medida que la mujer y el azotador se vayan excitando. La belleza de la desnudez, la posesión voluntaria

Manuel Bobis Reinoso

y con deseo, la agresividad controlada, el calor y el suave dolor de los azotes, la adrenalina, la excitación y las endorfinas placenteras. Algo primordial es no castigar con agresividad, no, debe hacerse con ánimo placentero en el que el goce es mutuo, es una caricia más subida de tono, es un acto amoroso, nunca se debe descargar contra la otra persona la ira retenida. Se puede disimular un azote como si fuera un juego, pero nunca debe ser un castigo en sí. El placer del dominio y de ser dominado y sumiso, de obedecer y pedir perdón, pero siempre como un juego, algo que a Robert casi siempre se le iba de las manos y que Gordon intentaba evitar.

Solían entrar ambos en la alcoba con dos putas porque ya sabían lo que podía ocurrir, Robert confiaba en que Gordon pudiera pararlo. Le gustaba que la prostituta le azotara su culo desnudo tal como recordaba de sus tiempos de Eton, algo que lo dejó marcado, incluso en sus tendencias sexuales. Se excitaba mucho con cada varazo sabiamente administrado por putas que eran expertas en ese arte, pero, cuando era él el que se encontraba ante un precioso trasero de mujer, iba sintiéndose cada vez más nervioso y su agresividad iba creciendo con extrema rapidez de tal manera que, fuera de sí, llegaba un momento en el que golpeaba con una dureza desmedida y con ganas de matar a la otra persona, hasta el punto de que Gordon tenía que pararlo porque la prostituta comenzaba a quedar malherida. Después, todo se solucionaba pagando mucho más dinero y los cuidados médicos. En una ocasión, se puso tan enloquecido que Gordon no fue capaz de pararlo porque la enorme fuerza que siempre había poseído Robert se lo impedía. Golpeaba a la mujer una y otra vez con mazazos de su tremendo puño hasta que la pobre muchacha perdió el conocimiento. Toda amoratada, sangraba muchísimo y no había manera de que volviera en sí. Estuvieron retenidos esperando a que apareciera el médico. Cuando llegó certificó su muerte. Una

fuerte suma para el burdel, otra para el doctor y otra para la familia de la mujer. Todo quedó olvidado y el cuerpo de la muchacha enterrado en una fosa común sin nombre ni recuerdo alguno.

—Luego, en 1888, cuando lo de Jack el destripador, no entendía tanto horror en la población porque las muertes violentas de las prostitutas eran algo casi cotidiano, sabido e incluso permitido a los más acaudalados. Me imagino que simplemente se puso de moda aquella historia porque se publicó en los periódicos.

Mariela comenzó a sentirse un poco incómoda, pero la curiosidad podía más que el malestar.

—Eso que me cuenta es algo terrible.

—Soy ya muy viejo, no me importa casi nada. Tal vez le estoy contando demasiadas cosas, pero es que tiene usted algo que inspira confianza.

—Yo se lo agradezco, y le pido disculpas si alguna vez me siento un poco indispuesta con lo que me cuenta.

SU ÚNICO HIJO
LEOPOLDO ALAS «CLARÍN»

Don Gordon echó las cenizas de su extinguida fumada en la chimenea, se levantó con esfuerzo, fue lentamente a por su bolsa de picadura de tabaco para volver a cargar su pipa irlandesa marca Peterson. Mariela, mientras, miraba al fuego, pero no lo veía, lo que aquel anciano le había contado había dirigido el foco de su recuerdo hacia otro tiempo:

Llegó a Sevilla huyendo de Utrera, cargada de ilusión y esperanza, sus ahorros la mantendrían mientras encontraba trabajo. Alquiler de una casa pequeña en Triana, comenzar a escribir su primera novela, buscar dónde colocarse. Por fin la alegría de ser ella misma, de ser independiente, de vestir como quisiera. Veintitrés años nuevos mirando al futuro.

Un mes, dos meses, tres..., los ahorros menguaban, pero el trabajo no se encontraba. En la limpieza de casas, en las fábricas de corcho, en los mercados de abasto. Nada, no encontraba nada. Mariela se había prometido a sí misma que antes se quitaría la vida que volver a residir bajo el mismo techo que su madre. No alcanzaba ya para comer, pues solo quedaba remanente para pagar un último mes del alquiler de la casa. Estaba más delgada. ¿Debajo de un puente?, ¡pues debajo de un puente! ¿Mendigar?, ¡pues mendigar! ¿De puta?

La cara ya bastante huesuda, ojos muy pintados de grueso rabillo, labios rojos, perfume sofocante, taconazo. En las casas de trato

Manuel Bobis Reinoso

las madamas no la aceptarían, así que ella solita, en una esquina. Al domicilio del fulano o entre las sombras y soledades de La Barqueta.

¡Lo que es ser puta con un sentido del olfato tan desarrollado! Arcada tras arcada. El primer cliente la agredió golpeándola con cuatro puñetazos, la dejó tirada junto al río y la insultaba mientras se alejaba. Labio roto, pómulo inflamado, ojo amoratado. La casera se apiadó de ella cuando la vio en aquel estado y la dejó que siguiera viviendo allí hasta que tuviera dinero para pagar lo atrasado. Era una buena mujer.

Mariela lo volvió a intentar un mes después, cuando las inflamaciones desaparecieron. Vueltas por las inmediaciones de La Barqueta. El segundo cliente enloqueció con ella, vivía en la alameda de Hércules, allí era donde la llevó, y quedó tan satisfecho que fue a buscarla al día siguiente, y al otro y al otro. Veintisiete días seguidos la metió en la cama, justo hasta donde le permitieron los ahorros. Mariela pudo pagar el alquiler de varios meses y comprarse medio kilo de filetes de ternera. Para seguir gozándola, el cliente quiso empeñar la radio, una cadena de oro y un reloj de bolsillo, (recuerdos de su madre y de su padre).

El tercer cliente volvió a agredirla y a insultarla. También la dejó tirada junto al río. Mariela decidió dejarlo definitivamente, arcadas y golpes, no valía la pena. Cuando el segundo cliente volvió ilusionado con la cartera llena gracias a lo empeñado, se encontró la esquina de Mariela vacía. Un mes entero estuvo acercándose día tras días para buscarla, hasta que se cansó.

Don Gordon se volvió a sentar, la escritora aterrizó en el presente y siguió con sus preguntas:

—¿Cómo conoció Mr. Robert a madame Anne-Sophie?

El anciano seguía haciendo un esfuerzo por recordar.

Acabaron sus estudios en la universidad, ya estaban dispuestos y preparados para formar una familia. Los padres de Anne-Sophie y los de Robert habían acordado su matrimonio, pero ellos no se conocieron hasta que en una fiesta que dieron en su mansión los padres de ella pudieron verse las caras y bailar. Robert confesaba a Gordon que Anne no le gustaba en absoluto, pero que se sentía contento porque al parecer ella tampoco había mostrado mucho entusiasmo, por lo tanto, auguraba un buen matrimonio en el que ninguno de los dos molestaría al otro. Sin duda, podría seguir acompañando a Gordon a los distintos burdeles y podría seguir manteniendo a Ellen.

Anne estuvo enamorada de Robert durante treinta y dos minutos exactamente. En la fiesta que sus padres organizaron para presentarle a su futuro y convenido marido, cuando le señalaron de lejos de quién se trataba, se ilusionó, pues Robert era un joven alto, fuerte y apuesto. El amor duró mientras lo contemplaba tras su abanico al otro lado del salón y mientras se realizaba la presentación. Todo el enamoramiento, todo el idilio, se derrumbó al instante cuando en su primer baile con él, llegaron a las fosas nasales de Anne los efluvios de halitosis que emanaban de la boca de su prometido como si de una cloaca en un mes caluroso se tratara. Al momento, la atracción se convirtió en un irrefrenable deseo de no volverlo a ver más, y la idealización de una media naranja perfecta tornó en rechazo, náuseas y vómitos.

Formalizaron una gran boda, muy sonada en toda Inglaterra. Se celebró en el Brompton Oratory, en época de cosecha, para que el matrimonio disfrutara de una vida plena de riquezas, aunque eso lo tenían ya asegurado por cuna. Ceremonia en intimidad a la que, por supuesto, Gordon fue invitado como amigo muy íntimo. La dama de honor abrió el cortejo con las flores, símbolo de fertilidad que hizo su

Manuel Bobis Reinoso

efecto, porque Anne solo tuvo un embarazo, pero es que solo se acostó una vez con Robert, cien por cien en fertilidad. Detrás de la dama de honor, la novia, con su vestido blanco llevando, como era preceptivo para tener buena suerte, una pequeña herradura cosida bajo la falda. Nadie la vio, pero todos lo sabían. En el altar, la novia lloró, pero un poco teatralmente por aquello de que la novia que solloza en el altar no lo vuelve a hacer en el matrimonio. Anne sí lloró en su vida de casada, no por Robert, que no le importaba ni lo más mínimo, sino por Eugenia. Tampoco podían faltar en la ceremonia las cinco almendras confitadas como símbolos de salud, amor, fertilidad, felicidad y longevidad. Menos del amor, el matrimonio disfrutó de todo lo demás.

El gran banquete se hizo en el palacete que los padres de Anne poseían en Brompton Road: crema de calabaza con jengibre, ensalada con vinagreta de mostaza, bacalao con salsa de ostión, pierna de pato en salsa Cumberland, asado de cordero, pastel de carne a la cerveza negra con guisantes, profiteroles de chocolate y pastel de limón. Más de cincuenta coches de caballos quedaron aparcados en la calle, cuando la fiesta terminó la calzada quedó como el consabido deseo teatral de «mucha mierda».

Al poco nació la pequeña Eugenia. Dos años después decidieron aceptar la oferta de trabajo que la compañía les ofrecía en España. Anne también estaba entusiasmada con la idea porque estaba muy interesada en la literatura y la cultura española, de hecho, le había puesto a su hija unos nombres en castellano.

Ya en Riotinto: el trabajo en las minas, la vida social, los deportes y los divertimentos. Robert y Anne se ignoraron siempre. Ella siguió con su pasión por la lectura y su absoluta falta de deseo sexual, al menos hacia su marido. Él continuó acompañando a Gordon a Sevilla o a Huelva para cerrar los barcos que debían partir

cargados de material hacia Inglaterra. En esas escapadas volvían a ser felices emborrachándose, apostando y acudiendo a burdeles.

—Robert lo pasó muy mal con Eugenia, nunca admitió su peculiaridad, siempre decía: «mi única hija», pero lo que nunca pudo ni quiso comprender es que era su único hijo —explicó don Gordon mientras respiraba con dificultad.

—¿No mantenían nunca relaciones sexuales entre ellos?

—No, al parecer, ella era aficionada a coleccionar, además de sus novelas, todos los dibujos o grabados subidos de tono que se publicaban. Se los hacía enviar desde todo el mundo. Él siguió practicando el viejo vicio de desflorar niñas. Anne me atraía como mujer, espero no pecar de creído si le confieso que creo que yo también le gustaba a ella.

—¿Pecar de creído?, ¡en absoluto! Sigue usted siendo un buen partido —dijo Mariela bromeando amablemente.

El abuelo rio.

—Cuando Robert y Anne se fueron definitivamente a Inglaterra, me quedé muy solo, me enamoré de una chica del pueblo mucho más joven que yo y nos casamos. No tuvimos hijos. Mi mujer murió hace cinco años, yo veo pasar los días formando parte de este pueblo como uno más. Paseo y me gusta escuchar eso de: «buenos días, don Gordon». Es todo lo que le puedo contar, pero no considero que pueda quejarse.

—¡No, en absoluto! De hecho, le estoy muy agradecida.

—Imagino que se lleva usted una pésima opinión sobre mí.

—Yo no juzgo a las personas, solo soy escritora.

Era una frase hecha, lo que le había contado sobre las agresiones a prostitutas le habían traído muy malos recuerdos. Además, que cada una en su interior piensa lo que le da la gana.

—¿Se va ya de Riotinto?

Manuel Bobis Reinoso

—Sí, he podido entrevistar a cuatro personas aquí, me voy muy satisfecha.

—*Okey*, ¡que tenga buen viaje!

—Gracias, espero que siga bien de salud muchos años.

En la pensión, mientras pagaba y se despedía, miraba al mono y reflexionaba, después de lo que le había contado don Gordon, que el ser humano no solo era malvado, sino que también estaba loco.

En el autobús de vuelta a Sevilla, Mariela se sentía embriagada de entusiasmo. El comenzar aquella novela había nacido, como casi todo en su vida, fruto de su impulsividad. ¡Leer una noticia en el periódico y salir corriendo a buscar y entrevistar gente!, pero en aquella ocasión creía haber acertado. La cadena ya tenía varios eslabones.

LA EDAD DE LA INOCENCIA
EDITH WHARTON

Todo el mes de marzo clasificando, elaborando y escribiendo. Todavía no tenía nombre, pero ya iba tomando forma la novela. Estaba muy satisfecha de cómo le estaba quedando, aunque solo tuviera acabado el principio y el final. Quedaban muchas respuestas que saciaran su eterna curiosidad. Las preguntas ya las tenía: ¿Quién lo asesinó y por qué?, ¿qué relación tenía con la madre de su esposa?, ¿cómo tuvo hijos?, ¿quién lo operó para quitarle pechos, matriz y ovarios?, ¿por qué, cuando volvió a ver a su amiga Clara, se marchó vestida de mujer?, ¿qué le ocurrió a su esposa? Las preguntas ya las tenía, pero las respuestas no.

Todas las tardes noches, a eso de las nueve, se oía la cerradura, Carlos entraba, se quitaba el abrigo y el sombrero, los colgaba en la percha de patas de ciervo, le daba un beso a Mariela sumergida entre papeles y se sentaba en el sillón de orejas. Ella lo observaba por el rabillo del ojo, impaciente, pero nada, que el tío sieso no soltaba prenda, que no le daba ni las miguitas. Cada vez estaba más convencida de que al final iba a ser ella la que le ayudara a él a resolver el caso. Seguía escribiendo muy tiesa y orgullosa, la cena ya estaba hecha.

Decidió hacer lo lógico, ir a la librería para saber si seguía abierta después de la muerte de Eugenio. Si encontraba allí a alguien, seguro que le podría dar nombres y direcciones.

Manuel Bobis Reinoso

La primavera había llegado con el mes de abril, temperatura muy agradable, vestido metropolitano de rayón, fruncido, azul con flores blancas y rosas, manga abombada, cuello amplio, cinturón alto, sombrero pequeño con pluma, muy guapa, por la mañana, justo a esa hora en la que el estómago recuerda que sirve para algo. La librería estaba abierta, Mariela entró y se sintió emocionada, estaba en la Librería Internacional, la de Eugenio, con sus paredes pintadas en color morado. La atendió una mujer de mediana edad, cuarenta o algo así. Cuando le dijo que estaba interesada en la figura de Eugenio Valdeluna, la señora se echó a llorar. Mariela se sintió conmovida, estuvo a punto de abrazarla, pero se contuvo, aunque ella, que era de lágrima fácil, estuvo a punto de montar el concierto con aquella mujer. ¡Un numerito el que hubieran formado! Cinco minutos tensos que acabaron con una invitación para que pasara a la trastienda: la que había sido la sala de la tertulia de Lo Prohibido. La señora, muy amable, se llamaba María Jesús. Había podido controlar su llanto, se sentía más calmada y estaba dispuesta a contarle a la escritora lo que había sido su vida junto al librero. En aquella mujer todo era del color de la avellana: su pelo, sus ojos, su vestido, sus zapatos. Delgada, de mediana estatura, parecía que todo en ella era intermedio. Había despertado en Mariela una simpatía casi instantánea. Sentadas en sillas a una mesa gigantesca que casi tomaba toda la estancia, María Jesús comenzó a hablar.

María Jesús, la compañera.

Fue su madre la que, dando un golpe en la mesa y sintiéndose muy enojada, le señaló dónde estaba la puerta de su casa para que la

abriera y se dirigiera a la Librería Internacional, donde se buscaba a una persona para contratarla como dependiente.

—¡Trabajar en una librería! Creo que esas cuatro palabras resumían cuál era el sueño de mi vida en aquel momento. Leer y vivir tantísimas historias, mi única afición. ¡Trabajar entre libros!

—Dígame, María Jesús, si tanto la ilusionaba ese puesto de trabajo, ¿por qué tuvo su madre que obligarla a presentarse?

—Porque yo había decidido no hacerlo.

—¿Por qué? ¡No entiendo!

—Por la eterna manía que tengo de infravalorarme, de pensar que cualquier persona es mejor que yo. ¿Cómo iban a escogerme a mí si de todas las personas que se presentaran, sin duda, yo sería la menos apta y menos preparada? Posibilidades cero, y para eso era mejor quedarme en casa. Ya le digo, si no es por mi madre, que comenzó a gritar furiosa, yo no me hubiese presentado.

¡Igualito que ella, que se metía en camisas de once varas casi sin reflexionar!

—Pero acudió a la entrevista —prosiguió Mariela.

—Afortunadamente lo hice.

La primera vez que vio a Eugenio le sorprendió su extremada elegancia, pues nunca había visto a un hombre vestir así: precioso terno de cheviot gris claro, camisa blanca, corbata de un precioso amarillo pálido, gemelos, reloj de bolsillo y unos zapatos que casi deslumbraban al mirarlos. Se sentaron en aquella sala de la tertulia y estuvieron hablando casi dos horas sobre las novelas que más le habían gustado: *El jugador*, *El hombre que ríe*, *Guerra y paz*. Cuando terminaron, Eugenio le dijo que si quería podía empezar al día siguiente. Ella lo miró con cara de incredulidad y sorpresa.

—Entonces me dijo unas palabras que me sonaron a poesía: «no me hace falta entrevistar a más candidatos, usted ama a los libros,

Manuel Bobis Reinoso

creo que es responsable, amable, buena persona y, lo más importante, me cae muy bien.» Aquel momento lo recuerdo como uno de los más felices de mi vida.

—¿Y comenzó a trabajar? —preguntó Mariela.

El mundo de María Jesús se reducía al felicísimo trabajo en la librería y la cómoda vida en su casa, conviviendo con su madre y leyendo ávidamente novela tras novela. A la hora de abrir, siempre estaba puntualmente en la puerta y, aunque dieran la hora de la salida, jamás abandonaba la librería si le quedaba algún trabajo que terminar, pero no lo hacía con sacrificio, no, disfrutaba con su labor. Siempre intentó ser muy amable con los clientes intentando crear armonía, procurando un ambiente de paz, sin dar problemas.

—Ya me han hablado muy bien de usted y de su amabilidad —puntualizó Mariela.

—¿Quién?

—José, un tertuliano.

—¡Ah!, sí, José, muy buen hombre. También tengo mis defectos, por ejemplo no sé decir que no. En una ocasión un señor, que una semana antes había comprado una novela, entró en la librería gritando y exigiendo que se le devolviera el dinero porque no le estaba gustando. Yo, que no puedo soportar ni los conflictos ni los enfados de los demás, abrí la caja y le hice el reintegro de lo que había pagado. Él me dejó el libro sobre el mostrador y se marchó sin ni siquiera darme las gracias.

—¿Le devolvió el dinero solo porque no le había gustado la novela?

—Así de tonta soy yo. Cuando se lo comuniqué a Eugenio, que en el momento del suceso no se encontraba en la librería, me reprendió suave y amablemente explicándome que no se podían devolver libros solo por que no le gustaran al cliente. Yo lo entendía

perfectamente, pero es que nunca he sabido lidiar con los enfados, y para que estos no se produzcan intento no tomar partido para no molestar y pasar inadvertida, manteniéndome siempre en un segundo plano.

Eugenio le decía a María Jesús constantemente que valía mucho más de lo que ella creía, que de hacer siempre lo que los demás querían se había negado y anulado a sí misma como ser humano y que ya no sabía ni quién era ni lo que realmente le gustaba. En eso se equivocaba, sí sabía bien lo que adoraba: a los libros y a él desde el primer día que tuvieron la entrevista, pues de aquella gratísima conversación se llevó a casa, no solo un trabajo ideal, sino también un enamoramiento que le había calado hasta el alma por aquel hombre amable, dulce, sonriente, educado, elegante y considerado al que ella le había caído muy bien y que había creído en las facultades de su persona al instante.

—¿Se lo dijo alguna vez?

—¡No por Dios! ¿Yo, la invisible, la inadvertida, la desapercibida, iba a tener alguna posibilidad? Ni se me pasaba por la cabeza.

Su amor era el propio de la secretaria que ama a su jefe en silencio. Todas las tardes a casa sin rechistar, incluso sabiendo que él salía con otras mujeres y que incluso con alguna hacía el amor en aquella sala de la tertulia una vez que ella se iba a casa y él cerraba la librería con su amada dentro.

—Yo he vivido en silencio su romance con Teresa, incluso he comprado flores por encargo de Eugenio para ella. ¿Sabe usted lo que se siente al ir a comprar flores para que el hombre que usted ama corteje a otras mujeres? Y por supuesto viví de manera muy cercana su romance con Beatriz, su matrimonio y la llegada de sus hijos. También supe de primera mano sus desavenencias, sus sufrimientos

Manuel Bobis Reinoso

y lo que las lenguas iban narrando de oído en oído. Después lo que le ocurrió a Beatriz y las mofas de la gente llamándola la «Maldegollada».

—¿Qué le ocurrió a Beatriz?, ¿por qué la llamaban así? — pregunto Mariela deseando que aquella vez sí fuera la definitiva.

—Si usted no lo sabe, prefiero que sea ella misma, o su familia, quienes se lo cuenten.

¡Nada, que no, que no había manera! ¡Bueno, tal vez en la próxima! María Jesús prosiguió:

—Eugenio me llamaba la «señorita mediadora y pacificadora», y, ciertamente, se apoyaba en mí cuando surgía alguna discusión con algún cliente o con algún contertulio.

María Jesús era humilde, pacífica, tranquila, escuchaba, pero hablaba poco, buscando siempre la armonía en las relaciones para que desaparecieran los enfados y las discusiones. ¡La gran pacificadora! Sufrió durante muchos años escuchando, observando, callando y amando en silencio. Había visto pasar por la tertulia a la más variopinta fauna literaria que pudiera imaginarse. También había vivido muchísimas anécdotas con los clientes. Seguía recordando:

—Eugenio sufrió mucho con lo que le ocurrió a Beatriz en 1917. —Mariela estuvo a punto de volver a preguntar—. Mientras que ella estaba ingresada, su rostro reflejaba una angustia y una tristeza que yo jamás le había conocido. Algunas mañanas, sus ojos estaban tan hinchados y enrojecidos que no hacía falta preguntarle cómo había dormido.

Un viernes, a la hora de cerrar, Eugenio le preguntó a María Jesús si quería cenar con él. No se lo podía creer, por supuesto le dijo que sí inmediatamente y corrió a casa ilusionada para decirle a su madre que iba a salir y a ponerse lo más guapa posible. La llevó al

Ángeles de piedra

comedor del Hotel Madrid, disfrutaron de una gratísima cena en la que se sintieron muy a gusto y en la que parecían olvidarse de sus sufrimientos. Luego, un helado en el gran Café de París. Cuando terminaron, la acompañó caballerosamente a su casa y se despidió de ella con un beso en la mejilla, agradeciéndole la dulce velada que le había hecho pasar.

La semana siguiente la volvió a invitar, y a la otra también, hasta que le dijo que se diera por convidada todos los viernes. María Jesús notaba que la tristeza de Eugenio se iba diluyendo y cambiando por una calma que poco a poco iba tornando a una leve alegría. Beatriz fue dada de alta en el hospital y volvió casa.

—Yo creía que aquel iba a ser el final de mi gozo, pero no fue así, pues volvimos a salir el viernes a cenar.

Aquella primera semana, después de la vuelta de Beatriz a casa, Eugenio le confesó a María Jesús que ya hacía tiempo que no amaba a su mujer, pero que no había querido abandonarla para no hacer daño a sus hijos. Esa misma noche la besó y le dijo que la quería.

—Yo creí morir de felicidad —confesó María Jesús mirando a la escritora con ojos de triste nostalgia.

Solo un día después, un sábado en el que también la invitó a cenar, Eugenio le confesó el gran secreto de su vida para que no se sintiera engañada y pudiera elegir si comenzar una relación amorosa con él o no. Para ella supuso un terremoto en el pensamiento y en el alma, pues jamás hubiera imaginado, ni lejanamente, que aquello le pudiera ocurrir algún día. Pasó de la felicidad a la desolación, revisó sus ideas, su moral, sus principios, sus deseos, los puso todos boca abajo como si de un zafarrancho mental se tratara, renunció a la maternidad y le dijo sí al hombre al que tanto amaba desde la primera vez que lo vio y desde la primera palabra que cruzó con él.

EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO
MARCEL PROUST

María Jesús salió para encargarse de dos cafés al local contiguo a la librería. Con leche para ella y cortado con mucha azúcar para Mariela. Diez minutos más tarde entró un jovencísimo camarero con una bandeja en la que portaba los cafés, el azúcar, dos vasos de agua y dos trozos de tarta de chocolate. Desde que entrevistó a don David, el tendero pasiego, no la había invitado nadie, solo el minero gruñón le había puesto algunas rosquillas. ¡Con lo que le gustaba a la escritora un dulce con un cafelito! Así daba gusto trabajar.

Eugenio compró en 1922 una casa en la Puerta Real para que fueran a vivir juntos. La madre de María Jesús no quería y lloraba todos los días porque deseaba ver a su hija vestida de blanco y casada «como Dios manda». No quería, y eso que no conocía el secreto de Eugenio. Nunca lo supo, murió sin que su hija se lo hubiera dicho. No deseaba hacerle daño a su madre porque la quería muchísimo, pero entendía que debía hacer lo que su corazón y su conciencia le mandaran. Le había tocado, en la vida, el gran premio de convivir con un hombre que para ella era perfecto, no estaba dispuesta a dejar pasar un tren que muy posiblemente no volvería a recorrer las vías de una estación llamada María Jesús.

Un soleado día de principios de mayo, entraron juntos en el que sería su hogar, una casa amplia con patio central, dos plantas y azotea, decorada con muebles carísimos de caoba cubana y cerámica

Manuel Bobis Reinoso

de Triana, y a la que María Jesús pudo dar su toque personal de color y de alegría.

»Todas las mañanas se dirigían juntos, cogidos del brazo, a la librería. Al cerrar a mediodía, volvían para almorzar y al terminar la jornada nunca faltaba una cerveza o una copa de vino en el Gran Café de París antes de volver a casa. También en el Novedades hasta que fue derribado en 1923 o en el Kursaal. Los martes y jueves regresaba sola, pues sabía que la tertulia era sagrada para él.

—Las lenguas inventaban miles de historias con respecto a nosotros y a lo ocurrido con Beatriz. —Mariela casi se arañaba comida por la curiosidad—. Pero Eugenio era una persona que estaba por encima de los dimes y diretes y jamás se inmutó por lo que otras personas pudieran pensar o decir. Ahora que todo el mundo conoce lo que ocurría con su sexo, los chismes estarán dando para más páginas imaginarias que los *Episodios nacionales*.

Al igual que en la novela, Eugenio y María Jesús se encontraban en busca del tiempo perdido, de ese tiempo desperdiciado en padecimientos vanos. Cariño y diversión. Se aficionaron al cinematógrafo. Desde la inauguración del Pathé Cinema en calle Cuna, se convirtieron en asiduos espectadores. También del teatro Rocío en Triana, del Llorens, del Imperial, del San Fernando, del Cervantes. En enero de 1930 vieron y escucharon su primera película sonora. Como siempre había ocurrido en España, hubo gente que sostenía que el cinematógrafo era un peligro contra la moral, la salud, los nervios, la razón, la verdad, la castidad, el orden social y la religión. En 1924 compraron un automóvil Vinot Deginand en la avenida de Miraflores, que llevaba unos buenos neumáticos Continental. Eugenio decía que estaba cambiando dinero por libertad. Él siempre hablaba de la importancia de la libertad como

Ángeles de piedra
el tesoro máspreciado del ser humano. En busca del tiempo perdido
también para cumplir su gran segundo sueño: el de ser escritor.

—El primero, ser librero, supongo —aclaró Mariela.

Eugenio Llevaba mucho tiempo escribiendo una novela que él llamaba *Cartas a Arabela*, pero que dejaba parada una y otra vez. María Jesús lo animaba continuamente a que siguiera, y a veces lo conseguía, pero parecía que había algo en él que no quería que aquella historia terminase nunca.

—No me dejó que leyera jamás lo que llevaba escrito, y guardaba los papeles en ese arcón que usted ve ahí, cerrado con una llave de oro que llevaba siempre colgada del cuello.

Cuando María Jesús le preguntaba qué era lo que guardaba en el arcón, le contestaba que solo los escritos, pero que no quería que nadie los leyera hasta que no estuviera terminada la novela. Ella lo comprendía, porque sabía que había artistas, sobre todo pintores, que no querían que se viera su obra mientras no estuviera terminada. Así lo entendió, lo aceptó y lo animó, aunque no había manera de que la acabase, pues decía que siempre había algo más que contar y que le costaba mucho encontrar el fin.

—Yo creo que es que no quería encontrar ese fin porque no quería que la novela terminase, algo extraño, pues nunca me comentó, siquiera, de qué trataba su historia.

—¿Ha abierto ese arcón?

—No, la llave desapareció la noche que fue asesinado.

—Pero puede llamar a un cerrajero para que lo abra y saber así qué contiene.

—Pienso que eso sería faltar a su deseo. Lo respeto, quiero que permanezca cerrado.

Mariela estaba a punto de reventar. Le caía muy bien aquella mujer tan buena y tan dulce, pero, ¿cómo era posible que no quisiera

Manuel Bobis Reinoso

saber, al momento, lo que contenía aquel arcón? ¡Qué poca sangre por Dios! ¡No podía, no podía! Prefirió cambiar de conversación:

—¿Disfrutaron de la Exposición Iberoamericana?

—Sí, muchísimo. En la noche del día en que se inauguró asistimos al estreno del Teatro de la Exposición, vimos *El vergonzoso en palacio* de Tirso de Molina, y al día siguiente volvimos a asistir para escuchar un concierto de gala del Orfeón Vasco, al que acudieron los reyes. Eugenio era el centro de todas las miradas por su exquisita y muy apropiada forma de vestir.

Todas las tardes entraban por la puerta principal.

—Y mire usted que había puertas, pero era como una manía la de entrar siempre por la de la glorieta de San Diego, con sus ocho grandes pilares a ambos lados de los accesos de las cuatro avenidas que confluyen en la glorieta. Me encantaba de noche, con los rayos de luz que salían de la portada, rojos, blancos y verdes, y delante la estatua del Cid donada a Sevilla por Anna Huttintong dos años antes.

María Jesús recordaba que de noche era como un sueño el parque de María Luisa con los surtidores iluminados. Las aguas de la cascada del monte Gurugú caían sobre cristales de colores y las torres de la plaza de España emitían ráfagas como si fueran dos faros. En la plaza de América, todos sus edificios se adornaban de bombillas de colores que resaltaban su fachada, y ella los contemplaba abrazada a Eugenio.

Fueron a ver a Josefina Baker, a Ponpoff y Teddy, y asistieron a varias funciones de teatro. Les gustaba ir al piano gigante, al que se podía subir y tocar con los pies. También a la inauguración del Estadio de la Exposición, a ver el partido entre España y Portugal en los palquillos de la grada baja donde se pavoneaba la alta sociedad, el 17 de marzo de 1929. Fue María Jesús quien quiso ir al partido, pues

Eugenio odiaba al fútbol por ser un invento inglés, de la misma manera que odiaba todo lo británico.

Pasaron mucho tiempo viendo todo lo que se exponía en los distintos edificios de la plaza de España. Sobre todo en el edificio sur, pues allí estaba la sección del libro y el periódico, la exposición retrospectiva del libro español, ejemplares antiguos y la sección del libro moderno. Les gustó mucho la oficina tipográfica del siglo XV que exhibía personal vestido de la época, también la maquinaria moderna de impresión, que llamó mucho la atención de Eugenio porque empezaba a interesarse en la publicación. La exposición de casas de editores, feria permanente del libro que contenía hasta setenta mil ejemplares expuestos y ofrecidos a la venta, incluso en ediciones de lujo. Se montaron en la góndola de la ría de la plaza de España y subieron a los ascensores de las torres para subir y contemplar las vistas.

En la Quinta de Goya, que estaba dedicada a la vida y obra del pintor y donde se exponían algunas de sus obras, compraron una serie especial de sellos en los que aparecía la Maja Desnuda.

—Que, por cierto, la oficina postal de Estados Unidos consideró obscena y nos devolvió varias cartas que Eugenio había enviado a amigos americanos.

Mariela pensaba que los americanos eran muy catetos. ¿Qué podía tener de malo el cuerpo desnudo de una mujer? Aquello le recordaba a don Augusto.

—¡Imagínese! Sí, lo pasamos muy bien durante la Exposición.

—Cuénteme más cosas de Eugenio.

—No sé, algunas veces era un poco excéntrico. Por ejemplo: en 1917 pintó la librería de negro.

—¿De negro?, ¿por qué?, ¿existe pintura de color negro para las paredes?

Manuel Bobis Reinoso

—Tenía un tono como no sé qué de barcos, la trajeron expresamente desde el puerto. La quiso pintar así por todo lo que le había ocurrido con Beatriz. —Otra vez, aquella mujer la ponía nerviosa—. En 1922, después de nuestro compromiso y de irnos a vivir juntos, cambio el color a un precioso celeste, mi color favorito, porque decía que su alma había pasado del negro al celeste gracias a mí, pero en 1923 quiso volver a pintarla de negro.

—¿Por qué?, ¿qué ocurrió?

—Fue por el golpe de Estado que Primo de Rivera dio contra el gobierno.

El 13 de septiembre de 1923. El rey, en vez de apoyar al gobierno, nombró jefe del ejecutivo al general y se impuso el directorio con ocho militares, se suspendió la constitución, se disolvieron los ayuntamientos, se destituyeron los presidentes del senado y del congreso y se disolvieron las cortes.

—Entramos en una dictadura con rey, pues al bobalicón del Borbón no se le ocurrió otra cosa que ir diciendo por Europa que ya tenía a su Mussolini particular. Eugenio quiso volver a pintar la librería de negro, pero pudo más el celeste de su alma, y así permanecieron las paredes hasta la proclamación de la República, cuando la cambiaron al morado.

La dictadura acabó en 1930. Eugenio le decía a María Jesús que lo único bueno que había traído a España era el fin de la guerra de Marruecos. Él había seguido en los periódicos la contienda con los rifeños desde que comenzara en 1911, siempre con gran preocupación.

—Cuando acabó, en 1927, dimos un gran banquete para celebrarlo al que invitamos a doscientas personas.

Eugenio odiaba a la guerra, y hacía continuas alusiones a la infinita estupidez y maldad del ser humano, sobre todo cuando vio

la fotografía en la que varios legionarios exhibían sendas cabezas de rifeños decapitados.

Mono malvado y loco, lo de estúpido no se le había ocurrido. Tal vez lo sumara a la colección de virtudes. María Jesús seguía hablando, se notaba que le venía bien desahogarse:

—Éramos muy felices, pero Eugenio mantenía un gran sufrimiento en su corazón, porque desde que decidió abandonar a Beatriz esta hizo de la disputa con él el centro y objetivo de su vida, y le impidió que viera a sus hijos y que hablara con ellos. Al parecer, comenzó a contarles historias falsas sobre Eugenio, hasta el punto de que ellos no quisieron nunca saber nada más de su padre. Él les mandaba continuamente regalos, pero estos no llegaron a sus manos y creo que nunca supieron de su existencia. Jamás fue informado de alguna enfermedad de los niños, o de cómo marchaban en los estudios. Lo peor fue que ella lo acusó y denunció en la policía por abusos sexuales hacia Patricio, el hijo mayor.

—¿Tuvo problemas con la justicia?

—No, aquello tuvo muy poco recorrido porque no había pruebas, pero le causó mucho desconsuelo por lo injusto e infundado. Lo sé porque él ha llorado mucho en mi hombro por la ausencia de sus hijos. Nunca dejó de enviarles dinero, supongo que eso no lo saben. Eugenio quiso hablar con ellos muchas veces, pero ya de mayores no han querido ni verlo. Ese ha sido su gran padecimiento, por todo lo demás, le aseguro que éramos muy felices. Siempre que los veía por la calle se acercaba a ellos con ilusión, pero cuando eran pequeños solían ir acompañados y cuando ya fueron mayores volvían la vista y aceleraban el paso en cuanto lo veían.

—Pero la abuela, Teresa, que era muy amiga de Eugenio, compañera en la noble labor de sacar a pobres niñas de la prostitución, y que creo, por lo que usted me cuenta y por lo que me

Manuel Bobis Reinoso

ha insinuado otro entrevistado, que habían sido amantes, ¿cómo no le llevó nuca a los niños para que los viera?

—Porque en eso no quiso nunca contravenir las órdenes férreas de Beatriz. En todo lo demás, siguió siendo amiga y colaboradora. En algunas ocasiones considero que demasiado amiga.

—Tengo entendido que esa labor de rescatar niñas la siguió realizando hasta su muerte.

—Justo una semana antes de su vil asesinato, le encontraron un trabajo a la última muchacha. En eso, tanto Justo Andrés, como Teresa, como Eugenio han hecho una labor que espero que esta ciudad sepa algún día agradecerse de alguna manera. ¡Y mire usted que Justo Andrés ya está mayor! Pero ahí sigue en el pie del cañón. No sé qué ocurrirá ahora que Eugenio ya no está.

—María Jesús, no tengo más remedio que preguntarle...

—Hace tres meses de aquella maldita tarde en la que Eugenio no apareció por la librería ni asistió a la tertulia. Por la mañana, había estado posando para un pintor que le estaba haciendo un retrato que quedó inacabado, igual que uno que se hizo en su infancia, por la tarde acudiría al trabajo. Al no aparecer por la librería en toda la tarde, yo sabía que había ocurrido algo, todos los contertulios lo intuían. No llegó por la noche a casa, y yo salía compulsivamente al balcón para verlo venir enfilando la calle, pero no venía, no venía, no venía. De mañana me tiré a la ciudad para buscarlo como una loca, hospitales que me decían que allí no había ingresado nadie con ese nombre, y una policía que no quiso informarme de nada y que me rogaba que esperase en mi domicilio. Cuando a mediodía sonó la aldaba de mi casa, comprendí que todo había terminado. Beatriz, Celeste y Patricio habían sido avisados antes, pero, al parecer, no quisieron presentarse en el Anatómico. Fui yo quien lo reconoció, quien lo vio torturado y sin vida. En aquel mismo momento se acabó

también mi existencia. Una muerte injusta, innecesaria, fruto del odio.

Comenzó a llorar de nuevo, Mariela la abrazó. Se despidió de ella una vez que se hubo calmado. Sin duda, María Jesús era una buena mujer. La había recibido con cordialidad, la había invitado a merendar y se había desahogado con ella. También le había dado nombres y direcciones de varias personas a las que podía entrevistar. Entre esas señas también se encontraban las de la esposa y los hijos de Eugenio. No se iba satisfecha del todo de la librería. ¡No, no! No podría quedarse tranquila hasta que no supiera qué contenía el arcón. Y lo iba a averiguar, ¡vamos!, ¡cómo que se llamaba Mariela!

PETER PAN Y WENDY
JAMES MATTHEW BARRIE

Y Mariela se fue a visitar la casa donde vivían la esposa, los hijos y la suegra de Eugenio. Caserón de amplios balcones, se intuía que quien viviera allí sería gente de dinero. Fachada color salmón, grueso enrejado, visillos, aldaba dorada y reluciente. La puerta la abrió una sirvienta perfectamente uniformada. Beatriz, la esposa de Eugenio, y su madre, Teresa, estaban de viaje por Europa, pero si quería podía preguntar a Celeste y a Patricio, los hijos de Eugenio, si tenían a bien recibir a la escritora. ¡Sí, claro que sí! Rosa, la sirvienta, hizo pasar a Mariela a un amplio salón comedor. Mesa, sillas, aparador y vitrina en madera de ébano, jamás había visto unos muebles tan bellos, tan oscuros, con patas de columnas salomónicas. Sobre el aparador, dos candelabros de plata. Dentro de la vitrina, vajilla de porcelana francesa y cristalería de Bohemia. Colgados en la pared, grandes cuadros pintados al óleo con anchos marcos dorados. En una esquina de la pieza se encontraba el rinconcito del té: mesa de tapa de mármol con pie de madera y cuatro sillones tapizados en terciopelo burdeos. Todo limpio, brillante, la mañana entraba en forma de luz por el gran ventanal. Olía a pieles curtidas, a plata y a cosmético caro. Un carrillón dio las once. En uno de esos sillones se sentó Mariela a esperar.

Desde pequeños, Patricio y Celeste habían idolatrado a su padre. Cuando Eugenio volvía de su trabajo en la librería, la casa tomaba vida. El oír el sonido de la cerradura cuando él metía la llave

Manuel Bobis Reinoso

era preludio de cariño, caricias, gozo, diversión, alegría. ¡Su padre!, siempre perfectamente vestido y oliendo tan bien, siempre preguntándoles por la escuela, siempre sentado a su lado, siempre con la sonrisa puesta, siempre con su Celeste en brazos. Cada noche, excepto los días de tertulia, antes de dormir les contaba una historia. Raro era el día que no aparecía con un pequeño detalle: un dulce, unos lapiceros, un pequeño juguete.

Beatriz, la madre, también trataba a los dos hermanos con cariño, pero iba más a lo suyo, pues salía a menudo y los dejaba con la abuela. Después ocurrió lo del cuello, dejó de salir tanto y pasó a una autorreclusión voluntaria. Justo después del suceso, cuando Beatriz volvió a casa después de pasar un largo tiempo en el hospital, fue cuando Eugenio se separó de ella emocionalmente, aunque siguió viviendo en la casa hasta que en 1922, cuando Patricio tenía doce años, se fue a vivir a la puerta Real con su nueva mujer.

Los siete primeros años de vida, justo antes de que Celeste naciera, fueron los más alegres para Patricio. Era el centro del universo, el rey de la casa, en el que se posaban todas las caricias, todos los besos, todas las sonrisas de su padre, de su madre, de su abuela y de Rosa, la criada. El astro sol, el emperador, Dios adorado por pastores y reyes. El más divertido, pues cualquier gracia les hacía reír invariablemente. Sus deseos se convertían en órdenes, comía lo que quería, cuando quería, sus caprichos se hacían realidad casi al instante sin tener en cuenta el precio que pudieran costar. Eugenio le llevaba constantemente literatura infantil y juvenil. En una ocasión le regaló un caballete, un lienzo, pinturas al óleo, pinceles, aguarrás y aceite de linaza. Desde aquel momento, Patricio siempre quiso ser pintor.

Mariela aguardaba, habían pasado ya veinte minutos. Le había llamado la atención un retrato al óleo, una muchacha de unos

Ángeles de piedra diecinueve o veinte años, le sonreía. ¿Sería Celeste? Probablemente, pero mira que bien que se había echado una amiga de espera. Lástima que el cuadro no hablara. La escritora siempre había soñado con tener una amiga. De pequeña para jugar a muñecas, en la adolescencia para confidencias de amores, de mayor para salir y divertirse. Nunca la tuvo, lo deseaba, lo intentaba acercándose a otras niñas, pero no la dejaron disfrutar de ese placer. El dolor de no ser aceptada, menos mal que Antonia, su hermana, siempre la había querido mucho.

Patricio odiaba la tertulia de la librería porque era lo único sobre lo que no mandaba. Martes y jueves, a la hora del almuerzo, entraba en un berrinche, en el que parecía que se le iba la vida, para que sus padres estuvieran esa noche presentes a la hora de cenar, pero Eugenio no volvía de la librería y Beatriz, a eso de las siete de la tarde, salía muy pintada, siempre vestida de negro y con el inconfundible olor de su perfume, que dejaba un rastro con el que se la pudiera seguir. El pequeño quedaba, una semana y otra, llorando y recibiendo los mimos de su abuela y de Rosa.

En 1917 nació Celeste, Patricio se convirtió en el príncipe destronado. Había odiado a esa niña siempre, pues le arrebató su reinado y tuvo que compartir con ella algo que él sentía que era suyo en propiedad: el monopolio de la atención admirada de los mayores. Se había burlado de ella toda la vida, cada palabra o comentario que saliera de su boca se convertía inmediatamente en blanco de una chanza. La hizo llorar muchísimas veces, le rompía los juguetes con maldad, le robaba las golosinas, aunque solo fuera para tirarlas.

En 1918, cuando lo de la gripe que dieron en llamar española, Patricio pasó mucho miedo. Veía, con temor, cómo su madre leía *El Correo de Andalucía*, donde al principio solo se anunciaban jabones para evitar epidemias contagiosas. En octubre, los entendidos decían que no pasaba nada, pero luego las cifras de contagiados y de

Manuel Bobis Reinoso

mueritos se dispararon. En Sevilla, los enfermos graves se trasladaban al pabellón de infecciosos de Tabalada. Unas semanas después, los muertos se contaban por decenas en toda la provincia. El chiquillo oía que la gente no quería acompañar a los cadáveres al cementerio por miedo al contagio y que los carros con los ataúdes iban seguidos solo de un sacerdote. Aquellos comentarios causaban terror en el ánimo de un niño de ocho años. Se hicieron novenarias a la Virgen de la Medalla Milagrosa por el fin de la guerra y de la epidemia y se instalaron casetas sanitarias en la Cruz del Campo, Dos Hermanas, El Tardón y El Patrocinio para hacerles pruebas a las personas que entraban en Sevilla. La abuela, Teresa, enfermó y estuvo a punto de morir. Patricio se obsesionaba con el miedo al contagiado y no se le quitaba de la cabeza que pronto estaría metido en un ataúd camino del cementerio con la sola compañía de un sacerdote. Eugenio estuvo a su lado en aquel año y medio de terror que pasó. Cariñoso, quitándole dramatismos e inventando historias.

En aquel mismo año de 1918, Eugenio llevó a Patricio de su mano a ver la primera cabalgata de Reyes que organizó el Ateneo. El niño se sentía como viviendo un cuento, veía con ojos incrédulos a la Guardia Municipal, los trompeteros, los heraldos con sus banderas y sus hachones encendidos, la música de la Banda Municipal, Melchor montado en un caballo blanco, Gaspar y Baltasar en sendos camellos. El carro con los pastores y las carretas tiradas por bueyes que portaban los regalos para los niños del asilo y del hospicio. ¡Un sueño de la mano de su padre!

Mariela se levantó, daba vueltas por aquel salón, le dolía ya el trasero de estar sentada, ¡una hora! Rosa apareció con una limonada. La criada, con un poco de vergüenza ajena, le dijo que estaba esperando a que le contestaran si la iban a recibir o no. Parada ante otro retrato al óleo: un señor grueso, canoso, de bigote tupido y

expresión sería la miraba. Seguro que era el padre de Beatriz. Mariela era hija de madre soltera, no conoció a su padre. ¿No lo conoció?, bueno, en Utrera, su pueblo, todo el mundo sabía quién era, y buenos cachondeos que montaban con ello.

A partir del nacimiento de Celeste y de lo que le ocurrió a Beatriz, se produjeron cambios en el ambiente de la familia. Eugenio dejó de dormir con ella y la trataba correctamente, pero de una manera fría e indiferente. Patricio, que entonces podía andar ya por los diez años, se daba cuenta de algunas cosas, porque, aunque lo llevaban en el más absoluto de los secretos, sorprendió en varias ocasiones a su padre entrando en la alcoba de la abuela. Una vez que entraba se oía el sonido de la cerradura, y no salían de la alcoba hasta no haber pasado al menos hora y media. Para entonces, Beatriz ya había dejado de salir a la calle. A los doce años tuvo que contemplar cómo su padre se marchaba de la casa para convivir con otra mujer. Se quedó solo, con una hermana a la que odiaba, una abuela cariñosa, pero que había recibido unas atenciones de su padre que no le correspondían, y una madre triste y deprimida.

¡Hora y media ya, estaba por coger la puerta! Rosa volvió a bajar y le hizo un gesto con los hombros y con la boca como de que no comprendía nada.

Con catorce años, Patricio decidió dejar de estudiar y dedicarse a la pintura. A nadie le pareció mal su decisión, que como casi siempre era aceptada al momento. Entendía que, una vez que Eugenio no convivía con ellos, él se había convertido en el hombre de la casa y, por tanto, era quien debía mandar. Deseo que expresaba, deseo que era inmediatamente satisfecho. Por aquel entonces ya se le habían despertado los deseos sexuales. Sus ojos habían aprendido a posarse en el hermosísimo canal de los pechos de Rosa mientras la mujer se inclinaba para servir en el plato, y en su magnífico y precioso

Manuel Bobis Reinoso

trasero cuando estaba agachada limpiando el suelo con el cubo y la aljofifa. Se moría por apretar bien su erecto pene contra aquel maravilloso culo. Rosa era una mujer guapa, que tenía unos buenos atributos femeninos y que disfrutaba entonces de sus veintiocho años.

Una tarde, Beatriz recibió la visita de una amiga para tomar café y charlar. Patricio pintaba en una habitación cercana y pudo escuchar que aquella mujer alababa a su abuela por sacar a Rosa de la prostitución. ¡Rosa había sido puta!, ¡aquello era fantástico, pues con ese pasado debía acceder sin rechistar a sus órdenes y sus deseos! ¡La asaltaría y le ordenaría que se metiese en la cama él! Armado, nunca mejor dicho, con su nueva seguridad y su plena e imaginada autoridad, se acercó a Rosa por detrás una tarde que la mujer estaba haciendo rosquillas, la tomó por las caderas y se apretó fuertemente sobre su deleitoso trasero. Ella hizo un movimiento brusco impulsada por la sorpresa, y al querer zafarse del muchacho le empotró un involuntario codazo que le partió el labio superior y le arrancó un diente. Con cara de incompreensión y miedo, Rosa salió corriendo de la cocina mientras que Patricio le gritaba que era una puta y que tenía que acceder a sus deseos, aunque no se oía bien, pues el muchacho sangraba y mantenía sus dos manos sobre la boca mientras la increpaba.

Se formó una buena, pero todo se arregló cuando aquella tarde la abuela, con gran amabilidad y sin reproches, le estuvo explicando algunas cosas que él debía saber sobre Rosa: que tenía novio y que estaba a punto de casarse, algo que desconocía el muchacho. Todo quedó ahí, se olvidó el incidente. Rosa siguió trabajando en casa confiada de que su trasero no iba a volver a ser aplastado por aquel ariete erecto y adolescente, su novio nunca supo nada, el labio superior de Patricio cicatrizó dejándole un lindo

recuerdo en forma de ele, el diente roto fue reemplazado por otro de oro y Beatriz, con la rotunda desaprobación de Teresa, comenzó a pagar a una prostituta, quien iba una vez a la semana a la casa y le hacía ver al muchacho el paraíso en forma de placer. ¡Un privilegio único para un niño de catorce años!

Ya de mayor, Patricio era un niño encerrado en un cuerpo de hombre. Lo habían detenido en dos ocasiones por andar desnudo por la calle, las mujeres salían corriendo y los hombres acudían en grupos de cuatro para agredirlo y tirarlo al suelo. Después, la policía le echaba un capote por encima y lo llevaba a una comisaría donde recibía varias y buenas bofetadas, pasaba dos días en el calabozo y pagaba una cuantiosa multa. Cuando era niño, durante las calores del verano, su abuela Teresa lo llevó alguna vez a los baños en una playa de Huelva con cuatro años, estaba desnudo y jugueteaba con la arena y con las olas que suave y mansamente rompían en la orilla. Nadie se enfada contigo cuando eres pequeño, y todo el mundo te trata con cariño. En Sevilla, también se bañaba desnudito en un baño de zinc que su abuela ponía en el patio, entraban las vecinas a charlar con ella, él jugaba mientras se enjabonaba, ¡y no pasaba nada!

Patricio tenía la certeza de que en todo momento lo acompañaban cuatro hadas, y esa impresión era tan real que hablaba con ellas e imaginaba que ellas hablaban con él y que lo cuidaban en cada paso que daba por la vida. Cuando tenía siete años, les puso nombres: Abril era el hada de la primavera y del agua, la que venía del este y siempre vestía de verde, la que representaba la alegría. Sol era el hada del verano y del fuego, la que venía del sur y siempre vestía de rojo, la que representaba la fortaleza. Dora era el hada del otoño y de la tierra, la que venía del oeste y siempre vestía de amarillo, la que representaba la calma. Blanca era el hada del invierno y del viento, la que venía del norte y siempre vestía de azul, la que

Manuel Bobis Reinoso

representaba la valentía. Alegría, fortaleza, calma y valentía, valores que él no poseía, pero que imaginaba que ellas le prestaban.

Soñaba con construir un gran parque de atracciones en Sevilla para los niños, con sus tiovivos, sus calesitas, su lago, sus barcazas, su castillo. Gracias a esa imaginación ya lo tenía diseñado y dibujado. Todo estaba pensado, hasta el más mínimo detalle que se pudiera imaginar: los uniformes de los empleados en forma y color, el símbolo y los dibujos que adornarían cada atracción, la duración de cada pase, el coste del billete. Cavilado y organizado por su mente. En la Exposición Iberoamericana de 1929 se montó mil veces en el trenecito que recorría todo el recinto. Salía de la glorieta de Bécquer, llegaba hasta Heliópolis pasando por el parque de María Luisa, el paseo de las Delicias, las galerías comerciales, el barrio moro, pasaba bajo el arco del pabellón de Marruecos y visitaba el parque de atracciones y la plaza de España. Siempre estaba lleno, muchos niños y gentes de todas las edades que sonreían y decían, tontamente, adiós desde el tren a todo el que los veía.

Patricio era pintor Naif, aunque apenas había llegado a vender dos cuadros. Se pintaba a sí mismo con la cara que tenía cuando era un niño. El fondo era siempre un paisaje donde todo era suave y donde se sentía protegido. Lugares de divertimento eterno en el que no cabían las angustias y los problemas de la gente mayor. También dibujaba junto a él a las cuatro hadas que pensaba que lo acompañaban. Celeste le rogaba que la retratara, pero él siempre se negaba. No le faltaba el dinero gracias a su familia, se podía permitir vivir de la pintura, o al menos así lo creía. No podría soportar la responsabilidad de tener que llevar dinero a casa.

Patricio y Celeste se habían cambiado el apellido, ya no era Valdeluna, sino Saavedra, el de Beatriz. La madre y los dos hermanos seguían durmiendo juntos en la misma cama, en la que la historia de

Ángeles de piedra
cómo Eugenio había sido sorprendido acariciando, besando y lamiendo las partes más íntimas de Patricio era contada casi a diario, aunque él no se acordaba de ese suceso.

Rosa bajó, con cara seria y abochornada le comunicó a Mariela que Patricio y Celeste no consideraban que fuera conveniente hablar con ella, faltaban cinco minutos para que se cumplieran las dos horas de espera.

Primer no, primer contratiempo, ella sabía que llegaría, pero sentía que no había sido tratada con respeto. No se vendría abajo. Según Rosa, Beatriz y Teresa volverían a primeros de mayo, pues a primeros de mayo estaría ella plantada allí de nuevo. Camino a casa, caminaba un poco cabizbaja.

TARZÁN DE LOS MONOS
EDGAR RICE BORROUGHS

Camino a casa, un poco cabizbaja, vagaba entretejiendo pensamientos. Abstraída en sus ideas, no escuchaba el canto de los pájaros ni sentía el suave sol de la primavera. El siguiente paso que debería dar sería visitar a tertulianos que conocieran bien a Eugenio. En casa tenía apuntados el nombre y la dirección de dos de ellos, se los había facilitado la buena de María Jesús. Según le dijo, esas dos personas eran las que habían mantenido una amistad más estrecha con él.

Al cruzar el Altozano, cientos de olores que provenían del mercado de abastos: unos agradables de piel de melocotón o piñonate dulce, otros nauseabundos de casquerías y basura de pescado, también el del gasoil de los automóviles. Luchando, dando codazos entre ellos, se abrió paso un aroma a azahar recién abierto que llegó a la nariz, al cerebro y al recuerdo de Mariela. Esa fragancia siempre le recordaba el día en que conoció a Carlos.

Una mañana del mes de abril, los naranjos desperezaban sus flores. Mariela aún llevaba estampadas en su rostro las consecuencias de la última agresión sufrida. ¡Aquel último cliente hijo de puta que la dejó malherida junto al río! Se había propuesto no volver a la prostitución, total: de tres, dos le habían pegado. Pero es que volvía a hacer hambre y no encontraba trabajo. Se le acercó un hombre bien vestido de traje y sombrero. Bastante alto, bien parecido, fuerte, treinta años más o menos. ¡Qué guapo!, ¡qué nervios!, ¡y yo con estos pelos!, ¿qué querrá?

Manuel Bobis Reinoso

—Señorita, disculpe mi atrevimiento. —Encima educado—. Me llamo Carlos Almansa, vivo aquí muy cerca, en calle Alfarería, soy inspector de policía.

La ilusión se cambió por preocupación y miedo instantáneamente. El hombre se dio cuenta y aclaró:

—¡Oh, no!, pero no se preocupe, tal vez he sido un poco torpe. Lo de decirle que soy policía ha sido solo para que no sienta desconfianza ante el abordaje de este desconocido. Como le digo, vivo aquí cerca, y la he visto pasar en bastantes ocasiones.

¿En bastantes ocasiones?, ¿y ella, que iba siempre con el radar puesto, no había descubierto tan bello ejemplar de ser humano? Es que últimamente, con esto de buscar trabajo, andaba siempre en las nubes. Aquel Adonis seguía hablándole:

—Con todos mis respetos, quería preguntarle, en caso de que no estuviera usted comprometida, si querría acompañarme alguna tarde a pasear, a tomar un café o asistir a una sesión de cine o de teatro.

Ojos de platos, cara de tonta. Como siempre que se emocionaba, dijo un sí que no salió de su boca al exterior. Las piernas le temblaban, tuvo que coger fuerza para repetir, de una manera mínimamente audible, que estaría encantada de acompañarlo.

—Entonces, si le parece, la espero en la puerta de su portal, que sé cuál es, el domingo a la cinco en punto. —Mariela asintió con la cabeza.

Aquel hombre le recordaba al protagonista de una novela que leyó y que se llamaba *Tarzán de los monos*. La única diferencia era que aquel estaba todo el tiempo en taparrabos y este iba con traje, corbata y sombrero. Al imaginárselo desnudo le subieron las calores. ¡Se había fijado en ella! Ciertamente con su altura llamaba la atención, y

más cuando se ponía los taconazos, pero la verdad, que sin ser fea, tampoco era nada del otro mundo. ¡Misterios tiene la vida!

El domingo, a las cinco, parecía una estrella de cine. Pasearon, tomaron café y fueron al teatro a ver *Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores*, de Federico García Lorca.

Primavera. Cada tarde que no estaba de servicio, Carlos esperaba a Mariela en su portal a eso de las ocho de la tarde para pasear por Triana o por Sevilla. Semana Santa y feria, declaraciones de amor y confesiones de secretos muy secretos. Por derecho, una vez que las cartas estaban bien abiertas sobre la mesa, gozaron de sus cuerpos desnudos en la cama de Mariela días antes de que acabara el mes de abril.

Se casaron seis meses después, en la parroquia de Santa Ana. La novia, de satén brillante color hueso, corte sesgado, cuello alto, manga larga, tren de cola de pez, velo largo en cascada con ribetes de encaje. El novio, traje cruzado gris marengo, corbata del mismo color, camisa blanca, impresionante. Un hermano y cinco compañeros de trabajo, con mujeres y algunos chiquillos, por parte de Carlos. Mariela no avisó a nadie, ni siquiera a su hermana, y mucho menos a su madre o a don Augusto. Él, don Augusto, la había bautizado, dado la primera comunión y confirmado, pero no la iba a casar, estaría en Utrera confesando a alguna vieja ajeno a lo que estaba ocurriendo en Sevilla. Y su madre esperándolo, como cada tarde, con las rosquillas hechas y la botella de aguardiente preparada. Le hubiera hecho muchísima ilusión que su hermana hubiera asistido, pero si la hubiese avisado también se habrían enterado aquellos que tanto daño le habían hecho y que incluso, sin duda, intentarían estropear la boda de alguna manera. No, mejor así, ya le daría explicaciones y le pediría perdón a su hermana

Manuel Bobis Reinoso

Volvió a la realidad al meter la llave en la cerradura. A escribir, esperando que den las nueve. La verdad es que le hubiese gustado poner en orden las notas que hubiera tomado entrevistando a aquellos dos «niñatos», tal como ella ya había comenzados a llamarlos en su pensamiento, pero no había podido ser.

Las nueve, Tarzán llegó a casa y se sentó en el sillón de orejas, seguía sin soltar prenda, pero ese día estaba pensativo: Eugenio Valdeluna y su esposa Beatriz, a Carlos aquello le sonaba. Le daba vueltas a la cabeza hasta que pudo acordarse. Sí, en una Navidad en la que la taberna y el aguardiente les hacían reír más de la cuenta, los compañeros policías recordaban un grotesco incidente que habían protagonizado dos señores, y que ese incidente tenía que ver con aquella familia. Reían y reían y se cachondeaban: que si los cuernos para arriba y que si los cuernos para abajo, hasta que uno de los compañeros se puso serio y recordó que al final casi acabó en tragedia. Se había acordado de aquello, tal vez por ahí pudiera ayudar a Mariela.

Al día siguiente, en la comisaría, Carlos preguntó a un policía muy veterano si recordaba algún caso que tuviera que ver con el matrimonio. El hombre no dudó, rápidamente contestó:

—Sí, hombre, el caso de Beatriz Saavedra y un tal Benito Sánchez. Me acuerdo perfectamente, si buscas en los archivos por los apellidos seguro que los encuentras.

Buscó expedientes de Benito Sánchez y los localizó. Uno con Beatriz de implicada, que le costó la cárcel al tal Benito, otro con un hombre llamado Ernesto Torres, con quien tuvo una reyerta. Tomó nota de los nombres, averiguó las direcciones actuales y se las pasó a Mariela. Eran casos antiguos, no interfería en su investigación, que no dijera que no quería ayudarla. Se comió a besos a su Tarzán y esa

noche le hizo los buñuelos de bacalao que tanto le gustaban a él. En la cama también hubo premio.

Tenía las señas de los tertulianos, pero la curiosidad, como siempre, podía en ella más que la razón. Iría a visitar a esas personas, a las direcciones que Carlos le había facilitado. Su marido, conociéndola, le dijo que primero quería ir él en persona para pedirles que la recibieran, ya que le habían comentado que estos dos señores, sobre todo uno de ellos, eran bastante extraños.

—¡Pues más extraños que el forense no creo que sean! — exclamó Mariela.

—Sí, pero yo me quedo más tranquilo si hablo antes con ellos —respondió Carlos.

Y habló, y utilizó la placa de policía para que no fuera posible un no. Uno hubiera aceptado al momento, hablar de sí mismo le encantaba, otro, un poco reacio al principio, pero con algunas condiciones también hubiese consentido. Tal vez no hubiera hecho falta, aun así, el empujoncito de la placa no vino mal.

LAS TRAGEDIAS GROTESCAS
PÍO BAROJA

Benito Sánchez aceptó recibir a Mariela. El piso era amplio, recargado, parecía una tienda de muebles, sembrado de figuritas, jarrones, candelabros, ceniceros, alfombras. Olía a caldo de puchero. Aquel hombre la miraba con una sonrisa amable que dejaba ver el brillo de un diente de oro, en los dedos varios anillos y un rubí, en su muñeca una pulsera, del bolsillo del chaleco asomaba una gruesa cadena que hacía adivinar un reloj caro. En sus años mozos debía haber sido bastante guapo, aunque ahora no le quedaba un pelo en la cabeza. Tuvo que quitar dos figuras de bronce de una mesa de maderas nobles para que Mariela pudiera poner su carterín. La manía de preguntarle por su vida, y claro, el hombre, egocéntrico, entusiasmado por hablar sobre sí mismo.

Benito, el ditero.

La madre era muy guapa. Desde que tuvo uso de razón, Benito siempre quiso estar a su lado y no separarse de ella.

—Hoy, treinta y cuatro años después de su muerte, aún puedo percibir el aroma a limón que desprendía su piel.

Manuel Bobis Reinoso

Su voz cálida y armoniosa lo sumía inmediatamente en una dulce y adormecida paz que jamás había vuelto a experimentar. ¡La quería exageradamente!

—Creo que estaba obsesionado con ella y que incluso llegué a desearla sexualmente cuando desperté a la adolescencia.

Familia adinerada, su abuelo comerciaba al por mayor con aceite de oliva, y su madre tuvo una buena y refinada educación que demostraba día a día con su saber estar, su cultura, su manera de vestir. Era una señorita de buena posición, pero se enamoró pasionalmente de un hombre muy bello que aparentaba más que era. Se casaron en contra de la voluntad de los padres de ella, que cataron desde lejos el paño con el que estaba hecho el pretendiente, nunca mejor dicho, porque era representante de tejidos.

Benito odiaba a su padre, no solo no le había tenido ni el más mínimo cariño, sino que lo detestaba con todas sus fuerzas de niño, de adolescente, de joven y de adulto.

—Incluso creo que lo he seguido odiando después de que él muriera en 1903. Mi madre era una señorita, pero él la engañó con sus eternas ganas de aparentar, y la hizo vivir por ello en una pobreza que no merecía.

El padre de Benito buscaba el éxito y el reconocimiento por encima de todo, y gastaba lo que fuera necesario para aparentar tener mucho dinero y parecer de clase alta a costa de las necesidades más básicas de una persona.

—En mi casa, en demasiadas ocasiones, nos sentábamos ante un plato de porcelana francesa en la que naufragaba, en un caldo sin sustancia, media patata hervida.

¿Padre?, no, era solo un hombre vanidoso, falso y farsante, camaleón narcisista que solo pretendía deslumbrar con su persona y su presencia. Su verdadero trauma era que no se valoraba a sí mismo.

Pensaba que debía sobresalir para ser tenido en cuenta por los demás. Los demás, siempre los demás, le importaba demasiado lo que la gente opinase de él.

Obsesionado con la imagen, gastaba mucho dinero en ropa que guardaba en una casa que no podía pagar, y soñaba con tener un automóvil para pasearse absorbiendo ávidamente la admiración de los demás. Siempre presumido y ambicioso, fingía ser lo que no era, porque, aunque ganaba bastante con la venta de tejidos, no podía ni siquiera compararse con la fortuna de sus suegros, a los que quería parecerse obsesivamente. Trabajo, trabajo y trabajo, solo le importaba el éxito, tenía pavor al fracaso y descuidaba a su familia. Vestido de caro, llamaba la atención por las joyas que lucía y se pavoneaba sin rubor y en voz alta de sus éxitos. Sentía gran admiración por los individuos que ocupaban altos cargos en las empresas o en la política, pues valoraba a las personas según el estatus profesional o social que hubieran alcanzado.

Vendía tejidos de la fábrica sevillana La María: de algodón, yute y lino, y estaba especializado en lonas. También llevaba paños de fábricas de Béjar, de Cuenca y, sobre todo, de Cataluña, así que una vez al año viajaba para visitarlas. Invariablemente quería que su esposa lo acompañara, pero ella, que solo estuvo enamorada de él durante los dos años que siguieron a la boda, nunca quiso hacerlo. Quería que ella comprobase lo admirado y bien tratado que era por los dueños de las fábricas, pero esa pretendida admiración no era una emoción que ella sintiera por él, sino más bien desprecio y resignación por un matrimonio y una vida desdichada.

En 1902, la madre de Benito accedió a acompañar a su marido a un viaje para apalabrar género de la fábrica de tejidos de lana de Benito Canales, de la de paños de Llantada y de la de los señores Muñoz y Peña, las tres situadas en la provincia de Cuenca. Quería

Manuel Bobis Reinoso

que su mujer lo elogiara, y la hacía acompañarlo a sus reuniones con los dueños de las fábricas.

De noche, en el hostel, el hombre le preguntaba, una y otra vez, qué le parecía cómo lo trataban de bien, pero ella, que entonces ya había perdido todo apasionamiento, se mantenía despreciativa. Siguió insistiendo, preguntando y exigiendo admiración hacia su persona, fue entonces cuando ella le confesó que hacía años que no sentía nada, que pensaba que no era nadie y que todo lo que tenía no era más que fachada que solo escondía su auténtica falta de valía. Él, iracundo, se sintió herido, dejó de reflexionar, su instinto agresivo de homínido se hizo dueño de su entendimiento. Tomó una pesada lámpara de alabastro, los ojos disparados, los músculos tensos, ella lo miraba con terror, retrocedió hacia una esquina, se cubrió con los brazos, él se acercó con la energía de un gorila furioso, golpeó a su esposa en la cabeza varias veces con la fuerza de una maza. No le dio tiempo a decir nada. La dueña del hostel subió al escuchar el ruido de los golpes, llamó a la puerta, abrió, la señora encontró a la mujer tirada en el suelo sobre un lago de sangre y con la tez lívida. A los gritos de la posadera, el asesino no contestaba, sentado en la cama con los ojos perdidos en la incomprensión de lo que había ocurrido. Fue detenido y encerrado en los calabozos una hora más tarde. La más hermosa había muerto a causa del traumatismo craneal producido por los golpes. Juzgado y condenado a muerte por garrote. La ejecución se llevó a cabo en junio de 1903.

—Yo, como familiar, pude acompañarlo en sus últimos momentos y me desplazé a Cuenca, aunque no lo hice por cariño hacia su persona, por humanidad o por obligación de hijo; lo hice por sentir el infinito placer de verlo sufrir, pues era la persona a la que más odiaba en la vida, la que me había arrebatado de golpe a aquella por la que yo sentía devoción, amor, admiración, ternura. Mi sorpresa

fue tremenda cuando recibí una invitación a presenciar la ejecución mandada a imprimir por él mismo. Después supe que se las había enviado a veinte personas. De las otras diecinueve no asistió ninguna. Al parecer, él quería pagar para que el cadalso quedara bien adornado, pues no quería morir, según decía, como lo hacía la chusma. Hasta sus últimos días queriendo aparentar, pues creía que todavía estaba en vigor la distinción entre garrote noble, ordinario y vil, pero ignoraba que aquellas distinciones habían sido abolidas hacía ya mucho tiempo.

Cuando Benito llegó a Cuenca, se encontró con que los ciudadanos habían solicitado al rey Alfonso XIII el indulto, y que también lo habían pedido el ayuntamiento, la diputación, el obispado y diferentes sociedades obreras.

—Yo fingía que aquello me alegraba y me daba esperanzas, pero en el fondo de mis sentimientos me enfadaba la sola idea de que se le pudiera cambiar por cadena perpetua.

A las dos de la tarde, le fue notificado al prisionero por el tribunal la confirmación de pena de muerte. Escuchó con mucha atención el fallo y entró en capilla, pues era requisito que el reo pasase allí, antes de la ejecución, un mínimo de dieciocho horas.

—Yo me quedé, pues él tenía derecho a permanecer acompañado. Al momento se puso muy nervioso, yo me mantuve impassible, pero los hermanos de la **Archicofradía de Paz y Caridad le dispensaron las más cariñosas atenciones, permaneciendo a su lado casi toda la noche. Junto a los hermanos de la Archicofradía también acompañaron al condenado varios sacerdotes, el coadjutor de la iglesia de Santiago y el capellán de la Cárcel. A las tres de la tarde confesó arrepintiéndose de su crimen.**

Almorzó a las cuatro la comida que le ofrecía la Archicofradía: cocido con gallina, chocolate y vino. Aquella tarde

Manuel Bobis Reinoso

fue visitado por distintas autoridades de la ciudad: el **obispo**, así como el **presidente**, **magistrados**, **secretario de la Audiencia** y su **abogado**, que seguía esperando el milagro de la permuta de la condena a muerte por el de cadena perpetua.

A la hora de la cena, también llevada por los hermanos de la Archicofradía, estuvo amparado por otro preso amigo y cenó huevos, filetes de carne, jamón con tomate, pastas y vino. Después de la cena quiso descansar unas horas y pudo dormir desde las once de la noche hasta las cuatro de la madrugada. Benito no podía dormir.

Cuando cantó el gallo, a las primeras luces del día, la imagen del Cristo de las Misericordias fue trasladada en silencio desde la iglesia de San Antón a la cárcel Correccional de la calle del Trabuco. Los parroquianos miraban entre visillos la procesión por unas calles con silencio de muerte anunciada. A las cinco de la madrugada, el padre de Benito asistió a la Santa Misa. Poco después llegó a Cuenca, en tren, el verdugo de la Audiencia de Madrid, que fue custodiado por dos guardias civiles.

A las ocho menos cuarto de la mañana, el Cristo de las Misericordias encabezaba una procesión macabra, le seguía el reo acompañado por su hijo, y después caminaban los sacerdotes y los hermanos de la Archicofradía. Se habían cumplido las horas reglamentarias para la estancia del condenado en capilla. Ya en el patio de la cárcel, y tras sonar las ocho campanadas del reloj, el verdugo comentó que era nuevo y que nadie le había explicado cómo funcionaba el garrote. Después de examinar el artilugio pensó, equivocadamente, que aquello se ponía alrededor del cuello del reo y se giraba la manivela hasta que los dientes de la alcachofa penetraban en el cuello a la altura del cerebelo. En el cadalso solo había una silla, y nadie había caído en la cuenta de que faltaba el

Ángeles de piedra poste en el que se debía apoyar el garrote. No había capucha para tapar la cabeza, alguien corrió y trajo un cojín que fue roto para utilizar la funda como improvisado antifaz ciego.

El verdugo pidió a dos funcionarios que sostuvieran en vilo las guías del garrote para que no se moviera, pues tenía que usar las dos manos para dar vueltas a la manivela. En aquel momento, el ejecutor le dio a besar un crucifijo al condenado y rezó junto a él el credo, y justo cuando decía: «creo en Jesucristo, hijo de Dios», comenzó a darle vueltas a la manivela, que avanzó rápidamente hasta el cuello, donde se clavó. El hombre gritaba de dolor e intentaba levantarse de la silla, pero el verdugo presionaba el artilugio hacia abajo para evitarlo, y el desgraciado seguía aullando e intentando zafarse de aquel horrible daño, y más fuerza se ejercía hacia abajo para que se mantuviera sentado.

—Yo disfrutaba como pocas veces he hecho en mi vida.

Entonces, el ejecutor dijo que algo fallaba porque aquello no apretaba lo suficiente para romper el cuello del reo, pues tenía un pescuezo muy delgado. Se desmontó el garrote y se estrechó el corbatín añadiendo un taco de madera; mientras, el tan odiado por Benito gemía, lloraba y sangraba. Volvieron a colocarle el aparato alrededor del cuello, de nuevo vueltas a la manivela, el infeliz sufría muchísimo, rojo, parecía que le iba a explotar la cabeza, hasta el punto que a un funcionario, tembloroso, le dio un ataque de histeria. Fue sustituido por otro empleado. El verdugo siguió dando vueltas a la manivela. Después de veinte minutos horribles de sufrimiento, gritos y estertores, abandonó este mundo el más aborrecido por su hijo. El médico certificó la defunción.

A Mariela le temblaban las piernas y tenía la sensación de que se le había escapado un poquito de pipí. Ella tenía la culpa por preguntona. Y Benito siguió hablando:

Manuel Bobis Reinoso

—Fue izada una bandera negra en la puerta del edificio de la cárcel y las campanas de San Pedro tocaron a muerto. Los habitantes de Cuenca supieron en aquel momento que se había consumado la ejecución. La tragedia grotesca.

»Era costumbre que la Archicofradía se hiciese cargo del cadáver para su entierro tras haberlo velado por turnos, así que incluso pude ahorrarme los gastos del sepelio. Volví a Sevilla mostrando una exagerada cara de tristeza, pero con gran gozo en mi interior. Quedó enterrado en Cuenca, no tenía ni siquiera que ir a cambiarle las flores de su tumba. Todo perfecto.

Mariela hizo un gesto con la boca como de: ¡mira qué bien!

—¿Sabe usted cuál es la gran tragedia de mi vida? —preguntó Benito—, que yo soy igual que mi padre. Me comporto de la misma manera que el hombre a quien tanto he detestado. Intento aparentar y busco sin cesar el éxito y el reconocimiento de los demás. Estoy obsesionado por mantener un estatus en esta sociedad, soy presumido, ambicioso, y preferiría no comer a dejar de comprarme trajes de buena calidad, relojes y joyas de oro. Aparentar y aparentar.

—¿A qué se dedica?

—Soy dintero, ya sabe, adelanto ropas, tejidos y ajuar para el hogar con el fin de que mis clientes me los vayan pagando en cómodos plazos. También presto dinero cuando se necesita. Todo a un precio más alto al que se podría comprar a tocateja en la tienda, pero ya sabe, el tiempo también es dinero.

—¿Podría hablarme de Beatriz?

—Por supuesto, usted ha venido aquí para eso.

EL PERFUME DE LA DAMA DE NEGRO
GASTÓN LEROUX

Estaba preparada. Sus oídos, su pluma y su entendimiento engrasados y listos. Su curiosidad expectante. Benito comenzó a hablar de Beatriz:

—La conocí por la calle en el otoño de 1916, al verla me enamoré inmediatamente de esa mujer. Bellísima, se parecía enormemente a mi madre. Estuve preguntando por ella y me contaron al instante, con ojos brillantes de cierto morbo y ganas de charla: con quién estaba casada, que tenía un hijo e incluso que se veía con un amante. Aquello del querido me dio esperanzas. Un día me acerqué a ella en la calle. Lejos de rehuir mi compañía, me premió con una sonrisa encantadora y sensual.

»Aceptó tomar café y pastas conmigo, y parecía no importarle en absoluto lo que la gente pudiera decir, algo que contrastaba con sus ideas conservadoras y su gusto por el mantenimiento de las tradiciones. La invité en tres ocasiones, y cuando quise hacerlo la cuarta fue ella la que me insinuó que le gustaría conocer mi casa. Un martes por la tarde, en mi habitación, se despojó de todos sus ropajes negros, preciosa en ropa interior, sensual, no dejaba de mirarme con esa sonrisa cada vez que se desprendía de una prenda, se metió en mi cama y pude disfrutar del amor con aquella mujer que tanto me recordaba físicamente a mi madre. Nunca olvidaré su fragancia que me envolvía y me atrapaba.

Manuel Bobis Reinoso

La publicidad del perfume decía: *«Su presentación, pensada por Félicie, refleja un cierto romanticismo impregnado de candor y de encanto. Un extracto protegido en un frasco cuadrado moldeado en cristal incoloro de Baccarat subrayado de esmalte negro y tapado de un cubo óvalo donde sinuosamente las cinco letras de la joven marca destacan en relieve: Caron, con una letra C que se estira lánguidamente para fundirse con la N. N' Aimez que Moi, un generoso filtro en el que dominan la rosa Chipre delicadamente cubierta de lilas, de violeta, con un corazón que vibra sobre notas de iris, vetiver, cedro y sándalo. El todo conjugado con toques de vainilla, ámbar, almizcle y musgo de roble. Una gran estela carnal y mística en total simbiosis con los febriles amantes que sucumben al torbellino del amor».*

Benito prosiguió:

—Me volvía loco, su sonrisa, su pasión al hacer el amor, su pelo libre sobre mi almohada, y, por supuesto, su perfume. Llevaba siempre su frasco de N' aimez que Moi en el bolso y, aunque ya olía cuando entraba por mi puerta, una vez desnuda, se volvía a poner unas gotas detrás de las orejas antes de meterse en la cama.

»Siempre iba vestida de negro, al parecer, desde la muerte de su padre, hablaba a menudo de que le guardaría luto toda la vida. Era muy tradicional como ya le he dicho, y es por eso que ahora no entiendo cómo se casó con un hombre que no era hombre. Cierto es que también le gustaba mucho el dinero y el aparentar, en eso nos parecíamos los dos.

»Al comenzar a vernos en mi casa, los martes y jueves, pensaba que había abandonado a su anterior amante, pero al poco tiempo comenzó a faltar una o dos veces al mes. Me ponía distintas excusas que yo al principio creía, pero más tarde comencé a sospechar que de vez en cuando se citaba con él, además, las lenguas, que pronto todo lo sabían, comenzaron a enviarme ciertas indirectas.

»Cuando comprobé que era verdad que seguía viéndose con aquel hombre, exploté de celos. Ella me juró que rompería la relación y, al parecer, cuando fue a decirle que lo abandonaba, la agredió. Cuando me lo contó no le dije nada a ella, pero fui a buscarlo y tuvimos una reyerta en la que acabamos los dos en la comisaría de policía y en el calabozo, donde nos trataron con unas burlas descaradas y nada inocentes. Entonces toda Sevilla estaba enterada de la historia.

Ese sería el grotesco incidente que le habían contado a Carlos sus compañeros veteranos. Mariela seguía escuchando.

—Dejó definitivamente a Ernesto, que así se llamaba el individuo aquel, y entonces vivimos los tiempos más dichosos que se puedan gozar. Martes y jueves todos festivos en mi vida. Vestida de negro, siempre dispuesta a desnudarse, perfumarse y meterse en mi cama con pasión y lujuria.

»Quedó embarazada, yo me ilusionaba con que aquella criatura fuera mía, pero ella me decía que eso no se podía saber porque nunca había dejado de tener relaciones con su marido. El que ella siguiera practicando sexo con su esposo era algo que me envenenaba, pero no podía exigirle que no lo mantuviera, pues yo sabía que jamás lo abandonaría para venir a vivir conmigo. Hoy, después de saber lo de Eugenio, la entiendo menos aún. Si la niña, porque fue niña, era mía, ¿por qué me lo negó?

»Nació la criatura, pero no me permitió nunca el verla. Decía que esa cría tendría un solo padre y que ese sería Eugenio. A mí me hubiera encantado verla para ver si se parecía en algo a mí. Cuando se recuperó del parto, volvió a verse conmigo dos veces en semana.

»Se cansó también de mí, parecía que se le había esfumado todo el apasionamiento, dejó de venir martes y jueves y yo casi enfermé. Cambió su amor por desdén, algunas veces parecía que se

Manuel Bobis Reinoso

reía de mí, se burlaba de mi profesión y me menospreciaba. Me llamaba «chupador de la sangre de la chusma» o «hijo del agarrotado». Un día, y parecía que lo hacía queriéndome herir, me confesó que se acostaba con otra persona que había conocido, que no volvería más a mi casa, y me describió con todo detalle lo enamoradísima que estaba de ese otro hombre y me dio pelos y señales de lo que hacían en la cama y de lo mucho que gozaba.

»Enloquecí totalmente, dejé de pensar, era un animal agresivo, ciego, saqué de mi bolsillo una navaja, ella me miraba con ojos de pánico y comenzó a gritar, retrocedió hacia un rincón, me acerqué con la fuerza de un gorila furioso, intentaba protegerse con los brazos, la tomé del pelo y le hice un corte profundo en el cuello deseando acabar con su vida. Ella cayó al suelo sin conocimiento, yo tenía las manos y la navaja manchadas de sangre. Me asusté mucho, vi en mí reflejada la imagen de mi repulsivo padre, salí corriendo y pedí ayuda en una taberna cercana, acudieron varios hombres que al verla en el suelo con el corte en la garganta la izaron en volandas y se la llevaron apresuradamente, imagino, en busca de algún automóvil que pasara y la llevara al hospital Central. Tres horas después fui detenido y recluso en la cárcel del Pópulo. Afortunadamente, ella no murió, el corte no seccionó ninguna arteria y se le pudo salvar la vida.

Mariela casi que no daba crédito, por fin se había enterado de lo que le había ocurrido a Beatriz. Su curiosidad exhaló un suspiro comparable a la sensación de alivio que sentía cuando se quitaba los zapatos, estrechos y de tacón, después de una larga caminata. Pero duró poco. Más, más, quería más.

—Fui condenado a cinco años de cárcel, no voy a contarle lo que pasé durante ese tiempo porque daría para otra novela, y usted no ha venido aquí para eso.

—Pues tal vez en otra ocasión y para otro título distinto.

Por una vez, había sido considerada con sus lectores, pero si por ella fuera... De todas formas quedaba anotado y no olvidado lo de la cárcel del Pópulo. Sus oídos atentos:

—Cuando salí de prisión, quise rehacer mi vida y no saber nada de ella. Me interesaba por la niña, aunque no estuviera seguro de si era mía, y me llegaban noticias de que Eugenio la había tratado con todo cariño, que estaba encantado con la criatura y que había sido un padre ejemplar, pero que la había abandonado, a ella y a su madre, para ir a vivir con otra mujer. No quise saber más.

»Esta es mi triste historia con Beatriz: mi pasión y mi desgracia. Sigo sin saber, siquiera, si la niña es mía, porque durante el tiempo que estuvo conmigo también fornicó con ese tal Ernesto. Ahora estoy casado y tengo una hija que sí sé que es mía y que se ha convertido en mi alegría y mi razón de ser.

—Benito, solo me queda el agradecerle muchísimo todo lo que me ha narrado.

—No hay de qué, y cuando quiera escribir sobre las condiciones de los presos en la cárcel del Pópulo venga a verme.

—Así lo haré.

Gran sorpresa la que se llevó. Ahora sabía por qué la llamaban la «Maldegollada». Carlos no le había dicho nada después de leer el expediente del caso, tan solo le adelantó que se iba a llevar una sorpresa, y realmente se la había llevado. ¡Mira qué gracioso!, que ya la iba conociendo y empezaba a jugar con su instantánea necesidad de saber. Ahora a visitar a ese tal Ernesto. La dirección que tenía era la de la oficina de una compañía de seguros donde trabajaba. El mes de mayo había llegado, ya se había echado encima la calor.

LA MADRE
MÁXIMO GORKI

El empleado de la compañía de seguros comunicó a Mariela que don Ernesto estaría encantado de recibirla, tal como le había asegurado previamente a su marido, pero que para poder pasar al despacho era imprescindible que fuera acompañada. No podía pasar sola. No quiso preguntarle el porqué, pero su mente le daba vueltas a la posible razón. Fuera la que fuera daba igual. Al día siguiente acudió acompañada de Carlos, pero este no iba en calidad de policía. ¡Ahora sí!, puede usted pasar.

Ernesto era un hombre muy delgado, con un flequillo juvenil y unas gafas que habían acompañado a su mirada de miope desde que era niño. Serio, educado, traje y corbatas azul marino, camisa blanca. La oficina ordenada, cristaleras, tinteros, de líneas rectas en perfectas paralelas y ángulos rectos. Comenzó a hablar Mariela, y vueltas con lo de darle relieve a los personajes. Su marido la miraba, primero con ganas de cogerla por el cuello, luego con resignación. ¡Total, no tenía remedio!

Ernesto, el amante.

Para Ernesto, el mundo no era más que una sucesión y agrupación continua de cifras. Todo era número: las personas, las

Manuel Bobis Reinoso

emociones, los objetos, su mente, la historia, el pasado, el presente y el futuro. Su obsesión era tal que a medida que iba hablando, iba contando las palabras que salían de su boca. No dejaba nunca de computar, y era capaz de llevar varias cuentas a la vez.

—Ahora lo hago con mis palabras, pero también con las que salgan de sus bocas cuando ustedes hablen —advertía Ernesto al matrimonio.

Enumeraba escalones cuando subía o bajaba una escalera, los pasos que daba cuando andaba, las palabras que leía y las personas con las que se cruzaba. Su mente se asemejaba al equilibrista que mantiene en el aire varias pelotas a la vez. Sus pelotas en el aire eran eternas sumas que siempre estaban abiertas y que no podía cerrar jamás si el último número era impar.

—Tengo metido en la cabeza que esos números traerán desgracias a mi vida, y busco desesperadamente los pares. Habrán visto que les he dado dos veces la mano a cada uno, cuando me despida lo volveré a hacer dos veces, y no les quepa ninguna duda de que, aunque a ustedes les parezca imposible, nuestra conversación acabará con número par de palabras.

Nunca hacía las cosas una sola vez, las repetía, todos los objetos que poseía los tenía duplicados. Compraba dos ejemplares, si se le rompía uno y no tenía recambio destruía el que le quedaba. Evitaba el contacto con todo lo que tuviera que ver con algún dígito impar.

—Fue por eso que cuando el señor Carlos me llamó para pedirme una entrevista, la única condición que le puse, palabra por palabra, es que viniera usted acompañada de otra persona.

A Tarzán se le había olvidado aquello, iba a tardar en volver a comer tortillitas de bacalao. En fin, todo el mundo tiene algún

olvido. ¡Qué cosa más rara!, al menos ya había salido de duda de por qué tenía que ir acompañada.

—Pero usted es un solo sujeto. En este momento estamos tres personas en esta habitación, y ese es un número impar —observó Mariela.

—Me considero a mí mismo, al pie de la letra, doble. Soy gemelo de un hermano fallecido en la adolescencia, desde entonces desarrollé esta obsesión por las cifras en busca constante del número par. Siento que mi hermano vive en mí.

El número cuatro era su favorito, la figura perfecta, el cuadrado, equilibrado y simétrico, cuatro lados iguales, cuatro ángulos iguales, dos diagonales iguales.

—Me llena de paz. El más odiado, el que me produce una ansiedad que se acerca, ni más ni menos, que al terror, es el número siete, al que no quiero ni nombrar, y lo grito dos veces para aliviarme. ¡Siete!

Todo el día contándolo todo, llevando en su cabeza varias sumas a la vez.

—Puede imaginarse el gran trastorno que me causa, la energía que me roba y lo agotado que acabo por la noche. Un médico amigo me quiso tratar, me mandó unas pastillas que me elaboraron en la farmacia, pero cuando abría el frasco me dedicaba a recontarlas y me las tomaba de dos en dos. No me hicieron nada. Si algo cae al suelo y se desparrama no puedo dejar de numerar, así que puede hacerse una idea del esfuerzo que supone para mí el contar los granos de un saco de arroz derramado, que, por cierto, era una tortura que gustaba infligirme Beatriz cuando quería hacerme daño y para reírse y burlarse de mí. Si se enfadaba, corría furiosa a la cocina y esparcía por el piso puñados y puñados de lentejas. Cuando, de rodillas, me

Manuel Bobis Reinoso

lanzaba al suelo separando con mi dedo índice cada grano y haciendo montones de diez, ella reía, sin faltar una coma, con deleite y maldad.

—¿Cómo la conoció? —preguntó Mariela.

—En el sagrado trabajo.

El 9 de abril de 1908 se constituyó en el noventa de la calle Gravina la Previsión Andaluza, compañía de seguros y de créditos, creada por el señor González Besada, en un edificio en propiedad, lujoso, con personal muy bien preparado.

—Creo que no hay en el mundo una persona que domine los guarismos igual que yo —aseguraba Ernesto con cara de sentirse orgulloso.

Fue inmediatamente contratado cuando demostró sus indudables dotes numéricas. Al principio tuvo bastantes dificultades para ejercer su labor. Llegó un momento en el que consideró confesar su obsesión por los números pares y su fobia por los impares, pero lejos de despedirlo, gracias a su extraordinaria habilidad, le procuraron todo lo que él necesitara para que estuviera a gusto: trabajaría en una habitación solo, con todos los objetos de escritura y mobiliario duplicados.

Dejó de atender al público porque era incapaz de tratar con una persona sola y se bloqueaba. Solo, en su despacho, trabajaba haciendo cuentas sin parar, llevando balances y contabilidad. Hacía lo que había hecho siempre, y era capaz de ocuparse de varios balances a la vez, lo cual lo convertía en un trabajador muy apreciado por los jefes: el fundador, el director gerente, el secretario general y el presidente del consejo de administración. Se ocupaba de los seguros de ahorro infantil y los de quintas, por los que se podían librar los mozos del servicio militar mediante una cómoda mensualidad. Eran seguros esencialmente sociales, disponibles incluso para las personas menos pudientes.

188

En 1910 se abrió una nueva sección comercial en calle Albareda, allí se trasladó la dirección general, y Ernesto con ellos, a un magnífico edificio en propiedad.

Conoció a Beatriz un día que la hicieron pasar a su despacho, era por un asunto de seguro de infancia para sus futuros hijos. El compañero que la hizo pasar se quedó en el despacho para que el número de comparecientes fuera par. Aquella mujer era preciosa, con una sonrisa cautivadora, ojos oscuros, brillantes y almendrados, labios rojos, pelo castaño y ondulado.

—Me sonreía, coqueteaba conmigo descaradamente, aunque ella tuviera marido. Aquello de estar casada hacía que en mi mente comenzara a asignarle valor dos, a medida del deseo. No lo hacía, ni mucho menos, con las personas solamente por estar casadas, no, pero que aquella mujer coqueteara conmigo tan abiertamente me hacía sentir que una futura, y en secreto deseada por mí, relación podría realizarse gracias al morbo de que su marido estaría presente, imaginaria y continuamente, en nuestros encuentros. Nunca había querido rondar a ninguna muchacha por el terror a que fuéramos tres, pero Beatriz me excitaba como nunca antes lo había hecho nadie, y a la vez me sentía tranquilo con aquella relación de cuatro personas.

Ernesto deseaba invitarla a tomar algo, pero no se atrevía por ser mujer casada. Fue ella la que en una ocasión lo invitó a él.

—Algo que me sorprendió muchísimo. ¡Figúrese: una señora que animaba, sin faltar un sí ni un no, a otro hombre a tomar algo con ella! Yo acepté, y desde aquel momento comenzamos a vernos por la mañana para tomar café en mi momento del desayuno.

Todo el mundo murmuraba, gastaban bromas a Ernesto en su trabajo, sin embargo, a ella parecía no solo no importarle nada, sino que disfrutaba con lo que las malas lenguas inventaban, y en cómo ponían a su marido de cabrón.

Manuel Bobis Reinoso

Una tarde noche en la que Eugenio estaba en la tertulia hasta tarde, Beatriz fue a casa de Ernesto, se besaron por primera vez.

—Y, con toda naturaleza, sin dejar en ningún momento de sonreír, se metió desnuda en mi cama y pude consumir un deseo que me abrasaba día tras día. Cada vez que había tertulia, dos veces en semana, martes y jueves, acudía a mi cama, a pedir de boca, y hacíamos el amor.

Beatriz no le había comentado nada, pero Ernesto se dio cuenta de que su vientre iba abultándose lenta pero constantemente. Le preguntaba, pero ella lo negaba, hasta que un día la evidencia era tal que tuvo que confesarle que estaba embarazada. Ante la pregunta de si el niño era suyo, ella respondía que no, que era de su marido, y lo juraba y lo perjuraba, y cuando él la interrogaba sobre cómo lo podía saber con tanta seguridad, le decía simplemente que sí, que lo sabía, y que eso debía bastarle.

—Siempre me quedó la duda, hasta que me enteré de la muerte de Eugenio y del escándalo de su verdadero sexo. Entonces me convencí de que aquel niño que nació era mi propio hijo, aunque conociendo cómo era, y cómo sigue siendo Beatriz, no me extrañaría que fuera de alguien también estrictamente desconocido por mí.

LAS AVENTURAS DE PINOCHO
CARLO COLLODI

Era la primera vez que Carlos la acompañaba en su labor de escritora. Orgullosa de tener a aquel hombretón a su lado, pero un poco tontorrón, que incluso se trabucaba algunas veces al pronunciar y se quedaba pillada. ¡Con lo grande que era y parecía una adolescente en la edad del pavo!, pero es que le gustaba muchísimo su marido. Muy puesta y estirada, tomaba notas mientras ponía una expresión así muy seria de profesionalidad. Ernesto seguía narrando.

—Durante su embarazo seguimos viéndonos puntualmente, pero cierto que venía a casa muchísimo menos. A veces no entendía cómo su marido no venía a buscarme para intentar darme una paliza o matarme, porque desde luego estaba en boca de todo el mundo el que Beatriz se veía conmigo, y ya sabe usted cómo es el ser humano, que se interesa por lo que no le incumbe. Estaba seguro de que le hacían bromas inoportunas a aquel hombre precisamente sobre lo pesado de su testuz. Ciertamente, no comprendía aquel consentimiento, pues tendría que saber de lo nuestro porque, aunque no amase a su mujer, era burla continua de un pueblo despiadado y jocoso con los males ajenos. Tampoco me cuadraba el que no la quisiera, según me contaba Beatriz, estaba enamorado y chiflado por ella.

»Ocurrió algo extraño, Eugenio vino a verme, yo lo había visto alguna vez desde lejos, y puedo asegurarle que me impresionó su elegantísima y perfecta forma de vestir. Cuando llamó a la aldaba,

Manuel Bobis Reinoso

me asomé al balcón y lo vi en la puerta, me dije que venía a ajustar cuentas, pero no tuve miedo, y llevado por una cierta consideración y respeto hacia aquel hombre, abrí la puerta y le hice pasar. Corría el mes de marzo, Beatriz estaba ya de nueve meses y salida de cuentas. Sentados junto a la chimenea y al amor de dos buenas copas de Cazalla, Eugenio se dirigió a mí de una manera absolutamente calmada y educada, me pidió por favor que no tuviera ningún temor, solo quería saber, y me rogaba que le dijera, ni más ni menos, si, después de que Beatriz hubo quedado embarazada, siguió citándose conmigo. No quería detalles, no parecía odiarme, sugería que nuestros contactos antes de quedar ella embarazada no le importaban. No tuve más remedio; ante aquella persona tan educada, que había venido a mi casa de una manera tan calmada, a quien creía que burlaba gozando de su preciosa mujer; que contarle la verdad. Le confesé, sin faltar una coma, que habíamos seguido viéndonos incluso en aquel momento en el que estaba Beatriz a punto de dar a luz. Él pareció sentirse muy mal, decepcionado, dolido, pero no conmigo, sino con su mujer. En ningún momento me preguntó por la posibilidad de que el niño fuera mío ni le interesaba nada anterior al embarazo. Nos dimos la mano y él se fue con una profunda expresión de pesadumbre. Por cierto, usted se preguntará cómo siendo yo un dos y él un uno pude mantener aquella conversación. Pues tengo que confesarle que, desde el momento en que me asomé al balcón y vi que era Eugenio quien llamaba a mi puerta, se me olvidó mi locura por los números. Me encontraba tan tenso y luego tan inmerso en la conversación que mantuvimos que, sin darme cuenta, por primera vez desde mi adolescencia, no me acordé en absoluto de mis obsesiones. Cuando se marchó, caí en la cuenta de que no había pensado en ello ni un solo momento, cuando me relajé y empezó a olvidárseme lo ocurrido fue cuando volvió mi constante manía.

192

»Volviendo a Eugenio, yo no entendía nada, nunca lo comprendí hasta que me enteré de que en realidad no era un hombre. Beatriz, durante nuestros contactos antes y después del embarazo, me contaba que su marido tenía una gran ilusión por ser padre y que lo deseaba más que a nada. Hoy me imagino que entre ellos habrían hablado para que ella sedujera a un hombre que la embarazara, y que cuando esto ocurriera dejaría de verse con el amante. Eugenio no consideraba que su esposa lo estuviera engañando mientras buscaba quedarse embarazada, no le daba importancia al acto físico, pero, una vez que quedó encinta, el que se siguiera acostándose conmigo supuso para él una traición, un engaño, un adulterio.

»El niño nació a principios del mes de abril de 1910. Yo creía que no nos íbamos a ver más después de que Eugenio hubiera venido a verme y de que Beatriz hubiera dado a luz, pero, una vez que ella se repuso, seguía viniendo a verme, seguía metiéndose en mi cama y seguía confesando su amor por mí. Yo le había contado que Eugenio lo sabía, pero eso a ella parecía darle igual y seguía tan feliz, tan risueña, tan ardiente en la cama y tan encantadoramente sonriente como antes. Me trastornaba aquella mujer.

»Las lenguas sevillanas, que parecían haber normalizado nuestra relación, comenzaron a considerarme a mí cornudo también, y se encargaron de hacer llegar a mis oídos que Beatriz, además de conmigo, se veía con otra persona. Estallé en una tormenta de celos, la seguí una tarde de tertulia en la que no vino a mi casa y pude comprobar que era verdad lo que había llegado hasta mis oídos. Esperé una hora y media en la puerta, y cuando volvió a salir, la asalté en plena calle para interrogarla. Ella negaba y me mentía, yo le gritaba en la vía pública, con lo que se puede usted imaginar el escándalo que formé. ¡Mentiras y mentiras una detrás de otra!, por aquel entonces eran lo único que salían de su boca.

Manuel Bobis Reinoso

»Fui a ver a Eugenio, no sé si demandando una solución a que ella se viera con otro hombre o buscando comprensión. Era algo muy extraño, tal vez desesperación. Me dio igual que ella estuviera en la casa, cuando Beatriz me vio allí casi ni se inmutó y siguió con sus actividades. Eugenio me confesó durante la conversación que, para él, la virtud primera que debía acompañar al amor en una pareja era la lealtad, no tanto entendida como fidelidad carnal, sino como mental, espiritual, amorosa, de confianza. Se había roto el vínculo que mantenía con la persona amada y me aseguraba que ya no quería a su mujer. Había perdido la confianza, seguían viviendo bajo el mismo techo, pero ya no se sentía unido a aquella persona como antes y le daba igual lo que hiciera. No sabía que se acostaba con otro hombre además de conmigo, pero le daba exactamente igual.

»Su ilusión en aquel momento se centraba en su hijo y en su librería, decía que había sufrido, que la perdonaba, pero que ya no la consideraba su esposa, aunque sí la madre de su hijo.

— ¿Qué edad tenía Eugenio entonces?

— Rondaba los treinta años.

A Mariela se le fue el santo al cielo escuchando hablar de fidelidad. Novio, novio, Carlos era el primero. Sus amores, besuqueos y tonteos de adolescente los mantuvo siempre en secreto para preservar su integridad física. Con dieciséis años se acostó con Javier, un amigo de su pueblo, en una casa de labor ruinoso en medio del campo. Lo conocía desde pequeño, aunque fue en unas fiestas del pueblo donde se miraron diciéndose mutuamente, con los ojos, que se deseaban. Mientras los cohetes explotaban en el aire, ellos se perdieron andando a través del campo y nacieron al deleite del sexo. Si su madre o don Augusto la hubieran pillado..., ¡el fin de sus días! No había vuelto a hacer el amor con nadie hasta que se metió a prostituta. Después apareció su Tarzán particular. Ella entendía la

fidelidad como un todo, en cuerpo y alma. Ernesto seguía con su relato:

—como le decía, fui a hablar con Eugenio tras descubrir que ella se veía con otro hombre. Miré a Beatriz con una expresión de despedida cuando salí de su casa. Creí que aquello era el fin, pues había dejado de amarme y prefería el calor de otra cama y el sexo con otro hombre, pero me equivocaba, al menos en lo de que aquello se había acabado, porque una vez al mes volvía a llamar a mi puerta y a meterse en mi lecho. Yo revivía el placer del sexo con aquella mujer voluptuosa, guapa y fogosa. Antes, me expresaba que me amaba, pero por aquel entonces ya no me lo decía nunca, y cuando yo le musitaba, mientras le hacía el amor: «te quiero», ella me miraba con una contemplación neutra y sonrisa leve, pero jamás me contestaba. Dejó de negar que se citaba con otro hombre, aunque no me daba ningún detalle de su relación. En teoría, nosotros habíamos acabado, aun así, cuando le venía en gana llamaba a mi puerta y yo era incapaz de decirle que no pasara, porque gozarla me daba la vida.

»En una ocasión me dejé llevar por los celos, quise que abandonara la otra relación que mantenía, ella me decía que no quería hacerlo y yo me puse muy agresivo. Comencé a gritarle, la cogí fuertemente de los brazos e hice el ademán de abofetearla, pero pude contenerme. Beatriz se vistió sin derramar una sola lágrima y, sin perder su eterna y enloquecedora sonrisa, me lanzó un adiós que resultó definitivo. Así acabó la aventura más excitante de mi vida, varios años de pasión sumamente placenteros. No volvió a tocar la aldaba de mi puerta y nunca más perfumó mi triste almohada.

»A los dos días de aquel incidente, un individuo me abordó en la calle para agredirme, tuvimos una pelea porque me defendí y ambos acabamos en la policía. Al parecer, era un tal Benito, el otro amante de Beatriz, que quería vengar las supuestas e inexistentes

Manuel Bobis Reinoso

bofetadas que yo le había dado a ella cuando me estaba dejando definitivamente. No sé qué es lo que le contaría, imagino el placer que sentiría su orgullo imaginando a dos caballeros pegándose en la calle por ella. Como puede imaginarse, en la comisaría todo eran mal disimuladas burlas y clarísimo cachondeo por parte de los policías, que hacían comparaciones cornamentales con una corrida de toros. Uno de ellos, para hablar con nosotros, hasta se puso una montera que guardaba en su casa y que había llevado al trabajo para consumir el cachondeo. Un día de calabozo y una multa pusieron punto final a mi escarnio. Tiempo después me enteré de lo que le hizo a Beatriz ese tal Benito, pero puedo asegurarle, al pie de la letra, que no me alegré en absoluto.

»Me sentí muy solo entonces y, aunque a usted le parezca muy extraño, recibí confort y amistad en la tertulia de Eugenio. Él me aceptó de muy buen grado, no echó cuenta de burlas malintencionadas y nos hicimos muy amigos. Recuerdo que la primera lectura que hicimos fue precisamente *El mundo perdido*, que trataba sobre una expedición de científicos al Amazonas, donde tuvieron que enfrentarse a dinosaurios y tribus primitivas. Me gustó aquella novela, pero me quedé sobre todo con su título, aquel mundo perdido, el de Beatriz, que se acababa de desvanecer ante mí.

Me resultaba dificultoso asistir a las tertulias porque, en cuanto en ella nos encontrábamos un número impar de personas, me salía y esperaba a que fuera par. Más adelante, los que ya me conocían bien, me ayudaban intentado que siempre el número fuera adecuado, pues se iban turnando para salir de la tertulia en caso de que hiciera falta. Eugenio y yo fuimos muy amigos, una amistad extraña porque yo creía que ambos teníamos la duda de quién era el padre biológico del niño, aunque ahora comprendo que él sabía muy bien que era yo.

»Desde entonces, nunca dejé de asistir a la tertulia cada martes y cada jueves, actividad que ha sido mi divertimento durante muchos años. Ahora, con lo que ha ocurrido, lo único que hacemos es llevar flores a la librería. He sufrido mucho con la muerte de Eugenio, nunca podría haber sospechado que era una mujer. ¡Grandísimo caballero!

»Ninguna señorita ha sido capaz de aguantar mi locura con los números y me he plantado en la cincuentena sin casarme. ¡Esta es mi historia!

—Queríamos darle las gracias por el tiempo que nos ha dedicado y por todo lo que nos ha contado —dijo Mariela.

—No se merecen, ha sido un placer hablar con ustedes. Cierto que les he narrado todo sobre mi relación con Beatriz, palabra por palabra, sin dejarme nada en el secreto, pero es que tienen algo que inspira confianza.

Al salir de allí, caminando bajo el sol de mayo, Carlos miraba a Mariela con ojos de asombro. Los líos en que te metes y que vaya gente rarita con las que tratas.

—Pues los dos nombres de los últimos entrevistados me los has proporcionado tú, ¡*miarma!* —exclamó Mariela.

—Así que inspiras confianza.

—¡Oh!, ya me lo han dicho varias veces, ¿te lo puedes creer? Por cierto, ¿los policías os burláis mucho de la gente?

—¡Lo normal, mujer!, somos seres humanos. Yo supongo que hasta un cirujano se mofa de su paciente dormido al que está a punto de operar.

No le gustaban las bromas a Mariela. La imagen del policía, con la montera puesta, ojos brillantes de cachondeo y línea de la boca en forma de u, no le había hecho ninguna gracia. Ella había tenido que sufrirlas toda la vida: que si tu padre es el cura, que si a tu madre

Manuel Bobis Reinoso

le entra el Espíritu Santo en forma de pepino. ¡Infinitas! No podría recordarlas todas en dos vidas que lo intentara.

Beatriz y Teresa ya debían de haber vuelto del viaje a Europa.

CAMINO DE PERFECCIÓN
PÍO BAROJA

Había llegado la hora de ir a visitar a Beatriz y a Teresa. Le abrió la puerta, de nuevo, la sirvienta perfectamente uniformada a la que no le faltaba un perejil en su indumentaria de criada de casa adinerada. Que le dijera que las señoras le pedían disculpas y que iban a llegar un poco más tarde de la hora a la que la habían citado, pero que había sido un imprevisto y que por favor pasara para esperarlas, que se sentara y que tomara algo. Dos días antes, Mariela había ido a preguntar, las señoras habían accedido a verla y la habían citado para hoy.

Pasó, se acomodó, temperatura agradable de mayo, se sabía casi de memoria cada rincón de aquella amplia sala. Rosa, la criada, le sirvió un cafelito muy rico. Olor a limpieza y a cosméticos caros en las habitaciones. No hacía falta mirar en la alacena, buen género de la sierra de Huelva. Dos naranjos, una buganvilla y un jazmín en el patio. Como si le hubieran enseñado la casa.

—Me han dicho las señoras que viene usted para preguntarles sobre Eugenio porque está interesada en escribir sobre su vida. Igual que cuando estuvo aquí para entrevistar a Celeste y a Patricio —dijo Rosa.

—Sí, así es.

—Yo quería pedirle, si le parece adecuado, que me escuchara a mí también. Me gustaría que tuviera en cuenta mi opinión si fuera posible.

Manuel Bobis Reinoso

¡A buena había ido a decirle que la escuchara!, ¡encantadísima! Pluma, cuaderno adorable, oídos y curiosidad preparados. Había tardado exactamente un segundo en prepararse, ojos muy abiertos.

—Claro que sí, cuénteme Rosa.

Rosa, la criada.

La familia de Rosa siempre fue muy pobre, eso era algo que tenía esculpido en sus recuerdos de niña. Su padre, peón albañil, pasaba más días en la taberna esperando que le llegara faena que trabajando. Vivían en la miseria de un corral de vecinos, una sola estancia para toda la familia, un apestoso cuartucho con un pozo ciego donde hacían las necesidades hasta veinte familias, y una cocina comunitaria donde las mujeres guisaban sus miserias.

Muy pobres, pero el padre de Rosa se creía en el extraño deber de invitar a todo conocido que pasara delante de la taberna, aunque él no tuviera dinero, e iba agrandando la suma de pesetas debidas al tabernero, que en una sucia libreta apuntaba con un lápiz que se quitaba de la oreja nuevos números que agrandaban la suma. Vecinos, conocidos, compadres que le echaban el brazo por encima del hombro y el tabernero que volvía a quitarse el lápiz de la oreja y a apuntar en la libreta. Al finalizar el mes, no tenía dinero para pagar y acudía al Monte de Piedad en la calle San José a empeñar alguna alhaja que le quedara de las abuelas, ropa que antes había tenido que pagar al ditero por el doble de su valor, e incluso muebles.

Cuando llegaba la primavera y se acercaba el Domingo de Ramos, el ditero, un tal Benito, equipaba a toda la familia, incluidos

zapatos y complementos, para que en Semana Santa nadie compitiera en esplendor con su prole.

—Tanto mi madre, como mi padre, como mis tres hermanos pequeños, como yo, llevábamos ropas que no podíamos pagar.

Rehenes continuos del dintero que les chupaba la miseria poniéndoles la ropa al doble de su coste, pero eso sí, pudiéndola pagar en cómodos plazos que los ahogaban cada vez más.

—Todas las semanas, Benito llamaba a la puerta para cobrar, y todas las semanas mi madre me decía que abriera y le dijera que ella no estaba.

Para pagar al dintero y al tabernero, se empeñaban las prendas y los zapatos en el Monte de Piedad, y en ocasiones desesperadas en que no había nada que empeñar, pero el pago era inexcusable, se pedía dinero prestado a Benito, que les cobraba seis pesetas por cada duro.

—Cuando cumplí los dieciséis años, ya me habían crecido unas buenas tetas y un buen culo. Para aliviar la situación económica, en la que no teníamos que comer porque cada peseta que ganaba mi padre se empleaba en pagar deudas, a mi madre no se le ocurrió otra cosa que hacer de alcahueta y buscar algún hombre que quisiera meterse en la cama conmigo por una buena cantidad de dinero.

Una tarde, la madre de Rosa llegó a casa con un caballero bastante bien vestido, puso una colcha en forma de tabique que dividiera en dos la única pieza de la que constaba la vivienda y le dijo a la chiquilla, sonriendo y acariciándola, que hiciera lo que aquel señor le mandara.

—Yo estaba en la zona de las camas con aquel hombre, mi madre al otro lado de la colcha, mis hermanos con una vecina y mi padre en la taberna. Aquel tío me desnudó, se desnudó él, era la primera vez que veía una polla tiesa, empezó a besarme y a lamerme

Manuel Bobis Reinoso

los pezones, me abrió las piernas y me la metió haciéndome un daño tremendo, y me salió sangre. Cuando aquel hombre se fue, me quedé blanca. No entendía nada de lo que había pasado.

La madre de Rosa se acercó a acariciarla y se mostró muy amable y dulce con ella, salió a la calle, le llevó pasteles y le prometió que le iba a comprar vestidos. El padre volvió a casa de noche muy bebido, como de costumbre, y también se mostró inusualmente cariñoso con ella.

—Al parecer, mi madre había vendido bien caro mi primera vez.

Aquel fue el principio, siempre tenía no menos de cuatro o cinco señoritos que la visitaban semanal o quincenalmente. Sacó de la miseria a su familia. Llegó un momento en el que se convenció de que su profesión era ser puta.

—Sí, así, con naturalidad, tal como mi padre era albañil o usted es escritora. ¡Vaya, usted perdone!

—No tiene importancia, prosiga por favor.

Mariela pensó: ¡si tú supieras!

—Ese pensamiento lo tuve a raíz de comenzar a pagar dos pesetas y media mensualmente por el derecho a ejercer la prostitución y así dejar de ser clandestina. Pues ya que mi profesión era la de ser puta, aunque realmente odiaba el follar con aquellos tíos sudorosos y viejos a los que en la mayoría de las ocasiones les apestaba el aliento a vino, sería una fulana de categoría. Así comencé a soñar con llegar a trabajar en una casa de huéspedes o de las de recibir de primera clase, de esas que pagan todos los meses hasta veinte pesetas a la sección de higiene y diez por la licencia anual.

Uno de sus primeros clientes habituales, que acudía semanalmente en busca de los encantos de sus dieciséis años, era un

actor de teatro llamado Jaime. Era muy educado, la trataba bien, pero se excitaba tanto que se ponía como loco.

—Luego, cuando terminábamos, era muy gracioso porque era el único hombre que no se vestía inmediatamente y salía de la estancia con mucha prisa, sino que se quedaba a hablar conmigo y me comentaba no sé qué cosas de justicia social y de tener principios o cosas así, y encima le gustaba que mi madre le pusiera un café tranquilito después de la faena.

Mariela creía recordar que entre las direcciones que María Jesús le había dado estaba la de un contertulio llamado Jaime. Rosa seguía hablando:

—Aproximadamente seis meses después de que ese gachón dejara de venir porque, al parecer, se fue a Madrid, me visitaron dos caballeros, uno de ellos muy bien vestido, que decía que era propietario de una librería y otro que era un cirujano del hospital. Ellos me propusieron trabajar como interna en casa de una señora. El sueldo no estaba nada mal para una criada y, además, estaba complementado con dinero que ponían estos caballeros. Cuando les pregunté que por qué me lo ofrecían a mí, pues las muchachas que nos dedicábamos al puterío en Sevilla éramos muchas, me contestaron que eran amigos de ese señor Jaime, que sabían de mi existencia y que si yo estaba de acuerdo estaban decididos a sacarme de la prostitución.

A Mariela ya le habían hablado algo de eso.

—dije que sí, aunque iba a ganar muchísimo menos dinero, pero iba a librarme de los tíos asquerosos. Cuando se lo dije a mis padres, se enfadaron muchísimo porque no querían que abandonara la práctica. Me dio igual, al día siguiente seguí las señas que me dieron, junto a la Iglesia de San Isidoro, y me presenté aquí, en casa de doña Teresa.

Manuel Bobis Reinoso

»La señora era una mujer muy amable, en ningún momento tuvo reparos en aceptarme en su casa. Su trato ha sido siempre cariñoso, educado y correcto, además le debo el regalo de haberme enseñado a leer y a escribir, así como a sumar, restar, multiplicar y dividir. Decía que se sorprendía de que una chica analfabeta como yo me expresara tan bien y que era un «diamante por pulir».

»Entonces doña Teresa tenía cuarenta y cinco años y se había quedado viuda hacía tres, pero quiso llevar luto solo durante seis meses. La gente la critica, pero siempre ha sido una mujer que le ha gustado la vida, que sabe disfrutarla y que no le importa en absoluto lo que los demás digan. Es muy valiente, dice que los seres humanos somos estúpidos y que ella no va a bailar al son que le marquen «unos seres tan dignos de admiración».

A Mariela se le encendió el olfato, casi imperceptible, como un recuerdo lejano, comenzó a oler al perfume N'aimez que Moi. Rosa:

— Vivía con su hija, que se llama Beatriz, como usted sabe, y que era, y es, guapísima, ya la verá, pero con esta señorita no me he llevado yo bien porque parecía que no aprobaba el que yo estuviera aquí. Intentaba hacerme sentir inferior, me miraba muy por encima del hombro y se notaba que tenía delirios de grandeza, pues decía que su padre había sido no sé qué y no sé cuánto y que ella más o menos que pertenecía a la nobleza. Aquel año en el que entré a trabajar en esta casa, se casó Alfonso XIII, y no se puede usted imaginar la que formó con sus *chalaúras*: que si era primavera, que si la basílica de San Jerónimo, que si el arzobispo de Toledo, que si María Cristina, que si don Carlos de Borbón-Dos Sicilias, que si la princesa Victoria, que si la maravillosa carroza tirada por caballos blancos. Yo creo que ella se imaginaba que había estado allí porque contaba, que parecía que lo había presenciado, cómo un anarquista

había tirado un ramo de flores, que en realidad era una bomba, desde un balcón, los guardias reales y los espectadores que habían muerto y cómo la reina se presentó con el traje lleno de sangre ante los invitados. Se sabía todos los asistentes por parte del novio, por parte de la novia, las misiones extranjeras, los miembros del gobierno y la diplomacia, del clero y de la nobleza ¡Pero de memoria que se lo sabía!

El olor a N'aimez que Moi había pasado de casi imperceptible a leve. Seguía Rosa:

—Yo no conocí a su padre, pero dice todo el mundo que el carácter de Beatriz es igualito y exacto. Ella siempre ha hablado maravillas de él, y juró, y lo ha cumplido, que mientras que viviera vestiría siempre de luto. Había quien la conocía como la «bella dama de negro». Nunca me he llevado bien con ella, me hizo muchas cosas feas y me trató siempre con superioridad y desprecio. ¡Fíjese que Beatriz, para casarse, se la jugó hasta a su propia madre!, pero bueno, que eso no quiero contárselo yo, que se lo cuenten doña Teresa o la propia Beatriz cuando vengan. Ellas le podrán hablar más de don Eugenio que yo, que tan solo le puedo asegurar que me rescató de un agujero negro que me tragaba sin darme cuenta y que me tenía en una existencia que comencé a ver como natural, pero que odiaba.

De leve a mediano, la nariz de Mariela captaba ya el aroma de N'aimez que Moi perfectamente.

—Mis padres hicieron las paces conmigo porque, aunque menos que antes, les ayudaba con mi buen sueldo. Conocí a mi marido, me casé y tengo tres hijos, pero nunca he dejado de trabajar para doña Teresa, que para mí es como una madre. Beatriz sigue viviendo aquí, aunque desde que le pasó lo que le pasó, apenas sale, y su trato hacia mí ya tan solo es de indiferencia. Al menos ya no me

Manuel Bobis Reinoso

trata con desprecio. ¡Que conste que yo no me alegro de lo que le ocurrió!, que yo no le deseo el mal a nadie.

Un N'amez que Moi intenso estaba a punto de entrar por la puerta de la casa.

—Me enteré de la horrible muerte de don Eugenio y no paré de llorar en varios días. Con eso de que en realidad era una mujer se me confirmaron algunas sospechas que yo suponía. Nunca pude imaginar que tuviera un chichi, pero puedo asegurarle que, aunque fuera así, era un hombre y un caballero. Me gustaría pedirle que en su novela lo reflejara como lo que fue, una persona buena y entregada a los demás.

»Suenan las aldabas, son ellas, voy a abrir.

—¡Muchas gracias, Rosa!

HISTORIA TRISTE DE UNA MUJER ALEGRE
NEEL DOF

Enseguida estamos con usted, dijeron las dos mujeres al unísono. Subieron las escaleras. Pipí y refrescarse un poco del sol de mayo. Diez minutos, Beatriz bajó sola, era una mujer guapísima: ojos grandes, almendrados, castaños, frente amplia, nariz pequeña, labios carnosos, pómulos sobresalientes, cintura estrecha, caderas anchas, pechos deseables, pelo ondulado y moreno. Vestido negro de manga corta ajustado a sus curvas, cuello alto, zapatos de tacón. Que las disculpara y que si había estado bien atendida. En aquel momento ya no olía a rica alacena, a naranjo, a buganvilla ni a jazmín, la casa entera era N'aimez que Moi. Todo preparado, una frente a otra, aquella preciosa mujer comenzó a hablar de una manera muy fina y preparada:

Beatriz, la esposa.

—Al igual que el personaje de Lilly Bart en la novela *La casa de la alegría*, yo siempre quise casarme con un caballero de dinero, así que cuando mi madre me presentó a Eugenio tuve muy claro que aquel hombre iba a ser para mí, y comencé a poner mis encantos femeninos a trabajar.

Manuel Bobis Reinoso

—Pero usted sabía que su madre y Eugenio estaban viviendo un romance. ¿No le importó arrebatarse ese hombre de la que ella estaba tan enamorada?

¡Vaya! A la primera y tiraba con bala. Al grano, grano. Así sí lo agradecerían los lectores. Carlos estaría orgulloso.

—¿Importarme? ¡Pero si yo a mi madre lo que le hice fue un gran favor! —exclamó Beatriz—, pues, aunque lo pasó mal durante un corto espacio de tiempo, le ahorré un sufrimiento mucho mayor. ¡Una mujer de su edad con un hombre de veinticinco!, sin duda la hubiera estado engañando con otras más jóvenes constantemente y hubiera acabado abandonándola. De hecho, ella lo comprendió así, porque bendijo nuestra relación desde el primer momento. Además, que el destino es el destino, porque yo ya sabía que estaba a punto de conocer a mi futuro esposo e incluso que se llamaría Eugenio.

—¿Cómo lo sabía?

—Pues, como toda señorita inteligente y refinada conoce, basta con coger en la noche de San Juan, y solo en esa noche, una alcachofa y dejarla hasta el amanecer a la intemperie, que puede ser en el balcón, en la azotea o en cualquier otro lugar. A la mañana siguiente se mira el alcaucil, si tiene flor es que vas a tener novio, y si no, pues es que no. A mi alcachofa le salió una buena y preciosa flor, y por eso sabía yo que muy pronto iba a conocer a mi prometido. Después, para saber a qué se iba a dedicar mi futuro esposo, utilicé un método que requiere un poco más de trabajo, pero que se puede hacer en casa sin ningún problema, esto es: derretir, a la lumbre del fogón, en un recipiente de cocina, un poco de estaño y echarlo hirviendo en una palangana con agua. Al enfriarse instantáneamente, el trozo de estaño forma una figura, se mira atentamente la silueta y dependiendo de lo que parezca está bien claro el oficio que va a tener el novio: carpintero si de martillo, marino si tiene forma de barco o

torero si el estaño forma un cuerno. A mí me salió una figura que parecía un ladrillo pequeñito y yo me dije que de ninguna de las maneras me iba a casar con un simple albañil, pero después reflexioné y me dije a mí misma que es que tendría que ser un constructor o un arquitecto.

Mucha imaginación le parecía a Mariela todo aquello.
Beatriz:

—Cogí un cubo y lo llené de agua, esperé con el recipiente en el balcón una noche hasta las doce y al primer muchacho que pasó y se puso a tiro le eché el cubo de agua procurando que no le cayera encima. Se lo tiré un poco delante de su paso, antes de que él cruzara, hay que tener mucho cuidado de no empaparle el traje porque entonces te puedes llevar un buen disgusto. El muchacho no se enfadó y siguió su camino sin levantar la cabeza, entonces yo comencé a insultarlo un poquito diciéndole que era un cobarde y que si le daban miedo las mujeres. En aquel momento se volvió hacia el balcón y se encaró conmigo y yo, ni corta ni perezosa, y con un gesto muy femenino y sonriéndole de una manera pícaro como solo yo sé hacerlo, le pregunté por su nombre y me dijo que se llamaba Eugenio, así que yo sabía que mi futuro novio se llamaría Eugenio. Parece que a aquel muchacho le hice yo tilín, porque estuvo cerca de un mes rondando mi balcón. Yo lo observaba tras la persiana sin que él me viera, pero nunca quise dejarme ver porque no me interesaba el maromo, tenía pinta de ser un simple obrero. Se pasaba todos los días casi una hora frente al balcón, pero yo no salí en ningún momento mientras él estuviera allí. Llegó un día en que se cansó y no volvió más.

Mariela no podía creer lo que estaba oyendo. Aquello no era serio.

Manuel Bobis Reinoso

—Antes de que mi madre me presentara a Eugenio, una íntima amiga se estaba preparando para casarse, y yo puse en práctica todo lo que las mujeres sabemos que tenemos que hacer si queremos pasar por el altar antes de un año.

—¿A qué se refiere? —preguntó con desgana la escritora.

—Pues a esos trucos femeninos. Usted es mujer, debería conocerlos. —No, no tenía ni idea, y además, cosa rara, no despertaba su curiosidad—. Por ejemplo: yo era también muy amiga de la modista que le estaba haciendo el vestido de novia a esa amiga. Un día me fui al tallercito que tiene montado en una habitación baja de su casa, ella accedió a descoser un poco el dobladillo del vestido, meter un mechoncito de mi pelo que yo me había cortado ese mismo día y volverlo a coser. Esto debe hacerse sin que la novia se entere porque si no, no hace efecto, además que nadie quiere llevar en su boda un vestido con pelo de otra señorita. Casi todas las muchachas en edad de casarse rondaban a la modista para conseguir lo mismo que yo, pero la costurera solo accedió a mi petición por ser muy amiga mía, y eso después de mucho rogarle, porque la que se iba a casar, conocedora del experimento, pues ella misma lo había intentado anteriormente con otras novias, le había exigido muy seriamente a la costurera que no permitiera en ningún momento que nadie le colara el pelo en su vestido. La modista lo juró, pero ya ve que por mí lo permitió. Mi amiga se casó portando en el dobladillo de su vestido un mechón de mi pelo, y eso no falla, un año justo después tenía que tener asegurada mi boda.

»Cuando mi madre me presentó a Eugenio y me dijo que era librero, comprendí que aquella figurita no era un ladrillo, sino un libro. A la fuerza tenía que casarme en un año: su nombre era Eugenio, tal como yo ya conocía que se iba a llamar el novio, y su profesión coincidía plenamente con la figurita de estaño que se me

había formado. ¡Pues ya está! Estaba claro, ¿no? El destino es el destino, yo a mi madre lo que hice fue hacerle un favor.

»Cuando Eugenio venía a casa a tomar café con ella, me ponía mis mejores vestidos y me pintaba. Él tenía entonces veinticinco años, y yo veintitrés. No puede usted imaginarse cómo coqueteaba, y mi madre, la tonta, ni se daba cuenta. Tan solo un mesesito después de conocerlo ya le estaba yo pidiendo, cuando mi querida progenitora iba a la cocina, que me invitara a mí sola en una de esas cafeterías elegantes, y él, que ya estaba coladito por mis huesos, accedió. Una tarde, y sin que mi madre lo supiera, nos vimos en la cafetería La Campana, y yo conseguí con mis embrujos que se me declarara. Lo hizo y le contesté que estaba encantada y que le permitía que me cortejara.

»Eugenio no vino al día siguiente a mi casa para hacerme la corte y, según supe, tampoco había aparecido por la librería. Los días posteriores pasaron sin que diera señales de vida, entonces yo puse en juego el también infalible truco de la puerta del Perdón para hacer que el novio vuelva: consiste en llamar con la aldaba de la puerta del Perdón tres veces, y si no contesta nadie es que el novio que se ha ido volverá. Es muy difícil que no contesten porque en esa puerta es donde se avisa para los santos óleos de los moribundos y se queda siempre la sacristana de guardia. Pues yo me planté en las gradas de la catedral a las once de la noche, que no eran horas para que una señorita estuviera en la calle, pero es que era cuando había que hacerlo, pues no valía en otros momentos. Cogí la aldaba, que no se puede usted ni imaginar cuánto pesa, y di tres fuertes golpes. Nadie me contestó, y estuve segura de que Eugenio volvería para cortejarme. Efectivamente, volvió y nos prometimos con el visto bueno de mi madre, que yo creía que iba a formarla, pero se lo tomó mucho mejor de lo que pensaba.

Manuel Bobis Reinoso

»A mí me hubiera gustado que me hubiera rondado a la antigua usanza, o sea, que después de almorzar y de la siesta, me sentara yo por las tardes en el balcón con mi bordado en compañía siempre de alguna amiga. Para ello habría cambiado la vestimenta de la labor mañanera por un vestido de tarde, con mis zapatos de tacón, mis zarcillos largos, mi flor en el pelo y maquillada solo con unos leves polvos de arroz suavemente aplicados con la borla. Nada de coloretos, que eso es cosa de cupletistas y mujeres de mala vida, y perfumada con mi agua de colonia pulverizada a media distancia. Sentada en mi silla baja de enea, abanico en mano, con bastidor para el bordado y así permanecer en el balcón hasta que se pusiera el sol. Él rondaría mi calle y mi balcón, y miraría hacia dónde yo estuviera, buscando mi linda cara y también, ¿por qué no?, *quincar* algo de mis tobillos, cosa que yo no le permitiría por supuesto, y de tanto mirar se tropezaría, y mi amiga y yo nos partiríamos de risa escondiendo la cara detrás del abanico. Me lanzaría tiernas miradas y guiños y yo se las devolvería, pero, eso sí, con recato. Él sabría a qué horas de la mañana saldría yo para ir a misa, o al mercado, o a la mercería, o a la tienda de tejidos; y si fuera acompañada me seguiría sin molestarme, pero haciéndose notar, y si fuera sola me abordaría en el mercado o en algún lugar concurrido, pero nunca en plena calle, pues está mal visto que una señorita se vea en la vía pública con un hombre. Él me declararía sus intenciones, yo aceptaría, entonces comenzaríamos a platicar, pero ya a través de la reja de la habitación de abajo. Además, él, en la calle, y yo, dentro de la casa, separados por la debida y decente reja. Prepararíamos la boda, yo cosería ilusionada el ajuar, así hasta que nos casáramos. ¡Pero nada!, de eso tan romántico y tan como Dios manda nada, porque Eugenio, al igual que mi madre, era así muy moderno, muy progresista y muy republicano, y no creía en lo que según él eran «estupideces», así que venía a casa después de

cerrar la librería, y los días que tenía tertulia ni aparecía. Cenábamos los tres, y al despedirse me besaba en el zaguán de la casa, pero solo eso, que yo quería llegar virgen al matrimonio y no le dejaba que se propasara ni lo más mínimo.

Aburrimiento, a punto de abrírsele la boca, párpados que alguna vez se cerraron ellos solitos víctimas del hastío. Mujer tan vacía de seso no la había conocido. Para una vez que había ido al grano, grano, y mira. Parecía que la suerte iba a cambiar cuando Beatriz dijo:

—Usted no me lo pregunta, pero yo sé que está deseando hacerlo. Imaginaré que, estando casada con él, yo sabía que no tenía pene porque había nacido mujer. Pues claro que lo sabía, Eugenio era una persona honesta y decente y no iba a llevarme al matrimonio engañada en algo tan sumamente importante. Una tarde en el café de París, aprovechando el escándalo que se había formado con la Reverte...

—¿Qué fue eso de la Reverte?

Ya era tarde, su curiosidad ya había metido otra vez la pata.

—¿No se acuerda?, ¡La mujer torera! En fin, cosas de la republiquita esta.

Había tenido suerte, no le iba a contar toda la historia de la torera.

—Como le decía, aprovechando aquel revuelo, me reveló su gran secreto y me contó toda su vida. Yo me quedé de piedra, porque lo último que yo podía imaginar era que Eugenio no fuera un hombre. Puede figurarse mi estupor. Él me dijo que lo pensara detenidamente y tomándome el tiempo que fuera necesario antes de que nos comprometiéramos, y así lo hice. Me dijo también que su gran ilusión era formar una familia y, sobre todo, ser padre, algo que coincidía

Manuel Bobis Reinoso

plenamente conmigo, porque de siempre he querido ser madre y no hubiera renunciado a serlo por nada ni por nadie.

»Me lo pensé y decidí aceptar porque Eugenio encarnaba mis sueños de casarme con un caballero fino y adinerado. Nos comprometimos y fijamos fecha para la boda. Nos quedaríamos a residir en la casa de mi madre y viviríamos los tres juntos.

—Ambos deseaban tener hijos —resaltó Mariela.

—Sí, así lo decidimos los dos y nos pusimos de acuerdo. Eugenio quería que fuésemos a la inclusa para adoptar a un mocosillo, pero yo eso lo vi como un acto egoísta por su parte. Si él no podía tener hijos naturales, ¿por qué me tenía yo que conformar con niños adoptados?, quería estar embarazada, parir, que mis hijos portaran mis genes. Era solo cuestión de que creyera en mí. Confió, entró en razones y nos pusimos de acuerdo en cómo sería.

—¿Cómo fue?

—¡De la única manera posible, no pretenderá que le dé detalles!

—¡No por Dios, discúlpeme!

A Mariela le subieron los colores, parecía que se había tomado un litro de vino del Condado en un mes de agosto.

—De todas maneras, ya le habrán dado nombres, la gente es así, imagino que también va a entrevistar, o ya lo ha hecho, a esas personas. Veo que calla, y ya sabe que quien calla otorga.

»Fuimos muy felices viviendo con mi madre, todo era alegría, luego vinieron los niños: Patricio y Celeste. Al cabo de los años tuvimos ciertos desentendimientos entre los dos y Eugenio nos abandonó a mí y a sus propios hijos. Desde entonces no he vuelto a conocer a ningún hombre y me he dedicado plenamente a los niños. ¡Niños!, yo sigo llamándolos así. Desde el primer día en el que se fue con la tía esa, metí a mis hijos en mi cama para protegerlos, y desde

entonces duermen conmigo. De pequeños no había problemas, pero después tuve que encargar a un carpintero una cama de dos metros y medio de ancho, que es en la que seguimos durmiendo los tres.

»Ahora, con su trágica muerte, todo el mundo sabe la verdad de su naturaleza y me apunta con el dedo, pero a mí me da igual. Mis hijos se sienten indiferentes, aprendieron pronto a vivir sin su padre, pues dejaron de quererlo a raíz de la *espantá* que pegó. Lo odiaban, pero lo tenía bien merecido. Ahora sí, debido a la sorpresa inmensa de conocer su naturaleza de «no hombre», han comenzado a hacerme preguntas a mí e incluso a ellos mismos. Mil preguntas a las que yo ni quiero ni puedo contestar, les di la vida y eso es lo que les debe de bastar.

»Esto es lo que yo le puedo contar, ahora vaya corriendo a entrevistar a esos nombres que ya tendrá apuntados en su libreta.

—Me habían comentado que usted acusó a Eugenio de abusar de su propio hijo. ¿Es eso cierto?

—Sí, lo es, pero no quisiera hablar de ello si usted me lo permite.

—Yo solo quiero agradecerle de corazón que me haya recibido.

—Ahora baja mi madre y se queda con ella.

Y se fue, muy estirada, subiendo la escalera con aires de emperatriz.

¡Qué decepción! Había estado esperando con impaciencia aquella entrevista de la que solo se llevaba cubos de agua, estaño fundido, cabellos en el traje de una novia, la aldaba de la puerta del Perdón, el antiguo arte de cortejar y una mujer torera. Nada de importante, nada con sustancia, nada profundo, todo superficial. Un vacío. Lo único interesante era el perfume de aquella mujer.

LA BIEN AMADA
THOMAS HARDY

Vacía, como tantas mentes en un país de simples. Mariela había clamado mil veces pidiendo dar contenido a una vida sin sentido. Siempre le fue denegada esa posibilidad. ¿Por qué?, si ella no dañaba a nadie. La española estupidez del no razonamiento. Gentes que antes reventaban que pensar por sí mismos.

Teresa bajó. Era una mujer alta, elegantemente sencilla, serenamente atractiva, se conservaba muy bien para su edad, pelo teñido, amable y educada. Tras el inevitable «hábleme de usted», comenzó a narrar:

Teresa, la amante.

Siempre había sido una mujer valiente que se había valido por sí misma.

—Me ha dado igual la estrechez de mentes de esta ciudad que no es más que un pueblo grande.

Enviudó en 1902, cuando tan solo tenía cuarenta años. Familiares y vecinos quisieron que se enterrara en vida amortajada con vestidos de luto.

—Amo la vida, me gusta salir y asistir a actos culturales, y sobre todo adoro la lectura, envolverme en el aroma de una época, de

Manuel Bobis Reinoso

un ambiente, de una historia determinada que me haga sentir que vuelo a otros países y que vivo aventuras y existencias que no son las mías. No me sepulté en el dolor del luto, pronto comprendí que la vida seguía con su latido, debía aprovechar cada minuto de mi existencia.

En 1907 se enteró de que en una librería de la calle Sierpes llamada Librería Internacional se leían, traduciendo al castellano, obras editadas en otros países que aún no habían llegado a España. Aquello la entusiasmó, quiso asistir y no le importó ni siquiera que estuviera en la calle Sierpes.

—¡Imagínese, una mujer en la calle Sierpes! Mi marido, en vida, ya quiso prohibirme que la recorriera, pero yo no acepto imposiciones de nadie, ni siquiera de un esposo.

Sierpes era una calle de hombres, donde palpitaban cafés, restaurantes, billares, círculos y casinos. Los señores ponían las sillas en las puertas y la calzada se llenaba de tratantes de grano o de ganado que cerraban sus negocios en los locales y en la misma acera, donde formaban corrillos de manera que cada vez que pasaba una mujer por allí se podían oír los murmullos sobre quién era, qué hacía allí y otras consideraciones. Todo el mundo se conocía. Hasta tal punto era Sierpes terreno vedado a las señoras que los maridos les tenían prohibido pasear por ella aunque fuera verano, pues era una calle muy fresca gracias a sus toldos. Tan solo permitían aquellas lenguas y costumbres que una mujer cruzara la calle desde la capillita de San José a la calle Sagasta, y si a alguna se le ocurría contradecir las decisiones del marido, las lenguas iban con el cuento al esposo en cuestión de minutos.

—Al principio, mi marido quiso reprenderme, pero tuvo que acostumbrarse a que a mí nadie me quitaba ni la libertad ni el derecho de pasear por cualquier calle de Sevilla. Dejó de reprocharme, pero

de todas formas sabía inmediatamente que yo había pasado por allí porque las lenguas seguían aterrizando en su oficina casi al instante en el que yo ponía un pie en dicha calle. Las señoras se reunían a merendar en las pastelerías y en el casino El Sevillano, que organizaba té s aristocráticos, pero a mí eso me aburría.

—¿A qué se dedicaba su marido?

—Era dueño de la fábrica de tejidos de hilo y algodón Gómez Silverio.

—¡Ah, sí, la conozco! Me decía que en 1907 supo de la existencia de la Librería Internacional.

—Sí, y volví a recorrer la calle escuchando susurros intencionadamente altos, soeces y mal disimulados, aumentados por mi ausencia de luto y mi vestido floreado.

En la librería la atendió una chica, María Jesús. Cuando le preguntó por las lecturas de novelas llamó al dueño de la librería.

—Así conocí a Eugenio. Tengo que confesarle que me impresionó desde el primer momento. Su forma de vestir, su trato y amabilidad exquisitos, su cultura. Me hizo pasar al interior de la librería, nos sentamos y estuvimos hablando durante dos horas y media casi sin que nos diéramos cuenta de que el tiempo existía. Me enamoré de aquel joven en aquella misma tarde, porque además él, que entonces tenía veinticinco años, me miraba con unos ojos en los que se leía claramente que me encontraba atractiva, a mí, a una mujer que acababa de cumplir los cuarenta y cinco.

Repararon títulos y títulos y la invitó a asistir a la lectura del día siguiente y a la tertulia, aunque le advertía que iba a ser la primera mujer que acudiría, algo que ella ya se imaginaba.

—Me fascinaba ver cómo traducía a la misma vez que leía. Recuerdo que la primera vez que asistí me presentó a los caballeros allí presentes: un cirujano, un actor, un comerciante, un empleado de

Manuel Bobis Reinoso

banca y varios más que ahora mismo no recuerdo. Sorprendidos por mi condición de mujer, me saludaban amablemente.

En aquella primera sesión se comenzó a leer una novela titulada *La bien amada*, de Thomas Hardy, que narraba la historia de un caballero en busca de su amada ideal a través de tres generaciones de mujeres de una misma familia.

Teresa se acercaba casi a diario a la librería para charlar con Eugenio. Más tarde quiso ayudarlo en su labor de sacar de la prostitución a jóvenes pobres y aceptó contratar a una muchacha, a Rosa.

—Me lo agradeció muchísimo.

Todas las tardes en las que no había lectura ni tertulia, Eugenio la invitaba caballerosamente a tomar café y pastas en un local elegante. En aquel año se acababa de inaugurar el Gran Café de París, y desde entonces siempre iban allí.

—Yo estaba muy enamorada de él, muchísimo, era un hombre muy especial, tal vez el caballero con el que siempre había soñado y que nunca encontré en mi difunto marido. Él también me había confesado que se sentía muy atraído por mí, no solo por mi forma de ser, sino también por mi físico, algo que puede usted imaginarse cómo me alagaba.

Comenzaron una relación amorosa de paseos, cafeterías, restaurantes, lecturas y besos en la librería cuando estaba cerrada. Una tarde, sentados frente a una taza de café, Eugenio le dijo que debía confesarle algo. Fue cuando le contó toda su historia y la realidad de su sexo.

—Me quedé atónita y asombrada, aquello para mí era algo inesperado y suponía un mazazo a mi entendimiento. No supe reaccionar. La noche fue larga, muy larga, vi pasar cada hora del reloj por mi agitada mente y por mi llanto hasta que comprendí que el

inmenso amor que sentía por Eugenio estaba muy por encima de un simple pene. Al fin y al cabo estaba enamorada de él porque era un hombre, maravilloso hombre. Al día siguiente fui a verlo, como siempre me invitó, y ante unos cafés y unos trozos de tarta que nos miraban desde el mármol de una mesa del Gran Café de París, le dije que no me importaba en absoluto y que seguía amándolo de la misma manera que el día anterior.

Continuaron con su gozoso romance. En la librería, cuando María Jesús ya se había ido a casa y se echaba el cerrojo, pasaban de los besos a deleitarse con unas intensas sesiones de sexo que a Teresa le resultaban plenamente satisfactorias y que la elevaban al conocimiento del amor pleno.

—No había secretos entre nosotros, bueno, casi, porque nunca quiso decirme qué era lo que guardaba en un arcón que mantenía siempre cerrado, solo decía que allí escondía los manuscritos de una novela que estaba escribiendo y que se llamaba *Cartas a Arabela*.

¡El arcón!, a Mariela se le encabritó algo dentro de ella.

—Una tarde, en nuestro amado café, me dijo que estaría dispuesto a casarse conmigo. Yo acepté encantada, al momento. Comenzamos entonces a preparar nuestra boda con ilusión, y yo, conocedora de su exquisito gusto, le dejaba hacer y deshacer. Como una mujer nueva y plena que me sentía, quise presentarle a Eugenio a mi hija Beatriz.

Teresa tenía un poco de miedo porque Beatriz veneraba a su padre y se enfadaba continuamente porque ella no guardaba luto. Pensaba que no aceptaría a Eugenio jamás. Beatriz no le dijo nada sobre si le gustaba o si aprobaba o no ese matrimonio. Aquello le extrañaba conociendo la devoción que sentía por su padre. No, no dijo nada, pero se mostró extremadamente amable con Eugenio, con

Manuel Bobis Reinoso

lo que Teresa entendió que no le parecía mal aquella relación. Desde aquel momento comenzó a entrar en la casa.

Pasado un tiempo, Eugenio no era el mismo, parecía haber perdido la ilusión por los preparativos de la boda, a veces mantenía la mirada perdida, sostenía silencios que preocupaban a Teresa, y su adorable sonrisa parecía que había desaparecido.

—De nuevo en nuestro rincón del café, pude expresar a Eugenio la inquietud que sentía ante su actitud.

Fue entonces cuando él le comunicó a Teresa, con los ojos humedecidos, que lo sentía profunda y dolorosamente, que tenían que dejar de verse y abandonar los preparativos de la boda. Le pedía perdón, llorando, una y otra vez, parecía desolado y avergonzado. Cuando ella le preguntó la razón, le dijo que no podía decírselo y le rogó que no le preguntara. A Teresa le dolían el alma, los ojos y hasta las lágrimas cuando corrían por su cara buscando la boca para ahogarse en los recuerdos.

—Llanto, llanto y llanto, mi vida se había venido abajo sin saber por qué —dijo Teresa poniendo cara de dolorosa memoria—. Estuve cerca de mes y medio sin verlo. Él no iba a la librería ni a la tertulia, entonces leíamos novelas en castellano porque no aparecía por allí.

Sin saber nada de él, loca, iba a buscarlo al hotel donde residía, pero no quería ver a nadie. Había llegado 1908 con su frío invierno cuando Beatriz le confesó a su madre que se había estado viendo a escondidas con Eugenio y que se habían enamorado, pero que en un momento determinado él le comunicó que debían dejar de verse.

—Entendí lo que había ocurrido, ella, guapísima y zalamera, con una sonrisa femenina y caprichosa que yo sabía que volvía locos a los hombres, había sentido la llamada del amor, y comprendí

también que Eugenio claudicara ante tantos encantos en una mujer de su misma edad. Fui a verlo, por fin accedió a hablar conmigo, le comenté que sabía lo que había ocurrido y él me confesó que estaba enamorado de mi hija, pero que no quería hacerme daño y había decidido renunciar a todo. Le pedí que reanudara su relación con Beatriz, le hice saber que, como mujer fuerte, me olvidaría de todo y que sería feliz teniéndolo como yerno en caso de que decidieran casarse. También le advertí que debía confesarle su secreto vital antes de seguir adelante.

Pasó un tiempo, Eugenio siguió sin aparecer por la librería hasta que, por fin, una mañana, volvió a su trabajo y a su tertulia. Teresa volvió a explicarle que no le importaba que se viera con su hija

—Aunque, sinceramente, yo estaba convencida de que cuando le comentase la realidad de su sexo a mi hija, esta se negaría al momento a reanudar sus relaciones dadas sus ideas tan conservadoras. Eugenio accedió, se citó una tarde con Beatriz y le confesó lo que era imprescindible. Completamente sorprendida me quedé aquella noche cuando Beatriz, brillo en los ojos, me dijo que había aceptado y que no le importaba en absoluto lo que ella y yo sabíamos de Eugenio. Me daba las gracias y me pedía que le cediera los preparativos de lo que hubiera sido mi boda, y yo no tuve inconveniente.

»Se casaron en una ceremonia preciosa en la parroquia del Salvador, celebración en el salón del Hotel Madrid, que había sido la casa de Eugenio hasta aquel día, viaje de bodas a Venecia.

»Después vinieron las alegrías de mis nietos y las tristezas de tantas historias desagradables, pero esas debe usted comprender que no sea yo quien se las cuente. Llegó un momento en el que, debido a un comportamiento de mi hija nada adecuado, Eugenio dejó de amarla. Ya no se sentía comprometido con ella y lo único que lo

Manuel Bobis Reinoso

retenía en aquella casa era el amor por sus hijos. Reanudamos nuestros encuentros amorosos cuando nadie nos veía, pero ya con el único horizonte de una atracción mutua que solo quería disfrutar del momento. La ilusión y la posibilidad de emprender una vida de pareja con aquel hombre ya se perdieron hacía tiempo, solo quedaba el presente.

—¿No tenía la sensación de estar engañando a su hija?

—No, ella lo había perdido por su mala cabeza. Eugenio, en el fondo de su corazón, ya no se sentía su marido y yo no tenía sensación de infidelidad por eso, porque él ya no le pertenecía, lo había dejado escapar ella solita sin ayuda de nadie.

—Pero después...

—No me sentí mal en absoluto cuando Eugenio comenzó su relación con María Jesús, solo lamentaba el hecho de que ya no iba a vivir con sus hijos. Él pensaba, y estaba decidido a verlos cada día de su vida, pero no contó con la maldad de mi hija, que desde entonces únicamente se ha dedicado a inyectar odio en los corazones de sus hijos y a intentar hacerle daño a Eugenio. Beatriz se obsesionó con el cuidado de los niños de una manera enfermiza después de pasarle lo que le pasó con ese tal Benito, que pudo costarle la vida, y después de perder a su marido por su mal comportamiento.

—¿Continuaron siendo amigos Eugenio y usted?

—Sí, hasta su injusta muerte, que no puedo entender de ninguna manera. Amantes en un tiempo, familiares en otro, amigos hasta el último día, aficionados a las novelas y compañeros ilusionados en nuestra tarea de redimir chicas jóvenes apartándolas de la prostitución. Se me hace un nudo en la garganta, no puedo seguir hablando más.

—Lo entiendo perfectamente y le doy las gracias por su sinceridad.

Ángeles de piedra

No había querido interrumpirla en su dolor. Sentía simpatía por aquella mujer. ¡Era tan extraño lo que le habían contado en aquella casa! Rosa la acompañó a la puerta, un adiós cómplice. Mal sabor de boca, en aquel momento lo único que deseaba era perderse entre los brazos de Carlos.

¡A ver si de una vez iba a visitar a los contertulios! El papel donde tenía escritos los nombres y las direcciones se iba a apolillar.

PÍO BAROJA
EL ÁRBOL DE LA CIENCIA

Junio y ya con este calor, ¿qué va a dejar para agosto? Dos nombres y dos direcciones que María Jesús le había proporcionado, pero, por esto o por lo otro, el caso es que todavía no había ido a visitar a esos dos contertulios. Quedaban preguntas por responder, la cadena se iba formando, pero Mariela tenía la impresión de que no solo faltaban eslabones al final, sino también en el centro. Iría a buscarlos.

Justo Andrés, el cirujano.

—Nací en 1856, acabo de cumplir ochenta años, sin embargo, disfruto de una memoria fiel, exacta y casi fotográfica de lo que ha sido mi vida. Usted, distinguida dama, no puede ni imaginarse hasta qué punto, pero a mí me gustaría demostrárselo si es que me lo permite y tenemos tiempo.

—Tenemos todo el tiempo que haga falta, así que puede contarme lo que quiera, eso sí, le rogaría que pusiera más énfasis en su amistad con Eugenio Valdeluna.

—¡Oh, sí, sí! No se preocupe, va a quedar usted encantada, fascinada y embelesada cuando compruebe que esta prodigiosa memoria que siempre me ha acompañado no me ha abandonado en absoluto. Además, estoy dispuesto a narrarle sin ninguna reserva lo

Manuel Bobis Reinoso

que fue mi amistad con Eugenio, pero antes me gustaría hablarle un poco de mi persona si es que es de su agrado.

—Adelante, encantada de oírle.

—Ingresé en el año 1874, con tan solo dieciocho imberbes primaveras, en la Escuela Libre de Medicina y Cirugía de Sevilla, que años antes fundara el gran y eminente cirujano don Federico Rubio, con su método de enseñanza libre, sin subvención alguna del estado y con un procedimiento de estudio práctico, útil y efectivo. Los años lectivos comenzaban el 1 de septiembre y terminaban el 30 de junio, divididos en dos cursos de cinco meses, con explicaciones todos los días no feriados y con exámenes en febrero para el primer curso y en julio para el segundo.

Justo Andrés recordaba con perfecta claridad aquel mes de septiembre de 1874 y aquel primer día de clase. La entrada al edificio del antiguo convento de Madre de Dios por la calle San José, el vestíbulo, el gran patio con su jardín en el centro y sus grandes arcos sostenidos sobre columnas de mármol, sus corredores alicatados de azulejos, así como las pilastras de los ángulos del patio y las galerías, que eran muy espaciosas.

—Tras los arcos, el laboratorio y la escalera principal, el despacho del secretario, los retretes donde los jóvenes miccionábamos y en ocasiones desfogábamos calores acordes con la edad practicando el amor propio mientras observábamos algún dibujo de mujer publicado en un impúdico, procaz e indecoroso periódico o revista. También recuerdo el instituto de vacunación animal, el coro y la iglesia.

En la galería oeste, la sala de actos, con su rico artesanado y alicatado de azulejos de varios colores hasta una altura de metro y medio, una cátedra de caoba y un fresco del siglo XV que representaba a la Virgen del Rosario. También el gabinete de materia

Ángeles de piedra
médica, presidido por un retrato de don Pedro Luis Huidobro, en cuyo frente se extendía una plataforma cerrada por una balaustrada. Don Pedro donó todas las sustancias que pertenecían al gabinete, y fue por eso que el claustro quiso honrarlo con el retrato. El guardarropa, gobernado por una bella mujer cuarentona de hermosos y voluptuosos pechos, madre de un querido compañero de clase y de aventuras de Justo Andrés.

—Ya le digo, lo veo en mi memoria como si fuera ayer.

En los laboratorios de la planta baja, los alumnos y los catedráticos de análisis clínicos, toxicología y fisiología realizaban sus experimentos.

—Para ello contábamos con los elementos necesarios, imprescindibles e indispensables.

Se entraba al laboratorio de química por una puerta que estaba bajo la escalera principal, y en él, atravesando el pasillo, dejando a la izquierda la carbonera, se llegaba a un gran pabellón cuadrado que recibía luz por tres patios y en el cual había un mechero de gas para lámparas de calefacción, hornillos de varias clases y un surtidor de agua. Uno de los patios comunicaba mediante una puerta con la calle de la Montaña, destinada a dar paso a animales y objetos destinados a los laboratorios.

—En dicho patio había una alberca, cerrada por un alambrado, para criar peces y ranas destinadas a experiencias fisiológicas. En más de una ocasión mi querido compañero y yo fuimos expulsados durante cinco días y sancionados con justa resta de puntos en los exámenes porque fuimos sorprendidos, pantalones arremangados, dentro de la alberca tratando de pescar o cazar peces y ranas destinadas a asustar a lindas señoritas con las que nos cruzábamos por la calle.

Manuel Bobis Reinoso

En otro patio había un pozo con una bomba que surtía de agua a todo el edificio, un horno de fundición y una puerta que conducía a un establo donde se guardaban solípedos y perros.

—¿Qué es un solípedo? —preguntó Mariela.

—Es un cuadrúpedo provisto de un solo dedo cuya uña engrosada es el casco. En este caso concreto que le comento, eran asnos.

En el tercer patio había un gasómetro de capacidad de medio metro cúbico de gas que se llenaba de noche para que de día hubiera suficiente para los experimentos que se practicaban en clase. Otra sala albergaba dos mesas de mármol y servicio de agua para vivisección de animales grandes y experimentos toxicológicos con los mismos.

—Puede bien imaginarse las juergas y luchas sangrientas, que dejaban en nuestros ropajes recuerdos estampados cuando los trozos de hígado o de corazón de cerdo que volaban por el aire como improvisados obuses hacían diana en nuestras camisas, y puede también imaginarse el buen grado con el que nuestras madres recepcionaban dichas camisas para su necesario lavado.

En plantas superiores se encontraban el departamento de óptica con una clase, la cámara oscura para el análisis espectral y la sala del laringoscopio. El departamento fisiológico constaba de una gran sala con surtidor de agua y cinco mesas forradas de zinc para el trabajo de los alumnos, también comprendía de un palomar y una pajarera donde se criaban volátiles para vivisección.

Justo Andrés recordaba especialmente una clase que tenía una estructura especial para la demostración de las lecciones preparadas por el profesor en su laboratorio, pues tenía una linterna o cuerpo de luces en el centro y una pizarra dividida en tres secciones longitudinales. Las dos de los lados contenían los nombres de los cuerpos elementales, sus equivalencias y su peso atómico, la del

centro estaba dividida por dos grandes cuadros: el superior contenía todas las figuras necesarias para la explicación del microscopio, el inferior se quedaba en forma de pizarra para las demostraciones que pudieran darse. Delante de aquel testero se encontraba una plataforma con el sillón del profesor, terminada por delante con un mostrador que abarcaba toda la anchura de la clase. El mostrador estaba dividido por tres puertas, dos en los extremos y una en el centro, y si el profesor levantaba esta última podía pasar a un ferrocarril circular de tres y medio metros de diámetro que ocupaba el centro de la clase por el cual corría un vagón de bronce dispuesto para acomodar un gran microscopio de Beck And Beck o cualquier preparación fisiológica que debieran examinar los educandos. Esta vía circular estaba defendida de los envites que pudieran dar los alumnos por una balaustrada de hierro que tenía una altura proporcional para que se pudieran observar fácilmente los objetos microscópicos iluminados por la luz que desde la linterna directamente se proyectaba.

—En numerosas tardes, en las que estaba ausente el profesor, viajó sobre el vagón un dibujo pornográfico que excitaba en círculos al alumno que en cada momento tuviera delante. También se convirtieron en viajeras improvisadas, ratas de laboratorio que sufrían el impacto de los proyectiles inmisericordes que tamaños bárbaros le lanzábamos hasta que tan desgraciado animal agonizaba y fenecía, con justo premio para el mostrenco que hubiera acertado con el golpe certero, de un vaso de vino gratis en la taberna, pagado por el resto de compañeros menos duchos en puntería.

En el centro de dicho ferrocarril se encontraba una mesa de mármol giratoria para los experimentos que el profesor quisiera hacer en materia. Las clases tenían forma de anfiteatro, con bastante luz, su

Manuel Bobis Reinoso

mobiliario correspondiente y un maniquí con todas las articulaciones practicables para explicar la asignatura correspondiente.

—El maniquí fue objeto de mofas múltiples y de violaciones sexuales reiteradas. La limpiadora se quejaba continuamente al director de que había tenido que limpiar en dicho maniquí, muñeco o figura, fluidos que no eran propios de encontrarse en dicha herramienta educativa.

Existía un salón de lectura enlazado con una biblioteca que contenía seiscientos volúmenes de obras de medicina donadas y compradas. Por cada asignatura dos o tres obras traducidas al español. También la clase de partos, constituida por una elegante plataforma. Al lado de la mesa del profesor dormitaban dos estantes, uno con fetos varios de cada mes de gestación y otro con el instrumental correspondiente a la asignatura. Las paredes de la clase estaban cubiertas por una colección de láminas, y para los alumnos cómodos bancos dispuestos en forma de teatro.

—Los fetos fueron inmediatamente bautizados con los nombres de los alumnos menos agraciados físicamente, como podrá usted imaginarse.

En la galería del este se encontraban las habitaciones de los bedeles, el vestíbulo del coro alto, la sala de descanso de profesores, un pequeño almacén y el instituto vacuno. En todas las clases había surtidores de agua y de gas, lámparas de luz y de calefacción, así como tornillos de presión y terminales de hilos eléctricos enlazados con las pilas de corriente continua. Todas tenían llamadores eléctricos unidos a campanas de señal en los pisos alto y bajo, y todas ellas con el instrumental necesario.

—Los llamadores eléctricos también fueron víctima de nuestra juventud, así como las piernas de los bedeles, que tuvieron que subir, en incontables ocasiones, escaleras en vano bajándolas

después profiriendo con gran altura de decibelios consideraciones sobre la pureza de nuestras madres.

Las prácticas con enfermos se hacían en el Hospital Central, en un departamento anatómico y otro clínico. El departamento anatómico estaba situado al norte, aislado del hospital, pero gozaba de mucha luz y ventilación en su clase de anatomía. En todas las salas había grifos y piletas que se surtían de un gran depósito que se llenaba con el agua que extraía una bomba de un pozo.

—En cierta ocasión, el brazo de la bomba cayó al suelo, quebrado, víctima de nuestro salvajismo, pero pudo ser repuesto varios días más tarde gracias a la aportación pecuniaria semivoluntaria de mi padre y de los progenitores de mi amigo.

El departamento clínico estaba situado en el lado suroeste y sobre la fachada del mismo Hospital Central, pero también aislado del resto del edificio. En el vestíbulo de entrada a esa sala había un baño de mármol para los enfermos que no podían salir de la misma, una estufa ventiladora y una hornilla para calentar alimentos y medicinas. En otra sala, un inodoro para que pudieran obrar en él los pacientes que podían abandonar la estancia. Otras salas especiales del hospital eran la de clínica de partos, enfermedades de mujeres, niños y afectos de venéreas. Cada una de las secciones podía albergar no menos de ocho o diez camas para enfermos.

—¿Qué, le parece que tengo memoria!?

—La verdad es que me está usted dejando muy sorprendida.

—Cuando terminé mis estudios oposité y conseguí mi plaza de profesor segundo de cirugía en el Hospital Central, también llamado de las Cinco Llagas, como usted bien sabe. Pertenece al servicio de cirugía y medicina. En este servicio debía haber dos profesores primeros. Nosotros, los profesores segundos, visitábamos cada día, por la tarde, a todos los enfermos, informando del estado

Manuel Bobis Reinoso

de cada uno a los profesores primeros, que asistían a su vez para poder disponer lo conveniente y visitar a los enfermos graves.

»Los profesores primeros debían dar a los subalternos ejemplo de puntualidad en la asistencia a las horas marcadas, ya que eran los jefes en las visitas y los responsables de hacer observar en todos los asistentes la compostura, urbanidad y decoro que la importancia del acto requería, y así exigirían y prohibirían que entrasen en las distintas salas con gorras o con sombreros puestos. Esta práctica constituía un signo de respeto y por eso entraba en el reglamento e incluso en la génesis de esta costumbre ancestral.

»El lenguaje de los sombreros estaba, cuando yo era joven, bien observado, pero ya se está perdiendo. Tenía, como ya le digo, expresión propia tal como el abanico, que se rebeló más tempranamente. El hombre, no así la mujer, como ocurre con los guantes también, ha de quitárselo en situaciones en las que la mujer puede permanecer con estas prendas: cuando saludase a alguien, en el momento de dar o recibir algo, por supuesto al sentarse a la mesa y al oír pronunciar los nombres sagrados de Jesús y María, a lo que se debía acompañar el gesto de inclinar la cabeza. El protocolo desaconsejaba, por considerarse faltas graves de urbanidad, que un hombre portador del sombrero que conversaba con alguna persona lo volviera, que rascara encima del mismo con los dedos o tamborileara con ellos sobre él. También mirar dentro o alrededor del sombrero, tocar la cinta o el cordón, ponerlo sobre la boca o sobre la cara para no ser oído mientras se habla, o mordisquear los bordes cuando el sombrero se tiene delante o sobre la boca.

—Me estaba usted hablando de su día a día como cirujano en el Hospital Central —recordó Mariela.

—¡Ah sí! ¡Discúlpeme! Hace bien en centrarme, pues yo voy hilando conversaciones y me pierdo.

Ángeles de piedra

»Después de la visita de la mañana, el cirujano primero ejecutaba las operaciones quirúrgicas que estuvieran a su cargo. En el caso de conmoción popular, hundimiento de edificios, incendios, accidentes en los caminos de hierro u otros análogos como accidentes ferroviarios y demás desastres, se debía presentar en el hospital el cirujano que primeramente tuviese conocimiento del hecho, y de forma inmediata cuando lo supiese o se le avisase para practicar las operaciones necesarias, debiendo permanecer en el lugar hasta que quedasen atendidos completamente todos los enfermos.

»Los profesores primeros tenían obligación de cuidar de que se tratase constantemente a los enfermos con agrado y dulzura, y procurar por todos los medios hacerle más soportables sus molestias y dolores.

EL MARAVILLOSO MAGO DE OZ
LYMAN FRANK BAUM

La manía de don Augusto, el cura. ¡Tienes que dedicarte a la vida religiosa! Pero si a ella eso no le atraía en absoluto, si casi que no creía en Dios. Sí, pasaba muchas horas en la iglesia, pero obligada. Erre que erre que debía prepararse para servir al Altísimo y que escribir no estaba reñido con una vida de entrega. ¿Sobre santos, sobre el Espíritu Santo, sobre lo misericordioso que es Dios? No, no dejó que nadie escogiera su propio futuro. Mariela sintió envidia cuando escuchó las andanzas de aquellos estudiantes de medicina. ¡Le habría gustado tanto haber estudiado filología! No se lo permitieron, o vida religiosa o no había estudios. Los recuerdos escaparon cuando Justo Andrés dijo:

—Pero bueno, vamos con lo que a usted le interesa, porque si no ya ve que no pararía nunca de hablar y discursar, y si le tuviera que contar toda mi vida no pararíamos en dos largos, extensos y dilatados años.

»Cuando conocí a Eugenio, yo ya había ganado mi plaza de profesor primero de cirugía en el Hospital Central. Entonces, él era un joven de tan solo veintitrés años, mientras que yo andaba por los cuarenta y nueve. Lector contumaz e inagotable, comencé a frecuentar la Librería Internacional donde una chica muy amable, agradable y encantadora llamada María Jesús me comentaba las novedades recién recepcionadas. De vez en cuando, también me atendía el dueño: un hombre maravillosamente vestido, hasta el punto de que impresionaba, deslumbraba y asombraba. Hablaba

Manuel Bobis Reinoso

varios idiomas y exhibía un profundo conocimiento de la literatura universal. La primera vez que lo vi, recuerdo que llevaba la chaqueta entallada de color gris con suaves líneas que formaban cuadros, el chaleco cruzado, el pantalón *slim*, los bajos a la altura perfecta, los zapatos brillantes, detalles en las mangas, gemelos, corbata de amplias rayas azules y blancas, pañuelo en el bolsillo. Un día me invitó a asistir a la tertulia literaria que se realizaba cada martes y cada jueves en su librería, y a la que él llamaba «Lo Prohibido». Acepté de muy buen grado porque me apasionaba la lectura e intuía que iba a aprender y a gozar mucho en aquellas reuniones. ¡Ya usted ve!, ¡con lo que me gusta a mí platicar! La zona dedicada a tertulia ciertamente que era muy acogedora, agradable y cómoda, con su gran mesa, sus sillones y aquel arcón cerrado con llave de oro que Eugenio siempre llevaba colgada del cuello y del que nadie conocía, ni conoció nunca, su contenido.

Mariela explotaba.

—Nos hicimos muy amigos, aunque él pasaba mucho tiempo con un actor que parecía creerse el dueño de la librería y de la tertulia, un tal Jaime, y que si le tengo que ser sincero me caía de una manera muy desagradable porque me daba la impresión de que era una persona muy hipócrita, falsa y farisaica. Su boca estaba repleta de principios que no concordaban con sus actitudes ni con sus acciones. Quiero pedirle disculpas, pero siempre me he considerado un caballero y hay actitudes que no tolero, aunque tampoco está bien que yo le hable a usted mal de personas que no están presentes.

—No se preocupe, me interesan mucho sus opiniones.

—En la tertulia, no solo se hablaba de literatura, pues las discusiones sobre las novelas nos llevaban irremediablemente a la política, a la ética, a la moral y a la realidad del país. Yo me daba cuenta de que Eugenio no se sentía bien en compañía de aquel

individuo, pero parecía que le debiera algo, y lo acompañaba a realizar aventuras que a él no le apetecían en absoluto. Todo esto lo sé porque Eugenio comenzó a sincerarse conmigo en los pocos momentos que podíamos charlar a solas. Creo que él me veía como un hombre serio, siempre caballero de firmes principios morales, educado y digno. En definitiva, alguien en quien confiar, y esa confianza debía ser categórica porque un día me confesó algo que por aquel entonces no sabía nadie.

—¿Que era una mujer?

—Efectivamente. Se atrevió una tarde sofocante de verano en la que tomábamos limonada en La Española, tras una conversación en la que comentábamos un cuento que entonces estaba muy de moda en la literatura de habla inglesa llamado *El increíble mago de Oz*, en el que se narran las peripecias de cuatro personajes que viajan en busca de sus más preciados deseos. Yo le pregunté cuál era su gran sueño en la vida, y él me contestó: «¡ser hombre!». Yo no sabía lo que me quería decir o dar a entender, y fue entonces cuando me contó toda su historia, que, aunque vestía y se comportaba como un hombre, no llegaría a sentirse varón mientras tuviera que aplastarse los pechos con paños tan fuertemente que a veces le impedían hasta el respirar, y mientras continuase teniendo la regla mensualmente. Lo comprendí mirando a sus ojos: no era una mujer la que me hablaba, era un hombre encarcelado, apresado, capturado, condenado en un cuerpo femenino. No era una lesbiana, era un varón con pechos, matriz y vagina.

»Cuando supo que yo lo había comprendido perfectamente, me preguntó: «¿querrías ser tú mi increíble mago de Oz?». Me puse muy nervioso porque a mí, tan recto y cumplidor de las normas y las leyes, se me estaba pidiendo que cometiera una ilegalidad que podría costarme incluso mi carrera como cirujano. Me negué, y al hacerlo

Manuel Bobis Reinoso

contemplé en su rostro la más absoluta desolación, desilusión, desesperanza y amargura; tanto que pareciera que se acababa la vida.

»En aquel momento en el que yo miraba su rostro desesperado de mirada hundida en el mármol blanco, sin saber qué más decirle ni cómo ayudarle, entró en la cafetería don Marcelo Spínola, arzobispo de Sevilla. Todos los clientes, que en aquel momento degustábamos una exquisita y fresca merienda, nos pusimos de pie sin entender muy bien qué hacía el arzobispo allí. Pronto lo supimos, porque aquel hombre envejecido, sudoroso y enfermo, fue acercándose a cada uno de nosotros con su pequeña, casi transparente y huesuda mano extendida para pedirnos con la humildad del más modesto de los seres humanos una limosna para paliar el hambre de tantas personas que aquel año estaban sufriendo la espantosa hambruna que asolaba al campo andaluz. Campesinos víctimas de tres años de sequía en una tierra seca de la que no brotaban más que vahos de calor inmisericorde y muerte. Hambrientos, comían frutos sin madurar y hierbas que ni los animales querían. Se había acabado todo, y las personas, desesperadas, asaltaban las tiendas de comestibles de los pueblos de la provincia de Sevilla.

»Sacudieron mi conciencia aquellos ojos claros que me sonrieron cuando puse sobre su leve mano mi donativo. Me hicieron reflexionar, y sentí un irrefrenable deseo de hacer el bien. Cierto que yo siempre lo había albergado en mi alma, no en vano, siempre quise dedicarme a la sanidad, pero no había estallado en mí como en aquel momento único. Hay instantes que pueden cambiar la vida de un hombre, y aquel lo fue. Por un lado, un ser humano me pedía desesperadamente algo que anhelaba tanto como no podemos ni imaginar los mortales *normales* que no sabemos lo que es sentirnos encarcelados en un cuerpo con el que no nos identificamos; por otro,

el más alto, el más excelente, se humillaba pidiéndome una limosna para servir a los más humildes. No sé si usted recuerda lo de don Marcelo en aquel terrible agosto de 1905, conmovió las conciencias de muchísimas personas, nadie se atrevía a decirle que no, recibió donaciones de muchos lugares del orbe. Pudo reunir trescientas veintisiete mil ochocientos noventa y cinco pesetas exactamente, y pudo paliar, en leve parte, el hambre que desesperaba a tantas personas. Podrá usted imaginarse, insana y repetida costumbre española, que fue muy criticado por sectores rancios de la Iglesia que no veían con buenos ojos que, nada más y nada menos que el arzobispo de Sevilla, fuera pidiendo por tabernas, colmaos, casinos, palacios o restaurantes. ¡Mojigatas, beatas, santurronas, meapilas, remilgadas, puritanas, hipócritas que se pasan el evangelio por sus vaginas reseca! ¡Sepulcros blanqueados que solo entienden las sagradas enseñanzas a su pura conveniencia!

»Disculpe, por favor, mi vehemente estallido.

—No se preocupe.

No sabía Justo Andrés lo de acuerdo que estaba Mariela con aquellas consideraciones.

—Aquella noche, Eugenio se fue a su morada con los ojos húmedos y hundidos en sus negras cuencas. Mientras, yo vi pasar por mi mente cada hora de aquella larga oscuridad mirando al techo de mi habitación sin dejar de pensar ni un solo momento en lo que me había propuesto. ¿Hacer lo que es justo aunque ilegal?, ¿jugarme mi carrera por otra persona?

»Al día siguiente, por la tarde, lo busqué en su librería y tan solo le dije, acompañando mis palabras con una leve sonrisa: «¡lo haremos!». Su rostro se iluminó reflejando toda la alegría, contento, júbilo e ilusión del mundo, y aquella misma tarde comenzamos a planearlo.

Manuel Bobis Reinoso

—¿Cómo fue?

—Eugenio desapareció durante meses, dejó su negocio a cargo la de señorita María Jesús y de ese señor Jaime con la excusa de que iba a hacer un nuevo viaje en busca de interesantes libros. Creo que fue a Riotinto y que se hospedó en casa de una muy buena amiga suya de la infancia y juventud a la que, al parecer, tenía muchas ganas de visitar. Llegó a Sevilla varios meses después con su pelo largo y vestida de mujer, se alojó en una pensión de La Macarena y fue a verme al hospital. Traía consigo documentos identificativos de mujer. Yo le pregunté, extrañado, cómo había sido posible conseguir primero los de hombre y después volver a tenerlos de mujer, y con una sonrisa que me hacía parecer bobalicón, badulaque e inocente me contestó: «estimado Justo Andrés, en España, con dinero se puede conseguir absolutamente todo».

»Realicé un diagnóstico falso, yo era cirujano primero, nadie osaría ponerlo en duda. Lo operé: extirpación de pechos, ovarios y útero. Todo fue bien, pasó un largo y dolorido postoperatorio en el hospital, curas diarias, alguna que otra infección, retirada de puntos, paseos hasta el final de la sala medio encorvado cuando pudo comenzar a andar. Le di el alta y lo hospedé en mi casa. A la semana volvió a la librería nuevamente vestido de hombre, con su perfecto corte de pelo, impecablemente vestido, dispuesto a encargarse de su negocio y de su vida, reflejando en su rostro una gran alegría, un gran contento, entusiasmo y gozo. Era un hombre nuevo. Hizo pintar la librería de verde porque estimaba que era el color del volver a nacer, tal como lo hacen las plantas, frescas y nuevas, cada primavera.

»El 19 de enero de 1906 murió don Marcelo Espínola. El agradecimiento que Eugenio y yo le debíamos por aquel momento sublime que vivimos fue tan grande que ambos sentimos una necesidad vital, urgente y necesaria de realizar actividades de

servicios a las clases más bajas. Más o menos por aquel entonces, tal vez uno o dos años más tarde, no recuerdo bien, el señor Jaime se fue a Madrid por no sé qué escándalo, y nosotros comenzamos nuestro camino de perfección. Desde aquel momento, pues Eugenio estaba muy interesado y empeñado en ello, nos dedicamos sobre todo a buscar trabajo digno a esas jovencísimas prostitutas que ya estaban ejerciendo a la tierna edad de dieciséis años. Le puedo asegurar que en estos seis lustros han sido decenas y decenas las muchachas a la que hemos ayudado apoyándonos en nuestros muchos contactos y con la inestimable ayuda de la señora Teresa, mujer valiente donde las haya. He tratado y operado a personas muy pudientes que se sentían obligadas conmigo, y, llevado por el ejemplo de don Marcelo, no he dudado en pedir para otras personas el favor de un humilde, pero honroso puesto de trabajo. Eugenio, en esta labor, siempre fue igual de activo que yo e incluso estimo que me superaba, y la señora Teresa no se quedaba rezagada gracias a las muchísimas amistades de gente acomodada que conocía.

»Aunque de diferente edad, pues yo le llevaba casi treinta años, creo que nos hemos entendido muy bien. Él siempre me estuvo tremendamente, absolutamente, definitivamente agradecido, y me aseguraba que, tras el milagro de la vida que le regaló su madre, nada era comparable con el obsequio del don de la libertad y de la identidad que yo le había entregado. Lo acompañé en los malos momentos, sobre todo con la «Maldegollada», y disfruté también de sus años de feliz estabilidad. Su horroroso, cobarde, vil, grosero, indigno, abyecto, canalla e infame asesinato no ha hecho más que reafirmarme en la nefasta opinión que he tenido siempre del ser humano.

—No sabe lo agradecida que le estoy por todo lo que me ha revelado.

Manuel Bobis Reinoso

—Y yo le agradezco a usted que se haya interesado por la figura de don Eugenio Valdeluna Valdeluna. Los viejos estamos por encima de las estupideces de los hombres. Debido a mi avanzada senectud, no creo que nadie que lea la novela venga ya a recriminarme nada por haber operado a mi querido amigo, y si lo hiciera, puedo asegurarle que me daría exacta, fiel, cabal, textual y puntualmente igual.

—Es usted un perfecto caballero.

—¡Muchas gracias, bella dama! Siempre he intentado serlo. Por fin una entrevista con algo de chicha. Ahora a por más.

RESURRECCIÓN
LEÓN TOLSTÓI

María Jesús le había proporcionado a la escritora en un papel cuadradito: nombre, apellidos y dirección del otro tertuliano,
— ¡Coño!

— ¿Qué pasa? — preguntó Carlos alertado por la exclamación que Mariela había lanzado con cara de decepción al calor de la tarde.

— Que esta dirección es de Madrid — contestó Mariela.

— Pues tendremos que ir a la capital si no hay más remedio.

¡Viajar!, ella lo más lejos que había ido era a Écija. Fueron a no sé qué de cosas de iglesias, acompañaba a don Augusto. Conocer Madrid sería un sueño. ¿Y Carlos la iba a acompañar? Al final la estaba ayudando, y mira que decía al principio que ella solita. Se hizo realidad, billetes de tren comprados y permiso durante cinco días que había conseguido su marido que le dieran en la comisaría. ¡A Madrid!

Carlos muy guapo, ella ilusionada. Tren en Plaza de Armas, calor, gente que ofrecía comida, noche dormitando sobre el hombro rectangular de su Tarzán, sueño de mañana y mal cuerpo. Atocha, café cargado y búsqueda de pensión: La Asturiana, muy limpia y con buena comida, según aseguraba la dueña. Olor intenso de fabes, chorizo, morcilla, muebles viejos y orinal. Búsqueda de la dirección, muy cerquita de Gran Vía.

Jaime aceptó la entrevista encantado, si no lo hubiera hecho Carlos habría sacado su placa. Una vez encontrado el sujeto, no iban a hacer el viaje en balde, eso era seguro, pero no hizo falta. El piso

Manuel Bobis Reinoso

tenía los suelos de madera y las paredes recubiertas de una tela rojiza. Estaba todo muy desordenado, incluso alguna camisa que olía a perfume de mujer descansaba sobre un sillón de tres plazas de patas y brazos dorados. A la nariz de Mariela llegaba el olor reseco del tomate frito pegado en los platos que esperaban en la cocina ser fregados desde la noche anterior. Jaime estaba en bata, un enguatado en rombos color turquesa con las bocamangas y los cuellos en terciopelo negro, barba de tres días y cabellos canosos y alborotados. De su boca emanaban efluvios alcohólicos y fumadores.

Jaime, el actor.

—Eugenio Valdeluna y yo fuimos muy amigos. Llegó a Sevilla en 1902, tenía tan solo 20 años.

Jaime narraba que el librero pudo llegar en tren porque la estación de Plaza de Armas ya llevaba un año construida, y lo hizo con un cargamento de libros que había estado comprando en Madrid y en Asturias durante dos años. Cuando se fue de su casa, estuvo buscando un lugar donde vivir, donde echar raíces y sentirse feliz. Al principio pensaba que cuantos más kilómetros pusiera entre ellos y sus padres mejor se sentiría, pero, doce meses después, el recuerdo grabado en su alma de la brillante luz del sur le hizo volver a su patria de la infancia y juventud. Le habían faltado las primaveras y los otoños de Andalucía, había echado de menos el sofocante calor del verano y los inviernos se le habían hecho eternos. Decidió quedarse a vivir en Sevilla porque dos meses antes sus padres habían vuelto definitivamente a Inglaterra, lo que significaba que se mantendrían a una distancia suficiente. Durante sus dos años de viajes por el centro

y norte peninsular, había mantenido en todo momento contacto epistolar con su madre, que en una carta le había puesto al corriente de la decisión tomada y del día en que partirían hacia Gran Bretaña. Eugenio estuvo presente y puntual en el puerto de Huelva para abrazar por última vez a su madre, y así lo hizo. El día de la partida lloraba abrazado a ella mientras su padre, de espaldas, ni siquiera se acercó y se mantuvo en todo momento mirando al horizonte.

—Eugenio me contaba que aquello le daba igual porque no tenía ningún interés en verlo, ya que para él era como si hubiera muerto, pero no podía dejar de despedirse de su querida madre, aunque también guardara hacia ella cierto rencor. Aquella fue la última vez que los vio. Todo eso me lo contaba en las interminables conversaciones que manteníamos en los cafés y en los *colmaos* delante de un buen trozo de tarta o de un vaso de vino generoso. Éramos muy amigos.

—¿Sabía usted que era una mujer?

—No, y además nunca lo sospeché. Cierto que era un hombre delgado, de mediana estatura, casi sin barba y con voz aguda, pero nada hacía sospechar que no lo fuera. Me enteré por las noticias, de su muerte. Yo creo que nadie lo sabía, bueno, imagino que su mujer sí lógicamente, aunque el hecho es que tuvieron dos hijos, lo que es un misterio, aunque sabiendo lo que ahora sé, creo que me puedo explicar qué fue lo que ocurrió, pues los rumores eran conocidos en toda Sevilla. Yo pienso que nadie sospechó nunca nada porque, aunque Eugenio tuviera genitales femeninos, en su mente y corazón se sentía hombre. No era una lesbiana, era un hombre.

—Es curioso, esa misma frase ya me la ha dicho algún que otro entrevistado. ¿Le contó en alguna ocasión de qué estuvo viviendo durante los dos años que viajó por Madrid y por Asturias?

Manuel Bobis Reinoso

—Sí, su madre le enviaba dinero mensualmente. Sumas con las que un español podría vivir durante un año. Se las enviaba cuando él estuvo de viaje, y desde Inglaterra cuando se instaló en Sevilla, nunca dejó de hacerlo. No tuvo problemas de dinero, la librería no le servía más que para completar humildemente la enorme suma que su madre le enviaba cada mes.

—Siga, por favor —rogó Mariela.

Y el hombre contaba que Eugenio traía consigo aproximadamente tres mil novelas. Al llegar a la estación pensó en alquilar el servicio de varios gallegos con sus carrillos de arrastre para llevar los libros hasta el Hotel Madrid en la plaza del Pacífico, pero luego decidió que fueran transportados por carruajes de tracción animal porque así podía hacer el traslado de la estación al hotel en un solo viaje.

Buscó un local en calle Sierpes, cerca de la Plaza de San Francisco, y con esas primeras novelas abrió la que él llamó en su rótulo de madera «Librería Internacional», con obras escritas en varios idiomas. La pintó de amarillo porque decía que era el color de la alegría.

Una tarde, se encontraba Jaime paseando, y al ver el nuevo establecimiento decidió entrar y echar un vistazo. Fue entonces cuando conoció a Eugenio.

—Estaba muy bien vestido, tanto que llamaba la atención, pues no era habitual ver en la Sevilla de principios de siglo a un hombre tan sumamente elegante.

Recordaba que Eugenio llevaba puesto un traje de tres piezas color malva apagado con raya diplomática en blanco, del bolsillo de la chaqueta de dos botones asomaba un pañuelo tono hueso igual que la camisa, cuyos puños, cerrados con gemelos, sobresalían de las mangas de la chaqueta dos centímetros. La corbata lucía rayas verdes

y crema a juego con la cinta de un sombrero redondo de paja que descansaba colgado de una percha. Los zapatos negros, relucientes, brillaban con la luz de aquella primavera.

—Me acuerdo muy bien porque realmente me impresionó la elegancia de aquel hombre que, además, la lucía con total naturalidad y comodidad.

Mariela recordaba lo que le había dicho Clara: «los movimientos que como mujer se veían desgarrados, vestido de hombre se convertían en elegantes». Jaime:

—En cuanto entablamos conversación, nos dimos cuenta de que nuestras aficiones coincidían, pues ambos amábamos la lectura. Creo que estuvimos casi hora y media hablando de libros, además, él pareció entusiasmarse cuando le comenté que yo era actor profesional de teatro.

—¿Se dedicaba usted entonces a la comedia?

—Sí, y aún lo hago. Puedo decirle con orgullo que he actuado en todos los teatros de Sevilla: San Fernando, Cervantes, Teatro del Duque e Imperial. También en el Eslava y en el Portela, que como usted bien sabe son de verano. Aunque he interpretado obras de bastantes autores, sobre todo lo he hecho de los Álvarez Quintero, de Manuel Chaves Rey y, ya en Madrid, de Parmeno. Todo ello además de la revista, claro está.

Aquella misma tarde en la que se conocieron se citaron para tomar unos vinos, pues realmente sentían que tenían mucho en común.

—Efectivamente, así era, muchísimo, incluso en ideas políticas. Ambos manteníamos ideas republicanas, además, él se interesaba por los principios morales que defiende la masonería. No se lo he dicho, pero durante algunos años tuve algunos contactos, más

Manuel Bobis Reinoso

concretamente con la logia Fe 121. Ahora ya no pertenezco, pero sigo creyendo en esos principios.

—¿Cuáles son, si no le importa?

—No tiene dogmas, pero se basa en tres principios fundamentales: igualdad, libertad y fraternidad. La manera de entender estos preceptos no está marcada, pues se lleva adelante en la conciencia de cada uno. Ser libre y de buenas costumbres, ser coherente con uno mismo, tener actitudes abiertas, libres de prejuicio, buscando antes lo que nos une que lo que nos separa. El masón no defiende sus ideas o creencias, ya que en ese caso no sería coherente consigo mismo, la defensa ha de hacerse de forma abierta, tolerante y fraternal, huyendo de ser el único portador de la verdad absoluta. Procurar el progreso del universo y la humanidad, que es a lo que se llama luz. No se rinde culto a Dios ni al Diablo, es una asociación universal, filosófica y progresiva, cuyo amor a la verdad, a la moral universal, al estudio de las ciencias y de las artes, debe estar por encima de todo. Practicar la abnegación y la caridad, extinguir los odios entre las razas y los antagonismos de nacionalidad. Ser solidarios y mejorar la condición social del hombre. Amar la instrucción, el trabajo y la beneficencia. Sustituir la imposición y la fuerza por el diálogo, la venganza por el perdón, la envidia por la generosidad, el fanatismo por el respeto, el odio por la fraternidad. Hombres dignos, de honor y de buenas costumbres.

Casi como un papagayo. ¿Se lo sabía de memoria?

—¡Son bellos ideales, sin duda! —observó Mariela.

—Coincidíamos plenamente, ya le digo que nos hicimos muy amigos la misma tarde que nos conocimos. Quise que frecuentara los ambientes de la masonería sevillana, pero no fue nunca hombre de pertenecer a asociaciones. Recuerdo que la primera novela que leímos juntos fue *Resurrección* de León Tolstói. Ahora comprendo que

comenzar una nueva vida como hombre y como librero significaba para él un auténtico renacimiento.

Un renacimiento, eso fue lo que sintió también Mariela cuando se mudó de Utrera a Sevilla, a su nueva casa de la calle Pureza. Veintitrés años recién cumplidos. La ilusión de encontrar un trabajo y de triunfar como novelista. La primera vez que metió una moneda en la cajita de latón tenía solo ocho años. No quiso comprarse un dulce, aquella calderilla sería la primera piedra de una liberación. Quince años ahorrando, solo la compra, de vez en cuando, de alguna novela de quinta mano. Quince años en la soledad de su habitación, total, ¿en qué iba a gastar el dinero si las niñas del pueblo no querían jugar con ella y ya de jovencitas tampoco la querían como amiga? El escaso dinero de una hija de madre soltera reunido en miles de tardes de soledad.

Y en Sevilla la libertad: se compró vestidos, pinturas de labios, de uñas, maquillajes, un perfume, zapatos de tacón y alguna que otra baratija en forma de zarcillo, collar o pulsera: todo lo que le habían prohibido, desde niña, su madre y don Augusto, el cura. No fueron a despedirla, solo su hermana le decía adiós con la mano cuando ella se alejaba, cara pegada al cristal del autobús. La libertad, por fin iba a poder ser ella misma.

—¿Me oye? —preguntó Jaime.

Mariela volvió a aterrizar:

—Sí, disculpe. ¿Dónde residía Eugenio?

—Al llegar a Sevilla estuvo viviendo en el hotel Madrid hasta que se Casó. El dinero nunca fue un problema para él.

LO PROHIBIDO
BENITO PÉREZ GALDÓS

Muchos y buenos ideales. Aquel hombre decía cosas muy bonitas, aunque Justo Andrés ya le había comentado anteriormente que le parecía muy hipócrita. Ella estaba tan acostumbrada a la farsa humana. ¡Cuántos consejos que vendo, pero que para mí no tengo!, la paja en el ojo ajeno, todo el mundo se cree a sí mismo bendito, nadie piensa de sí mismo que es un malvado por más atrocidades que cometa. Dios es misericordia, pero sus seguidores la levantaban en el colegio tirando de sus patillas diez centímetros del suelo. Dolor por amor, incomprensión por misericordia, imposición por escucha. Jaime, el actor, narraba creyéndose su rectitud y buen hacer:

—Yo pasaba mi mucho tiempo ocioso en la librería, charlando con él, leyendo e incluso ayudándole a la hora de organizar y clasificar. Me gustaba mantener conversación con las personas que entraban a ojear y a comprar libros.

Jaime no podía quedarse en casa, entre ensayo y ensayo, simplemente esperando a que pasara la vida delante de sus ojos como si nada, porque entonces se sentía vacío. Siempre había intentado ser alegre y positivo, había tenido el humor como un ideal, pero no podía estar quieto sin hacer nada. La obsesión de su vida había sido la búsqueda de los placeres mundanos. La diversión y el placer estaban fijados en su mente como manera de olvidar el aburrimiento crónico que le atenazaba cuando no hacía nada.

Manuel Bobis Reinoso

—Nuestras personalidades se complementaban, él me enseñaba equilibrio y yo le enseñaba pasión. Pasaba tanto tiempo en la librería que algunas personas creían que yo trabajaba allí, de hecho, incluso Eugenio, en bastantes ocasiones, me dejaba, con total confianza, a cargo de la tienda cuando tenía que salir a resolver algún asunto.

Cuando a las ocho de la tarde se cerraba el establecimiento, acudían a los locales de moda para tomar unas cervezas o unos vinos y cenar después.

—Nos gustaba saborear nuestro café todas las tardes en La Española, en la calle Tetuán, porque era un local muy elegante, con sus empleadas uniformadas, su exquisito trato, sus manteles de hilo y sus teteras de porcelana. Allí nos sentíamos gente especial degustando sus tartas, sus balandros y sus Saint Honorés mientras nos acogía su decoración de caobas, sus bronces, sus cristales biselados y su mostrador de mármol. La cajera nos despedía siempre con una sonrisa.

Por la noche cenaban en el comedor del Hotel Madrid. Algunos días volvían bastante tarde a sus respectivas viviendas.

—Parecía que nos conocíamos de toda la vida, ambos teníamos como valor principal la libertad y éramos partidarios de la República.

En la librería entraba gente extraña, no muy a la usanza. Personas muy interesadas por la literatura universal, instruidas y de aspecto..., llamémoslo *original*. Casi sin proponérselo, se formó una tertulia literaria en la que todas las tardes, un grupo que no solía bajar de seis personas, charlaban sobre aquellas historias que tanto les atraían.

—Una tarde, Eugenio comenzó a leer en voz alta a la vez que traducía *Lejos del mundanal ruido*, de Thomas Hardy, una novela que

se había publicado dos años antes. La experiencia nos gustó tanto que al final de aquella sesión de lectura comenzamos todos a aplaudir entusiasmados.

»Eugenio contrató a una muchacha que se llamaba María Jesús para que atendiera el mostrador mientras nosotros, en la tertulia recién nacida, comentábamos novelas que habíamos leído, hacíamos lecturas o se recitaba poesía. Él, encantado, leía en voz alta novelas, escritos suyos o poemas de Manuel y Antonio Machado. Manuel había publicado *Alma* y Antonio, en aquel 1903, sus *Soledades*.

»María Jesús era una chica con una cara fina y guapa, delgada de cuerpo, tímida, callada, inteligente y muy trabajadora; tanto que casi no se apartaba del mostrador ni para ir al servicio en todas las horas que duraba su jornada laboral. Me parecía que era una chica a la que valoraba todo el mundo menos ella misma, pues priorizaba siempre las necesidades de los demás a las suyas propias. No se valoraba en absoluto, sin duda era más guapa, más inteligente y más eficiente de lo que ella pensaba. La verdad es que yo no sé por qué tenía ese complejo de inferioridad, pero es que nunca llegué a conocerla bien porque se mantenía distante, reservada, cuya única vida era la librería y la soledad de su casa en la que se encerraba después del trabajo. No confiaba en sí misma y yo creo que es que tenía miedo a que alguien le hiciera daño. No sé si es que había tenido alguna mala experiencia con anterioridad. Me sorprendió cuando en 1929, al volver a Sevilla para la Exposición Iberoamericana, me enteré de que Eugenio y ella estaban viviendo juntos. Imagino que usted va a entrevistar o ha entrevistado ya a más personas que conocieron a Eugenio.

—Sí, claro. De hecho, ya he hablado con María Jesús.

—¡Ah!, perfecto, entonces me centraré en mi relación con él y que cada uno, o cada una, se vaya descubriendo ante usted, porque

Manuel Bobis Reinoso

como me ponga aquí a largar sobre algunos personajillos no pararía. Se vayan descubriendo o quizás ya lo hayan hecho.

—Como usted quiera, pero sepa que yo estoy abierta, mentalmente, a todo.

Por fortuna dijo «mentalmente». Algo le decía que aquel fulano se iba a arrancar por lo sexual de un momento a otro.

Eugenio era capaz de leer en inglés, en francés o en alemán, y al mismo tiempo irlo traduciendo al español en voz alta, algo que fascinaba y atraía a los contertulios, que solo tenían pobres nociones de inglés o de francés, pero nada más.

—Poder disfrutar de novelas que aún no se habían traducido al español era para nosotros un deleite y un lujo. Cada vez asistían más personas a la tertulia. Se discutía también sobre la pintura de Gonzalo Bilbao, de García Ramos o de Sánchez Perrier. Llegó un momento en que decidimos dar forma, horarios y nombre a aquella actividad que tanto nos agradaba, y Eugenio, llevado siempre por ese anhelo de libertad, algunas veces desmedido según mi entender, quiso que se llamara tertulia Lo Prohibido, y a mí me pareció bien. Martes y jueves de siete de la tarde a diez de la noche.

—¿No eran muchas horas a la semana?

—Pues no, porque se nos pasaba el tiempo volando, tanto que después del cierre seguíamos charlando de lo recién leído, pero ya ante un buen vaso de vino y una buena cena en algún local, entre ellos el Novedades. A partir de 1907, cuando el Café de la Campana se remodeló y pasó a llamarse Gran Café de París, siempre que salíamos de la tertulia, acabábamos allí, martes y jueves sin falta. También empezamos a disfrutar de Sevilla en grupo. Fuimos de los primeros amantes del cinematógrafo, la gente nos miraba de manera rara cuando asistíamos a aquellas primeras proyecciones en el teatro San

Fernando o en el teatro del Duque o en el Cervantes, Portela, Gran Salón Rouge, Eslava y Gran Cinematógrafo La Rosa.

»En la librería, lo primero que se encontraba el cliente al entrar era el mostrador de madera y, justo detrás, las estanterías con sus libros. Más allá, una sala con varios sillones de cuero en color verde, sillas y una mesa muy larga completamente atestada de novelas y de periódicos. Lo que más llamaba la atención era un precioso arcón antiguo al que Eugenio había mandado poner una cerradura de oro cuya llave, también de oro, llevaba siempre colgada al cuello por una cadena. Nadie sabía ni supo nunca qué guardaba en aquel arcón, y cuando se le preguntaba, no contestaba.

De nuevo el arcón. La curiosidad de Mariela ya no podía más. Al volver a Sevilla se iba a abrir, quisiera María Jesús o no. Carlos le iba a ayudar a conseguirlo. ¿No era policía?, pues que le sirviera de algo o lo dejaba sin catar un mes. ¡Él sabría! Aquello era un suplico, parecía que la querían torturar.

—A aquellas personas con las que entablábamos grata conversación y que compartían con nosotros la pasión por la lectura, las invitábamos a pasar a la sala de tertulia para que la conocieran.

Al poco tiempo de que Eugenio y Jaime hubieran creado *Lo Prohibido*, los contertulios cogían confianza y entraban, se sentaban y conversaban entre ellos, leían alguna interesante novela o algunos de los periódicos que tenían el gusto de comprar diariamente: *El Porvenir*, de corte liberal, *El Baluarte*, republicano que cerraría aquel mismo año, el *Noticiero Sevillano*, independiente, y el semanario satírico *Don Cecilio de Triana*.

—Se iban incorporando más personas a la tertulia, recuerdo a médicos, cirujanos, poetas, pintores, novelistas y empleados de seguros. Por supuesto, sentíamos que todas aquellas personas estábamos unidas por una forma de pensar común: los ideales

Manuel Bobis Reinoso

republicanos. A veces venían individuos con otras mentalidades, pero no volvían otro día. Llevados por la ilusión de la juventud en nuestros veinte años, llegamos incluso a redactar los mandamientos republicanos.

—¡Vaya! Sigo comprobando que estaban ustedes impregnados de muchos y bellos ideales.

—Así lo procurábamos.

—Intuyo que tenía usted bastante tiempo libre.

—Sí, pero la verdad es que no me faltaba trabajo en el teatro San Fernando gracias a que los hermanos Álvarez Quintero estrenaban obra tras obra. Fíjese que entre 1888 y 1910 escribieron setenta y cuatro piezas teatrales. En la tertulia también se debatía sobre la visión de una Andalucía idílica, costumbrista y tópica del teatro de los Quintero. Me decían que no debería de interpretarla. Más tarde también representé en Madrid obras de José López Pinillo, «Parmeno», que denunciaba las injusticias sociales y que incitaban a la revolución.

Mariela no se estaba sintiendo cómoda con aquella entrevista, pero había que seguir.

MEMORIAS DE UN LOCO
GUSTAVE FLAUBERT

A partir de crear la tertulia, la amistad que me unía a Eugenio nos hizo ser inseparables, pero yo lo arrastraba a un sin parar diario de establecimientos en los que nos daban hasta bien tarde.

—Dígame, ¿ha dicho que lo arrastraba?

—Sí, porque él no era hombre que disfrutara en demasía con esas juergas a las que yo le invitaba. Le insistía, él me acompañaba y, aunque se divertía, no parecía entusiasmarse, pero lo hacía por acompañarme a mí. Me gustaba porque en cuanto entrábamos en un local todas las miradas se posaban en él gracias a su extremada elegancia nunca vista en la Sevilla de 1904. Usted pensará que también me atraía su dinero, pero eso no era así, o al menos no exactamente, aunque sí me sentía bien acompañado de una persona que podía mantener el mismo ritmo de gasto que yo. A mí nunca me ha fallado el bolsillo, aunque puedo asegurarle que mi padre estuvo tentado de cortarme el grifo en varias ocasiones, sin embargo, mi madre siempre salía en mi defensa y nunca me faltó para mantener mi tren de vida. Mi padre nunca se tomó en serio mi profesión de actor y siempre quiso que trabajara con él en las oficinas de la fábrica, pero, créame que si hubiera tenido que pasar diez horas diarias entre cuatro paredes me hubiera muerto a la semana.

—¿A qué se dedica su familia?

—Tenemos una fábrica de corcho, sobre todo de tapones, y nos dedicamos a la exportación. La materia prima la obtenemos de

Manuel Bobis Reinoso

las muchísimas hectáreas de alcornoques que poseemos en la provincia de Huelva. Descorche del alcornoque, pesado y transporte, cocimiento del corcho y fabricación propia de tapones que realizan muchas manos femeninas en nuestra nave.

Eugenio y Jaime no paraban, les gustaba mucho ir al café cantante Novedades en la calle Santa María de Gracia. A veces se sentaban en el patio, con sus arcadas blancas sobre columnas de mármol, su tablado en el centro y sus sillas y mesas dispuestas para el público, pero, las más, se acomodaban en un reservado a un lado de dicho patio, donde el vino o los licores no se servían por copas, sino que había que pedir como mínimo una botella.

—A mí me encantaba el ambiente porque se llenaba de gente de los pueblos que venían con sus carteras llenas dispuestos a no dormir en toda la noche y a disfrutar del mejor cante y baile. Cuando terminaba el espectáculo, llamábamos a algunos artistas del cuadro flamenco, que venían a seguir la juerga con nosotros en un salón decorado con espejos y carteles de toros, donde nos gastábamos en invitar a los artistas cantidades indecentes. En una de esas juergas privadas fue donde conocí a la Mari Ángeles, una bailaora de Triana, morena de pelo y de piel, de unos intensos ojos azules que me enamoraron al momento. Movía las caderas mientras bailaba sin quitar ni su sonrisa ni sus ojos de mi enamoramiento, y sus manos eran pájaros que revoloteaban buscando la luz de la primavera de mis sentidos.

Pájaros que revoloteaban buscando la luz de la primavera de sus sentidos. ¡Qué cursi por Dios! Mariela casi tuvo una arcada. Disimuló.

—Fui a verla actuar varias veces, siempre acabábamos en el salón privado, en el que palmeros, guitarristas y cantaores se bebían los ahorros de nuestros padres. Un día la convencí para que fuera a

verme a mi casa en el barrio de Santa Cruz. Ella acudió a la cita, en menos de media hora ya estábamos los dos desnudos metidos en la cama fornicando con pasión. En esta Sevilla nuestra, usted sabe que a no ser una prostituta es prácticamente imposible llevarte a una mujer a la cama, aun siendo tu propia novia. —Mariela pensó que ese no era su caso—. Ella se metió en la mía casi sin mediar palabra y yo viví uno de los momentos más excitantes de mi nada aburrida vida.

—¿Siguieron manteniendo relaciones?

—Sí, una o dos veces por semana venía a casa a eso del mediodía. Yo la esperaba, y cuando entraba casi iba quitándose ya la ropa camino de mi dormitorio. Los ojos que todo lo ven y las lenguas que todo lo hablan enteraron los oídos de un cargador del puerto, altísimo y fortísimo, que era novio de la muchacha.

—¿Usted sabía que tenía pareja?

—No, nunca me lo dijo, yo jamás lo sospeché.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—Que un día la esperó al salir de mi casa y en la misma calle la agarró de los pelos, le pegó una paliza tremenda que casi la manda al otro mundo y se la llevó arrastrando mientras la muchacha gritaba despavorida. Yo lo vi y oí todo desde una escondida ranura de mi balcón, pero no tuve valor de salir a defenderla, y en la calle ningún transeúnte hizo lo más mínimo por impedir tamaña agresión. Las personas aligeraban el paso y no miraban atrás por miedo a convertirse en estatuas de sal.

Eso de las estatuas de sal sí le había gustado.

—Esos mismos oídos que todo lo oyen y esas lenguas que todo lo hablan me previnieron de que el cargador me estaba buscando para matarme con una navaja propia del bandolero Luis Candelas. Empecé a padecer un miedo que me descomponía el estómago y me quitaba hasta mis eternas ganas de vivir. Salía de casa,

Manuel Bobis Reinoso

no sin antes mandar al muchacho de la tienda de ultramarinos para que vigilara si aquel hombre se encontraba por las proximidades, y cuando me decía que no había moros en la costa, tras el pago de una buena propina, me atrevía a salir a la calle. Caminaba continuamente alerta, hasta en dos ocasiones tuve que salir corriendo porque lo vi aparecer por mi calle.

—¿Cuánto duró aquello?

—Poco, porque movido por el pánico que sentía no tuve más remedio que contárselo a mi padre. Inmediatamente, puso en marcha el motor de sus influencias con la policía, que acabó con dos buenas bofetadas sobre la cara del cargador y con una seria advertencia. Me devolvieron la perdida tranquilidad. De nuevo mi padre sacándome las castañas del fuego.

—¿Supo algo más de la muchacha, la volvió a ver?

—Oí que casi murió de la paliza recibida y que en su barrio todo el mundo, incluida su propia familia, la culpaba y consideraba al cargador como un héroe. Sí, la volví a ver, pero eso se lo contaré más tarde.

—Como usted quiera.

Eugenio y Jaime también iban a *colmaos* como El Rinconcillo, a restaurantes como el Pasaje de Oriente, de Paul Busquet, en el que por cuatro pesetas disfrutaban de media botella de vino, pan, entremeses, queso y cinco platos. El Casino Sevillano en plaza Nueva y el Centro Republicano en la calle O'donell, a comer soldaditos de Pavía en La Europa, calamares en su tinta en La Viuda en calle Albareda, a la Sociedad de Carreras de Caballos en el hipódromo de Tablada. No paraban.

—¿Eugenio siempre lo acompañaba?, ¿nunca le dijo que no quería ir?

—En varias ocasiones le propuse que me acompañara a buscar putas baratas en los corrales de vecinos, pero siempre se negaba rotundamente. Yo pensaba que su exquisita elegancia y su rectitud moral le impedían relacionarse con aquellos ambientes de extrema pobreza, porque no rechazaba a las putas caras, pues más de una vez tuve que esperarlo pacientemente en el salón de una casa de recibir de primera categoría a que se aliviara en la alcoba con alguna que cobraba sus buenos dineros. Ahora, sabiendo que en realidad no era un hombre, no me explico bien algunas cosas.

—Usted me ha comentado que nunca le faltaba dinero. ¿Por qué buscaba entonces prostitutas tan pobres?

—Debido a mi sed de aventuras. Me gustaba acudir a barrios insalubres donde, de vez en cuando, tenía que esquivar piedras dirigidas hacia mi cabeza lanzadas por grupos de apedreadores cuya mayor afición era asustar y, alguna vez, descalabrar a señoritos, turistas o incluso familias que se acercaban por allí. Me atraía entrar en aquellas infectas viviendas de una sola pieza de los corrales de vecinos y, tras una leve colcha que hacía la función de separador de estancias, sobre un colchón de chinches y piojos, gozar de una niña de dieciséis años mientras sus padres y hermanos, al otro lado, oían mis gritos de placer cuando llegaba al orgasmo. ¡Estará usted pensando que soy un monstruo!

—Yo no juzgo, tan solo escribo, pero me llama la atención que esas prácticas no concuerdan, al menos en mi opinión, con esos bellos ideales que ha comentado anteriormente y que considera como un faro que ilumina su camino.

—Bueno, según se mire, yo ayudaba a esas familias que se quedaban absolutamente en ruinas, eran víctimas de los cabrones dileros y de su propia falta de cabeza, porque bien que no les faltaba ni un perejil en las ropas recién estrenadas en un Domingo de Ramos,

Manuel Bobis Reinoso

ni tampoco les faltaba la taberna. Como no lo tenían que pagar a tocateja, pues ancha es Castilla, vengan ropas y enseres, pero luego se veían asfixiados cuando lo poco que entraba en casa era para pagar las deudas acumuladas con los diteros, y después tenían que empeñar los mismos cacharros que le habían comprado. No, yo les ayudaba de esa manera, y no pienso culpabilizarme de su mala cabeza. Si prostituían a sus propias hijas es que los monstruos eran ellos. Yo lo que hacía era echarles una mano, que les pagaba más de lo que pedían. Estaban todos encantados de verme entrar por la puerta, incluida la niña que me recibía con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Lo siento Jaime! Era solo una apreciación, quería saber su parecer. Le pido disculpas si lo he molestado —aclaró Mariela recordando que nadie se veía a sí mismo como malvado. ¡Mientras existieran justificaciones mentales!

—No se preocupe. Hubo otra actividad en la que Eugenio no quiso acompañarme nunca. Una noche, cenando en el restaurante del hotel Madrid, conocimos a un inglés, Mr. Mackensie, que nos habló de un nuevo *sport* llamado *foot ball* que se jugaba solo con los pies y que lo practicaban un grupo de británicos a los que ya se les habían unido varios españoles y en el que nos invitaba a participar. Eugenio ya conocía el *sport*, pues en el barrio de Bellavista, en Riotinto, lo había visto practicar desde que era un niño. Yo acepté de inmediato la invitación, pero Eugenio la declinó. Más tarde, ya en privado, me confesó el intenso aborrecimiento que sentía por todo lo inglés.

»En enero de 1905 se unió a la tertulia literaria un cirujano de unos cuarenta años, muy culto, que no faltaba ni un solo día. Eugenio se interesó por él y se hicieron muy amigos. Sumergido en mis infinitas aventuras, me fui distanciando un poco de él, o no sé si fue él el que se fue alejando de mí.

Ángeles de piedra

»Una tarde que me encontraba un poco triste, fui a ver a la Mari Ángeles a un tablao en el que sabía que actuaba. En cuanto me vio se acercó a hablar conmigo. Al día siguiente estaba otra vez metida en mi cama, y a mí no se me ocurrió otra cosa que ir a burlarme del cargador del puerto con gestos obscenos. Me acerqué una mañana al muelle, lo vi en su faena de carga de fardos y desde una distancia de unos doscientos metros comencé a hacerle gestos que expresaban claramente que me estaba ventilando a su novia. En mi cara de actor reproducía el inmenso gusto que me daba cuando me la tiraba. Corrió furioso detrás de mí, pero no me alcanzó y pude perderme entre las calles. El resultado: otra paliza casi mortal a Mari Ángeles; el cargador nuevamente buscándome, incluso en mi propia casa, para degollarme. Créame que en aquella ocasión estaba decidido a hacerlo. Mi padre ya se hartó de mí y me mandó de urgencia a Madrid donde comencé a trabajar en el teatro de comedia llamada revista.

»Me había encantado cuando vi en 1905 *La gatita blanca*, o en 1907 *La alegre trompetería*, con aquel cuplé que se me quedó grabado cuando la vedette cantaba *La regadera*:

«Tengo un jardín en mi casa
que es la mar de rebonito,
pero no hay quien me lo riegue
y lo tengo muy sequito».

»Debuté con *Las ruinas de Talía* en 1908, luego *El club de las solteras* en 1909, *Maravillas del progreso* en 1910, y sobre todo, también en 1910, el exitazo absoluto que significó *La corte del faraón*, a la que llamaron, y con razón: «cumbre de la frivolidad teatral». Se estrenó en el teatro Eslava, con libreto de Guillermo Perrín y Miguel de

Manuel Bobis Reinoso

Palacios, con partitura del maestro Vicente Lleó. Tenía números musicales muy buenos, como *Garrotín*, *Los cuplés del babilonio* o *Las viudas de Tebas*. Estuvo en cartel durante dos años, y después nos permitió recorrer España durante bastantes temporadas. Una obra cómica y picante que fue un auténtico escándalo y que me hizo disfrutar como no se puede ni imaginar.

»Volví a Sevilla en 1929 para visitar la Exposición Iberoamericana. Me pasé por la librería de Eugenio, nos abrazamos y casi lloramos de la emoción. Él me contó que se había casado con la Maldegollada, que había tenido dos hijos y que entonces estaba viviendo con María Jesús. Volví a Madrid y ya no supe nada hasta que escuché, con inmenso dolor, la noticia de su muerte, y supe del secreto que tan bien guardaba y que yo nunca sospeché.

»En fin, eso es lo que le puedo contar sobre mi amistad con Eugenio. Espero que su viaje a Madrid para entrevistarme haya sido de su agrado y provecho.

—Le doy las gracias, Jaime, por atenderme y sobre todo por su sinceridad.

—Pues si le sigo contando lo que ha sido mi alocada vida en Madrid, en el mundo de la revista, se pondría las manos en la cabeza y le daría para otra novela.

—No lo descarto.

Al salir del piso, la escritora reflexionaba sobre la hipocresía del ser humano. Imposible de evitar, se le venía a la memoria la figura de don Augusto, el cura.

Cuatro días en Madrid, Mariela creía estar viviendo un sueño, sus ojos asombrados no paraban de ver maravillas impensables para una muchacha que casi no había salido de Utrera. Casas de comida, teatros, paseos, monumentos, parques, palacios, museos, establecimientos.

266

Ángeles de piedra

Volviendo a Sevilla, en la mente de Mariela se había fijado de una manera obsesiva el arcón cerrado que la esperaba en la librería de Eugenio. Miraba a su Tarzán, que dormitaba mecido con el traqueteo del tren. ¡Madre mía la que le iba a dar cuando llegaran a Sevilla!, hasta que no consintiera en ir a abrir el arcón no iba a parar. ¡Buena era ella!

EL JARDÍN SECRETO
FRANCES HODGSON BURNETT

El matrimonio discutía alzando la voz, los vecinos con los oídos atentos se querían empapar de todo. Muchísimo calor, ni de noche refrescaba, las ventanas de par en par.
—¡Que no, que no y que no! —gritaba Carlos.

Y Mariela:

—¡Que sí, que sí y que sí!

—¡Yo no puedo pedirle al compañero que me ayuda en el caso Valdeluna que se presente en la librería y que obligue a la apertura del arcón aduciendo que es parte de la investigación! Si no lo hemos tenido en cuenta como importante, no voy a ir yo a contarle que es que mi mujer se muere de la curiosidad por saber qué contiene. ¡Me manda a la mierda! Además, que ya tenemos localizado al asesino y estamos a punto de apresararlo, pero no me preguntes nada porque no puedo hablar de ello.

Mariela quería saber lo que se guardaba en aquel arcón, pero no solo por mera curiosidad. Había conseguido el principio de la cadena y al parecer, según Carlos, pronto le añadiría el final, pero intuía que se perdían algunos eslabones sueltos de la mitad de la historia. Sin ellos no habría cadena completa, algo le daba en el corazón de que esos eslabones estaban escondidos allí, como un tesoro en un jardín secreto.

—¡Que no, que no y que no! —seguía repitiendo Carlos manteniéndose muy firme y sin estar dispuesto a cambiar su postura, por mucho que su mujer se empeñara y por mucho que volviera a

Manuel Bobis Reinoso

tardar en saborear las tortillitas de bacalao que ella le preparaba y sin tener sexo hasta las Navidades.

Dos días más tarde, Juan Bautista Zamorano, el inspector que investigaba el caso Valdeluna, acompañado de Carlos y de Mariela, se dirigía a la Librería Internacional. Después de cien «esto no hay quien lo aguante, no insistas más mujer», y de diez «anda hombre, si es un favor que le haces a un compañero, hoy por mí y mañana por ti», se derrumbó la muralla víctima de un ariete insoportable e incansable llamado Mariela.

En la librería, los hombres enseñaron sendas placas de policía. Explicaron a María Jesús que era imprescindible para la investigación que estaban llevando a cabo el abrir el arcón. La mujer, empujada por su no saber decir no, por la obligatoriedad y la esperanza de dar con el asesino, aceptó. ¿Qué hacía allí Mariela? Pues que se había enterado y quería estar presente para completar así la novela que estaba escribiendo. La librera se lo tragó todo, pero con la condición de que ella debía estar también presente. No había problema. Juan Bautista miraba al matrimonio con ganas de degollarlos. ¿Cómo podía estar haciendo aquello?

Dos hombres y dos mujeres. Tres expectantes, uno apático. La cerradura de oro sucumbió a la primera embestida del cincel golpeado por el martillo y saltó por el aire. Los policías abrieron la tapa, Mariela se comía las uñas. Allí estaban: cientos, miles de cartas, todas remitidas por una persona llamada Arabela y enviadas desde Llanes, Asturias.

María Jesús se sintió muy confundida, creía que allí iba a encontrar los manuscritos de una novela que Eugenio estaba escribiendo, pero no sabía que esa Arabela existía de verdad. ¿Quién sería? Preguntó si era necesario que leyeran las cartas.

—Sí, señora, imprescindible en estos momentos para el esclarecimiento de los hechos. Solo nos llevaremos una muestra, cincuenta cartas exactamente, tomadas al azar.

Mariela tuvo que contenerse para no ser ella misma la que cogiera las cartas. ¡Cincuenta eran muy pocas!, pero allí debía mantenerse callada. Los hombres guardaron el tesoro de papel en una maleta de cuero. Pidieron disculpas, dieron las gracias, se despidieron y salieron de la librería.

María Jesús quedó sola, bañada en cartas de una mujer que hasta entonces no sabía que existía, acompañada de mil preguntas que tal vez no fueran contestadas nunca. Un arcón abierto y una nueva realidad que se presentaba de golpe. La vida puede cambiar en un segundo. Sola.

Ya en la calle, Juan Bautista entregó a Carlos la cartera:

—Esta es la última vez que hago esto —le decía con cara de enfado.

—Tranquilo, no se va a enterar nadie. —Sonrisita cómplice y agradecida.

Mariela, portando la maleta que le acababa de arrebatarse a Carlos, apretaba el paso camino de su casa, su marido casi no podía seguirla. Andaba tan rápida que adelantaba automóviles. Calor sofocante de junio que no notaba debido al ansia por leer aquellas cartas. Abrir con la llave, fuera bolso, hasta se había dejado la puerta abierta.

Ya sentada en el sillón de orejas abrió la primera carta, su curiosidad iba a ser satisfecha: más de treinta años de amor en la lejanía. Contaban el día a día de actividades cotidianas, pero también el sufrimiento de una separación forzada. Apasionamiento, recuerdos de una unión que duró poco en lo físico, pero toda una vida en el recuerdo. La mujer que las escribía no había vuelto a amar a otro

Manuel Bobis Reinoso

hombre. Hablaba de que el recibir la carta semanal que Eugenio le enviaba le daba la vida. ¿Él le mandaba cartas? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Qué le diría? A veces, Arabela argumentaba que no podía acceder a la petición que Eugenio le hacía de venir a vivir a Sevilla con él.

Si aquellas cartas que Eugenio enviaba a Arabela existieran, se convertirían en la fuente de las propias palabras del librero. Conocería su pensamiento de primera mano, porque hasta entonces lo que había encontrado no eran más que opiniones de quienes lo conocieron. Su propia voz, sus consideraciones, sus deseos expresados por él mismo.

Leía y leía. Carlos llegó, jadeante, diez minutos después y se sentó a su vera.

—Te has dejado la puerta abierta —pudo decir el hombre, que se encontraba casi sin aliento.

Si tan enamorados estaban el uno del otro, ¿por qué se vino Eugenio del norte? ¿Habría abandonado a su mujer o a María Jesús si Arabela hubiera decidido venir a vivir con él? Nuevos interrogantes, no había manera de que la escritora se quedara satisfecha. Además, si existieran esas cartas...

—¡Pues tenemos que viajar a Asturias! —clamó Mariela.

—¿Estás loca?, ¡eso está muy lejos!, costará muy caro el viaje, yo no puedo acompañarte, no tengo días libres, además, en la próxima semana tenemos ya previsto dar caza al asesino de Eugenio y no puedo moverme de aquí.

—¡Me voy yo solita!

—¡Sí, estás loca!, al menos podías escribirle o intentar contactar telefónicamente antes de hacer el viaje.

—Eso supondría mucho tiempo, yo no sé esperar.

Ángeles de piedra

¡Que sí, que sí, que se iba! Algo bueno tenía que tener el escribir esa novela de la que tal vez no vendiera nunca ningún ejemplar. Había conocido Madrid y ahora le tocaba a Asturias, el norte de la península. Pensado y hecho, así era ella. Esa misma noche bajó la maleta de lo alto del armario y comenzó a guardar la ropa: prendas de interior, vestidos, zapatos, cosas de mujer y algún suéter, que allí hace fresquito.

Mientras hacía el equipaje no podía dejar de pensar en María Jesús porque en el fondo le había quedado un pozo de culpabilidad. Había salido corriendo de la librería casi sin despedirse de ella y sin ni siquiera observar las reacciones de aquella pobre mujer ante aquel terremoto que se le volvía a presentar en su vida por culpa de un capricho. Mariela era muy impulsiva, pero tenía un gran corazón. Cuando volviera de Asturias iría a visitarla.

TIEMPOS DIFÍCILES
CHARLES DICKENS

Largo viaje. ¿A qué huele el norte? A hierba, a vaca y a suelos de madera. ¿Que no se iba a atrever?, pues ahí estaba ella, poniendo el primer pie en la villa marinera de Llanes. Mar picado que daba un poco de miedo, en el puerto tantas gaviotas que oscurecían un poco más el brumoso junio asturiano y mantenían un escándalo de graznidos. Brisa fresquita en la cara. Tenía guasa que la primera vez que viera el mar lo hiciera en el Cantábrico, con lo cerquita que estaba su casa de Matalascañas. A buscar pensión y después a la dirección que le indicaba el remite de aquellas cartas.

Una verja alta le impedía el paso, había una campana, la tocó varias veces. En la puerta principal de la casona apareció una sirvienta vestida de uniforme. Cruzó todo el jardín hasta llegar a dónde Mariela agarraba los barrotos y metía la nariz y media cara entre ellos. La escritora explicó el motivo de su visita, la mujer abrió la verja e hizo que la siguiera. El jardín precioso y enorme, con palmeras y plantas así como muy tropicales, no le parecía a ella que estuviera en el norte. ¡Qué cuidado y qué bonito todo! Y el caserón parecía un gigante, vamos que daba hasta vértigo mirar hacia arriba: cuatro plantas más el torreón. En el interior: galerías que se abrían a un patio, maderas de caoba, cortinas de terciopelo, oleos, escalera de piedra. Sentada en la sala de recibir, que para su casa la quisiera ella, Mariela esperaba ilusionada.

Manuel Bobis Reinoso

Veinticinco minutos más tarde bajó un anciano muy bien vestido, puro en la boca que saturó la nariz de la escritora, canoso, de mediana estatura, chaleco de seda que si lo hubiera llevado en junio en Sevilla se hubiera asado, muy tieso para su edad. Se dirigió a ella con mucha educación:

—Señorita, quiero que sepa que es usted muy bien recibida en mi casa. Soy el padre de Arabela, Cástula nos ha comentado que ha venido usted desde el sur expresamente para hablar con nosotros sobre Eugenio Valdeluna. No tenemos más, y es un placer, que ofrecerle nuestro hogar para lo que necesite. Mi hija va a tardar en bajar un poco, así que me he permitido hacerle compañía y, si usted lo cree conveniente, charlar sobre Eugenio, pues yo también lo conocí.

—Le doy las gracias. Claro que me gustaría que me contara.

—Pues vamos allá.

El caballero se sentó junto a Mariela, que casi se asfixiaba con el humo del puro, y comenzó a hablar así como si estuviera mirando al horizonte con ojos semicerrados.

Hipólito, el indiano.

Eran tiempos difíciles. La gran esperanza de sus padres era que viajara a ultramar, anhelo de una mejora de la situación familiar que, aunque sin pasar hambre, no iba más allá de unos estómagos casi vacíos que no habían recibido un lujo en dos décadas. La tierra no daba para más desde la hambruna de 1840. La naviera se encargó de la financiación del viaje, de los trámites y de la documentación. Los padres de Hipólito firmaron la «obligación de

pago», que era el contrato que contraían con la naviera a un interés altísimo y en el que empeñaban sus tierras. El vencimiento era a un año, y en caso de que no hubieran pagado la deuda al completo en ese plazo perderían las tierras.

Se la jugaron a todo o nada, porque pensaban que la única salida para el porvenir de la familia era enviarlo a Cuba para que mandara desde allí dinero y para que algún día volviese rico a su amada villa de Llanes. En el contrato no solo se incluía el pasaje, pues hacía falta dinero para diversos trámites como podían ser el traslado hasta el puerto de embarque y el hospedaje y comida hasta que zarpara el buque. Gastos incluidos en el contrato de viaje: cuatro camisas de percal fino en cuarenta y nueve reales, otra de percal hecha en la villa de Llanes en quince reales, tela para dos gabanes cuarenta y ocho reales, tela para dos pantalones treinta y nueve reales, sacar la fe de bautismo ocho reales, dos chalecos de tela fina veinticinco reales, dos gorras: una azul y otra de verano veinticinco reales, dos pares de zapatos cuarenta y tres reales, cuatro pares de calcetines veinte reales, dos corbatas de seda dieciséis reales, sacar la licencia sesenta reales, jornales del sastre dieciocho reales, para forros, botones y composturas sesenta y cuatro reales, porte del baúl hasta Gijón doce reales, dinero para el bolsillo ciento sesenta reales, el pasaje para el barco seiscientos reales, de otras cosas para el barco dieciséis reales. Todo sumaba mil doscientos cincuenta y cinco reales, además de los gastos de escritura, copia de papel e hipoteca.

—En septiembre de 1866, con quince años, cargando con la pesadísima responsabilidad de sacar a mi familia de la miseria, tomé el camino de Gijón, y el de Cuba, pero me fui cantando:

«Adiós villa de Llanes,
De lejos te voy mirando

Manuel Bobis Reinoso

Y aunque la cara va alegre
El corazón va llorando».

El buque era un bergantín, transportaba una rentabilísima carga de seres humanos. Lo instalaron en tercera, en el entrepuente: una enorme bodega en la que se hacinaban hasta el triple de las personas permitidas para las clases inferiores.

A medio día, el buque zarpó y pronto dejaron atrás el puerto de Gijón. A cada viajero se le entregó un colchón relleno de hierba seca para ponerlo directamente sobre el escaso metro de suelo que le correspondía a cada uno. Como almohada, unos trozos de corcho unidos entre sí por cintas y cubierto de lona que estaban destinados también a servir como salvavidas si hiciera falta, y una manta para salvar los cuerpos del frío de la noche. Para comer un plato de loza, una taza, una cuchara y un tenedor.

—A la hora de almorzar rodeábamos, entre empujones, la cocina antes incluso de que el *calderu* del rancho hubiera hervido, y cuando éramos servidos comíamos tan rápidamente que la boca y el *esófagu* se nos quemaban, todo por volver a por otro plato mientras quedase en el *calderu* comida, algo a lo que allí llamaban «el reenganche».

Si a algún viajero se le rompía el plato o la taza de loza robaba otro sin que nadie se percatase, y a su vez, el robado volvía a hurtar a otro compañero que no dudaba en continuar con la cadena. Hipólito intentaba guardar muy bien su plato y su taza, que en aquel momento valían como el mayor de los tesoros, pero, aun así, no se libró de que una mañana contemplase atónito cómo habían desaparecido.

—Estuve varios días esperando a que mi vecino de colchón acabase de comer para que me dejase amablemente sus utensilios, pero cuando llegaba al rancho ya no estaba suficientemente caliente

y muy escaso de los tropezones de carne o de pescado que correspondiesen, así que también me las ingenié y pude robar un juego entero a otro *viixeru* al que le traspasé directamente la desgracia del rancho frío y escaso.

Hacinados, la falta de higiene hizo que pronto enfermaran algunas personas, que resbalaban sobre fluidos excrementos que perfumaban la bodega con una pestilencia insoportable. Los enfermos siguieron conviviendo, casi aliento con aliento, con los viajeros sanos.

El viaje duró cuarenta y cinco días. Cuando el buque entraba por la bocana del puerto de La Habana, Hipólito se asomaba a la barandilla para contemplar aquella Cuba de oro que le habían prometido, y realmente era dorada, pero por un sol refulgente y por una temperatura a la que no estaban acostumbrados aquellos muchachos del norte de España.

Comenzó a trabajar de chico de almacén en un colmado, uno de esos establecimientos que venden de todo y que allí también llaman bochinches. Chico de almacén o justo lo que el saber popular llamaba «esclavo de mostrador», porque la cama, al principio, era el mostrador de madera de caoba. Alojamiento, alimentación, ropa y duras condiciones de trabajo casi forzado durante todo el día, e incluso parte de la noche. Trabajaba y trabajaba empujado por la responsabilidad de enviar dinero a la familia para pagar la deuda contraída con la naviera. Jornadas de dieciséis horas, libraba un domingo cada quince días. Pronto comenzó a dormir en la trastienda en régimen de semiesclavitud. Pudo ascender de chico de almacén a aprendiz, luego a dependiente, después encargado y, finalmente, socio.

Le fue muy bien gracias a su responsabilidad y a su capacidad de trabajo, a la edad de veintidós años quiso disfrutar de

Manuel Bobis Reinoso

su propio negocio y adquirió una plantación azucarera con sus esclavos correspondientes. La fortuna cayó de su parte porque a la persona a la que se la compró la mataron por un asunto de faldas, nadie le reclamó ningún pago y así pudo comprar otra plantación de tabaco a muy buen precio, también con sus respectivos esclavos. Comenzó a tener posición, mandaba bastante dinero a España, sus padres nunca sintieron el peligro de perder sus posesiones.

—Llegó el momento de casarme. Realicé un matrimonio de conveniencia con la hija de un gran hacendado azucarero. No me gustaba esa *muyer* porque era fea, seca, enjuta y desgarbada, y tuve que sufrir el mal del indiano: las enfermedades venéreas. Tuve a mi hija, mi *muyer* murió y lo heredé todo. Conseguí mi propia firma de exportación y un almacén en el puerto de La Habana. Formé parte del grupo negrero y luché mucho para que no se aboliera la esclavitud, pero fue prohibida en 1886. El mercado de azúcar entró en un claro declive, fue entonces cuando comencé a pensar en realizar el gran ideal de volver *adineráu* a Asturias.

Retornó como tanto había soñado: ¡rico!, e hizo su entrada triunfal en su querida villa de Llanes acompañado de su hija, en su coche, con su chaqueta clara y su chaleco marfil, tocado con su sombrero panamá, con gruesa cadena de reloj de oro saliendo del bolsillo, fumando un buen habano y, desde luego, haciendo alarde del dinero que había ganado. Enseguida quiso hacerse su palacio de indiano. Con todo lujo, con vestíbulo, despacho, sala de juegos, cuartos de baño, agua corriente y electricidad, una capilla, muchas habitaciones y jardines con palmeras y plantas exóticas que levantarán la admiración de sus paisanos. Todo cercado por unas buenas y altas verjas para que el vecindario imaginara el gran lujo que guardaban.

Ángeles de piedra

No podía quedarse todo el dinero para sí, necesitaba la pública admiración de aquellas gentes: construyó y financió un asilo, una escuela y un casino. Todo ello soñando con que algún día el ayuntamiento tuviera bien levantarle una estatua en alguna plaza como les había ocurrido a otros indios en sus respectivas villas. También levantó un suntuoso panteón para que, después de muertos, siguieran siendo ricos.

EL INMORALISTA
ANDRÉ GIDE

Mariela le preguntó a Hipólito cuándo había conocido a Eugenio, el anciano contestó:
—Eugenio llegó a Llanes en 1900, con un cargamento de libros que había comprado en Madrid y con un traje que dejó boquiabiertos a todos mis paisanos, que no habían conocido más que las ropas de labor de la tierra, del ganado o de la mar. Era muy *mozu*, creo que tenía entonces diecinueve años, y realmente llamaba la atención, hasta el punto que la gente comenzó a llamarlo el «señorito andaluz». Vino a verme porque quería alquilarme una casa muy amplia que tengo cerca del puerto, pues al parecer quería vivir en ella y establecer una librería con los miles de volúmenes que había podido comprar en distintas editoriales de Madrid. Llegamos a un acuerdo en el precio de arrendamiento, se llevó las llaves y comenzó a vivir allí.

»De vez en cuando venía a verme para pagarme o para indicarme algún desperfecto de la casa que debiera ser reparado, fue así como conoció a mi hija Arabela. Pronto comenzaron a pasear y a visitar alguna sidrería cercana, asunto que no les gustó a los mozos del pueblo, pero que a mí me agradaba muchísimo porque no podía imaginar un pretendiente más sofisticado y *adineráu* que él.

—¿Por qué no les gustó a los mozos del pueblo?

—Porque Arabela era deseada por todos los jóvenes del consejo, tanto por su belleza como por su posición económica. No les sentó nada bien, pero fueron poco a poco aceptándolo porque los

Manuel Bobis Reinoso

paseos eran cada vez más frecuentes y sus actitudes más acarameladas. Él no se había decidido todavía a pedirme su mano, pero yo sabía que sentían una fuerte y mutua atracción, y que se besaban cuando nadie los veía. Eugenio no caía bien en el pueblo, un *forasteru* muy fino y bien vestido que había puesto una librería en las que muchas novelas estaban escritas en idiomas extranjeros y que les iba a robar la perla del consejo de Llanes.

»Yo sabía que, tarde o temprano, Eugenio iba a ser víctima de la «*burla del señoritu*»

— ¿Qué es eso?

— Pues que a los muchachos engreídos y de modos educados lo cogen entre cinco o seis mozos y en plena calle le bajan los pantalones y los calzones, le refriegan bien por sus partes boñigas recién cagadas, le rellenan los calzones con forraje para los animales y se los vuelven a subir. No hay en el consejo un muchacho de finos modales que no lo haya sufrido alguna vez, y a Eugenio, inevitablemente, le llegaría su momento.

»Una tarde, se encontraba paseando por un prado cercano cuando fue rodeado por varios mozos que reían y que estaban perfectamente provistos de sendos cubos llenos de boñiga fresca y forraje. La *burla* se produjo igual que se había producido cientos de veces antes: la víctima se resistía mientras gritaba improperios, los fuertes mozos lo tiraban al suelo, lo inmovilizaban, le bajaban pantalones y ropa interior y llevaban a cabo su boñiguera venganza. Al acabar, se marchaban riendo a la sidrería, donde brindaban y presumían de su hazaña. Se produjo igual excepto en esa última parte, pues los mozos pudieron comprobar, asombrados, que donde pensaban encontrar un pene y dos testículos aparecía una vulva de mujer. No hubo refriegue de boñiga, no hubo introducción de forraje

en la ropa interior, pero a cambio, Eugenio recibió una descomunal paliza que lo dejó malherido y tumbado sobre el prado.

»En menos de media hora, todo el pueblo sabía lo que había ocurrido y el desagradable secreto descubierto. Hice que trajeran a Eugenio a casa, le pagué todos los cuidados médicos, que me costaron una fortuna en *dineru* porque había quedado *mancáu*, muy herido, y pude, gracias a mis influencias, conseguir que la Guardia Civil no lo detuviera bajo la promesa que me hizo de que se iría de Asturias. Cerca de dos meses de cuidados, amparado bajo mi techo. Cuando se repuso partió, con sus miles de novelas, hacia el sur de donde vino.

—¿Cómo se sintió usted?

—Engañado y colérico, le ayudé por petición llorosa de mi hija, pero le exigí que se fuera y que no volviera nunca más. Desde entonces ella ha sufrido infinidad de bromas, risitas e incluso carcajadas en su cara. No estuvo bien lo que Eugenio hizo, nos engañó a todos y, sobre todo, a Arabela. Yo no lo he perdonado nunca, tampoco me he alegrado con su muerte, pero he querido ser amable con usted que ha hecho un viaje tan largo para vernos.

»Ahora la dejo con mi hija, que es la que usted ha venido a visitar y que ya debe de estar a punto de bajar. Espero que su viaje de vuelta a Sevilla sea grato y que haya disfrutado de nuestra preciosa villa de Llanes.

Mientras esperaba a Arabela, no podía dejar de recordar el día en el que en la plaza del pueblo en fiestas la desnudaron entre varios muchachos, le escondieron la ropa y le echaron pintura roja en sus partes. ¡Ya te ha llegado la regla este mes!, se burlaban de ella. Tuvo que ir corriendo totalmente desnuda y descalza, entre las risas de mayores y pequeños que la señalaban con el dedo, a su casa. Su madre y don Augusto no hicieron nada en contra de aquellos bestias.

Manuel Bobis Reinoso

Mariela tenía entonces catorce años, nunca había pasado tanta vergüenza.

RETRATO INACABADO
AGATHA CRISTIE

Arabela olía a jabón de La Toja. Vestido marrón tirando a calabaza, mangas cortas abombadas, cinturón alto, pechera y cuello floreados, media pierna, medio tacón, peinado corto y discreto. Todo en ella era lujosa sencillez, hasta en sus dulces y moderados modales. A Mariela le pareció que era una mujer muy atractiva. Se sentó al lado de Mariela, piernas cruzadas, espalda recta, manos sobre el regazo.

Arabela, la escritora de cartas.

—Quiero que sepa que es bienvenida a mi casa y que estoy muy contenta de que esté usted aquí. Cuando Cástula, la sirvienta, me ha comentado el motivo de su visita, casi no podía creerlo. Nos enteramos en los periódicos de lo ocurrido con Eugenio. Si usted no hubiera venido su novela hubiera quedado como un retrato inacabado, porque recogería historias, opiniones e impresiones de distintas personas, pero no contaría con el testimonio directo y personal de Eugenio Valdeluna.

—Le doy las gracias. Pienso que una persona no muere si ha dejado su legado en forma de escritos. No he encontrado nada que haya salido de su puño y letra más que meras anotaciones administrativas de la librería o cartas de petición de favores para

Manuel Bobis Reinoso

emplear a chicas que habían caído en la prostitución. Sé que él le enviaba cartas a usted, he venido con la ilusión y la intención de verlas, en caso de que las hubiera conservado y me permitiera ojearlas.

—Desde que se fue de Asturias en 1902, hasta el día de su dolorosísima muerte, me ha estado enviando una carta cada semana sin que haya faltado ni una sola. Poseo cerca de mil setecientas que he ido encuadernando con cubiertas de lujo. —Mariela casi salta de alegría—. La última carta que me envió ha cerrado tristemente el decimosegundo tomo.

—Me deja usted atónita y entusiasmada a la vez.

—Él me decía que solo quería escribir una novela en su vida, la titulaba *Cartas a Arabela*, y aseguraba que no le pondría fin hasta que yo fuera a Sevilla a vivir con él. Creo que me estoy adelantando, lo mejor es que vayamos por orden.

—Sí, por favor, se lo ruego.

—Conocí a Eugenio porque venía cada mes a casa para pagar el alquiler de su vivienda librería. En numerosas ocasiones, mi padre no estaba presente ocupado con sus actos benéficos, y era yo quien lo recibía, quien emitía resguardo del pago recibido y quien lo invitaba a café, según obligan las normas de la más elemental cortesía. Me sentía muy bien con él, me atraía mucho su manera de vestir, sus modales, sus continuos detalles, su exquisito gusto, su cultura y su amabilidad. En una ocasión me invitó a pasear, yo acepté encantada porque cada vez me sentía más atraída por aquel hombre. Paseos en coche de caballos, meriendas en los prados, lecturas de novelas en su librería.

»Me declaró su amor y yo, ilusionadísima, le hice saber que era correspondido, e incluso convenimos que en seis meses le pediría la mano a mi señor padre para que nos casáramos en un periodo no

Ángeles de piedra

superior a un año. Él estaba enamorado de mí, me lo repetía continuamente, además había encontrado en Llanes un lugar con mar, puerto de ruidosas gaviotas, montañas infinitas, cielos grises, prados. Un sitio donde vivir, a veces me decía que aquel paisaje tan distinto al de su infancia le ayudaba a olvidar las malas relaciones que había mantenido con su padre.

—Pero usted es una mujer muy bella y muy bien posicionada, imagino que nunca le habrán faltado pretendientes.

—¡Muchas gracias! Realmente nunca han faltado, desde mozos bellos pero humildes a hijos de otros indianos ricos o grandes industriales maduros y viudos. Mi padre se encargaba, en su afán de ser abuelo, de traerlos desde toda la cornisa cantábrica para que me conocieran. Soy una mujer extraña, de gustos y costumbres que no son las típicas de una señorita que solo vive para contraer matrimonio. Nadie me llenó de la manera tan completa como lo hacía Eugenio, y si a eso le añadíamos el beneplácito de mi padre entusiasmado, puede usted imaginarse el maravilloso, aunque cortísimo, año que pude disfrutar de mi relación con mi amado.

»Eugenio Contrató los servicios de un pintor porque quería hacerse un retrato, decía que era un capricho que tenía desde que era un niño y aseguraba que quería cerrar un capítulo de su infancia. En aquel óleo, que yo aún conservo, solo quedaron terminadas su cara y sus manos porque pronto ocurrió lo de los mozos, algo que no suele pasar de una mera burla y que suele hacer reír a todo el pueblo, pero que en aquella ocasión acabó en desgracia. Me enteré de la verdad y me sentí absolutamente engañada, burlada y humillada. Recuerdo que no quería ni verlo, pero lo habían dejado tan malherido que animé a mi padre a que lo trajera, porque tirado sobre aquel prado cerca del mar, o en el calabozo de la Guardia Civil, podría morir pronto si no recibía cuidados médicos.

Manuel Bobis Reinoso

—Deduzco que en esos meses de relaciones no mantuvieron relaciones sexuales.

—No, yo soy una persona creyente y quería llegar virgen al matrimonio, él lo sabía, pero no fue nunca valiente para confesarme su secreto. Yo me sentí muy engañada. Lo amaba muchísimo, aun así, aquella era una relación contra natura que yo no estaba dispuesta a permitir. Él, en su convalecencia, me dijo que me lo iba a confesar antes de nuestro matrimonio, pero que estaba viviendo feliz a mi lado y que no se había atrevido por miedo a perderme. Creo que comprendió inmediatamente que no podía ocultar algo tan importante a una persona con la que iba a mantener una relación amorosa y, al parecer, según me contaba en sus cartas, en cuanto se sentía atraído por una mujer y era correspondido, no dudaba en confesar su secreto.

»Cuando se repuso de sus heridas, se marchó con su cargamento de novelas a Sevilla en un tren que silbaba su adiós definitivo, nunca lo volví a ver. Un mes después me llegó su primera carta, yo me había sentido tan ofendida con lo ocurrido que al principio no quise contestarla, pero a partir de la quinta recibida, una por semana, como ya le digo, decidí mantener correspondencia con aquel hombre que desgraciadamente para mí no era un hombre, y al que tanto amaba. Cuando recibió mi primera carta en la que yo le comunicaba mi deseo de no perder nunca el contacto epistolar con él, al parecer, saltó de alegría y fue inmediatamente a comprar un arcón al que le hizo poner una cerradura de oro y se colgó al cuello, para siempre, la llave. En el arcón guardaría cada una de mis cartas.

»Un escrito todas las semanas en el que me contaba cada detalle de su presente y de sus sentimientos, y en los que siempre, hasta el último recibido, acababa rogándome que me fuera a vivir con él a Sevilla.

—Pero él ha mantenido durante todos esos años relaciones con tres mujeres: con Teresa, con Beatriz y con María Jesús.

—Cada una de sus cartas acababa con el encarecido ruego de que me fuera a vivir con él, como ya le he comentado, y me decía que en el momento en que lo hiciera abandonaría inmediatamente a la mujer con la que estuviera conviviendo. No encontrará ni una sola carta que no acabe de esa manera.

»No he vuelto a tener pareja, eso de comparar no es cosa buena. No me he casado, no he tenido hijos. He estado tentada mil veces de coger la maleta e irme a Sevilla a vivir en plenitud junto a él. Alguna vez me he vuelto desde la misma estación de tren porque nunca me atreví a dar el paso por no dejar solo a mi padre. Debí de haberme confesado su secreto y dejar que yo decidiera, pero todo se precipitó.

—¿Le hablaba también de su infancia y adolescencia en Río Tinto?

—¡Mil setecientas cartas!, en ellas encontrará respuestas absolutamente a todo, compendio absoluto de su pensamiento y sus sentimientos. Usted se ha enterado de muchas cosas, pero no de la fuente de su propia pluma. —Han sido muchas horas de conversaciones, creo que sé mucho, pero intuyo que, lógicamente, las personas entrevistadas se han guardado de decirme lo que no les interesaba.

—Le voy a marcar aquellas cartas que considero que más le pueden interesar por si quiere usted copiarlas o tomar notas. Por mí como si lo quiere hacer con todas, pero eso le llevaría muchísimo tiempo.

—¡Se lo agradezco tanto! No sabía de su existencia y ahora me encuentro con la propia voz de Eugenio. Sin duda el complemento indispensable que le faltaba a mi novela.

Manuel Bobis Reinoso

—Puede usted quedarse aquí el tiempo que desee mientras copia las cartas que más le interesen. Será un placer que conviva con nosotros el tiempo que usted juzgue conveniente.

—Realmente no encuentro palabras para expresarle mi agradecimiento. Quiero volver pasado mañana a Sevilla, supongo que me dará tiempo a copiar las que usted me marque.

—Ahora que no me llegan sus cartas, me siento vacía y sola, imagino que siempre fuimos pareja, pero él ya no vive más que en mi recuerdo, en mi dolor y en sus cartas.

Arabela sacó una llave de un cajón y abrió las puertas de cristal de un mueble librero descomunal. Allí estaban, encuadernados en piel de color rojo, letras doradas, los doce tomos de las *Cartas a Arabel*.

CARTAS A ARABELA TOMOS DEL I AL IV
EUGENIO VALDELUNA

Arabela se había pasado un buen rato rompiendo trocitos de periódico para marcar las cartas que creía que le iban a interesar a Mariela, que, nerviosa, ansiaba quedarse sola con aquel tesoro. Tomo I, pues sí que pesaba el libraco. La primera de todas:

«Sevilla, 28 de diciembre de 1902

Mi siempre amada Arabela:

Esta es la primera epístola de una serie que solo dejará de llegar a tus manos cuando Caronte me cruce con su barca al lado oscuro. Ignoro qué harás con ella, tal vez perezca en tu chimenea víctima del fuego de mi cobardía sin que ni siquiera se hayan posado tus bellos ojos en la tinta que mi pluma garabateó, o tal vez quieras vencer ese justo enojo que sientes y escuchar lo que este triste enamorado quiere decirte. Hoy nacen estas Cartas a Arabela, que si fueran correspondidas por otras Cartas a Eugenio, salidas del fruto de tu eterna bondad, serían para mí alivio al intenso dolor que sufro por tu pérdida.

Una vez más clamo a tu indulgencia para recibir el perdón que tal vez mi cobardía no merezca, pues el no haber compartido contigo, la más amada, el secreto de mi realidad fue solo impulsado por el torpe miedo a perder el tesoro máspreciado que me ha hecho

Manuel Bobis Reinoso

la vida: tu amor. Al menos he recibido una enseñanza que jamás olvidaré.

Ya me he instalado como mercader de libros en este bullicio que se llama Sevilla. He pintado las paredes del color de la alegría, un amarillo que intenta atenuar el negro de mi alma por no estar junto a ti. Al menos, siempre me quedarán las novelas.

Esperaré tus cartas con la ilusión fresca y nueva de un niño, te amaré siempre y nunca perderé la esperanza de ver pasar los años dulcemente a tu lado.

Eugenio Valdeluna».

Tenía un estilo de escribir un poco enrevesado, bonito, aunque quizá algo cursi para su gusto: «cuando Caronte me cruce con su barca al lado oscuro». A ella no le gustaban mucho las metáforas y prefería llamar al pan pan y al vino vino, pero cada uno es cada uno. ¡Sí que estaba enamorado el muchacho! Bueno, a la segunda que estuviera marcada.

«Sevilla, 24 de enero de 1903.

Mi siempre amada Arabela:

Diablos del pasado han vuelto para volverme a torturar, como lo hicieron antaño, con el doloroso látigo de la culpa. Mis recuerdos me secuestran en un torbellino de obsesión que me llevan a la adolescencia y me clavan en una cruz de lágrimas inútiles pero dolorosas. Inútiles porque no existe una máquina del tiempo que me pusiera en aquellos funestos días y me permitiera resolver lo que nunca debió haber sido, dolorosas por el peso que sobre mi conciencia me hiere sin cesar.

Los quince años amanecieron en mí con los mismos deseos que cualquier muchacho. Amparado en la desigualdad de rango y jerarquía, insistí casi sin descanso para que mi amiga Clara naciera a lo placentero enredada en mis cabellos, mis labios y mi sexo. Derribé la muralla con un sinfín de trompetazos y gocé por primera vez del suave y dulce cuerpo de una mujer joven. Mi odiado padre nos expulsó de aquella tierra prometida llamada Bella Vista a la inocente Clara, a su ambiciosa madre y a mí mismo.

Meses y meses de durísimo trabajo que enfermaron mis pulmones provocaron que mi padre pusiera condiciones para que los expulsados pudiéramos volver para disfrutar de aquellos lujos victorianos. Él, Lucifer con nombre inglés, quiso saber si Clara conservaba intacta su flor de pureza, y la respuesta la obtuvo de los labios de la propia madre de mi amiga: sí, aunque tuviera novio, conservaba su virginidad fresca y dispuesta para el disfrute del gran degenerado.

¿Condiciones? En primer lugar, Clara debía ofrecer el sacrificio de su virginidad en el altar de la cama de mi padre, y en segundo, yo debía vestir, hablar y comportarme como una mujer. Todos aceptamos, Clara porque jamás supo decir un no, su madre porque vendería lo más preciado para vivir en Bellavista, la mía porque llevada por su eterna repulsión permitía fechorías que la liberaran a ella del asco físico que sentía por mi padre, y yo por pura cobardía.

El médico certificó la entereza de Clara y mi aborrecido progenitor pudo hacer una nueva muesca en el arma de su inmundicia. Yo empujé a mi amiga al agujero negro de la prostitución, aunque solo hubiera sido una vez, y es por eso que mi persona necesita expiar este pecado que corroe la paz de mi alma como el ácido al metal.

Manuel Bobis Reinoso

Hoy han vuelto diablos del pasado porque me he enterado de que mi amigo Jaime gusta de los mismos vicios que mi indigno señor padre: gozar de la inocencia de niñas recién floridas.

He querido desahogarme contándoselo a la más amada, a la que esperaré toda la vida aparecer por Sevilla para entrelazar su adorada existencia con la mía.

El que siempre te amaré:

Eugenio Valdeluna».

Clara no le había dicho a Mariela nada de lo que Eugenio comentaba en la carta. No le extrañaba, sabía que las personas a las que había entrevistado se habrían guardado para sí secretos que los avergonzaban. Aquellos libros suponían un tesoro, inimaginable cuando empezó con la novela. ¡Anda que en Bellavista estaban todos buenos! No se salvaba nadie. No hay que juzgar, se decía a sí misma. Esta ya está copiada, a por otra.

«Sevilla, 6 de noviembre de 1904

Mi siempre amada Arabela:

Me sentí absolutamente cegado por el fulgor de los fascinantes ideales adornados con el oro de las ideas que escapaban del verbo de Jaime. Sentí encontrar un camino para llegar a esa meta sana que permita a mi alma perdonarse a sí misma.

Me he dejado llevar como tierno cordero a la realización de unas prácticas que caminan por el sendero opuesto al de esos bellos ideales de los que tan orgullosos nos sentíamos.

No quiero culpar a mi amigo de mi propia hipocresía, porque eso sería elevarla al cuadrado, no quiero engañarme a mí mismo, no

Ángeles de piedra

quiero ser deshonesto, no quiero exhibir palabrería vana, no quiero decir y después no hacer, no quiero caer en contradicciones.

Alcanzar la coherencia y la valentía se convierten ahora en mi razón de ser, debo encontrar la forma de reparar al mundo el daño que le hice a Clara.

Llegará un hermoso día en el que al despertar veré tus cabellos perfumando mi almohada, a tu cuerpo calentando al mío y a tus labios susurrando a mis oídos.

El que siempre te amaré:

Eugenio Valdeluna».

Eugenio era una persona, con sus debilidades, como todo el mundo. Tampoco es que ella quisiera idealizarlo como intachable e inmaculado héroe protagonista de su historia. Gente perfecta solo existía en los cuentos que ella escribía con doce años. Mariela recordaba cuando soñaba con su príncipe azul, cuando escribía cuentos en los que ella era una princesa. Tantas horas en su habitación castigada hacían que la imaginación se desarrollara casi tanto como su olfato. Su madre y don Augusto los leían, le rompían los dibujos y los cuentos y más tiempo castigada. Una pescadilla que se mordía la cola con rabia y desesperación.

Cástula entró en la sala: que si quería almorzar con don Hipólito y doña Arabela. ¡Pues claro!, mira, mejor que en la pensión iba a comer seguro.

Riquísimo todo, ¡qué bien se vive cuando se tiene dinero! Mes de junio, excelente carne y dos buenos vasos de vino: se le caían los ojos. ¡Qué sueño!, había que seguir. Esperaba no acabar con el tomo III por almohada y roncando mientras se le caía la babilla por la comisura de la boca. Echaba de menos su sillón de orejas.

«Sevilla, 6 de junio de 1905

Mi siempre amada Arabela:

Hoy por fin me siento más hombre que nunca, pues ya no subsistiré como un varón que en la pubertad desarrolló mamas de hembra. Desde que era un muchacho he estado vendando fuertemente unos pechos afortunadamente leves para mantenerlos lo más planos en un intento infructuoso de que fueran reabsorbidos por mi ser. Esos pechos pequeños me permitieron, al menos, poder vestir con ropas estrechas, pero lastraban mi masculinidad. Años sufriendo una constante presión que me ha causado continuas lesiones en la piel y dificultades al respirar. Presiones, heridas, sangre, dermatitis por el roce y el calor. Siempre el calor, mucho calor que me llevó al norte, donde creí librarme de los ardientes veranos meridionales. Calor que me llevó a encontrar tu delicado y suave calor. Tuve que aprender a respirar porque incluso dormía con las vendas en mi afán de destruir aquellos infortunados senos. Pezones deteriorados, ubres colgantes.

No conseguía ser plenamente feliz con pechos, no podía considerarme un hombre pleno, pues la gente ridiculiza esas glándulas en el cuerpo de un varón. Miedo a que me delataran y a las agresiones cargadas de intolerancia. No me importa la vulva, pero pechos no, pechos agobiantes y espantosos.

Cuando, después de un largo período, llegó la fecha de la operación, el deseo de que llegara el día se convirtió en necesidad. No pensé en los riesgos ni en el miedo que tenía hasta el mismo día de la operación, ya echado en la camilla y siendo empujado por una enfermera hacia el operatorio. No oía nada, pero en mi mente bullía un ilusionado caos.

Una vez operado, he de admitir que no me sentía feliz del todo. Surgieron nuevos y ambiguos sentimientos. Por una parte, me sentía satisfecho de haber conseguido un cambio tan esperado, pero por otra resurgió una especie de malestar con la sociedad y conmigo mismo: la necesidad que sentía por operarme no era otra que estar a gusto con mi cuerpo, aun así, sabía que una parte de mí también lo había hecho por obedecer un estereotipo impuesto por la sociedad, igual que ocurre con los roles de género. ¿Un cuerpo define un género? Es complicado abrir la mente y darse cuenta de que la identidad no tiene nada que ver con tu cuerpo, con asignación de papeles u orientación sexual debido a la inexistente y prohibida educación o enseñanza sobre estas cuestiones. Es un proceso duro desadoctrinarse de un pensamiento que nos inculcan desde pequeños, pero si todos comprendiesen y respetase la decisión de ser o no ser de cada uno, no nos sentiríamos rechazados, sino uno más.

¿La mejor decisión? La que tomé buscando mi felicidad, y no me sale otra cosa que decir que he sido valiente, que nada me paró. Ahora mis pulmones se hinchan y respiran sin dificultad, es lo que siento estando en libertad.

Me he desprendido también de lo último que me quedaba de un cuerpo de mujer, del centro de donde nace lo hormonal, del centro de donde nace lo femenino. Fui advertido de efectos secundarios que pudiera padecer después de la cirugía: rubores, sueño alterado, fatiga, pérdida de fuerzas, dolores de espalda. La más venturosa la falta de menstruación. Ha sido duro el postoperatorio, me quedarán secuelas físicas, pero ahora sí que soy un hombre nuevo.

Este desconocido renacer ha florecido gracias a la descomunal generosidad de un hombre que fue capaz de ponerse en mi esencia y comprenderme, empático y sensible ante mis necesidades. Me concedió lo más preciado, no solo sin esperar nada

Manuel Bobis Reinoso

a cambio, sino poniendo en peligro una carrera de muchos años y una posición económica envidiable. Todo sin pedir nada, solo por ser persona comprometida y tolerante como no abundan seres en esta España en la que nos dejamos morir de estupidez. Me agració con mi identidad de hombre certificada, lo más trascendente. No veía en mí lo que era, sino lo que pudiera llegar a ser: lo que soy ahora.

Siempre cordial y respetuoso, puso a mi servicio sus ciencias y conocimientos, me ha favorecido en mi crecimiento como hombre. Proclama que ayudándome se ayuda sí mismo y que se debe a su responsabilidad social. Mi eternamente amigo Justo Andrés me ha legado el don de la alegría.

Desde el día de hoy puedo borrar con descanso el pasado de mi mente, pero nunca el tono de tu voz ni el dulzor de tus palabras. Hombre consumado, te espero con más ilusión que nunca.

Siempre adorándote:

Eugenio Valdeluna».

Mariela también se había impresionado con don Justo Andrés. Recordaba su forma de hablar tranquila, despejada, serena, templada, quieta, calmosa, suave, sosegada y clara. ¡Ja!, ¡lo que le gustaba a aquel hombre repetir adjetivos!

Cástula entró con una bandeja en la que llevaba una tetera, una taza, un azucarillo, una cucharilla y unas pastas. ¡Café, ay sí, por Dios!

CARTAS A ARABELA TOMOS DEL V AL VIII
EUGENIO VALDELUNA

El café buenísimo y las pastas exquisitas la habían transportado a la Gloria. Seguía copiando:

«Sevilla, 17 de junio de 1906

Mi siempre amada Arabela:

Las muchachas de trece años son dóciles, piensan, sienten y juegan como lo que son, niñas inocentes, confiadas y moldeables como la arcilla en el torno del alfarero. Viven en la pobreza con familias de estómagos y almas vacías que no dudan en vender el candor de unas hijas, algunas sin que conozcan todavía lo que es la menstruación, que antes preferirían escuchar una canción de cuna que ser entregadas a la esclavitud.

Víctimas de hipócritas egoístas que no quieren contaminarse y de una actividad tan lucrativa que cuenta con la complicidad de la policía, políticos y hombres ricos dispuestos a pagar por una primera flor. Lo que resulta más trágico es saber que de esa manera se liberan de trabajos que son aún más degradantes que la propia prostitución, con jornadas inacabables que no les permiten salir de la miseria.

Sufren de desgarros en su sexo aún casi sin formar, dolores, venéreas, embarazos no deseados y palizas que sellan sus infantiles bocas. Sin educación, cuando sus cuerpos queden arrugados y

Manuel Bobis Reinoso

despreciados, se convertirán en intermediarias alcahuetas que buscaran ricos lujuriosos para sus vírgenes de trece años.

Hay hombres buenos y hombres malos, todos hemos sido alguna vez de hoja de lata o de oro. Mi padre fue un monstruo que no cambió nunca, yo fui cobarde en una ocasión, y débil ante la tentación en otras. También he pagado para disfrutar de los frescos senos y del sexo de una muchacha que ni siquiera se preguntaba por qué no me bajaba los pantalones y la penetraba como lo hacían los muchos hombres que a su corta edad ya había conocido.

Ha llegado el momento, Justo Andrés y yo hemos creado una asociación para buscar trabajos dignos a esas niñas y sacarlas de su oscuro presente y más negro futuro. Quiero expiar así los pecados de mi padre y los míos.

Cuando vengas a vivir conmigo pintaré de rosa las paredes de nuestra casa.

El que siempre te amaré:

Eugenio Valdeluna».

Estaba claro que la cuestión de la prostitución en niñas se había convertido para él en una obsesión. La culpa por lo de Clara lo había flagelado durante toda la vida. Buscaba una forma de redimirse de sus pecados.

Definitivamente, el estilo era recargadillo y cursi. A Mariela no le hacía mucho tilín. Un reloj de carrillón dio las siete.

«Sevilla, 4 de febrero de 1907

Mi siempre amada Arabela:

Amo a las novelas porque conmueven mediante la belleza del saber contar historias. Viajar con la imaginación a otras épocas y lugares, conocer personajes, sentir sensaciones. Nos hacen beber de la fuente del conocimiento y se convierten en nuestro más cálido refugio cuando los buitres de la realidad acechan el alma. Esta pasión quise compartirla mediante mi tertulia, pues no hay mayor prueba de que soy digno, o una persona es digna de mí, que el conversar apaciblemente durante horas sobre el gusto por las novelas. Soy una historia viviente que ojalá se reencarnara algún día en tinta sobre papel y hubiera alguien que me imaginara en lo físico, en lo moral, en las aventuras, mientras leyera mis andanzas en este mundo hostil.

Fue mi madre quien me enseñó esta pasión. La recuerdo leyéndome historias de valentía, de honor, de entereza. Personajes valerosos que forjaron mi alma en un no dejar sucumbir. ¿Por qué, entonces, fue ella tan cobarde con respecto a su marido? Una vida entera sin querer estar a menos de un metro de la fetidez de su aliento. Una vida entera soportando el afán de dejarla en ridículo ante los demás intentando que los caballeros ingleses se rieran de ella. Mi padre siempre intentó buscar cada error para criticarla, montaba en cólera si ella estaba alegre, la humillaba, le gritaba, la amenazaba, la hacía víctima de su intolerancia. ¿Por qué no buscó su libertad? ¿Por qué se acomodó a una vida sin sentido? ¿Por qué coleccionaba, en secreto, láminas y relatos sexuales? ¿Por qué, cobardemente, igual que hice yo, entregó a la inocente Clara a las depravaciones de mi horrendo padre? ¿Por qué sigue conviviendo con el monstruo? ¿Le permitiría sus vicios a cambio de que él le consintiera gozar de un amante?

Me debato entre adorarla y odiarla. ¿Es posible sentir ambas emociones hacía una misma persona?

Manuel Bobis Reinoso

Hacia ti solo veneración. Ven pronto conmigo, que el tiempo se escapa como el humo en una tarde fría de otoño.

Siempre soñándote:

Eugenio Valdeluna».

«Soy una historia viviente que ojalá se reencarnara algún día en tinta sobre papel y hubiera alguien que me imaginara en lo físico, en lo moral, en las aventuras, mientras leyera mis andanzas en este mundo hostil.» Parecía una petición, en ese momento Mariela sintió un escalofrío, le había parecido estar conversando con Eugenio, diciéndole: yo seré quien te haga personaje protagonista de una novela, y él le contestaba que le daba las gracias por hacerlo inmortal, por hacer que su historia no se extinguiera cuando la última memoria de quien lo hubiera conocido se borrara víctima de la enfermedad o de la muerte. ¡Gracias por haberle regalado la vida eterna!

«Sevilla, 31 de mayo de 1907

Mi siempre amada Arabela:

Aprendí de la divina lección que me enseñaste. Por primera vez en mi vida he confesado lo erróneo que la naturaleza puso en mí a una mujer con la que desearía prometerme. Ella, sobreponiéndose a su sorpresa, despojándose de las ataduras físicas, me ha aceptado tal como soy. Teresa se ama a sí misma, cree en ella, sabe lo que quiere, es una mujer valiente. Valiente de pequeños actos cotidianos, que para una señora son mucho más complicados. Su marido, macho reaccionario y violento, se sentía dueño de su familia y la quería hembra sumisa, recatada, esposa y madre de adorno incapaz de

tomar decisiones propias. El patriarca. Ella se rebeló contra la vida que se esperaba de una esposa.

En una ciudad, y un país, en el que las paredes se pintan con testosterona, nunca se ha sentido inferior al hombre y se ha negado a ser peón secundario. Se ha enfrentado al señalamiento social por no llevar luto, ha molestado a las demás señoras a las que les ha recordado su complejo de inferioridad, a las que ha mandado a callar con la elegancia de quién lleva la distinción con naturalidad, exigiendo su derecho a pasear por donde quiera, aun siendo inmediatamente increpada como loca por no seguir las convenciones sociales. Ha dicho no a la represión de su personalidad y de su libertad.

Autodidacta, culta, no es rehén de conservadurismos ni religiones a pesar de su fortuna. Altruista, está entusiasmada con nuestro proyecto para rescatar jóvenes prostitutas de su encarcelamiento y darles voz y cultura. Dueña de su sexualidad.

Citan aquello de: «dime con quién andas y te diré quién eres». Yo no soy tan bueno, creo que he tenido la inmensa fortuna de conocer a Justo Andrés y a Teresa, que me han convertido en un ser infinitamente mejor.

Supongo que me atrae por la valentía que nunca ha tenido mi madre, que tantas veces ha muerto antes de su muerte que, espero, la fortuna retrase muchos años, aunque ella siga agonizando cada día.

Nos hemos prometido, pero, si tú quisieras encadenar tus años a los míos, el compromiso que he contraído con ella quedaría roto al instante.

El que te sueña a mi lado:

Eugenio Valdeluna».

Manuel Bobis Reinoso

Pues eso no le había parecido bien a Mariela. No, no. Entonces, ¿si Arabela hubiera decidido ir a vivir con él hubiera abandonado a Teresa? Eso no estaba bonito, pero se había dicho a sí misma que iba a respetar las sombras de Eugenio. Al fin y al cabo, no estaba describiendo a un héroe perfecto fruto de la ficción, sino a una persona que existió.

«Sevilla, 2 de noviembre de 1908

Mi siempre amada Arabela:

Abusando de la confianza que me inspiras, quiero expresarte lo que siento por esta mujer que me encadena. Ella conquista mis cinco sentidos con su extremada belleza, su olor hechicero, su piel suave y sus caricias cautivadoras, su voz cálida y sugestiva modulada por unos labios rojos, sus besos sabrosos. Beatriz lanza al corazón la sonrisa más letal que pueda un hombre imaginar. Mujer sensual, provocativa, coqueta, dulce, seductora, alegre, sugerente, femenina, erótica, misteriosa.

Alborota mi deseo carnal, despierta mis sentidos, cuando me mira me desea con su mirada pícaro y seductora, flirtea, atrae mi atención, sabe mostrarme su desnudez parcial: solo una pierna, la idealización de sus pechos imaginada en su canal, su cuello. Sus movimientos son femeninos, sus cabellos peligrosos.

Sabe cuándo ser dócil o agresiva, demanda sexo de una manera gozosa y satisfactoria sin miedo a ser juzgada.

Siempre vestida de negro ha causado en mí una atracción irresistible que me ha hecho perder la cabeza.

Ángeles de piedra

Me alejé de ella, fui honesto por primera vez en la vida, pero la generosidad y la dignidad de Teresa me han rescatado.

Confesé mi realidad, fue aceptada, ambos queremos ser padres, nos hemos puesto de acuerdo en cómo lo conseguiremos. Beatriz y yo nos vamos a casar.

Cualquiera pensaría que esta carta escrita a una mujer que un día estuvo enamorada de mí es un dardo emponzoñado y abusivo, pero la utilizo para hacerte saber que todo lo mágico narrado en ella se volatizaría al instante con una sola palabra tuya, con un solo gesto de tu persona. ¡Ojalá estés mirando al sur!

Te sigo esperando, solo si muero dejaré de hacerlo.

Eugenio Valdeluna».

¡Pues seguimos con las mismas! Arabela entró en la sala y preguntó:

—¿Qué tal?

—Muy bien, estoy copiando las que usted me ha marcado, son las que muestran más claramente su pensamiento, las otras son más de he hecho esto o lo otro.

—¿Va a quedarse a cenar?

—Muchas gracias, prefiero dar un paseo y cenar en la pensión, si a usted no le importa.

El puerto, la playa, los acantilados, las gaviotas, los prados. ¡Precioso! La pensión normalita, al menos no había mono disecado, la cena buena y abundante. Por la mañana vuelta a copiar.

CARTAS A ARABELA TOMOS DEL IX AL XII
EUGENIO VALDELUNA

Eran los últimos tomos, ya le quedaban pocas cartas de las que Arabela le había señalado. También la invitaron al desayuno, pan con un queso verde que estaba fortísimo, pero muy bueno. Y café, claro está.

«Sevilla, 18 de junio de 1910

Mi siempre amada Arabela:

Nuestros hijos gozarían y portarían los genes de Beatriz. Pacto sagrado que alcanzamos. Dejaríamos de lado considerar adulterio el contacto físico, pues la verdadera infidelidad se encuentra en lo emocional, además no existiría engaño ni ocultación, yo sería para ella siempre el primero, ella para mí siempre la primera, todo lo hablaríamos, todo nos lo contaríamos. Cuando quedara embarazada dejaría de mantener dichos contactos para dedicarnos el uno al otro por entero en la ilusión de nuestro futuro hijo.

Supe, indagando en sus engaños, que tras el embarazo se seguía viendo con aquel hombre. Se consumó entonces la infidelidad, pues ella albergaba sentimientos hacia esa persona y le dedicaba atenciones que solo yo debía disfrutar. Su interés se centró en él, amor, cariño, sexo.

Manuel Bobis Reinoso

Sé que ella necesita gustar, enamorar al segundo, coquetear, lanzar su fulminante sonrisa a los ojos de los hombres, atrapar en la red de su perfume.

Cambiaron sus sentimientos hacia mi persona, se volvió extremadamente irritable cuando le preguntaba, enfocaba en mí todo lo negativo, me culpaba, dejó de ser cariñosa, no quería tener relaciones sexuales conmigo, se mostraba distante. Con maldad, me comparaba con su amante y se burlaba de mi inexistente pene con una crueldad que jamás hubiera imaginado.

En el momento en el que comenzó a comentar sus problemas con él, fue cuando los celos comenzaron a hacerme daño. No los sentía cuando buscaba quedarse embarazada, era lo pactado, no había engaño, solo contacto íntimo necesario para conseguir el fin que buscábamos.

Creo que nunca me ha amado, que ha seguido necesitando sentirse bella, enamorar. Su matrimonio conmigo ha sido un fraude, realidad consumada solo por lo económico, pues siempre ha necesitado el sexo con alguien que poseyera un falo.

Mi vínculo amoroso con ella se ha roto definitivamente, sigo conviviendo porque quiero disfrutar de mi hijo, pero nada me ata al matrimonio.

Yo también le he sido a ella infiel en lo emocional, pues nunca ha sabido de tu existencia, no conoce estas cartas que te envió. Yo también he ocultado, y lo más importante: en mi corazón siempre has estado tú por delante de ella.

Si quisieras venir, compraría una casa, dejaría a Beatriz, viviríamos juntos. Iría a buscarte al norte en un tren de lujo para traerte entre algodones.

El que sufre cada día que no está contigo:

Eugenio Valdeluna».

¡Vaya, por lo menos reconoce que él también estaba siendo infiel! ¿Qué le daría esta Arabela para que estuviera tan coladito por ella?, ¡qué envidia!, aunque, ella tenía a su Tarzán, que se daba cuenta, por la calle, que lo miraban las mujeres, lo que pasa es que no sabemos apreciar lo que tenemos. Bueno, vamos, que se te va el santo al cielo.

«Sevilla, 15 de octubre de 1917

Mi siempre amada Arabela:

Ha ocurrido una desgracia, no sé si anunciada, pero no evitada. En el momento en el que fui a visitar a Ernesto y este me confesó que seguía viéndose con Beatriz después de quedar embarazada, rompí mi vínculo amoroso con ella. Seguiríamos viviendo bajo el mismo techo para que yo pudiera disfrutar de mi hijo, pero ella sería libre para poder coquetear, flirtear, fornicar con quien quisiera, pues yo ya no me sentía emocionalmente como su marido.

El nacimiento de Patricio trajo una nueva luz a mi vida, renovada ilusión, amor de padre primerizo. Ella seguía con su aventura, pero a mí ya me daba igual, no era mi esposa la que nadaba en la lujuria a mis espaldas, pues ya no la amaba, era libre.

Sabía de todas sus aventuras porque en Sevilla disponemos de una bola mágica de visión perfecta: las lenguas que inmediatamente, unas veces preocupadas por mí y otras en tono de burla, me hacían llegar disimuladamente, al instante, cualquier movimiento del «enemigo». Me llegaron noticias de un escándalo que

Manuel Bobis Reinoso

Beatriz y Ernesto habían protagonizado en plena calle ante las sonrisitas de los parroquianos. Él vino a verme, fue entonces cuando me enteré de que también estaba siendo burlado con otro hombre. Nuevamente, las lenguas me enteraron, esta vez sí con descarada burla, de una reyerta protagonizada por los dos machos alfa que se enzarzaron en dura pugna por gozar de los favores de la hembra en celo.

Beatriz quedó embarazada. ¿De quién? Solo sé que no fue mi semilla la que germinó. Nació Celeste, a la que he considerado como hija mía desde que su corazón dio el primer latido.

Otro hombre, más lenguas ya hilarantes. Beatriz está en el hospital en el que ha sido operada por Justo Andrés de un corte en la garganta que le ha hecho un amante. Su vida está más cerca de irse que de quedarse, mi alma anhela por verla aparecer y entrar por las puertas. Lloro cada instante, cambiaría mi vida por la suya si pudiera. No quiero que mis hijos se queden sin madre. ¡Odio tanto la violencia!

¡Si tú estuvieras aquí!

Eugenio Valdeluna».

La violencia. Su padre lo envió al hospital, casi muere sobre las hierbas de un prado asturiano, torturado y asesinado. Mariela volvió a sentir hacia aquel hombre consideración y admiración. La demanda de libertad e identidad que hacía a sus semejantes siempre fue contestada con violencia. Locos, estúpidos y malvados. Mariela se sintió muy triste y desesperanzada cuando leyó aquella carta.

«Sevilla, 12 de septiembre de 1930

Mi siempre amada Arabela:

312

Ángeles de piedra

María Jesús es auténtica, honrada, madura, moral, natural, razonable, coherente, sabia, sencilla, digna, austera, diligente, disciplinada, eficaz, esforzada, laboriosa, responsable, constante, austera, educada, estable, firme, fuerte, independiente, libre, modesta, paciente.

Se entrega a los demás con amabilidad, altruismo, caridad, hospitalidad, cordialidad, compasión, justicia, piedad, solidaridad, generosidad, magnanimidad, humanidad, misericordia, bondad, familiaridad.

Me aporta diálogo, amistad, ilusión, delicadeza, equilibrio, orden, optimismo, ternura, templanza, paz, serenidad, mansedumbre, gratitud, comprensión, calma, tolerancia, sinceridad, respeto, relajación, aprecio, esperanza, imaginación, fantasía, dulzura, disponibilidad, apreciación de la belleza, gozo intelectual, salud, bienestar, sexualidad, placer, sentimiento, silencio, confianza, felicidad.

Nunca he estado realmente enamorado de esa mujer, pero tras las aventuras tormentosas, difíciles e incluso peligrosas que han compuesto la singular historia de mi vida ya desde mi nacimiento, me he refugiado en ella como dulce lecho del guerrero, bálsamo para las heridas, frescor para mi sed, sueño para mi cansancio, alivio de mi dolor, pan para mi hambre, descanso para mi cuerpo.

La quiero muchísimo, soy feliz, pero no la amo. A veces pienso que mi enamoramiento se quedó preso de tu persona, aunque eso no me impidiera sentir una atracción hacia Beatriz que era irresistible. Seducción del mal, monotonía ante el bien.

No me equivoqué, vivir junto a María Jesús ha sido la mejor decisión de mi vida, pero rompería este amable hastío con el que veo pasar los días dulcemente si tú vinieras. Destrozaría su corazón y su vida para siempre, sin embargo, lo haría.

Manuel Bobis Reinoso

Te sigo esperando:

Eugenio Valdeluna».

Menos mal que María Jesús no había leído esa carta. Por supuesto que no le iba a decir nada. Mariela recordó que ella también se aprovechó de la poquita cosa y de la debilidad de aquella mujer haciendo que, con engaños, se abriera el arcón misterioso, y encima la dejó allí sola con su incertidumbre. Tampoco era perfecta, es bueno mirar, de vez en cuando, la paja en el ojo propio. Por cierto, que en esta carta Eugenio se había pasado de rebuscado y se había puesto un poco pesado con los adjetivos. Recordaba a Carlos cuando le decía: «un exceso de adjetivos hace que estos pierdan su significado y se conviertan en nada». En eso sí intentaba hacerle caso.

«Sevilla, 15 de enero de 1936

Mi siempre amada Arabela:

Sentado al frescor de mi patio un sábado en la mañana, mientras disfrutaba de la recientemente editada novela *El cartero siempre llama dos veces*, la aldaba de mi puerta me ha traído una sorpresa inesperada y adorable. Detrás del portón han aparecido mis dos hijos, que con cara de inseguridad y humildad me preguntaban si podían pasar. Con la rapidez propia del nerviosismo los acomodé en sillas a la sombra de mi buganvilla mientras María Jesús corría a preparar limonada fresca que ofrecerles. Han venido en secreto, pues no quieren que su madre se entere.

Nos hemos pedido perdón mutuamente. Les he preguntado, ávido, un millón de interrogantes sobre sus personas y sus vidas. Ellos también han indagado y hemos podido aclarar asuntos que la

Ángeles de piedra
maldad de su madre ha enturbiado durante todos estos años.
¡Ignoraban tanto sobre mi comportamiento hacia ellos después de la
ruptura con Beatriz!, ¡les ha hablado tan mal sobre mi persona!, ¡les
ha impedido tantas libertades en su acercamiento a su padre!

Hemos quedado en vernos al menos una vez al mes. Ellos me
piden que lo mantengamos en secreto, y me aseguran que si alguna
vez oyera que hablan mal de mí, lo estarían haciendo llevados por un
imperativo impuesto por su madre a la que tienen un temor
inexplicable, pero que en ningún momento reflejarían tales
comentarios su auténtico sentimiento. Nos hemos abrazado y hemos
llorado juntos.

Hoy, nuevamente se ha encendido la luz en mi vida, me
siento completo. Felicísimo, no imagino qué pudiera ocurrir que
rompiera esta calma que creo definitiva.

Siempre pensando en ti:

Eugenio Valdeluna».

Cuando terminó de copiar la última carta que Arabela le
había marcado, Mariela Avisó a Cástula, la sirvienta. Agradecimiento
a la familia por el trato que había sido inmejorable, despedida de don
Hipólito, se escribiría con Arabela, besos. Un chófer la llevó en coche
para que tomara el tren. La verdad es que la habían tratado muy bien
y eso se lo llevaba en el recuerdo. Se iba contenta, pero con un
sentimiento de vacío.

Esperando en el banco de la estación, mirada fija en las
baldosas, recordaba que ella también guardó como un tesoro algunas
cartas de amor que le había enviado Javier. Después de nacer al
romance y al sexo en aquella casa de labor abandonada en las afueras
de Utrera, Javier, su amigo, fue a vivir a Sevilla porque su padre se
había colocado en una fábrica de vidrio. Comenzaron a escribirse

Manuel Bobis Reinoso

cartas en las que expresaban su mutuo amor y su anhelo por que llegara el verano y Javier volviera al pueblo para volverse a encontrar. Cuatro cartas, apretadas por una goma verde, escondida donde ella pensaba que su madre no las encontraría. Confiada en su escondite infalible, no contaba con ese sexto sentido que tienen las madres, que cuando se enciende es tan potente como el olfato de un sabueso. Claro que las encontró, claro que las leyó. Don Augusto quemó las cartas delante de las lágrimas de la muchacha. Meses sin salir de la habitación nada más que para ir al colegio o a la iglesia. Su hermana intentaba consolarla y hacerle compañía. Cuando Javier volvió en verano, don Augusto habló con su padre. El muchacho estuvo a punto de morir de la paliza que recibió. De nuevo la violencia.

EL HOMBRE SIN ATRIBUTOS
ROBERT MUSIL

Nuevamente en Sevilla. ¡Ay mi Tarzán que te como!, y la cama, y el silloncito de orejas para las siestas, y el gazpacho fresquito. El calor no, a ese no lo había echado de menos.

—Ya hemos apresado al asesino, y digo asesino porque ha confesado, sin embargo, por muchas bofetadas que le hemos dado, no ha facilitado los nombres de las personas que, necesariamente, le habrían ayudado. He pedido un permiso para que puedas ir a la cárcel para entrevistarlo. Cuando me lo concedan, yo te acompañaré. No sabemos si querrá hablar contigo, pero al menos lo intentaremos. Él no sabe que eres la mujer de un policía, yo estaré allí, pero él no me verá —dijo Carlos.

¡Que sí, que te como a besos! Un momento, Mariela cayó en que ahora era él el que la estaba utilizando para sacarle información al preso. ¡Mira por dónde! Si no hay más que sentarte a esperar en la puerta de tu casa para ver pasar el cadáver de tu enemigo. Vale, pero porque le interesaba a ella y porque estaba agradecida por lo del arcón. Carlos añadió:

—Solo ha dado un nombre, y lo ha hecho porque a esa persona no se le puede imputar nada. También debes intentar hablar con él. Ve mañana a visitarlo.

—¿Quién es?

—No me preguntes, tan solo ve a verlo y charla con él.

Manuel Bobis Reinoso

Trozo de papel, nombre y dirección. Mariela lo dobló y lo guardó en su bolso.

Al día siguiente, en la plaza del Pumarejo, Mariela hizo sonar la aldaba de una casa que estaba a punto de desplomarse. Abrió un hombre bajo y sudoroso que escuchó atento cómo la escritora le explicaba el motivo de su visita. El hombre no puso impedimento, le hacía ilusión hablar con alguien sobre su vida, y más con una mujer como aquella que tenía delante. Pájaros sucios trinaban desde sus jaulas de alpiste y excrementos, mantel de plástico quemado de cigarros, dos sillas desvencijadas de culo de enea agujereada que amenazaban, con su bamboleo, con tirar al suelo a quien se sentaran en ellas. Ningún olor en aquella casa era agradable.

Amador, el rata.

Amador no había tenido nunca novia, y esa pesada pena la había arrastrado toda la vida colgada de su sentimiento. Lo había deseado tanto que casi no había pensado en otra cosa, pero se había plantado en la cincuentena sin haberlo conocido.

—Ya me ve usted, casi no llego al metro sesenta, calvo en mi azotea, pero con estos largos mechones de escaso pelo cano amarillento que bien sazonados en mi eterno sudor se pegan a mi cara, a mi cuello y a mi espalda. Mis ojos de rata y mis dientes marrones, mal alineados y mellados, tampoco me han ayudado. Mis camisas suelen estar descoloridas, pues ya no me acuerdo cuándo fue la última vez que estrené una prenda. Mi cinturón barato casi es incapaz de sujetar estos pantalones tan anchos que se quedan colgados a mitad de mi trasero, y esta corbata tan sucia y manchada

que se podrían plantar patatas en su tierra acumulada de dos lustros y freírlas en su propio aceite.

»De niño era guapito, de hecho creo que un poco narcisista, pues me veía unas facciones casi perfectas, pero desde la adolescencia hasta ahora he sufrido de un gran complejo de inferioridad. Mis amigos comenzaron a crecer, pero yo me quedé estancado en esta estatura, además, cuando en el campo meábamos varios chavales a la vez, comprobaba que aquellos penes, antes igual de infantiles que el mío, habían crecido en el largo y en el grueso mientras que yo seguía conservando medidas de niño. Desde entonces he tenido pavor a las burlas sobre el tamaño de mi miembro y casi nunca he querido desnudarme en presencia de otros hombres. ¡Ya ve!, complejo tras complejo. Siempre he achacado a la estatura el que las niñas no se fijaran en mí.

A los dieciséis años le salió a Amador un barrillo en la nariz grande y repugnante, con su buena bola de pus. Aquel horror no podía permanecer en el que él creía casi perfecto rostro. Llevado por su impaciencia, lo reventó con tanta violencia que la escoria blanca salpicó el espejo, se manchó la camisa y siguió fluyendo viscosa sobre sus labios y barbilla. Las uñas con las que lo rompió debían de estar muy sucias, porque al día siguiente aquel cráter comenzó a inflamarse hasta alcanzar las dimensiones de un melón. Se vio absolutamente deformado, de tal manera que no solo contemplaba su rostro que se había convertido en la faz de un monstruo, sino que comenzó a sentir que sus piernas y brazos se descoyuntaban y alargaban como si fueran de masa de harina. La nariz tardó tres semanas en volver a su estado natural, pero su mente enferma tuvo que ser tratada por especialistas.

—Con aquel barrillo se fue para siempre mi narcisismo para que ocupara su lugar el complejo de ser deforme que me ha

Manuel Bobis Reinoso

acompañado siempre. Comencé a sufrir depresiones y a evitar el trato con muchachas, pues sentía que me miraban con auténtico asco.

Su padre creía que Amador era homosexual, continuamente repetía que en su familia no había habido nunca ningún maricón ni ningún tonto, y aquello hacía que el muchacho dudase de sus tendencias.

—Pero puedo asegurarle que, aunque alguna vez me he sentido algo atraído por algún hombre, siempre que me he enamorado lo he hecho de una mujer, y cuando me excito sexualmente lo hago pensando en bellas señoritas de hermosos pechos, buenas nalgas y atractivos muslos. Mi padre siempre supuso que yo era maricón y murió con ese convencimiento.

Amador quería demostrarle a su padre que estaba equivocado, pero nunca tuvo la satisfacción de que lo viera con alguna muchacha porque siempre fue rechazado por ellas.

—¿Se llevaba bien con su madre? —preguntó Mariela.

—Mi madre era una mujer muy difícil, en absoluto cariñosa, a quien no recuerdo un solo beso ni un solo abrazo. Creo que de alguna manera me sentí abandonado por ella. Siempre sumida en una profunda tristeza, incapaz de disfrutar con nada, alcohólica y absolutamente dependiente y sumisa ante mi padre. Supongo que comencé a odiar a las mujeres aborreciendo a mi madre.

—¿Odia a las mujeres?

—¡Profundamente! El desearlas tanto y no poderlas tener, esta necesidad, esta dependencia que no puedo soportar. Han sido tanto los rechazos que ahora brindo con una copa cada vez que una mujer muere a manos de un hombre, y llego a aplaudir las violaciones y la violencia contra ellas e intento denigrarlas cada vez que tengo la ocasión.

Amador no podía soportar el comprobar que una mujer pudiera tener capacidades y lograra tener éxito. Odiaba también a los hombres que sabían conquistarlas y a las hembras atractivas.

—Imagino que es absoluta envidia la que le tengo a alguien que sé que es mirado por la calle. ¡Me hubiera gustado tanto ser bello, hermoso, guapo!, ¡el ser contemplado cuando paseo! Creo que estoy obsesionado con eso porque cuando me cruzo con una mujer y esta no pone sus ojos en mí, ni siquiera de refilón, sufro un choque emocional que usted no puede ni imaginar, y mi autoestima se queda destrozada, herida y hundida. Ahora no miro a ninguna señorita o señora para no ser consciente de que sus ojos no se posan en mi persona ni un solo segundo. Veo a las mujeres como seres superiores a mí.

»Como ya le he dicho, odio también a los hombres exitosos. Cuando veo a alguien apuesto y bien vestido que considero que gusta a las damas, y si en ese momento tengo la oportunidad de poder mancharme la mano con algún tipo de grasa o de comida, procuro pasar junto a él y ponerle la mano en la espalda con la excusa de que me permita pasar. Me alejo disimuladamente, pero vuelvo atrás la mirada para ver mis cinco dedos estampados en esos trajes elegantes, entonces una alegría que no sé describirle me ilumina el día. Tengo bastantes obras de arte repartidas por chaquetas y camisas de bellos hombres: unas de negra grasa industrial, otras de aceite de haber estado comiendo churros, las más bellas de chocolate e incluso algunas, de las que me siento muy orgulloso, de callos con garbanzos. A veces no hace falta que toque en la espalda, pues la prenda está colgada sobre el respaldar de una silla, entonces la misión es más sencilla.

¡Qué hijo puta! Pensó para sí Mariela. Preguntó:

—¿Nunca se ha dado nadie cuenta?

Manuel Bobis Reinoso

—Sí, en una ocasión, antes que pudiera irme alguien alertó al dueño, quien al ver la hermosa firma que había dejado en su prenda me cogió por la solapa y me descargó un puñetazo que me rompió la nariz y dos dientes: estos que faltan aquí delante, huecos en mi dentadura que, por si fuera poco, han aumentado aún más mi infinito complejo. Pero no crea que he dejado de hacerlo, desde que recibí aquel golpe he manchado bastantes prendas. No solo no he cogido miedo, sino que me atrae ese peligro, parece que me gusta todo aquello que puede destruirme, como el vicio que tengo con las prostitutas.

—¿Acude usted a las casas de prostitución?

—Antes muchísimo, una o dos veces por semana. Ahora muy poco porque ni las putas quieren acercarse a mí y me cuesta trabajo encontrar alguna a la que el hambre pueda más que el asco.

Amador hubiera querido tener sexo con una mujer que no fuera prostituta, pero no había conseguido nunca ni un beso en los labios, por eso acudía a profesionales, con el intenso placer de poder ponerse en posiciones dominantes en las que la señorita no lo mirara a la cara.

—Las pongo a cuatro patas y me siento bello y poderoso mientras descargo mi odio en forma de fuertes golpes de cadera. Lo que más me gusta es que una puta se queje de que le duele, aunque con este pene tan pequeño lo he conseguido muy pocas veces.

Comenzó acudiendo a La Lolilla, en calle Rosario, que era un prostíbulo autorizado muy buen puesto en el que todas las muchachas rondaban entre los veintidós y veinticinco años, todas matriculadas como prostitutas. Local muy caro y afamado que incluso aparecía en las guías nocturnas francesas Guide Indicateur y Guide Rose.

—Pero, como ya le digo, en mi busca eterna de nuevas sensaciones quise buscar tener relaciones con niñas de trece o quince años. No las encontraba, pero una madame me consiguió una. La niña acudía al prostíbulo por la tarde porque por la mañana trabajaba y por la noche tenía que volver a su casa antes de las diez. A partir de entonces me aficioné a las casas de muñecas.

—¿Casas de muñecas?

—Es como llamamos a los burdeles clandestinos donde puedes yacer con niñas, que además son los que presentan condiciones higiénicas peores y que están situados en lugares en los que no querrían vivir ni los cerdos. Creo que es algo autodestructivo, porque ya me han contagiado de todo.

—¿Enfermedades venéreas?

—Sí, imagino que he sufrido la colección completa. Yo he leído mucho sobre ese tema, bueno, en realidad he leído sobre casi todo. La lectura ha sido mi compañera eterna en los interminables años de soledad y aislamiento. Como le decía, he sufrido de todo, recuerdo la primera vez que erupcionó una buba en el glande de mi pene, podría tener yo unos veintitrés años. Se formó el chancro abierto como si fuera una úlcera lacrimante y secretora, pero no me dolía, solo sentía inflamación y molestias en los ganglios inguinales. A las pocas semanas aquel cráter que se había abierto en mi miembro se cerró y curó.

Amador estaba contento porque consideraba haber sanado, pero pronto comenzó a sentir dolores de cabeza y a sufrir febrículas, comenzaron a salirle erupciones rojas en la piel, primero en la planta de las manos y en las plantas de los pies, luego en todo el cuerpo. Le salieron verrugas en el pene alrededor de lo que en su día fue el chancro abierto y se le empezó a caer el poco cabello que por aquel tiempo conservaba, por parches en forma de pequeñas y variadas

Manuel Bobis Reinoso

calvas redondas. También comenzaron a salirle llagas en la boca. Llegó un momento en que creía haber sanado, pero la sífilis es traicionera y aguardaba agazapada y abrazada a sus nervios durante quince años para volver de nuevo llena de vida.

—Aquí me tiene, con lesiones oculares, esta descoordinación de extremidades que sufro, cardiópata y soportando ulceraciones en la piel que parecen arrojar al exterior goma. Dicen los médicos que me muero.

—Suponía que se había sintetizado algún medicamento para el tratamiento de la sífilis.

—Sí, el Salvarsán, un derivado del arsénico. Antes, el tratamiento se hacía a base de mercurio. Ambos matan más que curan, se lo puedo asegurar. Ya sabe lo que dicen: una noche con Venus y toda la vida con mercurio.

»No solo he estado con mujeres, también con hombres.

—Pero me ha dicho que no es homosexual.

—Y no lo soy, pero mi padre me creó la duda, y llevado por mi eterna búsqueda de sensaciones nuevas he frecuentado lugares poco recomendables. He masturbado a hombres y he sido penetrado en varias ocasiones para comprobar si lo que mi padre pensaba era cierto. Me es placentero que me toquen la espalda y las nalgas, pero cuando me penetran no siento más que dolor.

—¿Tiene algún amigo?

—No, desde la adolescencia no he tenido ninguno.

Ya se había empapado de la vida de Amador. ¿Satisfecha?, ahora a lo importante:

HISTORIA DE UNA COBARDÍA
GRAHAM GREENE

A Mariela le pareció que Amador era un hombre muy solitario. Aquella soledad que ella había sufrido desde siempre hasta que se trasladó a Sevilla. Fabricaba muñecas con cualquier trapo y ovillos de lana que tuviera a mano y jugaba con su hermana a hacer familias y a las casitas. Todo imaginado con los pocos materiales que malvivían en su habitación. Un zapato era un sillón, una caja el cuarto de matrimonio, la barandilla de la cama el balcón. Jugaban las dos hasta que su madre entraba en la habitación bramando y sacaba a Mariela arrastrándola e insultándola. Tampoco la dejaba que jugara con otras niñas.

Basta de recuerdos, ahora a lo que concierne a su novela. Mariela preguntó:

—¿Cuándo conoció a Eugenio Valdeluna?

—En mi adolescencia, cuando vivía en Riotinto y trabajaba en las minas, pero entonces se llamaba Eugenia, aunque vestía con ropas de hombre. Ciertamente, era una niña en la que los muchachos no se fijaban porque decían que era muy machorra, y además inglesa y, por lo tanto, inabordable. No era nada agraciada, con ese pelo cortado a parchones, excesivamente delgada, que parecía un hombre al andar sin que la femineidad apareciera jamás en ninguno de sus gestos. Cuando paseaba con una amiga, no cruzaba jamás la mirada con ningún muchacho, aunque sí se le notaba en la cara un claro interés por su propia acompañante que pudiera ir más allá de la mera

Manuel Bobis Reinoso

amistad. No entendía nadie que una inglesa estuviera trabajando como barcalera en las minas.

Cuando Amador tenía diecisiete años, ya se encontraba sumido en sus complejos, aun así, se había declarado a distintas muchachas sin éxito alguno, y cada vez se veía más hundido, horrible y despreciado.

—Pensé, iluso, sin reparar un momento en que los ingleses no se relacionan con la población nativa, que a la mujer a la que ningún hombre miraba y que era presa de calladas burlas no le importaría ser la novia de un adefesio como yo, pues mejor un horror de novio que ninguno. Le escribí una carta amorosa en la que la declaraba Dulcinea de este Quijote enamorado y romántico, y le pedía que fuera mi novia.

Aquella declaración de amor, escrita con la mejor de sus humildes plumas en un papel muy caro para un muchacho minero y lacrado con un sello, fue entregada en mano por un amigo que él tenía entonces a Clara, y esta se la dio en mano a Eugenia.

—Ella no contestó jamás a mi carta, además, cuando se cruzaba conmigo en el trabajo y en los paseos volvía la cara. Después de trabajar en las minas volvió a su barrio inglés de Bella Vista, yo me iba todas las tardes a esperar y ver si salía, pero cuando lo hacía ni me miraba. Comencé a escribirle una carta diaria, pero nunca me contestó, y encima los guardiñas me gastaron una broma que no he olvidado en mi vida. Aquello supuso para mí el hundimiento definitivo de mi autoestima.

Fue entonces cuando Amador se convenció de que jamás podría disfrutar del enorme placer de pasear de la mano de una mujer, demostrándose a sí mismo y a su padre que no era homosexual.

—Dejé de ver a Eugenia y de saber de ella, pasaron treinta años, mi madre murió y vine a vivir a Sevilla con mi hermana. Llevaba un año aproximadamente aquí cuando un día entré en una cafetería y vi a un hombre que leía el periódico mientras fumaba y tomaba café. Me sonaba su cara, y le daba una y otra vez vueltas a mi cabeza para recordar de qué conocía yo a aquella persona, hasta que caí en la cuenta: no me cabía duda, era Eugenia, aquella muchacha que me había rechazado hacía ya tantos años, aquella que se fue del pueblo, aquella a la que no había vuelto a ver. Estaba seguro, aunque la lógica me decía que lo que yo pensaba era un absurdo porque, sin duda, se trataba de un hombre. Las dudas se despejaron cuando me enteré de que se llamaba Eugenio Valdeluna, pues la mujer que yo creía que era se llamaba Eugenia Brown, pero el apellido de su madre era Valdelune.

»Supe que vivía en la Puerta Real, y un día que me crucé con ella, inmejorablemente vestida de hombre, la llamé por su nombre, ella se volvió y yo le dije quien era: Amador, su vecino del pueblo. Sus ojos tornaron en una expresión de incredulidad mirándome muy fijamente, se dio la vuelta y aceleró el paso hasta casi correr y perderse calle abajo.

»A mí me daba igual que no quisiera dirigirme la palabra, seguí indagando sobre su persona llevado por la curiosidad de aquel misterio, pero mi odio estalló definitivamente cuando me enteré de que estaba casado y separado de una esposa bellísima, que tenía dos hijos y que vivía con una nueva mujer. Se desataron todos los fantasmas dentro de mí, no pude aguantar que una mujer disfrazada de hombre tuviera aquel éxito del que yo nunca gocé, y busqué hacerle el máximo daño posible. Yo soy muy cobarde, nunca he tenido lo que dicen que caracteriza a un hombre y, como la rata que

Manuel Bobis Reinoso

soy, conté lo que sabía a unos falangistas que conocía. Lo que ocurrió después creo que ya lo conoce.

Mariela no lo sabía, pero empezaba a imaginarlo. Disimuló haciendo ver que lo conocía todo:

—¿Se arrepiente una vez que sabe lo que le hicieron?

—No, disfruto cuando una mujer sufre de esa manera, no sé si es por venganza a tantos rechazos y desprecios, pero me siento feliz.

—Quiero darle las gracias por haberme recibido —dijo Mariela con prisas y ganas de perder a aquella persona pronto de vista.

—No me las dé, quiero que en esa novela que está escribiendo quede muy claro que fui yo quien corrí con el cuento a los fascistas, que no me da vergüenza y que quiero que todo el mundo lo sepa. ¿Sabe usted?, ¡yo siempre quise tener novia!

CARTAS SOBRE LA MESA
AGATHA CRISTIE

Habían conseguido el permiso para entrar en la cárcel. A Mariela le resultaba muy desagradable el estar allí, su olfato casi enloquecía y sus piernas querían salir corriendo. Galerías, hombres que la miraban desde sus celdas con gesto lascivo y que le gritaban palabras que sus oídos no querían escuchar. Sonidos metálicos, abrir y cerrar de cerrojos y de llaves. Carlos la acompañaba, la protegía, era policía, no había nada que temer, pero los pasos eran desagradables como nadie se podía imaginar. Comenzaría aquella entrevista, sin duda la más difícil, ya asustada y sin el ánimo suficiente, pero lo haría. Carlos no quiso entrar en el lugar donde se realizaría la entrevista, se quedó en una sala contigua. Si el reo supiera que era policía no habría contado nada, a una escritora sí.

Cuatro paredes pintadas de gris, una puerta metálica abierta, una mesa, dos sillas, nada más.

Félix, el asesino.

—Ha conseguido que la dejen entrar en la cárcel, ¿cómo lo ha hecho? —preguntó Félix.

Manuel Bobis Reinoso

—Ha sido complicado, un sinfín de ir y venir hasta que he logrado el permiso. —No iba a desvelarle a la primera de cambio que era la mujer de un policía y que no le había costado mucho.

—¿Sabe que hoy soy la envidia y la comidilla de los presos?, ¡nada más y nada menos que una escritora, y bien guapa según compruebo, viene a hacerme una entrevista! Sí, parece que soy un personaje.

—Le agradezco que haya aceptado.

—Me viene bien charlar con alguien que no esté preso, y encima mujer. Siéntese y coloque sus cosas sobre la mesa, está usted en su casa. ¡Ja, ja, ja!

—Me siento. Un momento, mientras saco papel y pluma del carterín —dijo Mariela con voz y manos temblorosas.

—No se preocupe, tengo todo el tiempo del mundo. No sé cómo funciona esto, me imagino que usted me hace preguntas y yo las contesto. Quiero poner las cartas bien abiertas sobre la mesa.

—Sí, pero antes me gustaría que me hablara de su persona, que me contara su historia, sus pensamientos, sus ideales, sus ambiciones.

—¡Coño!, ¡esta sí que es una sorpresa! Yo creía que venía para que habláramos de la Eugenia Valdeluna y resulta que quiere que le hable de mí.

—Ciertamente, me gustaría que me contara qué fue lo que ocurrió, pero también me interesa conocer algo más sobre usted.

—¿Por dónde empiezo?

—Por dónde quiera.

—Yo me llamo Félix Luque Gorostiza, pero todo el mundo me dice «Colorao», yo soy «el Colorao», y no hay que ser muy listo para saber por qué. Mire los pelos que tengo, que parecen hebras de cobre. Nací y he vivido siempre en la calle Santa María la Blanca con

330

mis padres, mi hermano y mis dos hermanas, una familia española como Dios manda. Tengo veintiocho años y una novia muy guapa, que a mí me vuelven loco las tías, que yo de maricón no tengo ni una célula.

—Queda claro y así lo anoto. ¿A qué se dedicaba su padre?

—Se dedicaba y se dedica, que tiene sesenta y cinco y está todavía ahí trabajando fuerte como un mulo. Nosotros tenemos una droguería en la Cuesta del Rosario, y yo le ayudo como dependiente desde que tenía catorce años. Mi padre es un tío como hay que ser, de los que hacen falta para arreglar España, que a mí basta con que me mire para que me cague y me ponga firme. ¡Joder, si hubiera nada más que cien como él se arreglaba todo!

»Recuerdo que en casa, a la hora de almorzar, al primero que servía mi madre era a mi padre, luego a mí y a mi hermano, luego a las niñas y la última que se servía era a ella misma. Después de bendecir la mesa, ninguno de los hermanos nos atrevíamos a abrir la boca, se comía en absoluto silencio y solo se hablaba para responder a una pregunta que nos hiciera mi padre.

—¿Su madre también permanecía en silencio?

—Por supuesto, mi madre es una mujer en condiciones, siempre atenta a lo que necesita mi padre, y durante el almuerzo no abre la boca si no es porque le hace una pregunta o da una orden. Ella sabe muy bien levantarse para poner, con la ayuda de mis hermanas, el segundo plato y luego el postre, y si ve que a mi padre, a mí o a mi hermano se nos ha acabado el agua, basta con que mire a una de las niñas y alce las cejas para que se levante, vaya a la cocina y nos traiga otra jarra de agua.

»Los hermanos lo teníamos claro, no teníamos dudas, como debe ser, y sabíamos que un suspenso o una queja del profesor

Manuel Bobis Reinoso

equivalía a una paliza de mi padre con el cinturón que nos dejaba doblados durante una semana.

—¿A las niñas también le pegaba si suspendían?

—No, a ellas no, no le daba importancia a un suspenso de las niñas, ¡total, lo importante era que aprendieran a ser buenas cristianas, esposas y madres!, que a eso ya estaban bien enseñadas, pero a nosotros nos dejaba para que nos recogieran con pala. Un día me trincó haciéndome una paja y me dio una que casi me mata, y encima me tuvo quince días llevando una talega llena de adoquines desde la Cuesta del Rosario hasta San Gil, que es donde vive mi tío.

—¿Para qué?

—Como castigo, decía que si quería hacer cosas guarras y cansarme iba a saber lo que era el cansancio. En San Gil, mi tío abría la talega todas las tardes, contaba los adoquines e introducía un papel firmado y fechado por él en el que daba fe de que habían llegado los diez adoquines. Acto seguido, volvía con la talega igual de cargada al hombro a la Cuesta del Rosario, donde mi padre comprobaba lo que había escrito mi tío. Me dijo que iban a ser quince días y quince días que me tuvo cargando con la talega, que yo llegaba a la noche destrozado. Si mi padre decía que eran quince, no perdonaba ni uno, y ojito con rechistar que me triplicaba el castigo. ¡Un hombre de palabra!

»Yo le tengo mucha admiración a mi padre, un tío como deben ser los tíos, ¡coño!, y no como los cabrones de los rojos, que sus mujeres van gritando lo de «hijos sí, maridos no», que es que son maricones. Ahí lo tienes, que a su edad todavía funciona. ¡Anda que va a llegar una noche con ganas de batalla y mi madre le va a decir que no!, no se le pasa ni por el pensamiento. El tío está hecho un toro, que bien que suenan los muelles un rato bueno, que mi hermano y yo nos miramos y nos sonreímos.

»Con quince años comencé a trabajar en la droguería de la familia. Mi hermano se incorporó dos años más tarde. Desde entonces trabajo sin descanso más de diez horas al día, ganándome el pan que me como y sin tener que pedirle nada a nadie.

—Me ha dicho que tiene novia.

—Sí, se llama Carmela, la conocí cuando yo tenía veintidós años, llevamos seis años de novios. Queríamos casarnos para el año que viene, pero ahora con lo que ha ocurrido no creo que podamos. Me van a caer una pila de años o la pena de muerte.

—Seis años de noviazgo son muchos, sobre todo teniendo en cuenta que usted gana bien el dinero.

—Sí, nos va muy bien, pero es que ella no se fía mucho de mí.

—Tradúzcame esa sonrisa de pícaro que ha puesto.

—Pues que yo les suelo gustar a las mujeres y a mí me gusta tontear con ellas. Carmela se da cuenta y me monta unos espectáculos que se oyen hasta en la Puerta Real, y cada vez que pasa algo de eso me retrasa un año la boda porque dice que no está segura.

—¿Y su padre, que tan recto es, de esas cuestiones no dice nada?

—¡Qué va!, él no se mete en eso, todo lo contrario.

—¿Todo lo contrario?

—Ya le he dicho que yo tengo éxito con las mujeres y que en la trastienda, excusándome en que me quedo después de cerrar para ordenar, me he beneficiado a unas pocas de tías. Tenía yo dieciocho años cuando convencí a una muchacha que estaba interna en una casa de la Alfalfa y que venía a menudo a comprar productos de limpieza para que viniera después de cerrar. La muchacha aceptó, y cuando la tenía sentada sobre una mesa, toda *arremangá*, con las tetas fuera, y cuando ya le estaba yo dando a base de bien, yo no sé de dónde salió mi padre, pero me pilló con todo bien metido. Se dio la vuelta y se

Manuel Bobis Reinoso

fue, yo me quedé con el susto en el cuerpo porque lo normal era que nos hubiera matado a los dos allí mismo. La chica se vistió y se fue corriendo y llorando. Cuando entré en mi casa, ya tardísimo, mi padre dormía. Al día siguiente, él sonreía como si no hubiera pasado nada, y a mediodía me invitó a comer en una taberna mientras me daba golpecitos en la espalda y me demostraba con una sonrisa feliz lo orgulloso que se sentía de mí.

—Tengo entendido que es usted miembro de Falange.

—¡Sí señorita! ¡Con dos cojones!

—¿Por qué se afilió al partido?

—Por eso, porque los tienen muy bien puestos. Estamos viviendo una época de muchos cambios en los que la religión y España están muy amenazadas, hay que tener huevos para defenderlas ante la segura revolución bolchevique que se va a producir. ¡Tanta libertad ni mierda!, cuanta más libertad se le da a la gente más inseguridad hay por las calles. Yo vi en los falangistas el mismo espíritu que admiro en mi padre, y aquí estoy, dispuesto a obedecer a los mandos en la sagrada lucha que mantenemos contra la ralea roja, los maricones y los masones.

»Desde que ingresé en el partido tengo una nueva familia: la falangista, en la que todos somos uno solo y en la que me siento plenamente identificado. Somos todos iguales, tíos en condiciones que ponemos las cosas donde tienen que estar, lo quieran o no los defensores de la democracia. Con poder, con fortaleza, como a mí me gusta y como debe de ser, y si tenemos que reventar una cabeza la reventamos y ya está, y si le tenemos que demostrar a una tía de las de «hijos sí, maridos no» lo que es un tío de verdad, se lo demostramos.

»A mí me gusta la gente fuerte y con carácter, me dan asco los milindris, las mariconas y los flojos que no tienen cojones para

ganar el dinero, pero que luego quieren que se reparta todo. Yo me relaciono solo con gente en condiciones, y esa es la gente de Falange, que hay por ahí muchos librepensadores. ¿Pensar qué?, si ya está todo inventado y las cosas son como son. ¡Que somos hijos de Dios, que tenemos un destino sagrado!

—¿Ha tenido encontronazos con otros grupos políticos?

—¡Muchos! Primero repelemos las agresiones de los bolcheviques y luego realizamos acciones de castigo. Cuando me afilié me presenté voluntario a primera línea, la que llamamos Falange de sangre.

—No entiendo.

—Existe lo que es la primera línea y la segunda. En la segunda se inscriben aquellos compañeros que ayudan de otra manera, pero no directamente con la violencia. En la primera nos apuntamos voluntarios los que no nos arrugamos ni tenemos miedo a nada.

—¿Estuvo usted presente en los sucesos del 14 de abril de 1934?

—¡Por supuesto, presente, como no podía ser de otra manera! Se celebraba el tercer aniversario de la declaración de la puta República esta que tenemos y entre otros actos estaba previsto un desfile militar que recorrería la avenida Libertad y que pasaría justo delante de nuestro centro provincial de Falange, porque tuvimos los cojones de poner nuestra sede en una avenida con ese nombre. Días antes habíamos recibido una información proveniente de un teniente de la Guardia Civil, camarada nuestro, de que había intenciones por parte de los marxistas de agredirnos. Nuestro jefe provincial, Sancho Dávila, convocó a la junta directiva y acordamos mantenernos firmes, brazo en alto, y dar vivas a España y al ejército y dejar así muy claro que estábamos en contra de este gobierno tan antinacional.

Manuel Bobis Reinoso

»El día del desfile estábamos todos, sí señor, no faltó ni uno. Todos los balcones y las dos azoteas repletos, hombro con hombro, sin miedo, contemplando cómo las iniciales F y E y las cinco flechas de la fachada desafiaban a aquel que tuviera huevos de insultarnos. Comenzó la parada, primero pasó la Guardia Civil y nosotros aplaudíamos muchísimo, pero a continuación pasó la infantería y fue cuando comenzamos a gritar fuerte y claro un ¡viva España y viva el ejército!, mientras levantábamos nuestros brazos haciendo el saludo romano. Inmediatamente, comenzaron desde las calles a insultarnos diciendo no sé qué de muera el fascio y dando vítores a la República, y comenzaron a acercarse distintos grupos de la morralla roja a nuestro centro. Nos tiraron piedras, nos rompieron cristales y quisieron entrar, pero en la puerta Paco, «El Legionario», con dos cojones, junto a un grupo de camaradas les dio una buena tunda y los despejó rápido. Al poco aparecieron varias camionetas de los guardias de asalto seguidas de varios celulares. El jefe de las fuerzas de seguridad de Sevilla nos conminó a salir. Tal como íbamos marchando nos iban deteniendo, nos montaron en los coches celulares y nos llevaron primero a comisaría y luego a la prisión.

»Ya ve usted, por dar vivas al nombre de mi patria y a su ejército fuimos encarcelados. ¡Y luego dicen que ellos son los defensores de la libertad!, y encima el gobernador civil, el Álvaro Díaz de Quiñones sale diciendo que no va a tolerar que un grupo de señoritos desocupados perturben el orden público y que nos clausura el local. ¡Será hijo de puta!, ¡llamarnos señoritos cuando en Falange la mayoría somos trabajadores!, ¿él qué coño sabe?

Mariela tragaba saliva. Nerviosa, pero tenía que seguir adelante.

MIENTRAS AGONIZO
WILLIAM FAULKNER

El peor momento, era la primera vez que no quería preguntar, pero tenía que hacerlo. Mariela:

—¿Le parece que hablemos ya de Eugenio Valdeluna?

—¡Querrá decir de Eugenia!, ¡cada cosa en su sitio, como debe ser! La tía no tenía tetas, pero sí un buen coño, eso se lo puedo asegurar bien asegurado.

—¿Usted sabía que era una mujer?

—Sí. Cuando pensábamos que era un hombre, rojo y masón, ya lo teníamos apuntado en nuestra libreta, pero cuando supimos que encima era una tía la pusimos inmediatamente la primera de la lista.

—Usted se ha declarado culpable del asesinato. ¿Podría narrarme qué fue lo que pasó?

—Con mucho gusto, yo ya le he contado al juez todo con pelos y señales, que yo soy un tío que me visto por los pies, y si le he hecho un servicio a España lo llevo a gala y no me escondo. Eso sí, de los compañeros que me acompañaron aquella noche no le voy a decir ni pío, que precisamente, porque ellos también tienen dos buenos cojones, hacen más falta fuera que dentro de la cárcel.

—¿Al juez tampoco le ha dicho nada?

—¡Nada!, y eso que los hijos de puta de los guardias de asalto y los secretas pegan fuerte y con mala leche, que un día casi me matan.

—Vamos con Eugenio.

Manuel Bobis Reinoso

—¡Eugenia coño! Nosotros no soportamos a las tías que no admiten el sagrado papel que Dios les ha encomendado de esposas y madres, tampoco aguantamos a los maricones ni a las machorras, pero si hay algo que no tragamos de ninguna de las maneras es una tía que se haga pasar por hombre, ¡y encima perteneciente a la masonería, ¡y además con esas tertulias sobre novelas que hablan de libertad! ¡Vamos, todas las papeletas!

»Nos dieron el chivatazo y empezamos a prepararlo inmediatamente. Sabíamos que todos los martes y todos los jueves acudía a la tertulia literaria esa de mierda, sola, porque la puta con la que vivía, esos días salía antes para abrir la librería. A las seis de la tarde ya teníamos preparado un coche y estábamos apostados cuatro compañeros en la Puerta Real, muy cerca de su casa. Tuvimos suerte de que hacía mucho frío y de que la calle estaba desierta. La vimos bajar hacia el Museo caminando por la acera, vestida con sombrero, abrigo, traje y corbata de hombre; y cuando pasó junto al coche abrimos la puerta, le pusimos una pistola en la sien y la empujamos al asiento trasero tan rápida y violentamente que casi no hicimos ruido. El coche arrancó con un compañero conduciendo, otro sentado en el asiento delantero derecho y en la parte trasera la Eugenia en el centro con un camarada sentado a su izquierda y yo a su derecha. La cabrona tenía una expresión entre sorpresa y miedo, con unos ojos tan desencajados que se le salían de las órbitas. Yo le clavaba la boca de la pistola en las costillas tan fuertemente que la doblaba del dolor mientras la sujetaba bien por la corbata.

»El coche llegó pronto a su destino, una finca no muy lejos de Sevilla. Como comprenderá no le voy a decir ni de quién es ni del término municipal donde se encuentra.

—Sí, lo comprendo.

—Cuando la bajamos del coche, la tía ya lloraba imaginándose qué era lo que le iba a pasar. La llevamos a base de golpes, porque se resistía, a una habitación grande que tenía una cama enorme. Cuando la tiramos sobre la cama ya casi no se quería mover asustada por la violencia y la determinación con que actuábamos. Lo primero que hicimos fue quitarle los zapatos, los pantalones y los calzones para comprobar si lo que nos habían dicho era cierto y, efectivamente, allí apareció ante nosotros un buen coño en condiciones. Dejamos a la tía en pelotas para verle también las tetas, pero no tenía, estaba plana, pero se notaba que se había hecho algo porque tenía dos buenas cicatrices. Le dejamos puesta solo la corbata que tanto le gustaba a la hija de puta y tirábamos de ella para manejarla como a un perro. Antes, le arrancamos una cadena de oro que llevaba al cuello, y es que la cabrona en vez de llevar una Virgen o un Cristo llevaba una llave también de oro. ¡Lo que hay que ver! La abrimos bien de patas, volvió a resistirse, pero dos puñetazos y un buen tirón de la corbata, que la asfixiaba, la dejaron lista y sumisa. Mientras que le sujetábamos las piernas se la follaron primero un compañero y luego otro. La tía lloraba casi sin gemir.

»Cuando me tocó aliviarme a mí, pensé que aquello ya estaba muy sucio, fui a la cocina y traje un tazón de manteca y un pepino. La pusimos boca abajo y, siempre tirando de la corbata, le metimos la manteca en el culo utilizando el pepino, y cuando tenía el ojete un poco abierto se la metí bien metida y enterita por el culo, que la tía chilló como una rata, y me pegué tal corrida que la leche debió de llegarle hasta la garganta. Cuando terminé, el compañero que quedaba se alivió también con el culo de la tía. Se lo pusimos como un bebedero de patos, que por cierto tuvimos suerte, se notaba que la tía tenía que haber cagado antes de salir de su casa porque no se nos

Manuel Bobis Reinoso

manchó la polla de mierda. Para entonces ya estaba medio inconsciente.

»La veo muy blanca, ¿le está afectando? Usted me ha pedido que se lo cuente todo y eso es lo que hago. Si quiere paro.

—No, por favor siga, sí es cierto que me he encontrado un poco mal, pero le ruego que continúe.

—Como le digo, la tía estaba medio inconsciente, gemía e intentaba decir muy bajito algunas palabras que ya no se le entendían. Fue entonces cuando agarré un leño de encina que podía coger con una sola mano y le di un fortísimo golpe en la cabeza con la intención de matarla. Aunque estaba casi sin vida, siguió gimiendo, y tuvo que rematarla un compañero sacando una navaja y clavándosela varias veces mientras apretábamos con la corbata para asfixiarla.

»Una vez muerta, la vestimos, la metimos en el coche, la llevamos a la calle San Vicente y la tiramos del coche en marcha.

—¿Por qué lo vistieron y lo dejaron en su barrio?, ¿por qué no hicieron desaparecer el cuerpo?

—¡Coño!, porque entonces no se hubieran enterado los rojos y los masones de que la habíamos ejecutado. De hecho, antes de vestirla le metimos en su bien abierto culo una insignia de solapa de Falange para que no hubiera duda de la autoría. Aunque en España no haya una guerra declarada, créame que sí existe una solapada.

—¿Por qué lo detuvieron a usted?

—Porque, al parecer, al hacerle la autopsia aparecieron distintos cabellos entre su ropa y su cuerpo, algunos de ellos eran pelirrojos. Falangista y pelirrojo, ya ve que no tuvieron que ser muy listos ni buscar demasiado. Además, cuando me llevaron a declarar me confesé culpable al momento, que yo me visto por los pies y tengo dos cojones. ¡Joder!, ¡si yo lo que le había hecho era un servicio a España!, ¿encima me iba a avergonzar y a esconder?, ¡no, no, no! Eso

sí, que los tuve muy bien puestos para no delatar a compañeros ni aclarar dónde se cometió el ajusticiamiento.

»Aquí me tiene, esperando el juicio y la sentencia, y si esta fuera de pena de muerte, pues al carajo, así les demuestro a los maricones, a los rojos y a los masones lo que es un tío español con sus cojones bien puestos donde tienen que estar. ¡Que sepan bien a quienes se enfrentan!

—Le agradezco mucho que me haya atendido.

—Ha sido un placer, es usted muy guapa y me ha caído muy bien, además tiene algo que inspira confianza. Yo estoy aquí metido, y como se suele decir: de *perdío* al río. Le voy a decir algo que espero que no le moleste.

—¿Qué?

—Que está usted buenísima y que yo ahora me la comería enterita si pudiera —dijo Félix poniendo ojos semicerrados de deseo y mordiéndose un poco el labio inferior como gesto de placer.

—¿Le gusto? —preguntó Mariela.

—Más que las *papas aliñás*.

—Está usted recluido y no ve a ninguna mujer, imagino que se lo diría a cualquiera.

—No, no, no. Usted me gusta aquí dentro, pero si yo estuviera fuera seguro que me atraería todavía más. Me encanta de todas las maneras.

—Pero no me conoce de nada. Podría ser una mujer insoportable.

—Pues también me la comería de todas maneras, no me imagino una razón por la que yo no me pegaría un buen revolcón a gusto con usted.

—¿Ninguna razón?

—¡Ninguna!

Manuel Bobis Reinoso

Mariela, la escritora, quedó callada mientras sonreía tímidamente a Félix, el falangista. El hombre creyó haber triunfado, más cuando la mujer se levantó de su asiento y, sin dejar de sonreír, se subió el suave y ligero vestido de verano dejando ver sus bragas negras.

—¿Qué haces? ¡Los guardias están a punto de venir! — exclamó Félix mientras contemplaba con ojos desconcertados aquella sensual ropa interior femenina— ¿Estás loca?

Mariela se bajó las bragas mientras mantenía arremangado el vestido dejando ver sus atributos: unos testículos y un pene de tal tamaño que serían envidiados por cualquier hombre.

—¿No se te ocurre ninguna razón?, ¡hijo de puta! Soy la misma que antes, la que según tú inspiraba confianza, la que te había caído muy bien, la que te comerías enterita, la que sabía perfectamente lo que sentía Eugenio Valdeluna a quien tu intolerancia masacró.

—¡Maricón, maricón, maricón! ¡Guardias, guardias, aquí hay un maricón! —gritó Félix mientras se lanzaba contra la mujer encendido por el odio y la burla.

Los funcionarios y Carlos entraron en la sala antes de que Mariela fuera agredida.

LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS
VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Mariela, muy nerviosa, puso la radio. Unión Radio Sevilla retransmitía las alocuciones del general Queipo de Llano:

«A los ciudadanos de Triana, decreto que todos los hombres deban encontrarse delante de sus casas al paso de las columnas que van a conquistar este enclave, con los brazos en alto, después de haber arrojado, previamente, todas las armas en mitad de la calle. Todo aquel que haga frente a la fuerza o se le encuentren armas sin autorización militar, será ejecutado inmediatamente».

La ventana, mes de julio sevillano, estaba abierta. Por ella entraba el hedor de los cadáveres que se descomponían sobre el asfalto y bajo los cuarenta grados de la tarde. No hacía falta verlos, su sentido más desarrollado no necesitaba más. Pólvora, uniformes, gasoil, sangre y sudor, pero sobre todo una putrefacción de vísceras humanas que llevaban más de dos días muertas. La radio:

«Que en vista del poco acatamiento que se ha prestado a mis mandatos, toda persona que resista las órdenes de la autoridad, desobedezca las prescripciones de los bandos publicados o que en lo sucesivo se publiquen, serán también fusilados sin formación de causa».

Dos días muertos sobre el asfalto, y ella, loca, se asomaba cada dos segundos para ver a su Tarzán acercarse por la calle, pero él no aparecía. Dos días sin saber de él. Carlos le dio un beso largo y acudió a la comisaría, por la noche ya no volvió. Dos días, al igual

Manuel Bobis Reinoso

que los muertos que, como perros, fermentaban tirados en la calle. Y la radio:

«¿Qué haré? Pues imponer un durísimo castigo para callar a esos idiotas congéneres de Azaña. Por ello faculto a todos los ciudadanos a que, cuando se tropiecen a uno de esos sujetos, lo callen de un tiro, o me lo traigan a mí, que yo se lo pegaré».

De la cocina a la ventana. ¡No viene!, de la ventana a la cocina. No sentía ni el calor, solo las lágrimas saladas difuminaban el amargor de muerte y de plomo del paladar. De la cocina a la ventana. ¡Que no viene!, ¡que me echo a la calle para buscarlo! ¿Estás loca Mariela? ¡Te van a matar! Y en la radio, Queipo:

«Yo os autorizo a matar como a un perro a cualquiera que se atreva a ejercer coacción ante vosotros; que si lo hicierais así, quedaréis exentos de toda responsabilidad».

Por la ventana también se colaron los gritos de una vecina:

—¡Mariela, Mariela!, ¡que ya están aquí, que han sobrepasado la barricada del puente!

Disparos, hombres que corrían hacia sus casas, armas en el suelo, gritos. La escritora se tiraba con ambas manos de los cabellos hasta arrancarse los mechones. Y la radio:

«Si algún afeminado o algún invertido se dedica a lanzar infundios alarmistas, no vaciléis en matarlo como a un perro».

Ruidos de camiones, los hombres en las puertas de sus casas con los brazos levantados. Los soldados los obligaban, entre gritos y culatazos, a subir a los vehículos, que cuando estaban llenos se perdían por la calle Pureza camino del infierno.

El anochecer quedó tranquilo, por la ventana entraba el concierto del llanto de cientos de mujeres. No olía a cena, solo a almohadas y colchones mojados en la oscuridad. En la radio, el general:

344

«Nuestros valientes legionarios y regulares han enseñado a los cobardes de los rojos lo que significa ser hombre. Y, de paso, también a las mujeres. Después de todo, estas comunistas y anarquistas se lo merecen, ¿no han estado jugando al amor libre? Ahora por lo menos sabrán lo que son hombres de verdad y no milicianos maricas. No se van a librar por mucho que forcejeen y pataleen».

Un nuevo ruido de motor rompía la medianoche. El camión se paró delante de la casa de Mariela. El *Colorao*, uniforme de la Falange, pistola al cinto, bajó de la cabina del camión, de la zona de carga descendieron otros cinco falangistas. La puerta de la casa parecía que iba a estallar golpeada por los gorilas, la escritora no tenía más salida, abrió. Entraron como una estampida de rinocerontes. La radio continuaba puesta:

«Estamos decididos a aplicar la ley con firmeza inexorable: ¡Morón, Utrera, Puente Genil, Castro del Río, id preparando sepulturas! Al Arahal fue enviada una columna formada por elementos del Tercio y de regulares que han hecho allí una razzia espantosa».

El *Colorao* arrastraba de los pelos a Mariela, varios puñetazos la dejaron casi sin sentido y con el rostro desfigurado, patadas en los costados.

—¡Tú no puedes llevar esa ropa, hijo de puta, maricón! — gritó el falangista mientras se le ponían los ojos más rojos que su pelo.

Le arrancaron la bata de verano, las bragas y el sujetador, de donde saltaron dos almohadillas redondas y acolchadas. Buscaron en los muebles, no tardaron en encontrar una tijera con la que, más que cortar, arrancaban los cabellos de la mujer. Desnuda, con la cabeza semipelada, herida de varios cortes y sangrando, la sacaron a la calle y la montaron en el camión. Ella, pudorosa, intentaba tapar con las

Manuel Bobis Reinoso

manos su pene y sus testículos. El camión arrancó y se fue buscando el río sorteando cadáveres, a veces tenían que bajar para apartar a alguno. Desde la calle se escuchaba, puerta y ventana abiertas, la radio de Mariela:

«Ya conocerán mi sistema: Por cada uno de orden que caiga, yo mataré a diez extremistas por lo menos, y a los dirigentes que huyan, no crean que se librarán con ello: los sacaré de debajo de la tierra si hace falta, y si están muertos, los volveré a matar».

El camión se paró junto a un barco que estaba fondeado en el puerto. A empujones la hicieron subir las escalerillas y la metieron en una bodega donde se hacinaban más de trescientas personas, todas brillantes de sudor. Desnuda, quedó tirada y gimiendo sobre la chapa todavía caliente, entre dos hombres que mascullaban su desgracia con la cabeza metida entre las piernas. Su olfato iba a reventar.

Muy entrada la noche, irrumpieron en la bodega más de veinte soldados con los fusiles terciados. Un sargento gritaba lo que leía en una hoja de papel:

—Juan José Domínguez Castilla, aplicación bando de guerra. Isidoro Galán Iglesias, aplicación bando de guerra. Manuel...

Gritos, llantos, lamentos y despedidas. ¡Mi pobre madre!, ¿qué va a ser de mi mujer y mis hijos?, ¡si yo no he hecho nada! Unos andaban, cabeza gacha, y salían de la bodega, otros tenían que ser arrastrados por los soldados. Un total de doce personas. Desde el barco se oía el descorrer de los pestillos de los portones traseros de los camiones, portazos, más lamentos, gritos militares. Ruidos de motores que se alejaban. Se oía la tristeza.

Por la mañana, los soldados proporcionaron a Mariela un pantalón viejo, roto y sucio; una camisa de piojos y unas babuchas agujereadas. No hubo desayuno. A las once, la bodega estaba ya a sesenta grados. Chapas que hacían quemaduras en la piel, desmayos,

hombres que morían deshidratados, vómitos, orines y excrementos al río. Solo algún trozo de pan de vez en cuando.

Tres interminables días de muerte había pasado en aquel barco de infierno en el que tanto se divertían los cuatro jinetes del Apocalipsis. Don Augusto, el cura, acompañado de dos soldados, se abría paso entre gentes que se asaban a fuego lento tirados en el suelo de chapa. Mariela lo veía acercarse, pero no podía creer lo que sus ojos le mostraban, solo al oler su aliento de tabaco, iglesia, café y aguardiente con agua fría, supo que era verdad que aquel hombre estaba allí. También olía un poco a su madre.

Cuando el cura llegó a donde Mariela, después de sortear cuerpos tirados sobre la chapa, la abrazó fuertemente. Era la primera vez en su vida que ella se alegraba de verlo, también lo abrazó con esperanza.

—Padre, ¿cómo me ha encontrado, cómo sabía que me habían detenido?

—Dos soldados, que son del pueblo, te han conocido y nos lo han contado a tu madre y a mí. Inmediatamente vine a Sevilla.

—Dígame padre: ¿cómo están mi madre y mi hermana?

—Gracias a Dios están bien, pero muy preocupadas por ti.

—¿Qué barco es este?, ¿por qué se me ha detenido?

—Este barco se llama Cabo Carboeiro, pertenece a la compañía Ybarra y ha sido habilitado como reclusión porque la cárcel de Ranilla se encuentra al triple de su capacidad y no puede albergar ni a un solo recluso más. Ya sabes que estos señores le tienen mucho respeto a una sotana y por eso me han indicado, amablemente en todo momento, dónde podía encontrarte.

—Padre, le agradezco de todo corazón que haya venido a verme. Lo estoy pasando muy mal aquí, hace muchísimo calor, las chapas se recalientan con este sol, apenas hay ventilación en esta bodega, los malos olores casi me hacen vomitar y este aire intenso y caliente cargado de polvo de carbón y de cemento me ahoga. Ya lo está comprobando por sí mismo.

Manuel Bobis Reinoso

—Sí, este calor es insoportable. Dices que no sabes por qué te han detenido. Yo lo he preguntado: al parecer, has estado entrevistando a diversas personas preguntándoles sobre la vida del librero ese que se hizo pasar por hombre cuando en realidad era una mujer. Además, una de las personas a las que visitaste fue un miembro de Falange del que te has burlado aprovechándote de su buena fe. Y dicen que te haces pasar por mujer.

—¿De su buena fe? Fue él quien comenzó a faltarme al respeto, solo quise demostrarle que el género de una persona no lo determinan sus genitales, sino su mente.

—Quieren saber por qué te interesa ese librero, por qué vistes de mujer, si eres homosexual, si tienes tendencias desviadas o ideas de izquierda. Ya sabes que esta gente es temerosa de Dios y quieren construir una nueva España en la que estas aberraciones no pueden tener cabida. Necesito saber si estás dispuesto a cambiar para poder ayudarte, y créeme que puedo hacerlo porque estas son personas decentes para las que la palabra de un cura basta porque es sagrada. José Manuel, están ajusticiando a mucha gente todos los días en las tapias del cementerio, en los muros de los talleres del puerto, en el campo de fútbol del Subcomité, en el templete de la Cruz de Campo, en el cortijo Maestre Escuela y en las murallas de la Macarena. ¡Por favor, ayúdame a salvarte!

—Siempre lo he considerado como un padre para mí. Sé lo mucho que se ha desvivido para que no nos faltara nunca de nada. Ser madre soltera es un estigma que acompaña para toda una vida a quien tiene la mala suerte de serlo, usted siempre la amparó en el seno de la Iglesia y siempre se ha preocupado por ella. Sus manos, padre, me bautizaron, y en mis primeros recuerdos lo veo tomando café junto a mi madre sentados en la mesa de camilla mientras yo jugaba sobre una alfombra. Usted ha sido mi referencia toda la vida.

350

Mi infancia, equivocada, ha sido ser monaguillo en tantas misas a su lado mientras bendecía la eucaristía. Además, el poder estudiar en un colegio privado sin tener que pagar nada ha sido sin duda el más preciado regalo que he recibido en la vida, aunque no entendía por qué no podía estudiar en una escuela para niñas. Yo era una chica en un colegio masculino, usted no puede ni imaginarse lo que eso significa en miedos, burlas constantes y castigos por parte de los profesores.

—Recuerdo perfectamente el día de tu bautizo, el de tu primera comunión y el de tu confirmación. El ayudar a tu madre ha sido fruto de la caridad que los sacerdotes estamos obligados a ejercer con el prójimo, caridad que no nos cuesta nada porque nos nace en nuestra alma, siempre animada por Dios y por el Espíritu Santo. Yo también te he considerado como a un hijo desde el día de tu nacimiento, y te he visto crecer semana a semana, mes tras mes, año tras año.

—Precisamente por eso conoce muy bien mi historia, que no es fruto de degeneración ni de vicio, sabe que a los cuatro años de edad ya tenía yo convencimiento de que era una niña, y con esas escasas primaveras el alma de una persona es virginal, donde es imposible que entre el Diablo. Sabe que yo le quitaba a mi madre los pintalabios y aparecía con una inocente sonrisa pintada de rojo. Mis uñas me las pinté mil veces decoradas del color del grafito de un lapicero, cuando hablaba me refería a mí misma en femenino y ya siendo un comino decía que me llamaba Mariela. ¡Padre, con cuatro años! ¡Usted lo sabe!

—Te equivocas, cierto que el alma es virginal a esa edad, pero el Diablo es cobarde y acecha para colarse por el más mínimo resquicio que dejemos abierto. Yo me he culpado tantísimas veces preguntándome qué hice mal para dejar esa abertura por donde sin

Manuel Bobis Reinoso

duda se coló. ¿En qué momento te dejé desprotegido? Afortunadamente, pudimos reconducirte y pude hablar para que entraras en los Salesianos.

—Pero no fue una reconducción como dice, más bien fue un ahogamiento de mi realidad. Comencé a intentar actuar y a hablar como niño por miedo hacia usted, a mi madre y a los profesores que, alertados, en cuanto veían en mí el más mínimo amaneramiento se alarmaban, lo llamaban enseguida y usted me sometía a sus castigos con el beneplácito de mi madre. No era mi naturaleza la que afloraba, era mi miedo.

—Puedo asegurarte que esos castigos nos dolían a tu madre y a mí muchísimo, pero yo soy pastor y tengo que velar por todas mis ovejas, sobre todo por las descarriadas. A mi lado, de monaguillo, aprendiendo siempre el evangelio y la verdad que Jesús nos enseña combatíamos a ese Lucifer que seguía acechando.

—En la adolescencia yo me fijaba en los vestidos, en las pinturas y en las joyas que lucían las mujeres, no entendía por qué yo no podía poseerlas y lucirlas. No encajaba con personas de mi mismo sexo, ni con sus juegos, ni con sus gustos, ni con sus intereses, y cuando me he fijado en algún muchacho ha sido siempre por atracción amorosa. No sabe bien lo que se siente encarcelada en un cuerpo de hombre, sufriendo una insatisfacción crónica por unas características físicas que no coinciden con las mentales. He sido siempre una mujer.

—Te alejaste de mí y de la Iglesia. Sabes que yo quería que hubieses ido al seminario, ese era el divino proyecto que soñaba para ti, pero comenzaste a hablar mal de la religión, a tacharnos de hipócritas y no sé cuántas más barbaridades que me decías. Enfermaste, aunque espero que no para siempre y podamos recuperarte.

—Una enfermedad es no sentirte tú misma. El ser mujer es algo que ha crecido conmigo desde muy temprana edad, me gustan los hombres, pero no soy homosexual, sin duda mi cuerpo es un error de la naturaleza.

—Dios no comete errores, no se puede violar el sagrado cuerpo que se nos ha asignado por un desequilibrio mental. El hombre debe aceptar los designios del Creador porque son infalibles, y está obligado a llenar de sentido su vida aceptando humildemente lo que él nos propone. No se pueden tomar decisiones equivocadas. Debes de buscar la ayuda en el Señor, que es tan misericordioso que aun habiendo sido despreciado por ti te da esta nueva oportunidad de vida mandándote esta gloriosa cruzada y a mi persona para que te salves definitivamente.

—Yo no voy a ser feliz jamás si se me obliga a tener un aspecto que no coincide con mi ser. ¿A quién le hago yo daño, padre? No le obligo a nadie a vestir con ropas del sexo opuesto, yo no impongo nada, tan solo quiero ser libre sin molestar a nadie. ¿Por qué a mí sí se me imponen las creencias de los demás?

—Porque el desprecio de la creación es la autodestrucción del hombre y no podemos permitirlo. ¿A quién le haces daño? Se lo haces a Dios con tu arrogante desprecio.

—Del Evangelio yo aprendí el respeto a la pobreza, pero ustedes siempre se han aliado con los ricos y poderosos, aprendí el perdón, pero hoy en España se está masacrando a un pueblo en nombre de Dios. Hablan de castidad y la imponen, pero he visto a compañeros del colegio temblar de miedo cuando un sacerdote lo llamaba al despacho, predicaban la misericordia mientras aplican castigos crueles sin la más mínima piedad. Yo a usted lo considero como a un padre, sí, aunque la Iglesia a la que representa está fundada sobre una piedra que se llama hipocresía, que ha utilizado

Manuel Bobis Reinoso

secularmente la confesión como herramienta de control para mantener al pueblo sumido en la culpa. Consideran a Dios misericordioso, sin embargo, lo convierten en iracundo y vengativo.

»Si algo he aprendido investigando la vida de Eugenio Valdeluna es el valor de la valentía. Cuando me enteré de lo que le había ocurrido supe que no era yo la única persona que se sentía encarcelada en un sexo que no es el suyo, y quise contárselo al mundo. Cuando vine a Sevilla, desapareció José Manuel y por fin nació Mariela, nueva, libre, sintiéndome plena y feliz por primera vez durante unos años maravillosos en los que he sido hembra para mí misma y para los demás. En mi vida he sufrido ansiedades y depresiones casi constantemente, porque si no se es una misma no se lleva una vida que sea digna de ser vivida. ¡He pensado en el suicidio tantas veces! Ahora sé definitivamente quien soy, soy Mariela, no quiero ser un hombre solitario que desearía ser mujer manteniéndose siempre en un estado de alerta para no ser descubierto.

»Oyéndole, padre, sé que ahora no es el momento, yo no lo conoceré, pero llegará un día en el que las personas que sienten como Eugenio Valdeluna y como yo misma seremos tratados como seres humanos y nuestros derechos serán respetados.

—¡Pero estás loco! ¡Te estoy dando una tabla de salvación y la rechazas! Basta con que te confieses conmigo y me prometas que jamás escandalizarás, que serás un hombre, que volverás al seno de la Iglesia. Este privilegio no lo tienen otros, lo tienes tú porque yo intercedo. Una palabra mía servirá para que hoy mismo estés libre. Vuelves a despreciar a Dios misericordioso.

—Esa vida no merece ser vivida. Yo no puedo prometerle algo que ni puedo ni quiero cumplir. Sálveme de la muerte y le juro que me iré a vivir a otro país y que no volveré nunca más. Me quiere

como a un hijo, un padre haría todo lo posible por liberarme. ¡Se lo ruego padre!

—Así no puedo salvarte, así no puedo, así no puedo. Debo impedir que el Diablo viva dentro de ti libre y campando por el mundo a sus anchas. Mi obligación divina es destruirlo, el mandato y la lucha a la que me debo de este modo lo exigen. Te llevarán a las tapias del cementerio, morirás y arderás en el infierno.

—Y mi asesinato se convertirá en una nueva «hazaña» de este mono loco, estúpido y malvado que es el ser humano. Padre, usted no lo sabe, pero estoy casada, mi marido es inspector de policía, hace varios días que ha desaparecido. Por favor, si usted pudiera buscarlo y, en caso de que estuviera vivo, poder ayudarlo.

—¿Cómo has podido casarte legalmente con un hombre?

—Él, que como ya le he dicho es policía, falsificó los documentos necesarios.

—Mira, José Manuel, en caso de que estuviera preso, estaría ya sentenciado. Policía republicano, falsificador de documentos que se ha casado con un hombre. ¡Sentenciado!

—Al menos, si pudiera conseguir que muriéramos los dos juntos.

El sacerdote calló, Mariela le dijo el nombre completo. Acompañado de los dos soldados, don Augusto se alejó poniendo en su cara y sus manos gestos de cura, abriéndose paso entre semicadáveres sin querer mirar atrás. El olor a madre se iba difuminando.

EL DERECHO DE MATAR
RAÚL BARÓN BIZA

Antonia, la hermana de Mariela, había llegado a Sevilla. Llevaba apuntada en un trozo de papel la dirección de la casa de la calle Pureza. Iba a hablar con la casera para que la dejara entrar y recoger las pertenencias de su hermana. Ya sabía que la escritora iba a morir, don Augusto, rostro serio y entristecido, se lo había comunicado y le había facilitado la dirección donde había vivido en el pecado del engaño y de la sodomía.

La casera abrió la puerta, Antonia entró en un mundo desconocido para ella: una mesa, que en invierno se revestiría de camilla, cuatro sillas, un sillón de orejas, un aparador, dentro de los cristales una vajilla y en los cajones un carterín que guardaba una pluma y los manuscritos de una novela. En la primera página un título: *El mono loco, estúpido y malvado*. La novela comenzaba:

«Anne-Sophie Valdelune, de casada Anne-Sophie Brown, arribó al puerto de Huelva el 2 de abril de 1884 tras un largo viaje en barco desde el puerto inglés de Southampton. Era acompañada de su marido, el ingeniero de minas Robert Nicholas Brown, llegado para ejercer un cargo de responsabilidad en la Río Tinto Company Limited, de su hija de dos años Eugenia Patricia Brown y de un total de once mil ochocientas treinta y nueve novelas».

Antonia fue a la cocina: pequeña, el fogón, algunos muebles, platos de cerámica de Triana colgados en las paredes, morteros amarillos con alguna pincelada de verde. En el dormitorio de

Manuel Bobis Reinoso

matrimonio un armario de tres cuerpos con trajes de hombre y sombreros de fieltro en la puerta derecha, en la izquierda vestidos de mujer, bolsos y un sombrerito de plumas. En la coqueta, un juego de tocador, en el joyerito algunos pendientes, una alianza, collares, pulseras y broches. Algunos parecían buenos. En el cajón de la mesita de noche un reloj de cadena, al darle la vuelta, apareció grabado: «Mariela y Carlos. 8-5-1934». No había sabido de aquel hombre, ahora sí porque don Augusto la había puesto al tanto. ¡Le hubiera gustado tanto conocerlo! Ya era tarde, ya no podría.

En otra habitación una cuna. ¿Una cuna?, se veía nueva, recién comprada. En una estantería esperaban muñecos de peluche y de trapo para ser jugados. En las paredes: coloridos dibujos de animales.

Antonia no paraba de llorar, casi se ahogaba, la casera la miraba con tristeza y alguna lágrima a punto de rebosar, se notaba que era una buena mujer.

En el carterín guardó la pluma, el manuscrito, la alianza, las baratijas y el reloj de Carlos. Del armario cogió un vestido y lo metió en su maleta, también unos zapatos. Guardaría toda la vida aquel tesoro.

La mujer, veintidós años, carterín al hombro y maleta en mano, se dirigió al puerto. Junto a la escalerilla de entrada al barco se encontraban varios soldados armados con rifles. Pidió, por favor, si podía ver, aunque fuera un momento, a José Manuel Palacios Guadalajara. La negativa fue rotunda, de ninguna de las maneras, imposible, prohibido. Antonia se retiró varios pasos de la escalerilla y comenzó a gritar:

—¡Mariela, te quiero, yo siempre te he comprendido!,
¡Mariela, te quiero!, ¡Mariela, te quiero!

Un soldado se acercó amenazante, Antonia echó a correr.

Mariela la había oído. Lloraba y sonreía a la vez, y miraba al cielo reconfortada. Tantas horas jugando a muñecas con su hermana habían valido la pena, aunque acabaran, casi siempre, con su madre irrumpiendo en la habitación y sacándola por las patillas mientras la insultaba llamándola maricón. El aroma de Antonia se perdía a medida que la muchacha se alejaba del puerto asustada y veloz. Siempre le había oído muy bien el pelo.

Tres de agosto, tres de la madrugada, los soldados, al igual que todas las noches, entraron en la bodega. El sargento leyó en voz alta:

—Fernando Benítez Rodríguez, aplicación bando de guerra.
José Manuel Palacios Guadalajara, aplicación bando de guerra.
Jerónimo...

La habían nombrado, con su nombre de varón, pero la habían nombrado. Una arcada de ansiedad casi la hizo vomitar, la vista se le nubló, el corazón se aceleró y se volvió loco. ¡Mi Tarzán, mi hermana!, ¡mi Tarzán, mi hermana!, ¡soy muy joven!, ¡soy muy joven! Los compañeros le tocaban el brazo o le daban una palmadita en la espalda como dándole ánimo. Ganas de orinar, las manos temblaban, le faltaba el aire. ¡Mi Tarzán, mi hermana! Frío en la noche de primeros de agosto. Vomitó.

Los soldados se la llevaron cogiéndola por el brazo. La escalerilla del barco tenía mil peldaños, los soldados olían a metal, portones que sonaban en sus oídos como explosiones, gritos e insultos. Sobre el camión: doce personas, cabezas gachas, silenciosas, miraban hacia el suelo. La caravana arrancó su camino, los presos no se miraban, ya no había llantos ni lamentos. Fusiles a veinte centímetros de la cara.

El camión callejeaba por el casco antiguo, en la calle Jáuregui se paró. De un almacén comenzaron a salir soldados y más

Manuel Bobis Reinoso

desdichados. Por aquella puerta apareció Carlos con las muñecas atadas. Mariela gritó, un golpe de culata la hizo callar. Su Tarzán subió al camión, estaba más delgado, pero muy guapo, el más guapo, que le sacaba una cuarta a todos los demás. Se puso al lado de Mariela, ella se abrazó a él llorando de felicidad mientras lo besaba en la boca, hasta que cien golpes los tiraron al suelo al grito de: «¡maricones, maricones!». Nuevamente de pie, muy dolorida, lo vio: ¡José, es José, el anarquista al que había entrevistado!, también había subido al camión, pero no la había conocido, quizá porque solo miraba hacia al suelo.

La caravana se puso en marcha, primero el camión con los detenidos, tras él el del pelotón de fusilamiento, cerraba un coche con la escolta: un sargento y cuatro miembros de las milicias cívicas. El vehículo paró en un descampado junto a las tapias del cementerio. De nuevo explotaban los portones, los lamentos volvieron, el miedo en las miradas, los soldados tomaban de los brazos a los condenados y los hacían bajar. Pisaron tierra.

Iban poniendo a los reos de dos en dos, a Mariela, con un hombre que no paraba de llorar en silencio.

—No, estos dos juntos, es una petición de un cura —ordenó el sargento a un soldado, que inmediatamente emparejó a Carlos con Mariela.

El pelotón frente a las tapias, a la derecha un camión iluminaba la escena, a la izquierda el coche de la escolta con los hombres fuera de él y preparados para cerrar una posible huida.

De dos en dos, llantos, vivas a la República, descargas, los cuerpos caían al suelo, los retiraban cogidos de piernas y manos con la cabeza caída hacia el suelo y los soltaban un poco más allá. Primeros cadáveres de un montón que culminaría hora y media más

tarde. Los reos veían lo que iban a sufrir en muy poco tiempo, los más desdichados: los últimos.

Cincuenta minutos viendo masacrar personas, entre ellos al bueno de José. A Mariela la tomaron de los brazos y la pusieron, junto a Carlos, dando la espalda a la tapia. Seguía junto a él. El suelo ya era barro de sangre en un charco que resbalaba. Veía a los fusiles formados frente a ellos. Firmes. En su olfato solo su marido, tranquila, estaba junto a él. Don Augusto había hablado para que murieran los dos juntos en la misma noche tal como ella le había pedido. Estaba junto a él, se sentía más mujer que nunca.

Un ¡Viva la República!, sonó de los labios de Carlos. Los soldados firmes. ¡Asesinos! Los soldados firmes. El sargento:

—¡Carguen!

Sonidos metálicos. Mariela y Carlos se miraban a la cara, se sonreían, se decían «te quiero» con los ojos. Tragaban saliva, pero estaban felices, plenos, confortados. El sargento:

—¡Apunten!

Los cañones de los fusiles les apuntaban, pronto habría acabado todo, ella gritó:

—¡Viva la libertad!

El sargento:

—¡Rompan el fuego!

EL CARTERO SIEMPRE LLAMA DOS VECES
JAMES M. CAIN

El teléfono móvil sonó con un gracioso *chop* como si se hubiera quitado la chapa de un botellín de cerveza. Victoria había recibido un wasap: «Te espero en la puerta del cementerio». Enero de 2020, llovía.

—Venga niño, date prisa que ya vamos tarde —refunfuñó Victoria.

—Tranquila mamá, que vamos bien, no te pongas nerviosa —dijo Antonio mientras abría el coche.

Montaron en el Renault Megane azul recién comprado, olía a nuevo. Antonio arrancó el coche y puso rumbo a Sevilla, los limpiaparabrisas formaban medios arcos sobre el cristal. Utrera no está lejos de la capital. La verdad es que sí que estaba nerviosa, habían sido años de lucha que comenzaban a dar frutos. ¡Eran tantos los recuerdos de su madre y de su abuela Antonia! Había crecido oyendo la historia de Mariela. La abuela hablaba con cariño y tristeza de su hermana, de la escritora, de la valiente, de la mujer apresada en un cuerpo de hombre; y su madre había repetido un millón de veces aquello de: «No pararé hasta darle una sepultura digna a mi tía». Ella tampoco había conocido a Mariela, pero esa historia seguía presente en la familia como una herida sin cerrar, sangrante y dolorosa. Tanto la abuela Antonia como su madre habían fallecido, pero Victoria, a sus cincuenta años, seguiría con el empeño familiar de cerrar la herida.

Manuel Bobis Reinoso

En el acto llevaría colgado al hombro el carterín de su tía abuela, aunque el pobre estaba ya un poco envejecido. Dentro de él, el manuscrito de una novela terminada titulada *El mono loco, estúpido y malvado*, cuya última frase, antes justo del fin, decía: «Su muerte ayudará a conseguir la libertad definitiva en un país de intolerantes». Victoria la había copiado y la había pasado a Word, y por fin, después de varios años de correos electrónicos, rechazos, silencios y presentaciones a concursos literarios de novelas que nunca se dignaron ni a dar las gracias, una editorial se había interesado, la iba a publicar. Muy pronto, Mariela iba a vender su primer libro y los lectores descubrirían la figura de Eugenio Valdeluna.

—¿Y papá y la hermana? —preguntó Antonio.

—Nos esperan en la puerta del cementerio. Ya han comprado las rosas.

En la radio del coche, las noticias hablaban de que en una ciudad de China llamada Wuham se estaban produciendo contagios de un tipo de coronavirus desconocido que causaba graves neumonías. El gobierno Chino se planteaba el confinamiento en domicilio de toda la ciudad. Victoria pensaba que los chinos eran un poco exagerados, pero su mente no estaba para noticias. Recordaba aquella primera esperanza que se hizo realidad: el que la llamaran desde el área de Memoria Histórica para hacerse las pruebas de ADN. ¡Qué alegría, aquel primer paso! Fue en mayo de 2018 cuando acudió a las dependencias del Laboratorio Municipal para realizarlas.

Un euro al gorrilla. En la puerta del cementerio había bastante movimiento de gentes que se besaban e iban entrando. Allí estaban plantados su marido y su hija bajo un paraguas enorme de varios colores, el hombre le entregó tres ramos de rosas amarillas a Victoria, la familia cruzó la verja, primera rotonda y calle central. Todo el mundo decía: «al fondo a la izquierda, al fondo a la

izquierda». Ella ya sabía dónde se encontraba la fosa de Pico Reja porque había sido invitada en más de una ocasión para ser informada de los primeros trabajos llevados a cabo sobre el terreno.

Alrededor de la fosa triangular, tras una cinta, ya estaban colocados los familiares, pero pudieron ubicarse en el único hueco que quedaba. En el centro de la fosa había flores depositadas, Victoria puso un ramo. Paraguas abiertos, chubasqueros rojos, azules, verdes, amarillos, banderas republicanas. Colorido bajo el cielo gris. Representantes del ayuntamiento y de la empresa encargada del trabajo esperaban para comenzar con el acto.

—Te dije que veníamos tarde.

—Pero mamá, si todavía no ha comenzado —respondió Antonio con la paciencia y resignación de un hijo ante una madre nerviosa.

Muy emotiva la ceremonia simbólica de inicio de los trabajos de exhumación, alguna lágrima en los ojos, algún puño en alto, familiares con fotografías de los represaliados, activistas por la memoria, representantes institucionales. El director de la empresa encargada de los trabajos lanzó al aire y a las almas un rotundo:

—¡Vamos a abrir la tierra!

Se entregaron algunos azadones a los familiares, removieron la tierra de manera simbólica. Victoria ya había sido informada anteriormente que, por la fecha del fusilamiento, el cuerpo de Mariela tendría que encontrarse en Pico Reja, ya que es la fosa donde se tiraron los restos de los primeros fusilados hasta que colmató a mediados de agosto de 1936. Mil quinientos cuerpos esperaban ser rescatados del olvido. Según le habían comentado, los trabajos deberían terminar en 2022. Soñaba con el día en el que pudiera dar una identidad y una sepultura digna a su tía abuela:

Mariela Palacios Guadalajara

14 de marzo de 1906 — 3 de agosto de 1936

Tu familia no te olvida

El acto acabó, muchos abrazos, alegría contenida, serena elegancia, banderas tricolores al viento. Visita a la sepultura de la abuela Antonia. Aquí está tu ramo. ¡Seguro que estaría contenta! También sufrió sus desventuras de valentía en una posguerra de hambre, de venganza y de canciones, pero esa ya era otra historia. El marido y los hijos de Victoria tiraban de ella, era hora de volver a casa.

Antes de salir del cementerio, en una zona de tumbas en el suelo, depositó el último ramo de rosas amarillas en la sepultura de Eugenio Valdeluna Valdeluna. Un bellissimo ángel de piedra velaba su sueño. El hermoso rostro de la escultura descansaba en una palma de la mano cansada, intentando escenificar la desesperanza en este mono loco, estúpido y malvado que es el ser humano. Sobre la lápida de mármol blanco, oscurecida por más de ochenta años de tiempo y sucia de olvido, recientemente alguien había escrito sobre la losa con una pintura verde que recordaba el color de las mantis religiosas: «Machorra hija de puta».

Fin



